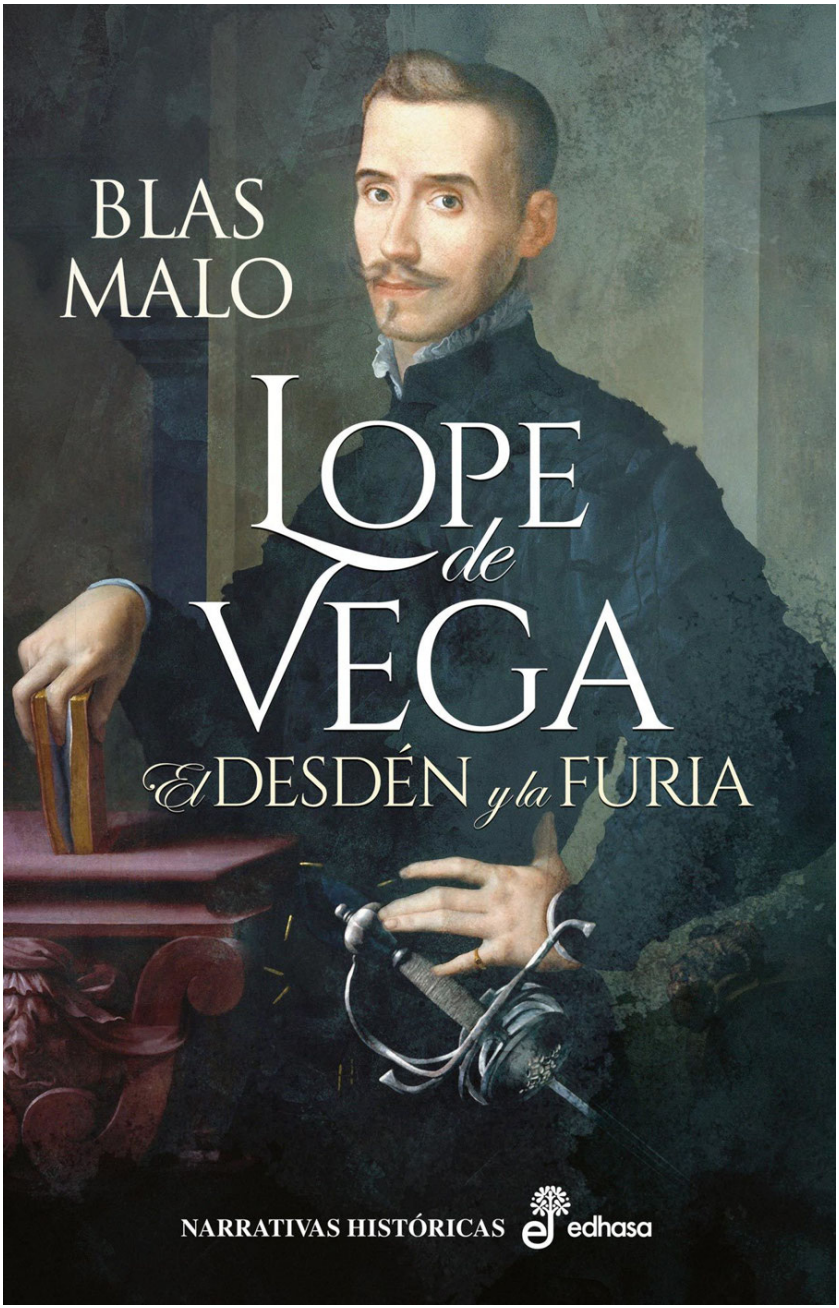
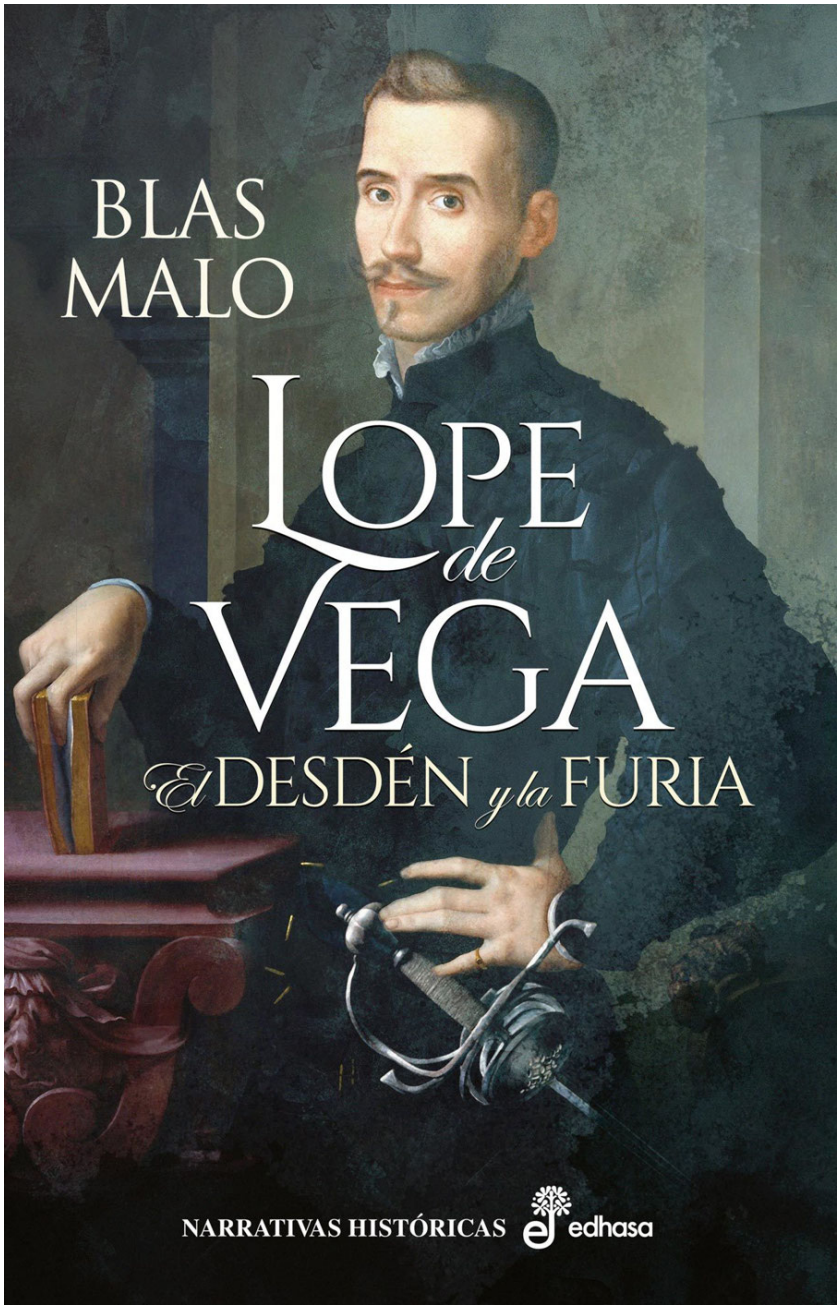

BLAS
MALO
LOPE
de
VEGA
El DESDÉN y la FURIA
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa


BLAS
MALO
LOPE
de
VEGA
El DESDÉN y la FURIA
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

LOPE DE VEGA

BLAS MALO

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: octubre de 2021

Primera edición en e-book: octubre de 2021

© Blas Malo Poyatos, 2021

Derechos cedidos mediante acuerdo con

International Editors'Co. Agencia literaria

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o

hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4837-8

Producido en España

«¿Qué es ver al Rey? ¿Estás loco?

¿De qué le importa al villano

ver al señor soberano,

que todo lo tiene en poco?».

El villano en su rincón, Lope de Vega

A Blanca Inés de ojos garzos.

A Blas Carlos de ojos pardos.

LOPE DE VEGA

El desdén y la furia

ACTO PRIMERO:

MADRID (1604-1606)

PRÓLOGO

Toledo, 14 de agosto de 1604

CARTA A UN IMPRESOR Y AUTOR DE COMEDIAS

Siendo el portador de esta carta tan veraz y certero, no sé qué puedo contaros por escrito que él no pueda referiros mejor de palabra. El aumento del pago que soléis hacerme por mis obras os honra, y quiero que sepáis cuán contento estoy, y espero que gocéis de la mejor fortaleza. Yo tengo salud y todos en la casa estamos sanos. Doña Juana, mi mujer, siempre enfermiza, está para parir, y eso no hace menores sus cuidados.

Toledo está caro pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele. Las mujeres hablan y murmuran, los hombres hacen sus tratos, la justicia busca dineros… y quien puede no la respeta. Morales representa sus obras, la gente lo silba; unos caballeros están presos por ser la causa de ello. Se pregonó por el patio que no se silbase, y así, apretados los toledanos, por no silbar, se peen; y eso fue la mayor ofensa para el alcalde, porque ese día estaba sentado en el patio del corral de comedias. Morales aplacó la ofensa porque hizo La rueda de la fortuna, comedia donde un rey aporrea a su mujer y muchos acuden a llorar este paso, como si fuera posible. Morales no me habla, porque me envió un pavo y no lo quise aceptar. Lo cierto es que no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha a medida de carneros, vaca y conejo a la noche; y si hay gallina, mal asunto para el dueño, eso es que hay alguien enfermo en la casa. De poetas, no digo «buen siglo es éste». Hay muchos en ciernes para el año que viene, pero no hay ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a su don Quijote.

Dicen que la corte se va a mudar a esta ciudad. Mire lo que le digo: si eso pasa yo me iré a vivir a Valladolid, porque, si Dios me

conserva el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, músicas a todas horas, rameras, hombres, hidalguías, poder absoluto y puto disoluto, sin otras sabandijas que cría ese océano de perdidos lotos de pretendientes y escuela de desfallecidos. Vuestra merced viva y tenga salud y medre y ande al uso; no cumple cosa que diga, ni pague nada si no es a la fuerza, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro a la amistad por no imitar a Garcilaso, cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis comedias a Cervantes.

Si allá murmuran de mis librillos algunos que piensan que los escribo por opinión, desengáñeles vuestra merced y dígales que es por dinero. Dios guarde a vuestra merced y lo libre de Vergara, el cirujano real, que ya le damos este atributo como a monasterio con túmulo. No ha curado tanto con las manos como ha destruido con palabras.

De las mías aguarde vuestra merced la segunda parte de esta carta. Y sobre esos futuros casamientos que muchos comentan, yo aconsejo que lo mire bien y que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque el casamiento es una cárcel de la libertad y una abreviatura de la vida, y quien se casa por cuatro mil dará a las pocas horas cuarenta mil para no haberse casado. Pero vuestra merced es muy cuerdo, y eso lo mirará mejor que yo.

Lope de Vega

CAPÍTULO 1

CASUS BELLI

Madrid, 25 de enero de 1605

A algunos escritores habría que cortarles las manos. No dejárselas lisiadas, no. «Ahí fallaron los turcos, cuando le dieron los tres arcabuzazos», pensó Lope con furia. No había leído un libro peor escrito en su vida, con un papel digno de ser pasto de cucarachas, unas erratas que clamaban al cielo y unos versos pretenciosos que nadie había querido escribirle, ni siquiera suplicando en Valladolid, o eso decían las malas lenguas.

–Lo odio.

–Vamos, vamos, amigo Lope...

–¿Y se sabe cuánto le han pagado por esto? ¡Por esto! –Cerró el libro con desprecio–. Se burla de mí, y ahora todo el mundo lo sabe.

De pie, Gaspar de Porras movió la cabeza con hartura e intentó quitarle el ejemplar de las manos por enésima vez, pero Lope no se dejaba. Se le escabullía una y otra vez y le apartaba las manos con rabia. La visita le estaba agriando la tarde de esperada placidez en el despacho. El brasero calentaba la estancia en un día frío y desapacible, y las llamas de la chimenea esparcían un calor confortable.

–¿A él, en mano? Pues... he oído que dos mil reales.

–¿Y cuánto has pagado tú por él? –Se lo tendió, acusador.

–Doscientos cincuenta y cinco maravedíes y medio. Ocho reales.

–¡Ocho! ¡No vale ni medio! ¡Al fuego con él! –Y lo arrojó a las llamas, que lo recibieron con un resplandor súbito.

–¡Estás loco! –El autor de comedias se zafó del escritor, que se apartó de sus pasos precipitados y tomó las pinzas para salvar el ejemplar, que ya había comenzado a prender por las esquinas. Sacudió las llamas con la paleta vigorosamente tratando de apagarlas. Se volvió, furioso–. ¡Aún no he terminado de leerlo! ¡Por Dios, Lope!

–¡Y lo estás leyendo!

–¡Igual que hiciste tú el año pasado en Granada! ¿De eso ya no quieres acordarte?

–¡Lo que no recuerdo es este prólogo injurioso! No, no lo recuerdo porque no estaba. Llama a mis escritos granjerías del vulgo, y ahí habla y bufa de una comedia mía tras otra, que si la erudición aniquila, que si soy un ignorante, que si lo uno y que si lo otro. Todo está ahí, ¡todo!

–¿Y qué esperabas, Lope? ¿Qué esperabas? Di. –Gaspar de Porras carraspeó con toda su corpulencia y después se sacudió el polvo del suelo del traje de cordobán. Se estiró la pechera y se sentó en la silla de respaldo alto del despacho. Suspiró. Puso la mano izquierda sobre el libro chamuscado, mientras inspiraba profundamente para recuperar el resuello. Se pasó la otra mano por la cabeza de pelo ralo y canoso. Tenía la frente perlada de sudor–. Ahora callas. Quizá debiste callar hace tres meses. ¡Debiste callar el verano pasado! Te acuerdas de las injurias..., ¿te olvidas acaso de tus versos? Sí, tuyos, todo el mundo lo cuchichea; son tus versos, aunque lo niegues. ¿Te olvidas de tus mofas? Entre escritores todo llega a voz pública, que ya lo decía Cicerón: «Si quieres guardar un secreto, guárdalo tú mismo». Y tú no te has cansado de decirlo, por todas partes, a todo el mundo, fuera duque, estibador o porquero: que odias a Miguel de Cervantes, y que Miguel de Cervantes te odia a ti. Entonces, ¿qué esperabas? ¿Aún no te ha vuelto la memoria? ¿Ya no quieres acordarte de Granada?

Más bien prefería no acordarse.

No podría olvidar nunca la fiesta que don Álvaro de Bazán y Guzmán, segundo conde de Santa Cruz, había dado en Granada el verano anterior. Entre la música y el ambiente relajado a los pies de la Alhambra mora, uno de sus invitados, un genovés orondo, le había desvelado la razón de la inquina del manco: la envidia; el rapto de Isabel de Urbina, pariente suyo, por parte de Lope; el desprecio a las normas del arte antiguo de hacer comedias. Y esa fama que a Cervantes, ya un viejo cascarrabias, tullido, ceceante y olvidado de los lectores, le era esquiva, había espoleado al manco de Lepanto a realizar la mayor traición que un escritor podía hacer a otro: tomar una historia ajena y apropiarse de ella, reescribiéndola, aumentándola, deformándola, adoptándola como original y propia, como regalo de las musas. Y luego tener éxito con ella.

Tampoco quería recordar las cuchilladas nocturnas en Sevilla, las escapadas desde la casa de Baltasar de Pinedo a la de Micaela de Luján; las pisadas apresuradas en la noche, desde el Arenal hasta la alameda de Hércules; los vítores de unos, los desprecios de otros, y la muerte casi segura que, gracias al corazón valiente y arrojado de Claudio Conde, su amigo, y de un contable perseguido y fugado, había esquivado de puro milagro en la Granada conquistada a los reyes nazaríes.

–Ésa historia era mía, Gaspar. Dije delante de todos esa palabra maldita: plagio. Lo dije y no me arrepiento. Era y es mía. Es el entremés De los romances. El protagonista, Bartolo, está loco por los romances, y tanto leer le ha reblandecido el seso, se cree un héroe del romancero con descendientes desde la batalla de Roncesvalles, abandona a su mujer y corre a luchar contra Drake en Inglaterra, y convence a Bandurrio, un labriego, para que sea su escudero y vayan en busca de aventuras. ¡Esa inspiración mía es la que ese manco me ha robado, Gaspar! –El usurpador no había dejado de hacer circular copias de su libro de mano en mano. Lope cerró la mano en un puño y golpeó con amargura la pared encalada–. Te lo repito. Esa historia es mía. Y también son mías las que otro ha publicado en Zaragoza, y las que el año pasado aparecieron también en Lisboa. ¡Mías todas ellas, Gaspar! ¡Yo invento y escribo, y otros usan mis obras, las destrozan, las enmiendan, las llenan de sinsentidos, les ponen su nombre y las

venden! O se inventan cualquier tontería y le ponen el mío. ¡Y hala, a convertir el carbón en oro! Para ellos, el grano, y para mí... para mí, ¡ni la paja! ¿Es que no hay justicia? ¿No los colgarán a todos? Mancos, todos ellos. De eso los turcos saben bastante, ya lo dice su libro sagrado: «Al ladrón, córtale la mano derecha».

–No deberías quejarte, tienes toda una corte de admiradores que él nunca tendrá.

–¡Quiero mis escudos, esos que no van a mi bolsillo! Las mujeres cuestan dinero, y más las propias, y yo tengo dos; las misas, las dos casas, los viajes... ¡Para qué querrá ese desdentado de seis dientes, ese eunuco forzoso, dos mil reales, para qué! Pero es que tengo de qué quejarme, escucha que...

–Tú sigue con tus versos, tú sigue dándome comedias, que yo las colocaré en las corralas. Y si tanto te quejas, búscate un mecenas.

–¿A otro? ¿Para qué...? Ya lo tuve, y nunca más serviré como oveja a un pastor. ¿No has oído...?

El autor de comedias lo interrumpió por segunda vez. El escritor tembló de indignación.

–Pero lo necesitas. Tú sigues aquí, anclado a Madrid y a Toledo por tu mujer y ahora por Micaela, y todos los escritores, todos los poetas que aspiran a medrar en esto de escribir están en la corte. ¡Necesitas un mecenas! ¡Ve a Valladolid! ¡A la corte! ¡El duque de Lerma! ¡El tercer rey Felipe! ¡Si todos te conocen! Ve y que te escuchen, y nadie te hará sombra.

–¡No!

–Allí está Cervantes.

Lope Félix de Vega y Carpio se irguió todo serio, lo miró en silencio y escupió un gargajo al fuego.

–¿Es que no te has enterado? –Gaspar lo miró arqueando las cejas, sin comprender. El escritor tomó de un bolsillo un papel manchado y doblado en cuartos y se lo tendió–. Ah. Entonces, no. ¿Sabes que el manco está en la corte y no lo que ha escrito? Por Dios, Gaspar,

¿de verdad no lo sabes?

–Bueno, bien, yo, yo no... ¿Es esto? –Lope asintió, bufando como un toro–. A ver. ¡Ja, ja, ja! –La risa se le ahogó cuando vio el rostro agriado de Lope, Intentó reprimirse sin conseguirlo–. ¡Es terrible, Lope! ¡Terrible!

Hermano Lope, bórrame el soné-

de versos de Ariosto y Garcilá-,

y la Biblia no tomes en la má-,

pues nunca de la Biblia dices lé-.

También me borrarás la Dragonté-,

y un librito que llaman el Arcá-

con todo el comediaje y epitá-

y por ser mora quemarás a Angé-.

Sabe Dios mi intención con San Isí-;

mas puesto se me va por lo devó-,

bórrame en su lugar el Peregrí-:

Y en cuatro lenguas no me escribas co-,

que supuesto que escribes boberí-,

lo vendrán a entender cuatro nació-.

Ni acabes de escribir la Jerusá-,

bástale a la cuitada su trabá-.

Pero los carrillos lo delataban y el soneto le temblaba entre las manos por ocurrente. Gaspar enrojeció entre la vergüenza y el no poder contener las carcajadas, y Lope, crispado, le arrebató aquellos versos injuriosos, tomó su capa y se marchó más furioso de lo que había llegado. El portazo sonó lleno de acusación.

Algo bueno había conseguido a costa del berrinche: saber que ese viejo cascarrabias envidioso estaba en Valladolid. Madrid languidecía con el frío del invierno. Le dolían las manos, ateridas y sensibles al aire helado, pero se había iniciado una guerra, y él de eso también sabía, sin necesidad de haber sangrado en Lepanto. Se arrebujó en la capa. Sus pasos rápidos sonaron en ecos en el silencio. A una semana de la candelaria, las estrellas brillaban sobre el municipio. De las casas escapaban las luces tenues de las velas y el olor de la madera quemada de encina y de carbón. Hambre y sed, frío e inquietud. Se dio prisa por pasar de largo de la plaza mayor y de los soportales de las tabernas para refugiarse en casa de Claudio.

Furia. Eso era lo que las musas estaban vertiendo en su corazón, una furia ardiente que lo quemaba y que necesitaba verter en un pliego en blanco.

Valladolid, 3 de febrero de 1605

El viejo soldado de Lepanto detuvo su escritura un instante. Sentado en una silla con almohadones, sentía el frío en el cuerpo y la nariz goteante. Se enderezó sobre su escritorio y contuvo la respiración con todas sus fuerzas hasta que no pudo más. El estornudo sonó escandaloso. Farfullando maldiciones, rebuscó el pañuelo oculto en la manga de su mano izquierda y se sonó los mocos con fuerza y desagrado. Si Madrid era frío, más aún lo era Valladolid. No bastaban dos braseros cerca de la mesa para entrar en calor. Después puso la mano tullida sobre el pliego mientras que con la derecha limpiaba el estropicio del estornudo sobre las palabras escritas. Y en ello estaba cuando oyó las voces de su sobrina Constanza como para atender a la puerta. La criada estaba lavando; su mujer y sus hermanas habían salido al mercado, aprovechando el

sol frío que llegaba en el día de San Blas, sanador de flemas y gargantas. Cincuenta y ocho años ya eran muchos para aquel invierno y para su cuerpo renqueante.

–¿Quién va, Constanza?

La sobrina no oyó la voz quebrada que le dirigió desde el despacho. Miguel de Cervantes se llevó la mano tullida a la oreja, haciendo caracola. Había abierto la puerta y hablaba con alguien; sonaba a joven o a criado. Oyó la puerta cerrarse y los pasos suaves de su sobrina. ¡Ah, juventud de tez tersa! Ella, ya en la cuarentena, aún la conservaba. Y qué manos tan finas y con qué cariño lo trataba.

–¡Constanza!

–Sí, tío. ¡Voy! No desespere. –El escritor iba a recriminarle que le contestara así, pero no pudo. Constanza siempre sonreía y no podía enfadarse con ella–. Un mancebo, con una carta para usted. De Madrid. Dice que allí cayeron días atrás chuzos de punta. Pero me pide un real para pagar el porte y, si no, se la lleva de vuelta. ¿Me da usted un real, tío?

–¡Ni medio! Quien me quiere bien no me envía cartas a porte.

–Pero, tío, ¿y si es importante? En tres cosas está bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, sean de amigos o de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se pueden adivinar sus pensamientos. ¿No me dará usted el real?

Se dejó convencer a regañadientes.

No esperaba ninguna carta de Madrid, pero podía ser de Juan de la Cuesta, su impresor, y sobre cosas de su libro. ¡Su libro! Bien habían hecho quedándose cerca de la corte. Las malditas erratas debidas a las malditas prisas eran como alfileres en sus carnes, pero eso no dependía de él. Se lo habían llevado los demonios cuando recibió el primer ejemplar. Tales cosas pasaban cuando el impresor era un torpe de cuidado. Sin embargo, había tenido otras virtudes, como su rapidez. El libro ya estaba vendiéndose por Madrid. A lo mejor era una carta de algún lector admirado. Sólo con eso sintió que se

emocionaba. ¡Por fin le daría a alguno en los hocicos! ¡Al fin una alegría vertida en prosa!

Constanza regresó con la carta en la mano, sosteniéndola con cariño, como si fuera una mariposa.

–¡Dámela! –Sujetó la misiva sobre la mesa mientras desplegaba los dobleces–. A ver qué trae a esta casa ese real.

Demudó la cara. La ilusión dio paso de inmediato al fruncimiento de ceño, y la mano le temblaba tanto que Constanza se temió que pudiera darle un síncope. Miguel de Cervantes, pálido, miró a su sobrina, y ella no supo qué decir ni por qué.

–¡Tío! ¿Estáis bien?

Él, estupefacto como si hubiera visto revivir a un muerto, leyó la carta por segunda vez, y a cada línea enrojecía más y más de coraje e indignación. Su sobrina perdió la sonrisa y dio un paso atrás, gimiendo de miedo, cuando el escritor arrugó la carta con rabia feroz. Empujó la mesa para salir de su silla cuanto antes y dio grandes pasos, adelante y atrás, sin saber si coger antes el gabán o la espada que ya no sabía dónde guardaba, si en el arca del dormitorio o encima de la estantería. Sacudió con fuerza a su sobrina por el brazo.

–¿Dónde está ese criado? ¿Cómo era, qué llevaba puesto?

–Una pelliza oscura y un sombrero de pluma blanca. ¡Ay, tío, me hacéis daño! ¿Pero qué mal es éste? ¿Qué mal os han hecho? –Sin contestar y aún rabiando serpientes por la boca, sin abrigarse y sin las llaves de la casa, se apresuró con toda la agilidad que pudo a buscarlo en la calle–. ¡Pero, tío, que vais a enfermar más de frío! ¡Virgen bendita!

Constanza se apresuró a buscar a la criada para que corriera tras él con el gabán. En la mesa, entre la pluma afilada y un pliego a medio escribir, había quedado la nota arrugada. Y como era mujer, tuvo curiosidad. Rezó a los santos, temiéndose lo peor.

Pues nunca de la Biblia dijo le-,

ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu-,

sólo digo que es Lope Apolo, y tú

frisón de su carroza, y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fue

del cielo que mancases en Corfú.

Hablaste, buey, pero dijiste mu.

¡Oh mala quijotada que te dé!

¡Honra a Lope, potrilla, oh guay de ti!

Que es sol y si se enoja, lloverá;

y ese tu don Quijote baladí,

de culo en culo por el mundo va

vendiendo especias y azafrán romí

y al fin en muladares parará.

Debía ser una ofensa terrible que ella no entendía, pero sí su tío. Nunca lo había visto así. ¡Y pensar que días atrás había estado tan contento por ese nuevo libro que le habían pagado y publicado!

CAPÍTULO 2

EL GATO Y EL RATÓN

Luis de Góngora llegó cansado del viaje. La lluvia todo lo eternizaba, y más a lo largo de esas carreteras llenas de socavones que bamboleaban los coches de un lado a otro como a un barco en mitad de una galerna. Lo recibieron con agasajo en el zaguán de la casa: lo invitaron a entrar y a desprenderse del capote empapado y chorreante y del sombrero calado. Pero el rostro aquilino del cordobés no mudó su máscara de suficiencia. Se sacudió las gotas de las mangas como con desprecio mientras sus acólitos y admiradores se acercaban a él para verlo y tocarlo, para dirigirle la palabra con la esperanza vana de un elogio o un reconocimiento.

–¡Ah, Madrid, Madrid! Anochece y la ciudad muere, o vive, según se mire. ¡Bien, el calor! ¡Traedme una sopa! Acercad ese brasero y apartad un poco, que no soy un ídolo de paganos. –En la tertulia surgieron algunas carcajadas. Había poetas admiradores de edad madura y jóvenes bisoños que esperaban su ocasión–. Se cuenta, se cuenta...

Otro continuó, un literato de amplios mostachos que olía a ajo:

–... se cuenta, maese Góngora, la ofensa que Lope de Vega ha hecho a Miguel de Cervantes.

–Ah. Una ofensa. –Se acomodó en un sillón de mimbres con dos cojines de plumas de oca. Sonrió levemente y se pasó el índice por los labios. El cuenco de reconfortante sopa que le ofrecieron mejoró su ánimo–. ¿Cuándo?

–¡Hará quince días de eso! Lo que nadie sabe es la razón del enojo.

–Un enojo furibundo –intervino otro.

–Una burla desproporcionada –dijo un tercero.

–Disculpad, ¿qué enojo? –preguntó en su ingenuidad el más joven de los tertulianos, casi imberbe.

Góngora, que tenía oído de tísico, enarcó una ceja y dejó el cuenco vacío en manos de otro asistente.

–La ofensa, sí... Ahora que lo decís, sí, algo he oído. Me enteré de ella estando por León.

–Pero ¿qué es lo que dice? –siseó el joven de forma casi inaudible.

–¡Los versos! –El cordobés señaló al joven–. ¿No te los han explicado? ¿No? Tu nombre es...

–Gabriel. De Sotomonte.

–¡Santo arcángel! Yo te lo explicaré. Verso a verso, si hace falta.

–«Ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu-» –dijo el bigotudo.

–¡Culo ni coño! Burdo, muy burdo es ese Lope. Palabras propias de estibadores y matones de baja ralea. ¿No lo entiendes? Son agujeros, vacíos... Un hombre dotado no tiene un vacío, sino un ariete, una artillería. Luego lo llama puerco, si no recuerdo mal.

–«Que mancases en Corfú. Hablaste, buey, pero dijiste mu».

–La mano tullida. Cuernos y más cuernos. Cu- también pudiera ser cuclillo, un esposo engañado por una esposa adúltera. Y cornudo por segunda vez. ¡Qué poco respeto por un héroe!

–«Honra a Lope, potrilla». Eso lo sé. Un viejo, un herniado.

–Bien, bien... La siguiente línea ya sabemos todos qué quiere decir. Limpiarse los traseros con un manuscrito, ingrata experiencia... Será que Lope sabe qué es eso, ya que lo menciona. –Surgieron risas aduladoras–. «Azafrán romí»: ¡rojo furioso es el azafrán, el color de los judíos! Lo tilda de infiel, joven Gabriel, lo tilda de bastardo. Y el libro sobre ese Quijote, para él, que desprecia todo lo que es digno, lo que es antiguo, todo lo que dejaron los griegos y romanos atado y

bien atado sobre el arte de la poesía y de la dramaturgia, no es más que basura, una hez, un resto pestilente que terminará su existencia en un pudridero. ¡Oh, cuánto sabe Lope! ¡Qué dominio de la lengua arábiga! Bien sabe qué es un muladar, aquel solar donde los árabes arrojaban a los mulos viejos y sarnosos para que murieran y se los comieran las ratas. ¡Claro que maese Cervantes está furioso! Y hace bien en estarlo. Oídme bien –y levantó el dedo índice para pedir silencio–: Lope de Vega es un indeseable. Tanto que alardea de su hombría; será que alardea porque algo le falta. Dios lo tendría que castigar con la lepra, que se le cayera a trozos la verga y luego las manos, que escribir así, escarneciendo a quien no está de acuerdo con él, es de mala gente. ¡Un gran español, eso es lo que es, envidioso, pérfido, traidor, bravucón, soberbio y muy creído de sí mismo! Pero tiempo al tiempo.

Algunos aplaudieron la diatriba; los demás los imitaron después. Luis de Góngora dejó que así lo hicieran, sin darle más importancia.

–Lo que no sabemos es el motivo de ese soneto tan odioso –comentó uno.

El cordobés se miró las uñas. Desde las cocinas de la casa ya llegaba un jugoso olorcillo a lechón sobre brasas, con su propia grasa fundiéndose en una cama de cebollas y zanahorias.

–Se cuenta, se cuenta... –bajó el tono de voz. El efecto fue dramático, los vítores y las palabras callaron, atentos al racionero beneficiado de Córdoba– que otras palabras motivaron esas palabras; unas palabras que rogaban que borrara sus comedias, por necias y bobas, por burras y paletas. Hermano Lope, bórrame el soné... Ah, quienquiera que fuese acertó de pleno. Y es que esto es España, nación imperial, y donde quien se pica ajos come. Hay quien envidia que yo esté en Valladolid.

El joven Gabriel, que miraba embobado al literato, fue el único que captó en él un mínimo gesto de sonrisa maliciosa y felina.

CAPÍTULO 3

DE ESPERANZAS Y DESAZONES

Lope desfogaba en la cama los malos humores que las letras le provocaban, y él conocía que eso era bien sabido en Madrid y mejor conocido si cabía en Toledo, porque no había forma de ocultar a Micaela de Luján. La que fuera actriz famosa en el Mesón de la Fruta seguía conservando su figura voluptuosa, su genio vivo, su lengua afilada e ingeniosa y su larga y preciosa melena de rizos dorados que, como única vestimenta, adornaba su desnudez, una desnudez memorable. Que aquella hembra fuera capaz de conservar su lozanía después de ocho embarazos era un milagro; que pudiera gemir así, arqueándose sobre él como un súcubo no saciado buscando el goce prohibido, era casi un sacrilegio. Y Lope, inflamado por esa misma ansia, pecaba una y otra vez en cada ocasión que introducía la llave en aquella cerradura. Era pisar el umbral de aquella casa, que había alquilado a Gaspar de Vargas en el barrio de San Justo por sesenta y ocho ducados, y sentirse como un Judas que pagaba treinta monedas de plata. Era escuchar al joven Juan de cuatro años, y al pequeño Félix de dos, y la diminuta Marcela, de apenas un mes de vida, y sentir que rejuvenecía, que sus cuarenta y tres años se quedaban en la mitad y que en aquella vivienda había vida vibrante, y no como en su casa marital, donde la enfermedad y la tristeza convertían el hogar santificado con el sacramento del matrimonio en una mortaja, en una noche de difuntos que no parecía acabar nunca.

Nunca, nunca, debía haberse casado con Juana de Guardo.

Había sido un acto de desesperación. Y nunca la desesperación ni el hambre eran buenas consejeras. La tarde anterior a su matrimonio por la santa Iglesia católica, imperial y apostólica había conocido a Micaela de Luján, y de eso hacía siete años. Y no había podido separarse de ella. Que lo criticaran cuanto quisieran, que lo

tacharan de adúltero, de sinvergüenza, de amoral... ¡Qué envidias despertaba Micaela! Y qué luto arrastraba junto a Juana, entre su enfermiza constitución y la muerte, una y otra vez, de su descendencia, muertes que despertaban ecos culpables en su conciencia sobre su primera mujer, Isabel de Urbina, y sus dos hijas, en tumbas frías en Alba de Tormes. ¿Era ésa la penitencia que el buen Dios le imponía por castigo? Tanta hembra requebrada, seducida, convencida y desflorada; tanta promesa jurada e incumplida, tanta joven abandonada, tanta doncella desvirgada, embarazada y olvidada. Él ya había perdido la cuenta. Dios seguro que no, pero ¿no era también un dios que admitía el perdón? A fuerza de amar, Dios debía perdonarlo, y cada vez que se unía a Micaela era como penetrar en espacio sagrado, y en él oraba con fervorosa pasión, como santo devoto que era de su sexo, de sus pechos, de sus manos, de sus labios, sus ojos y su sonrisa.

–Mi amor, amor mío, mío y de nadie más... –Con un gemido profundo, Micaela se liberó de su ansia durante segundos interminables que él compartió con un jadeo súbito, y luego ella, vencida, se derrumbó como una sirena desvanecida, cubriéndolos a ambos con su cabellera dorada–. Oh, Lope, ¡Lope, el grande! ¡El ingenioso, el valiente, el orgulloso! El conquistador... –Le pasó los dedos por el pelo, le acarició el rostro bien afeitado, le entreabrió los labios antes de besárselos–. No. No pienses más en esos que te afrentan, no piensen en nada más que en mí.

–Y en mi teatro.

Las risas de Micaela sanaban heridas del alma.

–¡Y en tu teatro! Cómo sacarás tanta letra de esta cabeza, qué gran misterio es ése. Por todos los santos y la virgen que lo es.

Lo abrazó para no soltarlo en lo que quedaba de noche.

Pero Lope no podía dormir. Ni siquiera el cansancio del amor era suficiente aquella noche para retenerlo en el lecho junto a la mujer que amaba y que le había dado descendencia con vida. Esperó. En cuanto la oyó respirar de forma acompasada retiró su brazo, la cubrió con las sabanas, la besó en la mano, tomó las ropas sobre el arca con una mano y bajó descalzo las escaleras con los zapatos en

la otra. Se vistió. Se comportó como un ladrón, como un gato negro y sigiloso en la noche. Abrió la puerta y salió a la calle, oscura, lóbrega, peligrosa. En Toledo aún no había tanto peligro como en Madrid, donde las cuchilladas acechaban en la negrura de los callejones. En Valladolid, el duque de Lerma era objeto de deseo de los muchos que querían sus monedas, y esas monedas codiciadas estaban manchadas de asuntos turbios, de rumores imprecisos, de amenazas veladas, de ambición y avaricia. Y de miedo. El rey Felipe III seguía en las nubes con el nuevo embarazo de su esposa doña Margarita; se decía que tenía quien le echaba las cartas a todas horas en busca de la verdad de los astros sobre si sería niño o niña, y también tenía quien probaba día a día la orina de la reina para corroborar las cartas. La moneda perdía peso, con más vellón que oro; el pan era caro, la harina era mala salvo para la corte, y los tercios seguían gastando vidas desesperadas en las tierras de Flandes. Los campos, entre la sequía y las langostas, daban más tristeza que otra cosa y se despoblaban poco a poco mientras las villas se quedaban sin hombres. Por su parte, los clérigos se escandalizaban por tanta hembra pecadora y necesitada. Todos ellos culpaban al teatro burlón y travieso de los males de todo, de la pobreza del país y de la ruina de la hacienda. Cervantes tenía al duque de Béjar de su parte, y Francisco Gómez de Sandoval, el valido del rey, lo cobijaba bajo su ala, pero Lope no tenía protector. Gaspar de Porras tenía razón. Le dolía reconocerlo. Necesitaba a un mecenas.

Dar la razón al autor de comedias no era su única expiación. Deambuló por los callejones quebrados del barrio viejo toledano con el temor de quien tiene enemigos hasta llegar a su casa legítima. Se descalzó por segunda vez aquella noche. Se desvistió casi a oscuras, y un débil rayo de luna menguante lo guió hasta el lecho por tanteo. Tocó un muslo. Se santiguó, entró entre las sábanas heladas y colocó el brazo de Juana sobre él. No había cuidado de que otro gallo acudiera a aquel gallinero muerto.

–¿Uhmm? –Juana entreabrió los ojos al notar el calor de su marido y la depresión del lecho relleno de lana–. Lope. Lope.

–Qué...

–Lope, tengo frío. Abrázame, Lope. Lope...

–Qué, Juana... –Siempre la misma paciencia, la misma cantinela cansina, la misma mascarada. Juana sabía de dónde regresaba él, siempre cansado, siempre sin palabras para ella. Lope sabía que ella lo sabía, y el silencio era el muro que dividía la cama en dos y que evitaba males mayores. Aunque eso significara hastío, aburrimiento, cansancio, desprecio y resignación. Lope abrazó sin emoción a su esposa, como dispuesto a ser un actor en su propia casa. Un actor, además, bastante pésimo–. Ya está. Duerme. Durmamos.

–Lope, bésame. –Lope titubeó, pero, después de resoplar, hizo el esfuerzo de besar a su mujer en la mejilla. Eso era, sí. Monedas y beso de Judas–. Lope. Lope, no te vayas, no te vayas más.

–No, no me iré. –No más por esa noche, pensó él.

–Lope. Lope...

–Duerme. Aún no ha amanecido, duérmete, Juana.

–Lope. Lope.

–Por Dios, Juana. Calla ya y duerme.

–Lope... –Unas lágrimas rodaron por sus mejillas hasta el hombro de él. Lope se arrepintió de su rudeza y calló. Dejaría que hablara cuanto quisiera–. Estoy embarazada.

Al principio Lope no reaccionó por un largo rato, y Juana se desesperó al saberlo tan cruel con ella, por tener ese corazón de fuego para sus personajes imaginarios y de hielo para con ella. Sin hacer ruido sollozó sobre el pecho de ese marido que Dios le había entregado, que era de piedra. Luego, de forma súbita, algo se agitó en el escritor, como si de pronto las últimas palabras de Juana se convirtieran en una rueda de fuego. El sopor desapareció. Dios le daba otra oportunidad, o tal vez eran otras cadenas; otra remisión de sus pecados o una nueva condena. Una nueva vida que guiar con serenidad o una nueva incertidumbre a la que proteger del mal. Se incorporó como pudo y abrazó a Juana con una ternura olvidada.

–¿Pero es eso cierto?

–Sí, Lope. –Ella lloraba porque no la había abrazado así por muchos

meses, desde el último nacimiento.

El hombre pasó su mano por el vientre fecundado y la mujer puso la suya sobre la de él.

El alba trajo sol. Los carros perezosos traqueteaban por los empedrados irregulares de la capital de los visigodos, y Lope se abrió paso a empujones entre los arrieros que repartían leña, las viejas criadas que con sus pañuelos enlutados corrían como podían a las tahonas, cojos y pedigüeños en cada esquina y algún que otro borracho durmiendo bajo los soportales con la cara llena de babas y los orines de algún que otro perro incontinente. ¡Un nuevo hijo, una nueva boca que llenar de leche y pan! Su suegro le llevaría longanizas y cintas de lomo en cuanto se enterara; algo era algo, pero no sería suficiente.

Escribir, escribir, escribir. Ya tenía preocupaciones más que de sobra.

Lo perseguían acreedores, pues desde Sevilla habían dado con él. El marido de Micaela de Luján había muerto dos años atrás en las Indias y había dejado herencia pero también deudas, y ahora que él era tutor de los hijos anteriores de la actriz también había ganado nuevas obligaciones y gastos. Veía a veces a acreedores sospechosos subiendo desde la Puerta de Bisagra cuando él bajaba ya para partir a Madrid. Y allí los tenía otra vez preguntando por él, cerca de la tienda de especias en los soportales de la plaza de Zocodover, con sus lechuguillas ostentosas en los cuellos, trajes de gorgorán de color y un amplio cartapacio. Conocía ya hasta sus bigotes y sombras, y a los dos lacayos que más perrillos que secretarios seguían al licenciado que llevaba su causa. Se tapó el rostro, se mezcló con los carniceros y con un ganapán que timaba a la concurrencia con chistes y unos naipes sobre un tonel y giró hacia el alcázar. El artefacto de Turriano estaba parado otra vez como un gigante de dientes rotos, y se veían dos cuadrillas de carpinteros aserrando duelas nuevas para los engranajes, en plena calle. Evitó a un autor con el que no se llevaba bien, hizo que no oía cuando lo llamaba y giró de nuevo, de calle principal a callejón, sin mirar a un inquisidor de carnes hermosas. Entre muros viejos de ladrillo y balconadas de madera carcomida llamó a una puerta apuntada, mira enrejada y arco de piedra. Una figura tallada había sucumbido

a golpe de cincel; Lope pensó que los rasgos que aún se apreciaban se parecían mucho a una estrella de David. Repitió los golpes, ahora con más fuerza.

–¡Ya va, ya va! –La corredera de la mirilla enrejada se movió a un lado, revelando dos ojos acusadores y ojerosos–. ¿Vos? ¿Otra vez?

–¿Ya ha vuelto Alonso? Alonso Riquelme, ¿está o no está?

La corredera se cerró, y se abrió la puerta. El jorobado lo hizo pasar. Sorteando un estrecho pasillo llegaron a la imprenta, donde varios lectores ojeaban nuevos libros compuestos, algunos de viejo y segunda y tercera mano. Un hipnótico olor a vainilla y a tinta férrica lo llenaba todo. Dos gatos de manos blancas husmeaban alrededor de los lectores, que dedicaron un segundo a juzgar al recién llegado y luego, tranquilizados por su aspecto, siguieron con su lectura de pie entre los montones de libros. El librero e impresor, sentado sobre un taburete, seguía limpiando y encajando tipos de metal, letra a letra, con paciencia, confiado en que sus habituales se decidieran a comprar algo aquel día.

–¡Alonso! –siseó Lope, sin poder acercarse por el pasillo colmado de libros y con dos hombres en medio. El hombre alzó la vista y se acercó con una sonrisa. Tras excusar el ruido, lo abrazó con ganas–. Al fin te encuentro. Te esperaba antes.

–No he podido, hay tantas complicaciones por Madrid... Tendrías que oír lo que se dice en las gradas de San Felipe. Alguien está comprando solares y casas a precio de saldo. Muchas, muchas casas. ¿Pero a qué tanto secretismo? Vamos al Mesón de la Fruta, que te invite. ¡Ya he sido padre!

–¡Enhorabuena!

–Se llamará Ángela... Un ángel, mi mujer. ¿Pero no me dejarás que te pague un buen trago? –El librero chistó, pidiendo silencio. Uno de los gatos se rozó con Lope–. ¿No?

–No, no..., que no quiero que me vea Gaspar, no sea que se ofenda. Te traigo tres comedias. Quiero vendértelas a ti. Recién escritas. Nadie tiene traslado de ellas.

–¡Gran amigo! Te puedo dar ciento cincuenta reales por cada una.

–¡Me estás robando! No menos de mil merecen. Soy quien soy. ¡Soy Lope de Vega!

El librero enarcó las cejas.

–Te daré doscientos por cada comedia.

–Sigue siendo poco. Trescientos.

–Doscientos, ni uno más. –Lope hizo amago de marcharse–. Espera... Doscientos cincuenta. Y me tendrás por agradecido. Ya veo que no has parado en los mentideros. Estuve hace tres días escuchando a Luis de Góngora. Por poco algunos llegan a los puños por defenderte de él.

–Me parece poco lo que ofreces, y no te ofendas, Alonso, pero que sepas que hay más autores de comedias que se acercan a mí y me tientan con sus cantos de sirena.

–Pero están en Valladolid sobre todo, no en Madrid, aunque dicen, dicen... que no tardarán en volver. Pero yo estoy aquí, ¿no? Y si me las vendes a mí es porque Gaspar de Porras no las quiere pagar a mayor precio. Hay muchos, muchos autores, y algunos ya apuntan maneras, más jóvenes, más impetuosos, y tienen ideas que...

–¡Yo aún tengo mucho que ofrecer! ¡No soy un viejo ni un Cervantes!

–¡Ah, el autor del que todo el mundo habla! Pero estás con los sesos sorbidos por Micaela, eso lo sabe todo el mundo. Aquí, en mano, una parte. La otra, tras la representación.

–La mitad.

–La tercera parte.

–La cuarta parte.

–Sea.

–Alonso, te aprovechas de mí.

–¡Piensa en las sedas que podrás comprar a Micaela!

–Disculpad. ¿Lope de Vega? –Uno de los lectores los interrumpió–. Entonces, ¿sois Lope? ¿El autor de la Dragontea? ¿El de las diecinueve torres?

–Sí. ¿Por qué lo preguntáis?

–¡Soy un gran admirador vuestro! –Le tendió la mano y se la estrechó con profusión–. ¡Tengo una antología vuestra impresa de Zaragoza! Pero está llena de erratas, y quería preguntaros el motivo, porque no la pagué barata precisamente.

Lope lo miró irritado. ¿Qué culpa tenía él de tanto desaprensivo?

CAPÍTULO 4

UN NUEVO HABSBURGO

Febrero concluyó con mal tiempo y mucho médico, y marzo no cambió el tono. Las continuas visitas de la hermana de su suegro enervaban a Lope, que ponía a mal tiempo buena cara, aunque sólo fuera por los chorizos, los torreznos, las ristras de salchichón y el tocino salado que su suegro Antonio traía a capricho de su hija.

–Come, hija, come, que la carne te dé fuerzas para la criatura.

Antonio de Guardo era un hombre respetable al que se le notaban las horas interminables con las hachas y los cuchillos en el matadero y en la carnicería. Sus manos daban miedo, tan grandes y gruesas.

Sin saberlo, el carnicero de la corte estaba dando de comer a la otra casa del escritor, donde los tres retoños bastardos ensordecían al vecindario y donde ni la madre ni la criada daban abasto a tanto paño sucio, a tantas babas, orines y excrementos, a tanto llanto y a tanta fiebre. El médico y el boticario iban mientras los reales y los escudos desaparecían, y ni siquiera el consuelo de la noche llegaba a Lope. Ni dormir ni descansar ni escribir. Así que cuando un día Claudio Conde tuvo la ocurrencia de saludarlo en su casa de San Justo, Lope vio el cielo abierto.

–¡Papá, papá...! –se oyó entre rumores de berrinche al fondo de la casa.

Lope corrió, tomó al actor del brazo y tiró de él para cerrar cuanto antes de la puerta, sin capa ni sombrero ni escarcela, y sin responder a Micaela, que preguntó dónde estaba.

–¡Corre, corre! ¡Que no me encuentren, por Dios!

–¡Mesonero! ¡Mesonero! ¡Tráenos de comer! ¿Qué guiso tienes hoy?

–Pues lo que toca en Cuaresma: más gallina que cerdo –El hombre se limpió las manos en el delantal, dejando sobre la mesa una montaña en equilibrio de fuentes sucias, escudillas y cucharas de palo–. Sopa de natas, con sus ocho yemas y su pan tostado, y gallina morisca, con sus daditos de tocino. ¿Sí? ¡María, dos sopas y una gallina! Y os traeré más vino, que veo que os hace falta.

Lope dejó su jarra vacía, a la vez que se sacudía las ropas sucias y llenas de manchas.

–¡Hiedes, Lope!

–Tres criaturas que babean, patalean, escupen y cagan dejan así las ropas, dignas de lástima y de los batanes para hacer papel viejo. Jesús, María y José, qué sueño tengo. Mira mis bolsillos: ni las llaves he cogido. ¡Ah, los platos! Dime, Claudio, ¿dónde está Pinedo? Y a Gaspar, ¿lo has visto? ¡Pan, mesonero! –Las migajas caían de su boca mientras se atiborraba de los picatostes crujientes cubiertos de las yemas cuajadas–. ¿Y de Riquelme, qué sabes?

–Baltasar de Pinedo se desespera de no contar con Micaela, y creo que partió a Sevilla. –Apartó las verduras para trinchar las pechugas. En otra mesa, un clérigo bebido tocaba el culo a la mesonera–. Gaspar está que trina; le han dicho que vendiste varias comedias a Alonso Riquelme, y no sabe por qué.

–Que se pase por casa y lo sabrá. –Le enseñó un buen agujero en la manga–. Gastos y más gastos, pardiez. Y doña Dolores, la hermana de mi suegro, no hace más que acosarme para que me haga carnicero, que en la carnicería siempre hacen falta manos. Será porque los torpes se las cortan al tajar las costillas. ¡Yo, carnicero! Y no se cansa en decírmelo, una y otra vez, como gota de agua que cae sobre roca.

–No es para tanto.

–Cuando mi respuesta es no, dice entonces que no sea necio y que busque en la corte, que alguien me querrá, me conocen y con fama; que me deje de letras y que me haga funcionario, con un empleo y

una paga segura. Que me busque un mecenas... ¡Qué mujer más cansina!

–Y Juana, ¿qué dice?

–La pobre, reposa que te reposa. Y reza y reza y reza. Amigo Claudio, las misas también cuestan. «Dale limosna al pobre, que nos hará bien», y yo la doy. «Echa una moneda al cepillo de santo Tomás», y yo echo. «A la santa cofradía de san Isidro, Lope, un real y medio», y otro real y medio que desaparecen. Y así, los paseos del domingo y de los jueves son una ruina. Yo creo que algunos pilluelos lo saben y esperan a la puerta de la casa a poner cara lastimosa, y Juana, bendita ella, y a veces tan tonta, da y da y da. ¡Como si yo tuviera que mantener al barrio! Y doña Dolores se queja: «Qué gente, qué pena da en este barrio, Lope, ¿no merece mi hija una casa mejor? ¿No vendrás hoy a la carnicería?». Así no hay quien escriba nada. Las musas andan espantadas de mis dos casas.

–Peor es tener esos agujeros en la ropa.

–¿Tú también?

–Mira, Lope, anda que no hay a quién acudir en Valladolid. El rey Felipe está encantadísimo con el embarazo de doña Margarita; todos los días son fiesta y los corrales se llenan. Allí está la corte, los nobles, los miembros del consejo del reino, los grandes terratenientes, los ricos judíos, y tú, que sabes escribir, ni apareces por allí.

–Me debo a mi escritura.

–Pero, Lope, los más de los días estás encerrado con tus papeles, y fuera la vida sigue.

–¿Y qué hago con tanta boca que alimentar? Soy esclavo de mis letras y de mis pasiones. El casamiento es una cárcel de la libertad. ¡Tengo tan poco tiempo! ¡Y ya hace dos semanas que ni una coma he escrito a derechas! Me agobio cada vez que lloran mis criaturas, porque tengo la bolsa parca, así que dile a Gaspar que no se enfade, que tengo que venderlo todo a todo el que quiera comprar mis papeles, que me hace falta dinero más que el respirar, y ya no

respiro ni lo suficiente. ¡Cómo voy a buscar un mecenas!

–Yo lo haré por ti.

Lope parpadeó, sin dejar que la gallina se enfriara. Eructó a un lado y asintió, agradecido.

–Y de quién se oye que me puedo fiar. Del valido ya sé que no; del duque de Lemos, tampoco.

–Del duque de Osuna.

–De ése, no, que es muy amigo del de Alba y me tiene proscrito.

–Del conde de Pastrana.

–Es un pesado que se jacta de su rejoneo y de su afición a los toros –se santiguó dos veces–; líbreme Dios de servir a tal señor.

–Del marqués del Carpio.

–¡Calla, calla! No quiero dar pie a que mis enemigos me insulten y me comparen: el noble y el innoble.

–¿Y qué me dices del duque de Maqueda?

–¿Quién es ése?

–Ha vuelto de Italia hace poco, donde su padre le dejó posesiones, y se le dice valiente y lanzado, burlador, cortés y sin embargo también pendenciero, de figura gallarda y valiente y amante de peligros, resuelto y arrojado. La reina Margarita le ríe todo lo que habla, y le encanta la caza, por eso acompaña al rey y al valido muchas veces. Es el heredero del adelantamiento mayor de Granada, y todo está allí a peor, ¡bien lo sabes, que allí lo moro se respira y se palpa!

–¡Las aceitunas! –interrumpió el mesonero, dejando un plato a rebosar de ellas, negras y machacadas con ajo; recogió fuentes y escudillas vacías y celebró que no hubiera sobrado casi nada–. Disculpadme, pero oí mencionar a don Jorge, el adelantado de Granada.

–¿Lo conocéis? –preguntó Lope. El mesonero asintió–. Decid, ¿es buen cristiano?

–De los mejores. Si por él fuera, no dejaba ni un marrano converso, ni moro vivo en toda Andalucía. Pero por aquí también los hay, que lo sé yo. Y como yo no los quiero, no falta en ninguno de mis platos ni la manteca ni los tacos de tocino frito. ¡Malhaya esa gentuza, que se queden en Orán y no vuelvan! Él para aquí a veces, camino de sus dominios del sur.

Aún le dolía a Lope el desplante y el desprecio que años atrás el duque de Alba le había hecho. Ni cobraba a tiempo, ni estaba a gusto, ni era apreciado más allá de un jarrón o de un viejo escudo colgado en un gancho. Los nobles le parecían todos iguales, corriendo como podencos en las campiñas tras los gamos y ciervos y detrás de cuanta dama veían y se les antojaba en los palacios. No le apetecía de nuevo una vida errante siguiendo a su señor a todas partes como un perro de caza. No deseaba dejar Madrid y que los del arte viejo lo arrojaran fuera de las tablas de las corralas. Se palpó los tres agujeros de la manga y las manchas causadas por la diminuta Marcela.

–Está bien. Mesonero, yo... –Se palpó. Se acordó que no llevaba ninguna moneda–. Amigo Claudio, ¿tienes...?

Aquél abrió su bolsa y dejó un puñado de reales. Pagó la comida. Luego Lope tomó de la bolsa tres reales más, que entregó al mesonero.

–Sabéis quién soy.

–¿Y quién no?

–Si vierais al duque Jorge, ¿le diréis que quiero su aprecio? Y que nada me agradaría más que entrar en su casa. Mi ingenio y yo. Los dos juntos. Decídselo. Remitidlo a mi casa en San Justo, que allí me hallará siempre, escribiendo.

El mesonero cogió las monedas con avaricia y asintió.

Y marzo pasó de largo en la espera impaciente de noticias mientras

Lope, pluma en mano, desesperado y ojeroso, llenaba sus oídos con trapos para no escuchar los llantos de sus hijos. Concluyó la Cuaresma, y Felipe III fue padre. «¡Un niño!», proclamaron los heraldos. Las cartas del valido llegaron a Toledo el viernes santo por la tarde, y el cabildo, como primado de las Españas, ordenó que al día siguiente en todas las iglesias y monasterios tocaran las campanas. Los toledanos salieron a las calles y, sabedores de que tendrían nuevo príncipe, se unieron con mucha alegría a la procesión que precedían los maceros y los corregidores a caballo con sus trajes de terciopelo. Abarrotaron las calles al son de chirimías, atabales y trompetas, y luego todo el que pudo escuchó misa en la catedral. Se adornaron las plazas, se prepararon toros para alancear y carreras de cintas, se lanzaron fuegos de artificio y las noches llenaron las calles de luces y fogatas, a pesar de las lluvias pertinaces tras la Pascua. Numerosos presos de la cárcel del Alcázar fueron indultados. Las celebraciones y el jolgorio se prolongaron semanas, atrayendo a visitantes, comerciantes y curiosos, y el cabildo y el ayuntamiento decidieron que una justa poética sería buen regalo al neonato y a su sufrida madre. Y entonces se acordaron de que allí, en Toledo, estaba Lope.

Él se sentía huraño, porque estaba agotado. Entre campanas y tiros de artillería, avanzaba fatigosamente en la escritura cuando la criada lo interrumpió, y supo nada más ver el costoso traje de terciopelo que vestía su visitante que era algo importante. Lope se avergonzó de su propio aspecto desaliñado y de sus ropas gastadas, pero se levantó afable y aceptó la mano que le ofrecían.

–Maese Lope, soy el teniente de alcalde Francisco Gutiérrez.

–Tened buen día y decidme qué os ha traído a esta casa. Disculpad el estado. Tres niños están enfermos y todo huele a pena y a fiebres.

–¡Oh! Entonces seré breve. El cabildo y el ayuntamiento han pensado en celebrar una justa literaria, y queremos que vos seáis cabeza del jurado, quien abra el certamen y quien lo cierre con la sentencia.

–¡Eso me interesa! ¡Sentaos, os lo ruego! ¡Marta, trae una colación! Qué difícil es hallar buena criada… Pero seguid, seguid. ¿Cuándo tendrá lugar?

–En tres semanas. El domingo veintidós de mayo, con jugosos premios. Entonces, ¿aceptáis ser parte del jurado?

–¡Qué gran honor! ¡Acepto! Pero... perdonadme si es indiscreción: decidme si el ayuntamiento me pagará algo. –El teniente de alcalde lo miró como ofendido–. Ved mis ropas, ¿no me dará para un ropaje digno? Y si escribo a poetas conocidos para que sepan de la justa, ¿no se me pagará el papel ni la tinta, ni los correos? Porque Toledo tiene poetas y poetas, y querremos que sea un certamen que reviente de aplausos, pues ¿no lo merecen la reina y el pequeño príncipe?

El teniente se quitó el sombrero, pensativo. Miró el escritorio cojo, lleno de papeles a medio escribir y luego prestó atención a las voces airadas de Micaela. Parecía una casa poco mantenida, si bien él pensaba que los escritores eran todos ricos. Daba pena el escritor, demudado y con cara de hambre. Era lo que tenía aquel oficio. O eso, o era el mayor vividor de la tierra, porque debía ganar buenos reales con sus comedias, tan conocido como era, pero parecía con más hambre que un galgo en temporada de caza.

–El honor de hacerlo deberá ser suficiente. Sé que aceptaréis.

–Oficio sin beneficio –farfulló Lope.

–En verdad algunos opinaban que otros serían menos reticentes... y no falta talento en Córdoba –continuó el teniente. «Maldito cordobés», pensó Lope–. Cosa que algún clérigo aprueba, a la vez que os desaprueban a vos. Pero en Toledo sois un faro. ¿Dejaréis a vuestro público sin su faro? Mala fama sería ésa, y peor aún si llegara a oírse en la corte..., donde se sigue celebrando el nacimiento del príncipe.

–Festejos desordenados que son un exceso en estos días de Pascua.

–Vamos, vamos... Son días excepcionales.

–Tengo poco ánimo. Mi hermana Isabel murió hará un mes, y aún me duelo de ello. El triduo pascual, la abstinencia... ya nada se respeta.

–Lamento lo de vuestra hermana, pero no habléis vos de abstinencia, que tenéis fama, y de mucho os he defendido ante el cabildo para escogeros. ¿Es que haréis que me ofenda? Ofenderéis también a Toledo y al arzobispo.

«Amenazas insoportables», se dijo Lope.

–No, no. Pero si os pido poco: un traje nuevo y unas gachas. Si hasta los maceros tienen eso.

El funcionario se hizo de rogar, pero al fin tanto razonó Lope que dio su brazo a torcer. Le llevó un buen rato convencerlo de que todo era para gloria del certamen, de la ciudad y de los regidores. Aquel soberbio daba migajas como si esperara la mayor de las gratitudes. Con falsas palabras agradecidas, Lope lo despidió. Pero la furia lo quemaba; también la desazón, la impotencia, las ataduras, aquellos terribles eslabones que eran los sollozos ensordecedores de sus criaturas. Se convenció: de verdad necesitaba a un mecenas.

Porque también estaban esos otros... Ah, los otros; esos que medraban en Valladolid, esos que podían dormir por las noches y escribir, y escapar de sus mujeres, y vivir, como cuando Claudio y él tenían veinte años menos. Pero pensar eso no era cristiano.

A veces rezaba y pedía cosas terribles. Y luego, arrepentidísimo, deseaba que Dios, atareado con mil y otros asuntos en su santa cabeza, como los desmanes de los turcos, no lo hubiera escuchado.

CAPÍTULO 5

A UN PANAL DE RICA MIEL,CIEN MIL MOSCAS ACUDIERON

Tres semanas para el certamen. Veintiún días llenos de afanes que se arrastraron por casa del escritor y poeta de forma miserable y angustiosa. Los dos niños de Micaela enfermaron de vientre, y no había forma de que retuvieran la comida. Por las mañanas Lope estaba encadenado a su mujer Juana y a su tía, quien no dejaba de chincharlo mientras éste escribía y recibía misivas relativas al certamen. Las tardes las sufría con los dolores y los lloros de Juan y Félix; al final, a la pequeña Marcela se la llevó la criada a una tía suya, no fuera que cogiera el mismo mal de la madre. Y peor era por la noche, cuando Micaela de Luján le suplicaba que no la abandonara, que dejara a Juana, que la amara sólo a ella, como ella hacía con él. Que no la dejara sola porque temía la noche. Y con esa tortura, antes del final del atardecer, él volvía a su hogar, que era un encierro, con su doña Dolores vigilando su regreso tras los visillos de las ventanas. Juana no decía nada, pero algo sabía, seguro, y a la pregunta de cómo seguía siempre le respondía lo mismo:

–Rezando, rezando. Estoy rezando. –Y se pasaba la mano por el vientre embarazado.

Quien reza algo pide, pensaba Lope, y a pesar del cansancio se obligaba a trasnochar en el despacho, con los velones encendidos hasta consumirse, entretenido en los billetes y pliegos que ya llegaban con prisas. Y más que llegarían. Hojas, hojas y más hojas, miles de palabras con caligrafía recta y elegante, otras con letra diminuta; las había elevadas, con largas eses, y estrechas, estrechísimas, que le hicieron acercar y alejar el papel para poder descifrar esos garabatos de ratón, y no siempre con éxito. No todas eran dignas del papel que las soportaba. ¡Valiente cuadrilla de

ganapanes presentados al certamen! Escritorzuelos, juntaletras sin talento, algunos sí, pero otros, ¡otros...!

–Por los clavos de Cristo.

Reconoció esos giros, ese arrastre de la mano. Luego vio la firma. Se ve que no se daba por vencido o que necesitaba dinero, o acaso era porque sabía que él lo leería. El velón lo tentó, y Lope se dejó tentar. Culpable. La llama fue renuente al principio, pero luego la esquina prendió y el papel fue consumido con voracidad, reflejo de su desdén y su desprecio. Cenizas. Nadie sabría nada.

El día señalado en el cartel del certamen, veintidós de mayo a las dos de la tarde, el corregidor y los dos jueces dieron inicio a la justa poética en el ayuntamiento, en sus asientos bajo un dosel de oro y carmesí con las armas reales. A un lado, una larga mesa engalanada con los premios del certamen, una sortija con diamante, una jarra de plata, las telas de damasco, los guantes de ámbar, los jubones de raso y las medallas. Al otro, una tarima con una mesa y una silla de respaldo alto y soberbio en terciopelo, dispuesto para el lector. Las chirimías sonaron en la galería sobre los jueces, y toda la sala, abarrotada por lo más granado de Toledo, doctores, licenciados, gramáticos y nobles, se silenció.

Lope de Vega, con tez afeitada salvo la perilla y el bigote atildado, con ropaje de gala y la mirada inquisitiva a pesar de las ojeras, se mostró ante los jueces haciendo reverencia, subió a la tarima, dispuso sus papeles en la mesa y se sentó en la lujosa silla para leer sus versos dodecasílabos.

Larga fue la lectura, que aburrió a más de los que lo reconocieron. El corregidor tenía hambre; se oían sus tripas desde la tarima hasta las filas granadas de rostros atentos que no dejaban de cuchichear. Allá entre el público reconoció Lope a uno de los autores, allí a otro. Muchos de los participantes estaban en la sala. Todos hinchaban el pecho y metían barriga cuando tocaba el turno de sus versos, todos se tenían por pavos ganadores y, cuando Lope sentenció la justa, entre los aplausos y la música llegó la confusión y alegría de los premiados y las voces de los quejosos. «Ahora, ahora llega la verdadera función», pensó Lope con maldad.

–¡Todo está amañado! ¡Amañado! ¡El que ha leído no ha sabido leerlos! –se levantó uno.

–¡No he escuchado mis versos!

–¡Ni yo tampoco! –reclamó otro.

Las voces crecieron. El corregidor levantó las palmas para apaciguar los ánimos.

–Calma, calma. Las bases son claras: si no han llegado a tiempo, no pueden participar en el certamen.

–¡Esto es un ultraje!

–¡Un engaño!

–Un tongo, un timo, un fraude –exclamó un joven que permanecía sentado, mientras las mujeres se abanicaban acaloradas y algunos de los oyentes se levantaban para marcharse apresuradamente–. Vos, Lope, ¡vos! ¡Habéis sido vos quien ha recibido y quien ha desechado!

–¿Quién lo dice? No os conozco. –El poeta ni se inmutó.

–Quien ha cabalgado sin descanso día y noche desde Valladolid con uno de los poemas para la liza y lo ha entregado en mano en vuestra casa, para que lo leyerais con tiempo suficiente, sin excusa. No importa mi nombre, sólo soy un mensajero... Importa quien me enviaba. Decid, Lope, ¿dónde están los versos de Miguel de Cervantes?

–Señor corregidor, ¿permitiréis esta ofensa, no a mí, sino a este certamen?

–Decid si llegó ese poema –pidió uno de los jueces y caballero del hábito de Santiago.

–¡Decid, decid! –gritaron muchos–. ¡Decid qué fue de ellos!

–Llegaron muchos, pero nada de él.

El correo anónimo se alzó indignado y lo señaló con un dedo acusador y gesto desafiante.

–¡Estáis mintiendo!

–¡Mintiendo! –repitieron otros.

–¡Basta, o los alguaciles traerán orden a palos! –gritó el corregidor, escupiendo salivazos con cada palabra.

–¡Que baje el lector de la sentencia, que yo le daré razones y sentencia nueva! –El hombre se palpaba la vaina de la espada de cazoleta al costado.

–Que me place, bellaco –rugió Lope–. Decid lugar y hora... si os atrevéis. ¡Yo soy Lope de Vega, y más sangre he visto que vos, jovenzuelo de tres al cuarto!

Pero los que habían sido premiados dejaron entonces de estar callados y defendieron que, si el jurado así lo había dictado, así debía de ser, que el corregidor era autoridad del rey, y la del rey venía de Dios, y ya está. Así era, así debía ser.

El juez hábito de Santiago, de luenga barba, se levantó sin decir nada y dio fuertes palmadas. Todo se silenció. Puso una mano sobre el hombro de Lope para que se sentara y, cuando el joven rebelde comenzó de nuevo a hacerse oír, le chistó de forma imperativa hasta callarlo.

–Es vergonzoso lo que estoy escuchando: querer defender con sangre y acero lo que debía hacerse con palabras y letras. Otorgar un premio no es hacer al ganador mejor ni más excelente que otros, sino reconocer que le ha salido mejor el tiro; y que errar el blanco no mancilla al escritor que falla porque, a la larga, quizá pueda demostrar que llega más lejos. Que no siempre acierta el arco donde se apunta, ¡por Dios! Y ya lo dice el refrán: «El golpe más seguro de acertarse, por darle con más fuerza suele errarse». Honrad a los merecedores hoy, y a los demás, que sigan, que sigan escribiendo, que ya les llegará la hora.

Todas las damas y caballeros aplaudieron estas palabras

conciliadoras. Los quejosos callaron, resignados, y a una señal del santiaguista Lope bajó del estrado hacia su otro asiento, pero, en su camino, una mano discreta lo detuvo un breve momento.

–Lo que hicisteis, bien hecho está. ¡Si admitiéramos a todos al certamen, no terminaríamos de leerlos ni en cien vidas!

Y luego el corregidor pasó a entregar en mano, uno a uno, el premio a cada ganador a golpe de música. Después se representó una comedia para goce de todos y descanso del corregidor, que no cesaba de pasarse un pañuelo por la frente empapada de sudor. Nadie agredió a nadie ni se sacó espada alguna.

Declinaba la tarde cuando salían todos del ayuntamiento; Lope rodeado de los premiados y de varios caballeros. El joven anónimo clavó su vista en él desde la otra acera, y supo el escritor que llegarían noticias de todo ello a Valladolid. Era la mirada de un enemigo. De un nuevo enemigo. Pero no tuvo apenas un momento para pensar en ello: vio a su criada, con las faldas recogidas en ambas manos, corriendo como una posesa hacia él. En la calle la gente bailaba y se besaba, rodeaba fuegos y bebían y comían. Pero la criada lloraba, y lo agarró tan fuerte que le desgajó la manga. Lope dejó de respirar al verla. Los vencedores se santiguaron. Dejaron de sonreír.

CAPÍTULO 6

LA VERDAD DESNUDA

En Valladolid, la alegría que llevaba semanas inundándolo todo continuó hasta el bautizo del heredero en el último domingo del mes de mayo. De día, los caballeros y nobles hacían paradas con sus caballos, corrían las cintas y los toros eran rejoneados, y, desde los balcones del ayuntamiento, el corregidor arrojaba dinero a manos llenas para júbilo de propios y foráneos. De noche, la fiesta se desbocaba entre hogueras, luces, música y mascaradas. Las fiestas, los agasajos, las comilonas, los bailes, los chismorreos y las tertulias continuaban en el palacio del duque de Lerma y también fuera de la ciudad, en su finca ribereña en la orilla del río Pisuerga, con sus jardines extensos, sus huertas y su teatro. Todo giraba alrededor del valido, como si él fuera un sol luminoso y el propio joven y festivo rey Felipe un satélite girando alrededor.

Para mayor orgullo y ostentación del bautizo, tres días antes llegó por sorpresa una embajada del rey inglés Jacobo I y, pesar de la lluvia terrorífica que sacudió la recepción, los vallisoletanos salieron a las explanadas fuera de la ciudad para ver la gran parada en honor de los embajadores, todo barro, charcos y goterones, ropajes empapados y galas deslucidas, hasta hacerse el temporal tan fuerte e insoportable que, a una orden del condestable de Castilla, todos se dispersaron a guarecerse como pudieron a las casas, mesones y aposentos.

–Ochocientos coches atascados en las puertas de la villa llenos de damas caprichosas, nerviosas y cotillas; las ruedas resbalan, los caballos piafan entre bostas y barro, los trajes empapados mojan pecheras y pechos, las plumas caen, y todo el mundo grita, cristianos y herejes comedores de riñones y arenques. Como aceitunas atascadas en un embudo de cobre. ¡Un espectáculo!

–Oh, don Luis, qué privilegiado habéis sido.

El racionero de Córdoba se acomodó en su silla, crecido.

–Privilegiado, sí, porque no cabía ni un alfiler en la ciudad. El duque de Lerma es un hombre exquisito, piadoso pero dado a la excelencia y a la vez al pecado de la soberbia. Pero para eso se dispuso la confesión de los pecados. Nuestro señor Cristo sabrá dispensar el jolgorio en gloria de nuestra patria. Y al lado de nobles, duques y condes, de arzobispos y sotanas, estaban muchos literatos de valía de nuestro tiempo. Yo entre ellos, claro.

–Y los que no estuvieron, ¿no lo son?

El más joven de la tertulia le pareció un impertinente.

–¡No, no lo son!

–Pero si yo he oído que a los ingleses los agasajaron hasta la extenuación, casi uniéndose noche y día; que les dedicaron en la finca del valido una representación teatral, que se representó El caballero de Illescas. ¿Y ésa no es de Lope de Vega, señor don Luis? ¿No es como si estuviera allí también?

El cordobés se pasó la lengua por los labios mientras tamborileaba con los dedos sobre los reposabrazos de la silla.

–Tanto Lope, Lope, Lope... Lope esto, Lope lo otro... Pues no: Lope no estuvo allí. Se ve que en Toledo está encelado y encadenado, o acaso se quedó allí por no verse ridiculizado. El gran Lope, ¡el que hace lo que el vulgo quiere! Yo, Dios me perdone, me hubiera muerto de vergüenza. Yo vi la comedia y los bostezos en el palacio del valido.

–¡No es posible!

–¡Increíble!

–¡Lo nunca oído!

–Bostezos que parecían que faltaba el aire, y eso que era tras la cena y en la nueva galería de su palacio, enorme, con tapices y cuernos,

y no se debía a los más de doscientos comensales. El secretario del valido me tradujo lo que hablaron esos herejes. «Qué obra tan larga y qué aburrida», dijo el duque de Notthingham. Y yo, que no podía callarme, tuve que comentárselo a más de uno y a más de dos, y Miguel de Cervantes, cuando se lo dije al día siguiente, rio tanto que sonaba a cascajo viejo. Se ve que el buen hombre no ríe a menudo. Su nuevo libro fue una sensación, sin embargo, y he oído que se han quedado sin libros en Valladolid, así que su impresor ya estará más que satisfecho, imprimiendo y reimprimiendo. Entre rato y rato, vi a gente de la nobleza ensimismada con sus fabulaciones de La Mancha. ¡Ah, contertulios, ahí se ve que el arte antiguo no ha de morir nunca!

Todos callaron cuando el cordobés carraspeó, se levantó repentinamente y puso ambas manos a la espalda para declamar con su voz áspera:

Parió la reina, el luterano vino

con seiscientos herejes y herejías;

gastamos un millón en quince días

en darles joyas, hospedaje y vino.

Hicimos un alarde o desatino

y unas fiestas que fueron tropelías

al ánglico legado y sus espías

del que juró la paz sobre Calvino

bautizamos al niño Dominico

que nació para serlo en las Españas;

hicimos un sarao de encantamiento;

quedamos pobres, fue Lutero rico;

mandáronse escribir estas hazañas

a don Quijote, a Sancho y su jumento.

Los aplausos y los elogios hicieron esbozar una leve sonrisa en su rostro pajizo, enjuto y de gesto seco. Pero poco le duraron las mieles.

–¿Doménico? –susurró entonces el más joven a uno de los veteranos.

–¡Sí, Doménico! –rugió el poeta con ira–. ¡Felipe Doménico Víctor, quien ha de ser el cuarto Felipe de España!

–Pues a lo mejor es que no pudo ir. Lope de Vega, digo. Si iban a representar una comedia suya, debería haber ido, pero tal vez no pudo –opinó un hombre de edad madura.

–Decidnos, racionero, por qué no se representó alguna de vuestras obras... ¿No hubiera sido más conveniente? –preguntó otro.

–¿Estaba allí Quevedo? ¿No?

La indignación le subía y bajaba de la cara. Se persignó para no ser un soberbio ni un descarado, pues no era lo que correspondía a un hombre tan religioso como él.

–Podríais pedirme que os contara sobre el soberbio semental que cabalgaba el duque de Lerma ante los mil quinientos arcabuceros que desfilaron en honor de los embajadores ingleses, o cómo el mismo valido llevó en sus manos al príncipe hasta la pila bautismal, como si él fuera el padre, o cómo al condestable de Castilla los toros le dieron un revolcón y lo dejaron tirado como un saco de patatas y sangrando por la cabeza... ¡Y en vez de eso: Lope, Lope, Lope...! No fue. Punto final en esto. No tuvo el coraje que muestran sus personajes, ¡está perdido! ¡El dominador de hembras, por las hembras dominado! Un cobarde, un necio, un charlatán, una deshonra. Queda bien claro quién es Lope de Vega.

El hombre de edad madura negó con la cabeza; decepcionado con

su admirado Góngora, se levantó dispuesto a no volver jamás a su presencia.

–Dejadme contradeciros: Lope de Vega está de luto en Toledo. El mismo día del bautismo del príncipe Felipe, domingo veintinueve, enterró a dos hijos suyos víctimas de fiebres. Sois muy mal cristiano al burlaros así de un padre sumido en la desesperación. Deberíais avergonzaros. Pensad en ello. Y pensad otra cosa también: en Valladolid estará la corte, pero aquí en Madrid es Lope el rey. Pensad en las razones de ello en vuestro viaje a Córdoba. Señores, con Dios.

Todos los pares de ojos se volvieron hacia el poeta en espera de una réplica justificativa que no llegó. Silencio sepulcral. Luis de Góngora y Argote no pronunció ni una palabra más. Se había quedado petrificado por su propia vergüenza. Quiso explicarse, quiso decir que no conocía ese terrible suceso, que si lo hubiera sabido no hubiera pisoteado el nombre de quien tanto debía estar sufriendo en aquellos momentos, pero no pudo. Para su propio asombro, pues no se tenía por un ser tan miserable.

CAPÍTULO 7

TODO PESA

Tres meses de invierno y nueve de infierno, decían de Toledo, pero para Lope no había hecho falta que llegaran los primeros calores de junio para que el Tártaro se abriera a sus pies. Todo se había dado la vuelta y puesto del revés. La casa que compartía con Micaela de Luján se había tornado de alegre a lugar de luto y pesadumbre, y ni siquiera la pequeña Micaela le despertaba sonrisas, sólo lágrimas por lo que había perdido. Entretanto, el hogar con Juana de Guardo bullía de esperanzas; su tía pasaba largas quincenas con ella, a veces llegaban vecinas y primas, y todas ponían velas a los santos y a la virgen María, porque se decía que Felipe III había reconocido su intercesión en el nacimiento del príncipe, y ellas querían la intercesión de la virgen también. Juana de Guardo ganaba fuerzas y se la oía reír. Tenía fe, y, si antes ya rezaba, en ese momento su devoción se había multiplicado; no así el afecto por su marido, y Lope no lo decía, pero sospechaba que en esa alegría había un despecho insano, como si la desgracia de Micaela le diera a Juana fuerzas y razones para vivir.

Los niños morían, los padres vivían. Toledo había perdido interés y luz para el poeta y escritor. En su estudio, cientos de libros le recordaban una y otra vez que la vida era hacer círculos, que todo se acababa en el mismo punto donde se comenzaba, que ni pajes ni nobles ni cocineros ni reyes se libraban de repetir los mismos desatinos, sufrir los mismos males, cometer los mismos desmanes y soportar los mismos castigos. Los fantasmas del pasado lo ahogaban en casa de Micaela. De la compañía de Baltasar de Pinedo acudieron varias actrices a consolarla, y allí Lope estaba fuera de lugar. Ni siquiera las miradas pícaras de una de ellas lo animaron a nada. Buscó una excusa, encontró una disculpa, y salió a la calle.

Entre callejones estrechos evitó las bostas de las mulas y caballos y

a una piara de cerdos guiada por dos labriegos que pasaban por la antigua judería, como a propósito. «Qué enigmas trae el tiempo, que todo lo muda y de todo se burla», pensó. Evitó a los especieros, saludó de pasada a un caballero veinticuatro que conocía, y por todas partes dejó ver el brazalete de luto sobre sus ropas. Al resguardo del calor en las calles quebradas de la judería torció a la derecha primero, luego a la izquierda, hasta llegar a una cuesta de chinos desiguales que descendía hasta la llanura del río Tajo, a las huertas y caminos. No tuvo que andar mucho trecho. Sin prestar atención a un caballero con sombrero italiano que galanteaba a una dama tras su reja, llegó a la iglesia de San Benito y entró, santiguándose antes tres veces y sacudiendo el polvo de la calle de sus zapatos.

A deshoras, no había nadie. Se oía en la vivienda del sacristán, en el piso de arriba que antes fuera galería de mujeres de la sinagoga, algún movimiento de ollas y cucharones, y se olfateaba un buen caldero de garbanzos con su trozo de panceta, carne magra y chorizo. «Los judíos que siglos atrás construyeran la vieja sinagoga estarán revolviéndose en sus tumbas», pensó Lope, y aún debía quedar alguno, que el dinero siempre era dinero y los prestamistas siempre eran necesarios. Las decoraciones de vegetales en los yesos calados, las caligrafías en lengua hebrea, las columnas y las ventanas ciegas lobuladas hablaban de otra época, de otros reyes. Samuel Ha-Leví, el tesorero del rey Pedro, la había hecho construir siglos atrás, eso decían las crónicas. ¿Se acordaba alguien de él? Al rey Pedro vencido en Montiel, ¿algún poeta le dedicaba versos? A los nobles que sangraron por él, como ese Pero Gil de las Torres Oscuras, ¿quién los conocía, salvo en esos oscuros papeles que a él lo encandilaban? En los libros aún vivían, si alguien los leía. Ventanas, arcos, trazos en las yeserías, en silencio callaban, adornos vencidos por el hermoso retablo central añadido y dedicado a la virgen y a su santo hijo, bajo una enorme corona celestial tras el altar católico y apostólico.

La luz que se filtraba por los huecos tallados atemperaba la penumbra. Silencio. Recogimiento. Unas velas ardían por caridad de una mano devota. Lope se sentó en uno de los bancos de piedra junto a la puerta de la sacristía. Y suspiró, mientras se santiguaba en la frente, en la boca, en el pecho, sin armas, sin pliegos, sin las

risas burlonas del escenario, sin las jarras colmadas de vino de Aranda, sin las jaranas de los actores. Silencio, sólo silencio. Y un pesar que se desbordaba.

Una puerta crujió, interrumpiendo un sollozo.

–¿Qué queréis? ¿Quién sois? –preguntó el sacristán, asomándose al espacio de oración. El hombrecillo, bajo y jorobado, apareció con una servilleta de paño sujeta al cuello de la camisa; sus manos eran grandes y ásperas, y llevaba las mangas remangadas.

–Un cristiano. Quiero sosiego. Dejadme, os lo pido.

–Don Pedro no vendrá hasta tarde, ha ido a dar consuelo y extremaunción a un moribundo a Azucaica. Ahora tocaré a una y me pondré a comer –dudó, pero después de rascarse la cabeza, se lo pensó–. Si queréis, podéis acompañarme... ¿No? Bueno. No robéis las velas, que os estaré vigilando, y Dios sobre nosotros.

La puerta se cerró. El son de un golpe de campana y un revoloteo de alas de paloma zurita. Silencio de nuevo. Soltó las manos en oración para ocultarse los ojos; que el piadoso Cristo no viera que lloraba y ahogaba hipidos. Juan, muerto. Félix, muerto. ¿Debían los hijos pagar por los pecados de los padres?

–Cristo piadoso, ¿por qué? ¿Por qué repites el círculo de mi vida y me atas al dolor con un peso insoportable? ¿No bastó que Alba de Tormes no fuera alba sino ocaso? ¿No bastaron tres vidas? O quizá no bastaron, buen Dios, señor del firmamento. Me abruma el miedo, me aturde todo. –Palideció al recordar otra cosa–. ¿Acaso tus censores no aprueban mis letras? ¿No es eso un indicio tuyo? ¿No soy digno? ¿No escribo versos en honor a tu divino nombre, para tu gloria, para tu grandeza? O es sólo un sutil reflejo de lo que hay para mí... Marcela... Oh, hijo de María, ten piedad de Marcela, que no tiene culpa, que es otra alma inocente. Y del hijo que aún ha de nacer. Los hijos no han de sufrir las culpas de los padres. Y yo..., yo te ofrezco a cambio mi castidad. Si amar es pecado, pecador soy. Si san Agustín lo dijo, ¿quién soy yo para negarlo? Si amo mal, pues, señor Cristo, no sé amar de otra forma.

Bajo una lápida de fría pizarra yacían olvidadas mujer e hijas en

Alba de Tormes, pues ni las reliquias de santa Teresa de Jesús las habían salvado de la dama negra. Isabel de Urbina, Teodora, Antonia. Sólo tras la muerte de Juan y Félix se había atrevido a recordarlas. Un suspiro en su vida, una dulce melancolía era el recuerdo de su primera mujer, una tristeza insondable su serenidad perdida. Era culpable de olvidar y de no olvidar. Adulterio. Lascivia. El arzobispo Pedro de Castro había gritado contra su teatro y su libertinaje, los gongoristas y culteranos achacaban todos los males de España a sus comedias de nuevo cuño; a espadazos había defendido palabra y honores, borracheras y damas proscritas. Ah, Isabel, Isabel, convencida, raptada, embarazada y abandonada en pos de la gloria. Pero estaba muerta. Fría. Muerta. Muerta. Helada. Muerta. Muerta. Y Antonia. Y Teodora. Y Félix. Y Juan. Muertos. Hijos todos, muertos todos. Su madre Francisca, muerta. Su hermana Isabel, muerta. Todos muertos.

–Muertos todos, señor. Misas, señor. ¿No te valen mis misas, mis limosnas? –Frío era el suelo bajo sus rodillas, pero más gélidas resultaban las tumbas. El Cristo mantuvo su cabeza ladeada en la cruz, como escuchándolo con paciencia–. ¿No te vale mi casta promesa? Recuerdo a Isabel y las niñas... ¡Qué frío hacía en Alba! ¡Qué fría es la muerte cuando te arranca un trozo de alma! Pero tú eres resurrección, señor, y todos ellos, inocentes. Porque el culpable soy yo. ¿No valen mil misas, señor, para convencerte?

–Puede que valgan.

El corazón de Lope retumbó a mil palpitaciones, queriendo salírsele del pecho. Alzó la cabeza y las manos con fervor. Cristo seguía mirándolo desde lo alto, paciente, como un buen pastor. ¿Qué era él sino una oveja errada?

–¡Señor Jesucristo, líbranos del mal!

No oyó los pasos que, sigilosos, se habían adentrado en la iglesia, buscándolo. Y quien lo buscaba había hablado con ronquera, emocionado por aquel Lope desnudo, temeroso, derribado de sus escenarios de quimeras y papeles, derrotado por remordimientos y por un pasado que se fue y que él atesoraba bien, pues Isabel de Urbina había sido un ángel. Claudio Conde había dejado que lo hiriera con su luz; el ángel, a cambio, había dejado que el amor de

otro hombre dejara huella en ella. Y esa herida, que nunca sanaría, que Lope nunca conocería, era la causa de su amistad y de sus luchas, de su odio y de su apego. De una vieja amistad viciada y solemne, inmortal y juramentada por lustros de sangre, de viajes, de tablas y de amantes, de borracheras y de juegos, de leyes y abogados burlados y de cárceles compartidas. Claudio, emocionado, se santiguó, y cuando rozó con su mano el hombro de Lope, el escritor se desmayó, sobrepasado por la pena y el deseo de creer que Dios aún podía perdonarlo.

–Pero ¡Lope! ¡Amigo! –Con reflejo felino, Claudio lo agarró por los hombros y evitó que se golpeara contra el suelo–. ¡Ayuda! ¡Ayuda, sacristán!

Claudio no podía reprocharle nada. Del sacristán obtuvieron un sorbo de vino vivificante, y de taberna en taberna consiguió sonsacarle su pena. A la cuarta jarra, a las tres según sonaban las campanas, eran menores las lágrimas y mayor la resignación. En la calle vacía, con el sol en lo alto jugando a esconderse tras los aleros desiguales como dientes rotos, se apoyaron en la pared de una de las casas en puro desequilibrio, y la vecina y dueña del lugar, que cuidaba desde la ventana las perdices que tenía al fuego, los riñó con furia al oler su aliento y adivinar sus intenciones.

–¡Guárdense, que los veo! ¡Alfonso! ¡Alfonso, sal a la calle y da a estos sotas razones para no pararse! –Pero luego la mujer reflexionó–: ¡Si tanta necesidad tienen, lléguense dos casas más abajo!

–Deja que la gallina cacaree y no respondas, que no puedo aguantarme más.

–¿No habrá allí alguaciles, señora? –preguntó Claudio con sorna.

–¡Quia! ¡La guarra de la Paca! ¡Hagan, hagan allí, sin vergüenza!

Lope se meaba de risa, de abuso y de ebriedad. Tiró del actor, que no abandonaba su palabrería, y encontraron una calleja menos transitada a la vista de los picos de la catedral. Los olores especiados escapaban a las calles; los choques de los vasos, jarras y escudillas contra mesas y tablones salían de las ventanas abiertas.

Los toledanos comían, los mesones servían viandas y los borrachos, donde podían, orinaban. Aquel paredón manchado anunciaba grandes festejos, íntimas cofradías, exaltación de la amistad. Los dos hombres, de espaldas y en precario equilibrio, callaron en un instante de concentración, hasta que el espíritu de Baco firmó en el paredón donde otros habían hecho igual antes, una meada grande y reconfortante. Aquel simple acto unía tanto como la cubierta ensangrentada de un navío español en la carrera de las Indias. Codo a codo, como tantas veces antes, cuando eran jóvenes y asaltaban burdeles sin medir palabras ni ofensas, a veces recibiendo puñadas y devolviendo golpes, otras derritiendo corazones a base de versos, durmiendo al raso unas cuantas, y, si la fortuna acompañaba, entre muslos vírgenes.

–¿Te acuerdas de Lisboa, Claudio? Casi no embarcamos en el San Juan.

–Ah, Lope... –Miró hacia abajo. Un gesto rápido para comprobar que los dos botones estaban abrochados. Soltó un suspiro de alivio. El vino aún adormecía sus sentidos–. Haz una raya en la arena y no mires atrás, amigo. El pasado, pasado es. Y deja Toledo. Madrid, Lope, Madrid. No hay aquí quien te valore tanto como en los corrales de Madrid, y lo sabes.

–Los arroyos van a los ríos y los ríos, a la mar. –Se separaron del muro, testigo de hombrías y bravuconadas–. El pasado no se olvida mientras uno se arrastre o respire; sus pesados eslabones se clavan con cada paso como en la carne de los galeotes –suspiró y alzó la vista hacia el cielo claro. Micaela estaría preocupada por él. Juana no lo esperaría hasta la tarde–. Sí, Claudio. Necesito un mesías que me salve de los maledicentes.

–Pues existe. En serio. Un duque estuvo en el Príncipe y vio una obra tuya, y luego en las gradas de San Felipe preguntó. Gaspar de Porras me lo dijo, y yo me acerqué entre los puestos en las arcadas de los bajos, abriéndome paso entre codazos, voces bravías y telas italianas, y logré hablar con él. Por eso he venido a buscarte. ¿Vendrás conmigo?

Micaela aún tosía y Marcela, a salvo de las fiebres, seguía acogida por una pariente de la criada. La actriz no quiso que Lope la dejara

sola.

–Te vas para no volver. Juana de Guardo me ha echado mal de ojo.

–No digas eso, Micaela. Venderé algunas comedias, traeré escudos para pagar al boticario y veré a algunas personas. No sé cómo dices esas cosas.

Ella lo aferró por la manga desde la cama.

–Me lo dijo una gitana en Granada. Que me olvidarías, como ya has olvidado a otras. Y que sería peor que la muerte.

–Marcela vivirá. ¡Ha de vivir, Micaela! –La besó en la frente, le besó las manos y la arropó mientras la criada se llevaba el orinal para vaciarlo en la calle–. He rezado, he pedido, he prometido. Vivirá.

–Me lo dijo, la gitana me lo dijo... –sollozó la bella mujer–. No quiero que te vayas, Lope. Tengo miedo... ¡No vayas a Madrid!

Y no bastaron nuevas palabras. En Granada había salvado a Micaela de una muerte segura, pero ella nunca le había dicho nada de ese vaticinio de quiromancia. Lope se persignó, porque no había nunca que desdeñar las supersticiones.

Lope ya se había marchado, y Claudio con él, pero a Juana no le importó. Su tía estaba convencida de que su insistencia había triunfado, que por fin él lograría un cargo administrativo y que de algo serviría que Antonio de Guardo despiezara la carne destinada a la mesa del rey. Juana dejó que su doña Dolores hablara y hablara a las paredes, convirtiendo una cántara de leche en un palacio, como en el cuento. La mujer de Lope se aferró a su rosario con más devoción si cabía. «Pedid y se os dará», dice el Evangelio. Ella había pedido sin arrepentimiento. Y Dios escuchaba. Dios la había escuchado. Había repartido justicia, había castigado a la serpiente, había humillado al adúltero.

–Hijo mío, hijo mío –gorjeó con ternura, acariciándose el vientre.

CAPÍTULO 8

DOS DUCADOS

Madrid, 16 de junio de 1605

–Y dices que ha venido, pero ¿dónde está?

–En la segunda reja, frente a la escena. El tercer piso, creo. Eso me ha dicho el alojero, que lo ha visto.

–Rápido, ¡rápido! –Alonso Riquelme dio palmadas con agresividad, haciendo que todo el mundo se apresurara detrás del tablado de la representación–. La segunda jornada va a terminar. Lope, Claudio, os toca otra vez. Poneos ya los sombreros y las capas y no os ensartéis con las espadas. Vamos, ¡ya!

Salieron a las tablas en cuanto cesó la música de las vihuelas y de las flautas y terminó el redoble de los tambores. El Corral del Príncipe estaba a rebosar. En los balcones, tras las rejas, no cabía ni un alfiler, los madrileños estaban apiñados en las bancas a ambos lados. Se había desplegado el gran toldo de lado a lado para protegerlos del sol sofocante ahora que ya se acercaba San Juan. Lope y Claudio hacían de Florencio y Beltrán, dos grandes amigos que huían de cuchilladas y celos. De Granada, llegaban a Toledo camino a Madrid, a un mesón de postas, y allí, con sus galas, se dejaban ver por dos damas hermosas a las que decidían seducir esa misma noche, solsticio de verano, larga, sofocante, mágica e insomne.

¿Quién sería el noble que había preguntado por él? ¿Acaso ese vejestorio acompañado por la doncella que se abanicaba con gracia y donaire? ¿O tal vez el hombre barbado, ese que bufaba por el calor mientras se metía puñados de almendras y de higos en su boca

de dientes desiguales? La vieja harpía de mirada penetrante a su lado daba miedo. ¿Sería joven o viejo, alguien ilustrado, de rancia familia, o un rico indiano con ansia de grandeza, cubierto de oro pero ignorante? ¿Un admirador, un seguidor de su estela? O acaso sería otra decepción.

Cuando Claudio Conde lo convenció para acudir a Madrid con premura, creyó que el duque de Maqueda sería el mecenas soñado que ansiaba todo escritor y poeta. Don Jorge de Cárdenas y Manrique de Lara era el heredero del adelantamiento mayor del Reino de Granada, un noble joven y de prestigiosa casa familiar, con influencia en la corte y miembro del Consejo de Estado, un admirador de su arte. Una roca en tiempos difíciles. Pero no. Lo mismo que tenía de joven y arrojado lo tenía de resuelto, soberbio y vengativo. Quiso Lope mostrar su mejor rostro, su agudeza más ingeniosa, y lo único que obtuvo fue desdén. El pelo generoso y revuelto del noble, su barba generosa y negrísima, sus ojos de carbón ardiente, todo era ira.

–Creí que seríais digno de mi casa, pero me equivoqué. Me informé de vos, lo que no me dijeron en las gradas de San Felipe lo supe luego de segundas. Sois un incitador de esos moriscos, y eso para mí es un ultraje.

–¿Disculpad? No... no entiendo qué decís. –«De segundas», pensó Lope, «quizá de noble a noble. Malhaya el duque de Alba».

–Hablo de vuestra obra El Bencerraje, que representasteis en Granada. Y no lo neguéis que hay testigos. ¿Lo negáis? ¿No fue una loa a la rebelión a la casa de Mendoza, que gobierna la ciudad de la Alhambra? Porque no me cabe en la cabeza esa provocación, que no parece de un digno cristiano. ¡Disfrazarse de rey musulmán en esa tierra de conversos fingidos!

–Señor duque, es una comedia. Para el pueblo, señor, ¿qué mejor honrar a cada ciudad que una comedia dedicada a su pasado? Nadie provocó a nadie, salvo aplausos. No hubo guerra, sino palabras en la escena.

–El arzobispo de Granada no es de esa opinión. ¡Qué irresponsabilidad, qué osadía alabar al enemigo agazapado como

perro en la propia casa! Las Alpujarras pululan de esos infieles que nunca debieron quedarse. ¡Los santos Reyes Católicos debieron ser más inflexibles! Ahora ya os he visto y oído. Ahora veo que tienen razón quienes murmuran contra vos.

«¿Quiénes, señor? ¿No mencionaréis sus nombres?».

–Si me critican, es la envidia. Me estáis insultando, señor.

–Pero ¿quién os creéis que sois? ¿Garcilaso de la Vega? Pues no lo sois.

–Tal vez. Vos, tampoco. ¿Os aplauden a vos?

El joven noble sacó la espada y acercó la punta al cuello de Lope. No hubo nada más que hablar. Ningún juez condenaría al adelantado de Granada; inventaría cualquier provocación, un insulto a la Corona, una ofensa a la santa Iglesia, un roce, una amenaza. Se mordió el labio, y Claudio tiró de él para evitar una desgracia. Lope no temía a esos jóvenes de buena casa y buena casta que sobre sus alazanes sementales se creían hijos del imperio, señores del mundo que con veinte años menos que él se pensaban césares, Atilas bajo cuyas botas no crecía la hierba. Pero él escribía. No olvidaría a ese rostro hermoso, ambicioso y lleno de desprecio.

Mientras Lope y Claudio soltaban sus versos y el público escuchaba hipnotizado, en una de las rejas un asistente de edad avanzada desvelaba a su señor los secretos que no todos conocían de esa obra.

–La noche toledana, señor, os lo recuerdo. Ése, el que hace de Florencio, es Lope. El que hace de Beltrán, es Claudio Conde.

–Actúan bien. Es sorprendente. ¿Lope escribe y representa?

–No siempre. Creo que hoy sabía que estaríais en el corral.

–Ahora esa mujer vuelve a salir, Lisena. Persigue a Florencio, que huye de Granada a Madrid en pos de otra dama.

–Ese Florencio es el propio Lope, que huyó de Granada junto a Claudio. Hubo un altercado en la ciudad tras una fiesta que dio el segundo marqués de Santa Cruz. Por una mujer. –El conde asintió,

eso había oído. Por Micaela de Lujan, que decían que era hermosísima, con cabellos largos, sedosos y densos de oro puro–. Pero ahí veis al autor y sus desdichas. No es ficción sino verdad. Su padre, que era bordador y enfermero, abandonó esposa e hijos en Valladolid para ir tras una joven madrileña.

–¿Y quién es Lisena? –Desde otra ventana los sisearon. El joven noble bajó el tono–: Si es que representa a alguien...

–¡Es su madre, señor, su propia madre Francisca, que persiguió a su padre hirviendo de celos, ahuyentó a la presunta amante con uñas y dientes y del reencuentro con su marido nació Lope!

El conde se quedó sorprendido.

–De tal palo tal astilla. ¿Y cómo has sabido eso?

–Admiro su teatro, señor. No lo tengáis a mal –balbuceó el asistente, como avergonzado–. En sus comedias, para quien sabe verlo, va soltando perlas de su vida. De todas formas, vive en adulterio con una actriz, tiene bastardos de ella y todo el mundo lo sabe, señor, así que quizá, después de todo, no os interese que se os relacione con él.

–Tras la cruz está el diablo, como en pos del vicio está la devoción. Eso lo decidiré yo.

–¡Fuego, fuego, fuego!

–¡Huye! –exclamó Claudio, como Beltrán.

–De qué sirve ya.

–Aventuras hemos tenido.

–Famosa la noche ha sido.

–Si ha sido, qué hora será.

–Por Dios que tienes razón, que aún no es la noche pasada –replicó

Lope como Florencio

–La una pienso que es dada.

–¡Ja! La una y aún las tres son.

–No, que ya salido debieran

las siete hermanas Cabrillas

y del cielo en las orillas

trepando al Norte subieran.

Tres horas, dos pobres hombres

en una caballeriza

haciendo mil pulgas risa

en sus cuerpos.

Lope hizo como si se sacudiera las pulgas en el escenario, arrancando risas desde las bancas.

–No las nombres

pulgas, demonios las llamas.

–Pulga vi yo, que tenía

tenazas con que mordía.

–Linda noche.

–¡Linda cama! –exclamó Claudio con ironía.

–¡Enamoraos en Toledo de las mozas del mesón!

Aplausos espontáneos. El público sabía que había conocido a Micaela, la beldad de cabellos de oro, en el mesón de la Fruta, ocho años atrás.

–Noches toledanas son.

–Sosiégate.

–Cómo puedo.

–Por qué.

–Con pulgas selladas, cada una vale dos.

–Terrible noche, por Dios,

trocara las cuchilladas

con el que en Granada está

si estos ministros envía.

–Si aquel huésped no falla,

hoy nos quedamos allá.

Pues más mal vino a mí.

–¿Cómo?

Claudio se adelantó un paso hacia el público, llevándose la mano al calzón, que estaba desgarrado.

–Al salir de la puerta

en la aldaba larga y tuerta
todo este muslo me así.
Y allá me dejé así un lado
del calzón, y traigo acá
de la fuente que está allá
el hierro que está estampado.

Claudio retrocedió. Lope avanzó en su turno.

–Tampoco vengo muy bueno yo,
porque una mula, al salir,
sin que le suele a pedir
de tal manera me dio
que traigo rota una pierna
y de aquella puerta baja
en el madero que ataja
el umbral, en la linterna
tal golpe, Beltrán, me di
que, a no ser en el cerebro,
nariz y frente me quiebro,
y vengo fuera de mí.
¡Válgate el diablo el amor,

nunca más noche en Toledo!

Aplausos, salida a escena, loas y piropos a las actrices y pitos y abucheos a los que hacían de alguaciles. Alonso Riquelme recibió felicitaciones. La caja había sido buena. Apenas se pagó a cada uno lo suyo, el asistente se abrió paso con toda su delgadez entre los pasillos tras la escena, con sus calzones greguescos que hacían de sus piernas palillos, su jubón verde y una ropilla sobre él. En cuanto Lope vio los zapatos de punta cuadrada, dio un codazo a Claudio.

–Disculpad, ¿maese Lope de Vega?

–Yo soy. Sed breve, pues partimos ahora mismo a cenar.

–Os ruego que os excuséis ante los otros miembros de la compañía. Mi señor, el duque de Cabra, se sentiría muy honrado si tuvierais a bien compartir mesa con él en una de las tertulias.

Lope se quitó las barbas postizas y el sombrero de fieltro del ajuar de los cómicos, se desabotonó la camisa y soltó la capa. Dejó la ropa de la actuación sobre un montón y, levantando el índice para exigir un minuto más de paciencia, entró en uno de los cubículos, cogió su propio sombrero y la espada, que se ciñó al cinto. El asistente enarcó las cejas, pero no dijo nada.

Llegaron al piso último, donde estaban los reservados mirando a la escena. Las gradas ya se vaciaban, aunque algunos borrachos de aloja aún se resistían a dejar los bancos que en sus sueños eran camas. El asistente lo acompañó hasta el tercero de los cubículos. Dos hombres armados que escoltaban la puerta lo miraron de arriba abajo, y lo dejaron pasar a la vez que una criada se retiraba después de llevar pasteles de carne, escabeche de perdiz, pan en abundancia y unas natas moriscas a la mesa con tapete rojo, acompañado todo de una segunda bota de vino. El duque era joven y parecía indolente. Pero tuvo a bien levantarse, limpiarse las barbas del escabeche y dejar a un lado la servilleta para recibir a su invitado.

–Su señoría don Luis Fernández de Córdoba, conde de Cabra y heredero del ducado de la casa de Sessa, cuya cabeza, su padre don

Antonio, ha sido hasta hace poco embajador de España en Roma. Una de las casas más ilustres del imperio y heredera del Gran Capitán don Gonzalo.

Era mucho más joven que él, con el pelo pardo, los ojos de avellana, la barba bien cortada. No tenía la complexión de sus antepasados; su tez era pálida, su dentadura perfecta. No, no parecía un guerrero y tampoco un avieso cortesano.

–Y vos sois Lope Félix de Vega y Carpio. ¡Gran honor! Sentaos, por favor, comed sin vergüenza. No me he perdido ninguna de vuestras obras. –Mentía fatal. Lope asintió, dejando que continuara–. Tenéis grandes amigos en Valladolid que se preguntan cómo es posible que no estéis allá, en la corte.

–Si preguntáis al duque de Lerma y conde de Sarria, os dará su opinión, o no la suya, sino la de otros. El duque de Alba, bien, es otro de los que me aprecian. El duque de Maqueda también tiene buen gusto... –El conde contuvo un gesto que extrañó a Lope–. Si a literatos os referís, los hay grandes. Qué sería España sin ellos, señor conde. Sobre por qué no voy, sabed que voy a ser padre...

–¡Bravo! ¡Mi enhorabuena!

–... y a mi mujer le prometí que nos quedaríamos cerca de su padre, mi suegro. Mi suegro Antonio lleva los mejores tocinos y los mejores perniles desde la sierra de Guadarrama a palacio.

El joven conde rio con cierta picardía.

–Doña Juana de Guardo es una mujer de virtud que os honra –como si la belleza rubia de su otra casa no fuera una razón aún más poderosa–. Algunos dicen que estáis intimidado, tanto deslumbran los artistas, pintores, escultores, vates y poetas en torno al palacio del valido. ¡Y qué palacio! ¡Qué fiestas! Nuevos poetas, más jóvenes, más gongorinos, más quijotescos...

–Señor, no oculto tiranteces contra algunos otros autores. La envidia, señor, la envidia... ¿Pero para qué quiero ir a Valladolid, si tengo en Madrid cuanto necesito? Fama, señor. Preguntad a esos que despotrican de mí, a cuánto pagan sus aplausos.

–En la cena que dio el valido al duque de Nottingham hará un mes algunos bostezaron con una obra vuestra.

–No me lo creo.

–Yo estuve allí. Medid vuestras palabras.

Lope intentó calmarse. Cerró los ojos.

–Escribir es cosa ardua. ¿Cuántas Ilíada escribió Homero, cuántos Orlando furioso plasmó Ludovico Ariosto? Pero escribir es eso, plasmar esa ansia que roe los sesos, algunas veces con más acierto, otras con menos, pero no parar de escribir. Esos... esos –hizo gestos despectivos señalando al aire con el índice– que cuentan fabulillas de mí, ¿por qué no vienen a Madrid? Preguntadles de qué tienen miedo. Se ocultan tras el valido, como si con eso las sonrisas y los aplausos fueran a prueba de turcos.

–Lope, ¿no es eso mismo lo que queréis vos? Sed franco.

–Señor conde, la Armada Invencible se hundió frente a las costas blancas de Dover porque no fue enviada a luchar contra los elementos. Así me siento yo: un orgulloso y único cascarón. El público aplaude, sí, pero son tantas las olas que se alzan que temo el naufragio.

–Bien, bien... Vuestra escritura es franca, vuestras palabras también lo son. Y yo necesito quien redacte mis cartas, ¿y quién mejor que un escritor de verbo fácil? –Lope sonrió esperanzado, atreviéndose a probar un escabeche de perdiz–. Se os conoce por vuestra pasión impetuosa, que os lleva a libar de varias flores, pero en mis servicios no quiero deslealtad. Sólo eso os pregunto: ¿daríais vuestra palabra, si os la pidiera?

–Os la daría. ¡Lo juro! –Alzó la palma derecha–. En cuanto a las mujeres, son caso aparte.

El conde rio a carcajadas.

Luego de esa noche, su viejo asistente le preguntó una y otra vez por qué lo tenía decidido. El joven conde ya trazaba planes, tácticas y estrategias en su cabeza. Era joven y ardiente y tenía títulos

rimbombantes de esos que quitaban el hipo; el rey Felipe III lo invitaba a todas las fiestas, el valido incluso reía sus gracietas, aunque no tuvieran gracia. Todo estaba a su favor.

–No, señoría, si yo me alegraré de vuestra elección, pero, por otra parte..., no sé si yo hubiera escogido a un personaje tan público.

–¡Mejor, mejor así! Pero te lo diré: si el duque de Alba lo menosprecia y el duque de Maqueda lo odia, si el valido no le hace caso y el rey Felipe lo adora, entonces, viejo asistente, entonces Lope de Vega es el hombre que necesito en Madrid. Porque la corte no permanecerá siempre en Valladolid; y esto, mi querido asistente, todavía es un secreto que no debe conocer nadie. ¿Lo has entendido?

CAPÍTULO 9

DIOS NO ESCRIBE EN LAS ESTRELLAS

Valladolid, 19 de julio de 1605

El racionero de Córdoba agradecía los días frescos, y en cuanto estuvo en pie se acercó al Hospital de la Resurrección, al rastro nuevo de los Carneros, donde lo acontecido en el último mes era la comidilla de la ciudad. Un caballero había muerto a manos misteriosas tras un duelo sobre el puentecillo del río Esgueva; se había desangrado a los pies de la casa de las Cervantas, como llamaban en la ciudad de la corte a las hermanas, sobrina e hija de su estimado Miguel. El cordobés había oído tantas murmuraciones que tenía interés en saber más, y también quería dar su apoyo al alcalaíno. Le abrió Constanza, la sobrina, siempre alegre pero en ese momento seria y demudada. Llevaba con horror un hato. El escritor daba voces ente toses, y el hedor a muerto que apestaba la casa daba arcadas. Con rostro grave y famélico, Miguel de Cervantes lo hizo pasar, mientras las criadas abrían las ventanas y quemaban romero y tomillo por todos los cuartos.

–Sangre, Luis, sangre que ha podrido las ropas del muerto. Hay que quemarlas. ¡Qué mal trance! ¡Qué habladurías hay que soportar de tanto ignorante!

–Pero ¿se sabe quién fue el asesino?

–¡Ah!, saberlo, saberlo... ¿No sabéis que la justicia es ciega? Por eso tiene los ojos vendados y las manos ocupadas, para que, si se quiere, se escapen los malos y los buenos se tiren de los pelos. A mis años, he dado otra vez con los huesos en la cárcel. ¡Qué celda tan fría! ¡Qué sopa más horrorosa! Me duele todo. Me alegro de veros. Las ratas han hecho estragos en la despensa. Han roído chorizos y

lomos, y las frutas se han podrido, y mi queso, agusanado. ¡Un mes de cárcel! –Se acercó a él, con aliento afectado por un sorbo de anís, moviendo la mano tullida y atrofiada–. Nadie dice nada... Para mí que alguno me ha involucrado. Maldito mundo éste de envidias y literatos. Pero Juan de la Cuesta me dice que no me preocupe, que ya va por otra edición, que se vende muy bien y que de mi libro puede salir un potosí..., que veo que irá a su bolsillo; y yo, sin queso ni pan ni cecina ni chorizo. Ayer salimos de la prisión, sin indicios de culpa pero culpados por maledicentes. Pero sentaos, por favor. Al menos, os daré vino aguado.

La piel apergaminada se le estiraba sobre los huesos del rostro y marcaba sus pómulos. El viejo escritor se sentó, gritando que alguien fuera a por leña y a por pan a la tahona, aunque fuera a deshoras y el sol ya estuviera bien alto.

–La casa es fresca. ¡Ah, mis libros! –hablaba y hablaba mientras, con cierta desconfianza, removía diversos pliegos que tenía sobre la mesa, juntándolos y ocultándolos de la vista de su visitante, de quien tenía buen concepto pero que seguía siendo, a pesar de todo, un rival literario–. Esto es el paraíso. Ahora estoy con un nuevo texto, del que estoy contento e inspirado. Qué mes de terror, tenerme por maleante. Yo, si alguna pendencia tuve, ya pagué. Pero no hay dos sin tres, ya le diré yo lo que pienso a don Francisco Gómez de Sandoval, y más de uno, ¡ja!, palidecerá como si le hubieran puesto una soga.

Si las Cervantas eran o no mujeres de vida fácil, Luis de Góngora no quiso saberlo ni preguntarlo. Se sentó donde le indicó con cierta aprensión. El traje sudado de su anfitrión aún olía a cárcel.

–Yo me alegro de veros, que la cárcel es nido de liendres y pudridero de malos hombres. Allí, menos la salud y la salvación del alma, se pilla de todo. Sí, me alegro de que estéis en vuestra casa. Han pasado algunas novedades últimamente... Por Madrid, me he enterado...

–¡Contad, contad! –Arrimó la silla con nuevo ánimo repentino y llamó a Constanza para que trajera el vino–. Ésas son cosas que me interesan –lo incitó.

–Sé que vuestro impresor ha enviado lotes de vuestros libros a las Indias y se frota las manos. Hay muchos que preguntan por el genial autor de la obra que todos los nobles comentan. ¿No volveréis a Madrid? Las casas están a muy buen precio, y a lo mejor os interesa...

–No mientras aquí esté el rey y la corte.

–¡Ah, pero el rey está harto de comparar su cueva con el enorme palacio del valido! Otra cosa más: sé que a pesar de las malas lenguas Lope de Vega ha encontrado a un mecenas.

–Vaya tonto será quién le dé sombra. ¿Lo conozco?

–El conde de Cabra.

–¿Ese que no tiene sangre para los toros? ¿A quien no dejaron que participara en las carreras de cañas y cintas cuando nació el príncipe, no fuera a ensartar a alguien? Tan necio y tan mala maña tiene. Pobre padre.

–Ejem. Bueno, es de una casa grande de España, bien respetable.

Miguel de Cervantes se tocó la frente mientras pensaba. A ese soberbio había que arrojarlo a los caballos. No lo conocía, al conde de Cabra; sí a su padre don Antonio, de cuando los festejos del bautismo. Pero ni un noble podía negarse al mandato de la Iglesia, y él, que leía tanto a quien le placía como al que no para conocer sus intenciones, vio el medio. Luis de Góngora podía ser la persona indicada.

–Vos que estudiáis para canónigo y sabéis de leyes, decidme, don Luis, ¿no condena la Santa Inquisición la astrología, la interpretación de las estrellas?

–La condena ¡y con fuerza extrema! –Nada le gustaba más al cordobés que demostrar su erudición. Inspiró profundamente antes de seguir–: La constitución número 17 del santo padre Sixto Quinto lo dice expresamente: condena a quienes ejercitan el arte de la astrología judiciaria para conocer el pasado o el futuro por las estrellas, o cualquier otro arte de adivinación, y también a aquellos

que leen o tienen libros de estas artes. Ya lo decía fray Alonso de Castro, que tales artes son heréticas y prohibidas por toda ley divina y humana. Invocar al demonio con uno u otro fin, en una u otra manera, constituye un acto de apostasía, aunque el demonio no conteste, como suele suceder. –El cordobés se levantó, movido por la pasión creciente de su oratoria. Qué satisfacción era hablar para otro espíritu letrado y elevado que asentía a cada una de sus palabras–. El error astrológico, que encadena la libre voluntad a las idas y venidas de los planetas, es fatalismo puro, y del mismo error adolecen todos los medios adivinatorios. Y ya quedó bien claro que las supersticiones, sean de la clase que sean, se oponen tanto a la verdadera fe como la oscuridad a la luz. ¡Magos, herejes, echadores de naipes, quirománticos..., todos son herejes! La superstición por ignorancia, no obstante –y se permitió un respiro, señalando al techo–, no es herejía en sí, pero entra en los límites de la heterodoxia y como tal debe ser condenada.

–¿Habéis leído El peregrino en su patria, de Lope? ¿No? Pues sabed que allí habla de astrología.

–Ejem, dejadme deciros también que son tantos los que echan cartas y leen las manos, desde los mesoneros hasta el rey, que si se interpelara a todos los presuntos culpables pocos escaparían de la sospecha.

–Ahora yo os diré otra cosa: en mis viajes por La Mancha conocí a mucha gente. Paré cerca de Escalona, y en un mesón entablé conversación con un guarda que gustaba de hablar de esas cosas como ciencia; me dijo que conocía quién practicaba ciencia y más cosas, y pensé que me contaría algo que podría poner en mi escrito. De Madrid eran sus dos conocidos que dominaban el antiguo arte; uno de ellos, casualidades, era Luis Rosicler. ¡Sí, hombre! Es cuñado de Lope de Vega. ¡Ahora os sorprendéis! Pintor dice ser, más de brochazos que de otra cosa, y tira cartas. Pero yo soy hombre cansado, viejo e ignorante. ¿Qué puede hacer un viejo contra los amigos del mal? Vos, futuro doctor de la Iglesia –el elogio enorgulleció al cordobés–, sabréis tratar mejor el tema.

–Así que Lope...

–¡Está en su libro, y en sus comedias!

–Pero si sus comedias tienen la aprobación del censor...

El alcalaíno carraspeó y tosió, por forzar la voz.

–¡Cuenta sólo lo que le interesa! Hay que saber interpretar lo que no cuenta. Ya lo dice; que hace lo que quiere el vulgo. Él es parte del vulgo, no como nosotros. En sus comedias está. Yo os daré el nombre de ese guardia, y vos sé que actuaréis en conciencia. Y tirad, tirad del cabo sin miedo, que algo saldrá de él, que, siendo Rosicler buen cebo, algún que otro pez pescará el anzuelo. No dejéis de advertir al conde de Cabra sobre cuanto descubráis, ¡pobre hombre!, tiene derecho a conocer quién es Lope de Vega.

Luis de Góngora no supo qué decir. La risilla cascada de su anfitrión sonó llena de malicia. Con la mano tullida se dio un breve masaje sobre el pecho; las viejas heridas parecían dolerle con el carcajeo.

–Bueno, haré por informarme.

–Dios no escribe en las estrellas –aseveró Cervantes de forma tajante. Y luego negó con su dedo índice huesudo y manchado de tinta, poniendo fin a la conversación.

CAPÍTULO 10

LAS DOCE CASILLAS

Toledo, 14 de julio de 1605

Si acaso había persona más temida en Toledo que los jueces de corte, ésa era Gaspar de Quiroga, el inquisidor. Dejó los anteojos sobre la mesa, arrojándolos con cansancio sobre una mesa colmada de papeles, mientras sonaban las campanas de la anexa iglesia de San Vicente. Su rostro orgulloso y bien rasurado, de carnes lustrosas y firmes y mandíbula ancha y fuerte, estaba sumido en la duda. Desde marzo llevaba recorriendo su distrito, y en Escalona los comisarios del Santo Oficio lo habían convencido de la necesidad de renovar o completar los sambenitos de las iglesias de la villa. La vigilancia contra la herejía no tenía fin, pues, donde hubo, podía seguir habiendo.

Porque, como lobos, se ocultaban entre inocentes. Propagaban sus doctrinas y pensamientos erráticos. Convencían en tertulias secretas. Impregnaban de esas ideas prohibidas a mentes débiles y frágiles, a las que tiznaban con su mismo mal. El Diablo no dormía nunca. Era un mal que había que extirpar. Pero no pocas veces el orgullo humano mandaba a las prisiones del Santo Oficio a pobres pecadores acusados falsamente por líos de mujeres, por deslindes de terrenos o por envidias de mercaderes. A esos falsos, también había que condenarlos con tanta o más fuerza.

–Exurge domine et judica causam tuam. Álzate, oh, Dios, a defender tu causa –suspiró el santo inquisidor.

Sambenitos. Infamia. Palabras de deshonra que en forma de capirotes cubiertos de cruces y llamas pesaban sobre las familias tachadas, hasta que de puro viejo se caían a pedazos desde las

paredes de las iglesias donde colgaban. Adornos temibles que sentenciaban a la ignominia a sus descendientes por generaciones. El lema del Santo Oficio era la fuerza del inquisidor; no importaban las lágrimas de los acusados.

Y he ahí que entre esos papeles había un caso extraño. Un sujeto de Escalona llamado Gaspar de Montemayor se había denunciado a sí mismo, según se decía, porque quería descargar su conciencia por haber creído en la astrología judiciaria, y como prueba de su arrepentimiento había dado los nombres de los dos astrólogos a los que había consultado: uno, un tal licenciado González que impartía matemáticas en Salamanca; otro, un tal Luis Rosicler, bordador y pintor, vecino de Madrid.

En la villa de Escalona a cuarto día de marzo de mil seiscientos cinco ante mí el presente secretario y ante Juan Romo de Agüero, comisario del Santo Oficio de la Inquisición, compareció Gaspar de Montemayor, contador mayor del marqués de Villena, vecino de Escalona de cuarenta y cinco años de edad...

... habló que, al saber que la astrología estaba prohibida, sintió en conciencia que tenía que declarar lo que hiciera años atrás sobre unas figuras para adivinar el futuro que le hiciera el licenciado González, matemático, sobre su nacimiento y sobre cosas que habían de acontecerle... Y Luis Rosicler, vecino pintor y bordador de Madrid... que le dibujaba figuras...

... que el declarante dice que lo que le vaticinaron, algunas cosas se cumplieron, otras no; que nunca creyó en ello porque sabe y tiene fe que sobre el libre albedrío no tienen fuerza las estrellas, sino que el sabio predomina y puede librarse de sus influencias, y porque los juicios secretos de Dios no tienen por qué ir parejos a las estrellas, y esos vaticinios yerran más que aciertan. Que tuvo curiosidad, sí, pero que no sabía que estaba prohibido y que nunca lo ha creído...

–Yo sí que no tengo dudas –dijo el comisario Romo, haciendo sonar sus nudillos–, no hay que meditar tanto. Yo lo veo claro.

–La claridad no es unánime. Estamos aquí para meditarlo todo, con ayuda de Dios.

–Si basta con lo que dijo luego.

... preguntado sobre cómo Luis Rosicler dibujaba esas figuras, respondió que en un papel hacía un cuadrado y en él dos triángulos encontrados, con lo que formaba doce casas y en ellos, conociendo el día del nacimiento y la hora, y qué se quería saber, miraba el signo o planeta que reinaba y luego los demás según los ciclos, y con unas reglas que seguía continuaba rellenando y sacando respuestas...

El inquisidor Girón tamborileó sobre la mesa con las yemas de los dedos, esperando a que Quiroga dejara de leer.

–Que si Sagitario hará a su hijo honesto, que si Venus lo inducirá a guardar riquezas, que si enfermará, que si sufrirá por una mujer... No veo nada más que palabrería de necios, no de herejes.

–Ese contador, necio ignorante, ¡miente! –exclamó Francisco de Mújica, juntando sus manos velludas para dar énfasis a sus palabras–. No era sólo mera curiosidad. ¿Cómo se explica sino que durante años hiciera caso de esas predicciones? Ah, y no hay que olvidarse que esos astrólogos son el medio por el que el maligno tienta a los descarriados. La mano larga del Diablo a través de la herejía. Y otros menos inocentes propagan la misma herejía en tertulias secretas y a voz en grito. ¡Hace bien el arzobispo de Granada en predicar contra el teatro, que no respeta ni cielo ni tierra, ni reyes ni emperadores ni religión! Y el peor de todos ellos es quien más disimuladamente lo hace.

–¿Y tiene nombre?

–Lope de Vega.

–Don Francisco –intervino el inquisidor general con su voz resonante y rica en matices–, es como si tuvierais alguna querella

contra Rosicler o contra Lope de Vega.

–«Que no se imprima ningún libro en España sin licencia real; que la licencia del inquisidor general sea necesaria sólo para las obras del Santo Oficio». El censor proclama que no hay nada contra la fe.

–¡Pero lo hay! ¡Ese Rosicler es cuñado de Lope, y es a través de la risa la manera que encuentra Satanás para conquistar voluntades y plantar su semilla! ¡Escribe como comedia para burlar a nuestros doctores y licenciados, y así, con el sello de la licencia, extender desde las tarimas de las corralas que las lecturas de las estrellas son ciencia donde tentar los caminos y juicios de Dios! Y en sus comedias hay ejemplos, él es taimado, ¡ah, sí lo es! Donde dice que las predicciones son temerarias y que no hay que hacer preguntas, lo hace para superar al censor, pero quiere decir lo opuesto; donde menciona a Jeremías el profeta, que no hay que hacer caso del cielo, quiere decir que puede leerse en él, si se sabe. Donde dice que no se pueden hacer preguntas a las figuras de los astrólogos porque están prohibidas, ya está anunciando que ahí están, para que todo aquel impío que se atreva las haga.

El comisario Romo tosió.

–Pero no se juzga aquí a Lope de Vega, sino a Gaspar de Montemayor y a sus dos astrólogos conocidos.

–¡Eso es lo que digo, que no se juzga a Lope! ¡Y se debería!

–Don Francisco, ¿no estaréis acusando sin pruebas?

–Don Gaspar, haberlas, las hay, estoy seguro, porque el Diablo no yerra, pero sí los hombres, sobre todo si se sienten confiados. Y los más confiados son los que se sienten seguros en su prevaricación.

Madrid, 16 de julio de 1605

A misa de doce en la iglesia de la Encarnación todo estaba lleno de fieles. El sacro edificio apestaba a sudor rancio, y no parecía que las

moscas fueran a largarse. Todos aguantaron pacientemente la lectura de los evangelios, la eucaristía y el perdón de los pecados. Gaspar de Porras se santiguó junto a Lope, y con las últimas palabras del sacerdote el escritor descubrió la figura de su cuñado Luis entre el gentío.

–Discúlpame, Gaspar. Parece ser... ¡Luis! ¡Luis!

No lo oía, pero Lope insistió, abriéndose paso entre los devotos que ya cegaban la entrada en su deseo de salir. Luis Rosicler se detuvo frente a una de las pilas, bien visible, para mojar sus dedos en la pililla de agua bendita y marcarse la frente. «Tienen que verme», pensó. Lope de Vega esquivó a los últimos madrileños que lo separaban de él; también él llevaba el brazalete de luto, tres meses después de convertirse en viudo. Luis ni alzó la cabeza de rizos franceses cuando Lope le puso una mano en el hombro.

–Pero, Luis, hombre, ¿ahora reniegas de los parientes?

–No, Lope. Bienhallado seas. Me ves bien, pero no es seguro que estés cerca de mí.

–Pero ¿qué dices?

–Vigilan mi casa. Vigilan mi vida –susurró unas palabras más–. Detrás de la segunda columna, ¿ves al clérigo?

Una sombra quieta allí, esperando. Luis Rosicler abrazó a Lope, como para despedirse.

–No es hombre de justicia, sino de religión –le advirtió–. Marte.

Marte. El dios romano de la guerra y de la violencia.

No entendió Lope a qué se refería, si se había metido en algún lío o asunto peliagudo, pero Rosicler calló y se marchó sin responder nada más. Lope comió con Gaspar de Porras, pero no disfrutó de la mesa ni de la conversación, ni de sus esperanzas con el conde de Cabra, que en una nueva carta le había agradecido unos versos dedicados. Había vendido nuevas comedias; con una bolsa de escudos volvía a Toledo, y ya era casi de noche cuando entró en su casa marital. Allí seguía doña Dolores; podía oír su voz aguda e

insoportable desde la cocina. Resopló y rezó para pedir que se marchara pronto. Juana de Guardo, cada vez más grávida, salió a recibirlo con andar dificultoso. Le esperaban nuevas noches de insomnio, y la escritura lo aliviaba. Si acaso, bastaría bajar un almohadón cómodo al despacho y que no faltaran brasas a sus pies; era capaz de pegar una buena cabezada entre sus velas y sus papeles, y ya se estaba descubriendo la cabeza y quitando la capa y dejando la espada en un rincón cuando su mujer habló como de pasada.

–Esposo, la cena está lista y apartada para ti. ¿Son escudos? Dámelos, que los gastaré en velones y limosnas.

–¡No! Adminístralos, que no tenemos otros. Pan, chorizo, tocino, callos, garbanzos y vino, ¡nada de ceras! ¡No más limosnas a mendigos ni a pícaros, que esta casa no es el reino de Saba!

–Lope, ¡hay que rezar a la virgen para el bien de la criatura! Ni siquiera pones las manos en el vientre para notarlo. –Lo tomó de la mano. La criatura dio una patada ocasional–. Llegó una carta de Valladolid, un admirador ha traído un pavo y un hombre preguntó por ti.

–Bien por el pavo. Y qué quería el hombre.

–Conocer si aquí vivía el cuñado de Luis Rosicler. Mientras yo reposaba, mi madre abrió la puerta y lo dejó entrar. Era un religioso, severo. Echó un vistazo a la biblioteca y se marchó. Dijo que volvería a hablar contigo por la mañana. Lope, ¿ocurre algo? –El escritor entendió que estaba bajo sospecha. Sin sangre en el rostro, volvió a cubrirse la cabeza, tomó capa y espada y se dispuso a salir–. ¡Lope! ¡Se te va a enfriar la cena!

–¡Cierra la puerta, mujer, y no abras a nadie!

A deshoras, corrió por las calles evitando a alguaciles y serenos hasta resollar, sin aliento, y alcanzar la casa que había alquilado a Micaela. «Nunca más una carta de astrología», musitó para sí. No encontrarían nada en casa de Juana, porque allí nada había. Todo estaba en la otra: los libros que explicaban la ciencia de las estrellas y la carta astrológica de Marcela. ¿No haría cualquier padre lo

mismo? No respondió ni a preguntas ni a súplicas. Cogió los libros y la carta doblada en dos y lo echó todo en los rescoldos de la cocina, y en pocos instantes prendieron, retorciéndose las hojas como mil diablos diminutos bailando al fuego. «¿No era perdonable querer saber si el futuro traería muerte o vida para sus únicos hijos vivos?», se decía. Atizó con furia las páginas y los pliegos, y las figuras ardieron vigorosamente, mientras Micaela se acercaba a él asustada, colocándose una toquilla sobre los hombros.

–Pero ¿qué pasa, Lope, qué pasa?

–¡No has visto nada! –Le asió Lope las manos–. ¡Nadie te ha leído las manos nunca ni te ha preparado respuestas! ¿Has entendido, Micaela? ¿Lo has entendido?

Se dio una palmada en la frente al recordar la carta que había dejado sobre la mesa dos días atrás y retrocedió desde la cocina al comedor.

–Micaela, ¿dónde está la carta? ¿La enviaste?

–Por Dios, Lope, claro, dejaste un real para pagar el porte, pediste que no me olvidara, e hice que Susana la llevara.

Desastre. ¿Llegaría a manos del conde? ¿O alguna mano interesada la interceptaría? Las casillas de los planetas, las palabras de los naipes, las esquinas dobladas con dobles intenciones.

En su viva imaginación, sintió los escupitajos, los insultos, el áspero roce de las sogas al poste y el abrasador abrazo de las llamas de la expiación que lo calcinaban envuelto en sus propios gritos, en una agonía interminable, irresistible, incontenible de cuerpo y alma en medio del fuego.

* * *

–¿Quién va?

–¡Juan Romo de Agüero, comisario del Santo Oficio de la Inquisición! –La potente voz resonó en la calle, y algunos toledanos se apresuraron a desbarrar las puertas y a asomar la cabeza. «Inquisición», palabra temida, asociada a un auto de fe. Ya con eso, la casa quedaba marcada por la duda. ¿Acaso no se clamaba desde los púlpitos los peligros del teatro, de las actrices, de la farándula, enemiga de la sobriedad que pedía Jesucristo para vivir según la norma de la Iglesia santa, católica, apostólica y romana? Si la figura con su sotana severa, su robusta constitución, su rostro de mármol, no impresionaba, los dos cancerberos que lo acompañaban inspiraban pavor. Se olía el miedo. Acaso porque todos tenían algo que ocultar. Juan Romo llamó una segunda vez, ya con el puño sobre la puerta, al ser ignorado por la sirvienta–. ¡Ah de la casa! ¡No llamaré por tercera vez! ¡Abrid al Santo Oficio, que no es a mí a quien negáis la entrada, sino a la justicia de Dios!

Soltó la aldaba, apretando contra su pecho hercúleo el grueso tomo que llevaba para la entrevista. Al fin, se movieron los cerrojos y se abrió la puerta.

–Señor, ¡disculpad! –se excusó la criada, agachando la cabeza y secándose las manos con un paño–, porque en tanto bajaba llamó mi señora, que está embarazada y no puede moverse, y luego vine, y además...

–¿Está Lope de Vega, sí o no?

–¡Pase, pase, monseñor! ¡Yo beso su mano y la de la santa Iglesia! ¡Esta casa es cristiana y muy cristiana!

–Menos zalamerías. Vos sois Lope. Bien, bien... Ya vi ayer vuestra biblioteca surtida. Más libros que lo que quizá sea conveniente. ¿Acaso comerciáis con ellos?

–No, monseñor. Son míos, no lo negaré. Sabed que me gusta leer y que escribir es mi oficio. Pero eso creo que ya lo sabéis.

–¡Claro! ¿Qué es esto? Política, de Aristóteles. El Diccionario de Nebrija, también. Orlando furioso... Veo que tenéis libros en francés y en italiano, y rimas diversas. ¡Ah! –Examinó los estantes con atención, sacando alguno de los tomos y apreciando al tacto la

aspereza de las tapas, los costurones de la encuadernación, el olor. Lope pensó si no estaría olfateando en busca de sulfuro y azufre–. También latín. Libros de historia, unas crónicas del Reino de Aragón y otras de Castilla. Y lecturas ligeras y copias de vuestras comedias, supongo. ¿Es éste vuestro autógrafo?

–Sí.

El comisario se sentó y abrió sobre la mesa el tomo que llevaba en mano por una página ya marcada. Lope tembló. La hoja ya había sido comenzada. Ya había anotaciones sobre él en el Santo Oficio.

–¿Qué os une a Luis Rosicler?

–Es mi cuñado. Mi hermana Isabel es..., era, su mujer.

–¿Qué habéis estado haciendo en Madrid?

–Entregar algunas comedias que tenía apalabradas y terminadas.

–Comedias. Risas. Ya lo dice Platón: la risa es fea, obscena, es un placer que provoca dolor, y es propia de locos, bufones, viles y esclavos. La risa es peligrosa para el buen y correcto gobierno. San Basilio decía que la risa no entraba en el plan de la redención divina; reír es propio de los condenados. «El Señor ha condenado a los que ríen en esta vida».

–Aristóteles también dijo que la risa es un don del ser humano, propio y único de nosotros.

–¡San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla! –replicó el comisario con energía–. ¡Cristo nunca había reído! Cristo es divinidad; la risa lo hubiera convertido en hombre. Sabéis lenguas y gramática, así que responded: ¿no estudiasteis en Alcalá?

–Sí.

–¿Fue allí donde estudiasteis también matemáticas y la ciencia de las estrellas? ¿O acaso negáis que, en vuestras obras, en estos todos libros vuestros, hay menciones a la astrología?

–Yo... Sí, las hay.

–Y si las hay, o sabéis leer los astros o los leen por vos. ¿Creéis en las estrellas? ¿En las verdades que ocultan? –El comisario dejó de escribir, atento a sus gestos, a sus respuestas–. Veo que tardáis en responder. No estaréis pensando una mentira, espero. Sabré si mentís. Responded, ¡ahora!

–Hay gente que cree en las estrellas, pero yo no sé si los sabios encuentran verdades en ellas. Yo no soy sabio alguno.

–¿O sea que propagáis una ciencia que no creéis, alimentando la ignorancia del pueblo? ¿Abusáis de ella?

–¡No! Es algo común que la gente es supersticiosa, y mis comedias reflejan eso que todos creemos.

–¿Os enseñaron o leyeron para vos el cielo, el firmamento?

–Algo me contaron, pero no presté atención en Alcalá; tenía otras cosas en la cabeza de joven.

–¡Mujeres y fornicación, seguro! ¿Creéis en Dios?

–Soy católico viejo. Sí, creo.

–¿Os enseñó Luis Rosicler lo de los astros?

–No.

–¿Leyó e hizo adivinación para vos?

–Bueno, sí. Tuve curiosidad, nada más, para dar credibilidad a mis personajes y...

–Entonces, ¿lo creísteis?

–Era... curioso.

Lope tragó saliva de forma evidente. El comisario Romo, que no dejaba de anotarlo todo, lo apuntó con la pluma. Tenía las cejas enarcadas y sus ojos semejaban puñales.

–¿Cómo que curioso? A ver, dejadme ver mis notas... He leído

algunas comedias vuestras, con varios años de separación, y hay menciones a astrólogos y adivinaciones. ¿Tanto vivió vuestra curiosidad? ¿Seguís siendo curioso por tales cosas? La curiosidad es tan nefasta como la risa, ¡es la puerta por la que el Diablo tienta a la mujer y luego al hombre!

–Y él tiene dos mujeres, monseñor... –susurró uno de los hermanos.

–¡Dos, que aquí anoto! ¡Tenéis todo para ser sospechoso! Entonces, ¿fue Rosicler quien os echó las cartas?

–Sí –confesó Lope, inquieto y descompuesto. El corazón le palpitó, se pasó la mano por el pecho.

–¿Lo habéis visto echar las cartas a más gente? ¿A vuestra familia? ¿A vuestra hermana Isabel? ¿A vuestros hijos?

–Sí. Sí. Sí.

–¿Hacéis vos lo mismo?

–¡No!

–¿Cree vuestro cuñado en la astrología?

–¡No es más que curiosidad, y por conocer el tiempo, si llueve, si hace sol...!

–Pero a veces echa las cartas para adivinar.

–Sí.

–¡Para tentar a Dios! ¿Cree él en el Diablo?

–No. ¡No, no creo!

–¿Lo tenéis por ignorante?

–No... no, monseñor.

–Entonces, ¡lo que hace, lo hace voluntariamente! ¿Y vos, lo sabíais?

–Yo... no vi mal en ello, pero no soy sabio ni teólogo.

–¡Eso ya lo veo! ¿Y no os pareció sospechoso en ningún momento? ¿No tuvisteis duda? ¿No quisisteis creer, por un instante, que las cartas os revelarían el futuro por suceder, tentando a Dios?

–¡No, él es un hombre bueno!

–¿Y vos? ¿Creéis en la tentación de la carne? ¿Creéis en el Diablo?

–¡No! ¡No!

El comisario se relajó e inspiró de forma profunda. Los rasgos de su rostro crispado se suavizaron y besó la cruz que le colgaba del cuello. Rezó un avemaría, se persignó. Después, comprobó que la tinta se había secado y cerró el tomo con un golpe seco. Como si fuera una sentencia. Lope se sobresaltó.

–He terminado –concluyó Juan Romo de Agüero, casi con una sonrisa paternal–. Ahora, es tiempo de espera. Esperad, y rezad. –Tras levantarse para marcharse, se detuvo. Olfateó, como buscando un rastro–. ¿Qué es eso? ¿No lo percibís? Ah, sí, huele a humo. A quemado. ¿Es que habéis quemado algo, quizá?

Con un gesto, los dos hermanos freires buscaron primero en el cuarto, luego en la cocina. Volvieron al poco.

–La sirvienta está cocinando. Parece que han quemado rastrojos en el jardín.

–Ah, bien, bien, bien... –El comisario no era tonto; se veía que había visto a muchos infelices actuar desesperadamente.

Lope temblaba como una hoja de otoño cuando la visita concluyó. Judas. Treinta monedas. Sentado, porque no lo sostenían las rodillas, se llevó las manos al rostro, horrorizado, sin hacer caso a la voz aguda de su suegra que quería saber desde el dormitorio que a qué razón se debían esas voces. Sus palabras habían llevado ante los hacedores de hogueras a su cuñado.

Pero podía hacer algo. Debía hacer algo. Ahora el riesgo de naufragio era cierto, estaba allí, y para sobrevivir a ello había

humillado su altivez y soberbia y había afianzado esa amistad que era su esperanza, su única esperanza. Ya había tenido juicios años atrás, pero esta vez era diferente. El cuerpo pagaría por el alma, y el alma quedaría sentenciada a través del cuerpo y del fuego que consumiría el cuerpo. Lope no durmió esa noche.

Toledo, 1 de septiembre de 1605

En la audiencia de la mañana de la Inquisición de Toledo, en primero día del mes de setiembre de mil y seiscientos y cinco años, estando en ella los señores inquisidores licenciados don Pedro de Girón y don Gaspar de Quiroga y don Francisco de Mújica, vieron la testificación recibida contra el licenciado González y contra Luis Rosicler...

–Monseñor, eso fue lo que indagué del cuñado de Luis Rosicler.

–No es poco lo que dice –respondió Gaspar de Quiroga, preocupado–. ¿Y encontrasteis más testimonios contra él?

–No fue fácil –repuso el comisario, abriendo su grueso libro de culpas–, pero, Dios mediante, poco a poco muchos más hablaron. Y todos razonaron lo mismo, en una extraña coincidencia: picaron como peces incautos en el anzuelo de la curiosidad. El Diablo anda cerca, monseñor.

Francisco de Mújica no pudo reprimir una exclamación de triunfo, luego pidió disculpas al inquisidor.

–No hay entonces duda, monseñor.

–Pues yo dudo –respondió el inquisidor–. No somos bárbaros, hemos de estar seguros antes de condenar a un hombre a la hoguera a que arda para expiar sus pecados. En este caso, a más de uno.

–Señor, os concedo esa duda –dijo Mújica–. Por el licenciado

González, sea; aceptemos esos testimonios de su madre, de sus hermanos, de sus vecinos, que hacen de su ciencia matemática y no numerología condenatoria. Sea así, os digo, y será una condena menos que os atormentará. Pero ceded a cambio en Rosicler y en Lope: en el astrólogo, por culpable; en el escritor y poeta, por necio confiado. Señor, puede servir de corrección. Haced de él un ejemplo con su muerte, ya que no es ejemplo de nada en vida. ¿Buen cristiano, dijo? Si se burla de sus votos de matrimonio, es un adúltero, un falso arrepentido y además un incitador. Que no os tiemble la mano. Yo, humildemente, es lo que os aconsejo. Las leyes son claras. Preservar la pureza de pensamiento cristiano es nuestro sino.

–¿Y vos, Juan, qué decís?

–Yo lo condenaría. Sus ojos y palabras dicen de él que es culpable. Es merecedor de un sambenito, de apuntarlo en la lista para el próximo auto de fe. Pero, señor, he rezado, y digo que eso es lo que yo haría, no lo que debiera hacerse, porque no tengo certeza absoluta, y en la duda hay que hablar a favor del reo.

–¡Dejad que arda, que Dios ya distinguirá a los suyos!

–No son tiempos de cátaros, Mújica.

–Monseñor, no; es tiempo de falsos conversos, de moriscos mentirosos, de judíos avariciosos, de vagos redomados, de herejes holandeses. ¡Fuego, digo yo!

El rostro carnoso y rasurado del inquisidor se volvió hacia el licenciado.

–Francisco de Mújica, es como, si en vez de atender a la lógica, tuvierais una animadversión contra ese Rosicler, y sobre todo contra ese Lope. Un encono especial, un odio concreto contra él. Sí, sí, no lo neguéis. Como si alguien os hubiera aleccionado a convencerme de... algo. –El aludido calló abruptamente y enrojeció–. A pesar de vuestra vehemencia, yo sigo en duda. Y, si el comisario tiene duda, dos contra uno. He rezado una semana entera pidiendo a Dios iluminación, y la duda no se ha disipado. ¡Hay tanto pagano y hereje por el mundo que no voy a dedicar más

tiempo a este caso! Lo tengo claro. Está dicho, entonces.

–Monseñor, yo... –protestó Mújica con altivez e indignación, pero el inquisidor Gaspar no lo dejó continuar.

–¿No será que vos sois el tentado? ¿No estará el Diablo hablando por vos para quemar a un inocente? ¡Sed honesto! ¡Mirad en vuestro corazón, si todo lo que afirmáis lo defenderíais en un juicio!

El resultado fue fulminante. Mújica calló y agachó la cabeza, temeroso.

–Entonces, dicho está. Terminemos el acta.

... los señores inquisidores licenciados don Pedro de Girón y don Gaspar de Quiroga y don Francisco de Mújica, vieron la testificación recibida contra el licenciado González y contra Luis Rosicler y, conformes, dijeron que esta causa se suspenda, y lo señalaron.

(se firma)

–Señor inquisidor, no obstante el acta firmada, dejadme señalar algo más que noté en la visita y que no reflejé en mis notas. –El comisario sonrió con astucia–. Cuando inspeccioné la biblioteca, me fijé en un detalle curioso, que no es la primera vez que veo algo parecido. Cuando los libros se dejan en un estante, es costumbre de quien lee dejarlos en el mismo lugar por mucho tiempo. Siempre en el mismo sitio, en el mismo hueco, porque el hombre es animal de hábitos. Luego pasan los días, las semanas, los meses, los años..., y el papel envejece, como lo hacen las personas, se reseca, se cuartea, se amarillea... Pero sólo donde le da la luz. Y si se tiene al lado de un libro alto un libro de dimensiones menores, el sol hará que deje una marca. Se verá que las sombras encajan con libros adyacentes y donde no encajen...

–¡Seguid, seguid!

–... o bien significa que se han removido los libros de orden y sitio, o bien, si además hay holguras, que falta algún libro, retirado del estante en un momento reciente. Quizá, en un momento precipitado. Quizá, porque ha sido eliminado, prestado, ocultado o quemado. Pero sólo pude constatar cenizas de una quema de rastrojos. En fin, la duda la tengo, no tengo nada más que decir –sonrió al recordar el pavor de Lope–. Si hubo o no hubo libros prohibidos o cartas inculpatorias, no lo sé. El pueblo estará contento, sea la risa algo insano o no.

Luis Fernández de Córdoba fue informado del acta de la sentencia y quedó satisfecho. Era cuestión de aprecio, nada más. El peso del nombre de su casa aún era considerable, y su padre Antonio, embajador durante tantos años en Roma, tenía buenos, muy buenos contactos en la curia. Y era señal de cuánto aprecio parecía mostrar Lope por él y de cuánto acierto había tenido Luis Rosicler en la carta astrológica que el escritor le había hecho llegar antes de que el comisario del Santo Oficio le preguntara con tanto interés por él.

... os preguntarán y querrán juzgaros y esta carta será advertencia de que seáis prudente. Marte querrá sacar la espada y llevar fuego a vuestra casa, pero el insomne lo impedirá, el mismo que loa esta carta, que hará por serviros más allá del deber, un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo. Júpiter traerá grandeza, y Venus amores, y entre ambos, como una luna, girará aquel que hace versos. No dudéis, tomadlo. Mil años de gloria por ello...

–Llegó está carta, señor. –El viejo asistente le entregó un billete doblado.

El conde lo recibió en su casa familiar. Dejó a un lado la carta astrológica y desdobló el pliego. Era de Lope de Vega. Debía estar contento, el buen hombre.

A su excelencia el conde de Cabra, a tercer día de septiembre:

En cuanto me enteré, fui a buscar a su excelencia con unos versos para vos y sentí no hallarlo, por agradecerle que días atrás me hiciera tan gran favor que me quedé deudor y que me hizo ver que en vos se juntan todos los dones propios de mi idea de un perfecto príncipe. Y esto no es lisonja, ni es por interés, sino la verdad. Regresé luego a Toledo. Hace no muchos días que hice imprimir unos versos míos en un libro llamado Rimas y por gusto mío y hacia vos los juntaré con otros según encuentre y otros nuevos según los vaya escribiendo, y los enviaré a un amigo que tengo en Valladolid para que los ponga en vuestras manos.

También le envío este librito de las Fiestas de Toledo, donde hay los versos de algunos poetas y una declamación mía que hice al ayuntamiento de esta ciudad y que quedó bien, y cuatro libros de las Rimas por si allá no los hubiera, y perdóneme que vayan sin encuadernar porque cuando el mensajero me avisó para recoger el envío ya se marchaba a todo correr, tan deprisa que no sé si acertará a leer esta carta, pero por mis entrañas que cuando veo un príncipe que trata de honrar las letras le hago un altar en mi alma y lo adoro por cosa celestial y divina.

Envié también mi Jerusalén a Valladolid para que el Consejo le diera licencia. La imprimiré raudo y le prometo el primer ejemplar. Lo he escrito en mi mejor edad y con más madurez, diferente a otras obras de juventud donde pesan más los apetitos que la razón.

Advierto a vuestra excelencia que tengo que escribir, que escribo mucho, por eso no se canse de leer, que cuando quiero soy inoportuno y lo tengo en alto aprecio. Que Dios le dé larga vida.

Lope de Vega

–Y los libros, señor conde. –El asistente le mostró un paquete envuelto en papel con un cordel anudado sujetándolo todo–. Se ve aquí un golpe en la esquina. Será del viaje del mensajero.

El noble hijo del que fuera embajador de Roma seccionó el cordel

con el abrecartas, rasgó el envoltorio con cuidado y tomó uno de los libritos, el de las fiestas de Toledo. Olía a tinta, el papel era bueno, se notaba el gasto de la alcaldía toledana hacia la Corona. Pasó la portada y, tras las guardas, en la primera página, leyó una dedicatoria:

A su grandísima excelencia don Luis Fernández, de la Casa de Córdoba, de parte de un escritor humilde, a un sol brillante y protector. Ya hubiera querido el ciego Homero tener a un tan ilustre mecenas.

Elogiado, el conde de Cabra se decidió, por fin. Dejó que su intuición lo guiara. Los devolvió a su asistente.

–Haz hueco a una balda completa en la biblioteca y ponlos allí, salvo éste.

–Sí, señor conde. ¿Pero cuáles quito?

–Cambia de sitio El Quijote, y esos versos de Góngora, lejos de éstos –explicó con guasa–, no sea que se peguen y se hagan daño.

Sí. Necesitaría a Lope. Madrid se preparaba para una revolución.

CAPÍTULO 11

EL RETORNO DEL REY

Madrid, 4 de marzo de 1606

Pocos lo sabían salvo los regidores y el brazo largo del valido, pero, al permitir que se propagaran los rumores, la villa casi paralizó su vida aquel día, tregua de lluvia, en el que las campanas comenzaron a tocar al divisarse al fin la larga comitiva desde lo alto de las torres del Alcázar. Más de mil seiscientos carruajes que varios días atrás habían salido de Valladolid rodeados de la guardia real, piqueros y arcabuceros a caballo, entraron en Madrid. Hidalgos, barones, vizcondes; condes, marqueses, duques. Letrados y licenciados, secretarios, asistentes, menestrales; canónigos, coperos, escribanos; truhanes, fulleros, prostitutas; ladrones, homicidas, mercaderes sin escrúpulos, prestamistas, capeadores; echadores de cartas, astrólogos, enanos patizambos, escritores. Y el rey Felipe y la reina Margarita, junto al infante heredero y sus hermanas, a la par del coche ostentoso del duque de Lerma, encabezaban aquel ejército trashumante de miles de personas que invadió la ciudad junto a la ribera del río Manzanares. Los madrileños aplaudían y vitoreaban, y los lacayos de librea del valido arrojaban reales y escudos a puñados, enardeciendo a las multitudes por el retorno de la corte.

La Junta de Aposento estaba desquiciada. Las listas de criados, mayordomos, lacayos, soldados de tercios y guardias de su majestad no cesaban de crecer y crecer. Incluso el mismo día de la llegada los aposentadores seguían registrando a todo correr las casas vecinales en busca de esas habitaciones escondidas que los villanos tabicaban para ocultarlas, quebrantar la ley y no dar cobijo a la gente de palacio. Los aposentadores, protegidos por algunos alguaciles, se desgañitaban a voces a la par que agitaban papeles a manojos

exigiendo la ley contra vecinos cabezotas que negaban y renegaban si aquella ventana les pertenecía o si era otra cosa aparte de granero o buhardilla de trastos.

–¡La ley lo dice, esa habitación es para el rey!

–¡Idos a la mierda! ¡Os digo que esa ventana no es mía! ¿Habéis encontrado puerta? ¿No? ¡Será de otro!

–No, no. Esto es increíble. No cuadra nada, qué mala partición. ¿Ni siquiera sois Hernando Gómez, techador?

–¡Que no, preguntad a cualquiera! ¡Os dirá lo mismo: Francisco de Páez, un servidor, espartero!

–¡Entrad, entrad! –ordenó el aposentador a los dos alguaciles.

–¡Aquí no entra ni Cristo!

En el forcejeo, los papeles volaron como palomas asustadas, liberadas de las manos desquiciadas del aposentador. Los alguaciles agarraron de los brazos al vecino y lo metieron a la fuerza en la casa, mientras desde la cocina se oyeron en la calle gritos de mujeres. Luego calma. Luego de nuevo la puerta, y después insultos y burlas. Un perro desgarró algunos pliegos, y lo espantaron a patadas, recogiéndolo todo del suelo húmedo en tierra. El aposentador había sido burlado. Esa ventana, cosa del diablo, no daba a ningún cuarto. Marcó en el papel la línea con una equis. Era ya cerca de la una, y la lista seguía y seguía. Tanto secretismo se había tenido con la llegada de la corte que no hacía ni dos días que se había iniciado la comprobación y asignación, y no había tiempo que perder.

–¡A la siguiente casa! –Aporreó la puerta de la casilla baja–. ¡Abrid a la Junta de Aposentos! ¡Abrid en nombre de la ley! –La voz se le quebró en la garganta irritada, un gallo desafinado seguido de una tos desesperante–. ¡Agua, alguacil, agua!

–Como no quiera la de los charcos, porque, de lo que es de los vecinos, creo que ni agua.

–¡La puerta, aporread la puerta! –señaló el aposentador con ahogo,

mientras se recomponía y ordenaba sus papeles.

–¡Quia! ¡Que ahí no vive nadie! Francisca murió, y su hija también. ¡Llaman en balde! Y a la hora de comer, válgame Dios –criticó un vecino que llegaba con un asno y sus serones vacíos.

–¡Pues yo oigo a gente y se ve un penacho de humo escapando por la chimenea! ¡Abrid! ¡Abrid, condenados!

La risa ahogada de Micaela la hacía infinitamente más hermosa. Sobre el escritor, alzada y con las manos apoyadas sobre su pecho mientras la larguísima melena de bucles dorados los ocultaba del mundo como si un velo mágico fuera, la actriz y madre de su querida niña Marcela gozaba desnuda de su hombre, al que observaba con adoración. Lope le puso el índice en los labios, pidiendo silencio, pero ella, juguetona, lo paladeó con delectación como si fuera una gata glotona lamiendo miel en la mano de su dueño. El brasero chisporroteaba. La doble manta cubría parte de la espalda de la mujer; la colcha yacía derrotada en formas imposibles sobre el suelo frío, a un lado de la cama. Los golpes se espaciaron, más fuertes.

–Por Dios que van a echar la puerta abajo.

Pero ella no le prestó atención. Cerró los ojos, echó atrás la cabeza y volvió a balancearse, rozándose con él, buscando ese placer que se escondía en sus entrañas y que, de nuevo, volvía a ser suyo. Su esposa quedaba lejos, a leguas, a eras eternas de distancia. Que Juana de Guardo se recluyera en Toledo, que en Madrid no podría alcanzarla. Agarró las sábanas como si la gata quisiera desgarrarlas con las uñas, sintiendo que Lope volvía a jadear a la par que ella. Que volvía a tomar posesión de lo que era suyo.

–Lope, Lope, ¡Lope!

Lo besó con furia, le mordió los labios hasta hacerle sangre, y cabalgaron ambos en un ritmo endiablado, como si Penélope quisiera recuperar en un instante diez años de ausencia de esposo, como si Ulises aún recordara las promesas carnales de Calipse, hasta culminar con un largo quejido, ajenos a voces y a puertas rotas, a ruidos de pasos precipitados sobre escalones quejumbrosos, a

pestillos forzados en la agonía final del éxtasis. La puerta de la alcoba se abrió de golpe. El aposentador, convertido en piedra por la mirada de una medusa rubia y resplandeciente, no dijo ni palabra. Los alguaciles tragaron saliva, perros hambrientos y envidiosos de hembra. Lope estaba mudo en su propio éxtasis. El aposentador alzó las manos, derrotado y abochornado, y dio pasos atrás, alejando también a los alguaciles, y luego entornó la puerta, concediendo algo más de tiempo y paciencia.

Los dos amantes se abrazaron y rieron. Exhaustos, culpables, juntos.

Las ventanas se abrieron al fin y la luz inundó estancias largo tiempo cerradas y con olor rancio a polvo y a humedad. Las atmósferas viciadas se revolvieron en volutas de partículas enfrentadas a la nueva claridad, removidas con los pasos rápidos de los sirvientes y criados. Se airearon sábanas, se barrieron cocinas, se buscó agua y leña. La Casa de Córdoba volvió a engalanarse después de casi dos meses de luto. Don Antonio había muerto de fiebres en enero. Luis Fernández de Córdoba, conde de Cabra, era ya el sexto duque de Sessa. El viaje había sido espantoso, con agua y heladas hasta cruzar los montes de Guadarrama. Pero ese día ya habría grandes festines, día y noche, para celebrarlo todo.

–Y ya está. El rey y la corte aquí, otra vez. ¿Qué es eso, Bermúdez?

–Pues... un buen motón de cartas, aún pendientes de abrir y responder. Como van a vuestra atención y habéis estado ausente... Tened.

–¡Buf!

–Se las paso entonces a vuestro secretario y...

–No, no. ¡Con lo aburrido que es! Se me ocurre algo mejor. Llama a uno de los mozos. Creo... –El duque se levantó del sillón y buscó por entre su mesa revuelta. Algunos legajos atados cayeron al suelo. Rebuscó por un lado, levantó por otro, quitó una carpeta de lazos con una escritura y al fin halló un pedazo de papel, con un nombre y una dirección–. Sí. Aquí está. Que sea mozo discreto.

El aposentador salió blasfemando de la casa de los padres de Lope.

Era una casa intrincada, que en el bajo compartía cuadra; en la entreplanta tenía un entrante de la casa del espartero, y en los tejados las cámaras estaban tabicadas con particiones a mala idea y mala leche, que ya no sabía uno qué apuntar ni qué decidir. Mientras, la criada había regresado con Marcela y con la cesta de la compra de ver a los reyes, había encendido fuego y había puesto a punto la olla de mediodía. Los olores a tocino y a garbanzos lechosos y la media gallina en caldo terminaron por agotar la paciencia de alguaciles y aposentador, a quien las tripas rugían como gatos dentro de un saco. Apuntó un cuarto disponible y media cuadra, y tachó y firmó en la lista.

–Y dad gracias de que voy medio contento. Ya os diré quién llegará a vuestra casa. ¡Con Dios! ¡Las tres y largas, madre mía, y yo sin probar puchero!

–A comer, señor –anunció la criada, bien rolliza y de poca alzada.

La madre daba el pecho a Marcela. Y Lope ya cerraba la puerta cuando llegó un mozo a la carrera preguntando por él.

–Entonces, esto es para vos. Del duque.

Era un fajo de correspondencia formado por billetes y cartas lacradas.

–¿Cómo?

–Del duque de Sessa, maese Lope.

–Pero, pero... ¿qué quiere el duque que haga yo con esto?

–Que las respondáis. Mañana vendré a recogerlas. –El trabajo era farragoso. Y ya tenía la tarde planeada–. Y no, no digáis que no, porque no conocéis al duque enfadado. ¡Qué genio! Yo... olvidad que he dicho eso, os lo ruego. Mañana me pasaré. Con Dios.

El escritor cerró la puerta con incredulidad. Esa tarde ya no podría ir al teatro, ni por las librerías, ni quedar con Claudio, ni dedicar tiempo a sus comedias atrasadas y aún por terminar. Caminó como sonámbulo hasta el cuarto donde escribía, aún confuso. Qué hambre tenía. Pensó que lo habían engañado, que le tomaban el pelo, que el

mozo se había confundido de destinatario. Pero no, lo había reconocido. Volvió a sopesar el mazo de cartas y el peso del paquete. Bufó con indignación al pensar que tendría que estar toda la tarde allí encerrado, y, si se prolongaba, toda la noche, y si se atoraba, toda la mañana siguiente. ¿Pero es que pensaría el duque que él trabajaría gratis? ¿Qué significaba ese secretismo? ¿En qué trato se había metido? Y aún no había comido.

–¡Y esto, para mañana! ¡Válgame Dios!

Tenía ganas de ver a su amigo Claudio, pero no pudo ser. Micaela pidió dinero para comprar un tejido, y tampoco pudo acompañarla. Cuando pasaron unos músicos tocando el rabel, se acordó de la corrala a la que no pudo ir. Llegó la noche, cenó con desgana. Su amante durmió a la niña y después, con carantoñas, le sugirió su necesidad de cariño en el lecho; se quedó refunfuñando atado a su silla, a su escritorio, a su montón de papeles, a su brasero casi apagado, y Micaela se fue dando un portazo y poniendo el grito en el cielo.

–¡Escribiendo, siempre escribiendo! ¡Siempre! ¡La noche no es para escribir!

Lope se desesperó. Llevaba meses dedicando horas y horas a recopilar todas sus comedias. Estaba harto de todos aquellos desalmados que ponían sus nombres a las comedias que él escribía y luego las imprimían y las vendían a un precio que era un robo. Robo para quien las compraba y robo para él, pues le quitaban reales que debían ir a su bolsillo. Tenía mucho que ordenar y volver a copiar. Un primer tomo había ya salido de imprenta, un segundo estaba preparado para los tipógrafos y tenía el tercero entre manos. Y todo eso, que lo desvelaba, lo tenía aparcado por la llegada de ese mozo del demonio y su mazo de cartas aburridas e insufribles.

–Aquí, una de un deslinde que un regidor no acepta... Otra, uno que se lamenta por la muerte de don Antonio y que se congratula por su heredad... A ver qué le respondo. Ésta, uno que pide un favor para interceder en un matrimonio; un labriego de Córdoba que pide dote para su hija al ser siervo suyo; un canónigo que pide donación para rehacer el tejado de un iglesia... Dios santo, para qué demonios me necesita, si tendrá a su licenciado de leyes.

Suspiró. Pero incluso en lo tedioso él podía ser creativo. A lo mejor, eso era lo que el duque quería comprobar, porque tendría otros siervos, pero escritor como él, no. ¡Seguro! Se restregó los puños por los ojos, bostezó y deseó que aquella noche terminara.

Claro que a lo mejor lo ponía a prueba como podía probar a otros. Lope refunfuñó y dejó de escribir. Quizás otros escritores le habían pedido que los acogiera. Quizás habían hablado mal de él; enemigos no faltaban, y esos dos..., ¡esos dos que roían en envidias ajenas para hacer daño sin medida! Quizá, quizá... Demasiados. Y aún no se vislumbraba el alba. La casa dormía.

–Pero, hombre, sigue, que esto no se acaba nunca... –Volvió a coger la pluma, a mojar la punta en el tintero y a escribir nuevas palabras.

Al poco se detuvo de nuevo. Tembló de frío, se levantó y dio algunos pasos en el cuarto, entornando la puerta para no molestar a nadie. Las tres velas titilaron. Tras los cristales de las ventanas, la oscuridad era casi total. Luna menguante y nubes bajas.

–Podría ser, podría ser...

Juana de Guardo lo había hecho padre antes del final del año. Un niño, un heredero, un nuevo mamoncete que no dormía de noche ni paraba quieto de día, berrinche tras berrinche, con sus lloros agudos como puntas de tijera que perforaban tímpanos y destrozaban paciencia y templanza. Así que, con la excusa de la corte, Lope había trasladado a Micaela a Madrid, y allí, con ella, había goce y reposo. Y podía escribir también, con Marcela dormida. ¡Qué niña más buena, qué bien dormía! ¿No sería que su suegro Antonio y doña Dolores habrían hablado con alguna persona de cuna noble para que Juana y él y el niño dejaran Toledo y regresaran a la de nuevo villa de la corte? Así, nieto y parientes estarían más cerca.

–Puede ser, puede ser...

Volvió a sentarse.

Pero Juana no le había dicho nada, aunque, ya puestos, poco se decían en los últimos meses. Si fuera así, entonces el duque no era un admirador embelesado por sus palabras, sino un noble atosigado

por pobres pecheros y gente de la calle que boqueaban entre la pobreza y la delgada frontera entre vida y muerte.

–Como peces. –Pero luego se acordó con tristeza de su hermano Juan, muerto frente a ocho velas holandesas en el mar por la gloria de la Invencible Armada–. Como náufragos...

Y, aunque estaba cansado, ese recuerdo lo llevó a otro, y de ahí a una idea, y de la idea, a una nueva comedia que surgía a toda prisa como un torrente ante sus ojos. La tenía que transcribir ya para no olvidarla. ¡Pero no! Allí estaba el mazo, haciendo cenizas el nuevo argumento, que se deshizo al sopesar pasión y obligación. Resopló con hartura, pero debía hacerlo, imaginarse que escribía como si fueran diálogos de personajes. Oyó un ruido.

–¿Quién va? –preguntó con voz seca, irguiéndose. Quieto, alerta, estático.

A veces, en el momento que precedía al alba, los espíritus advierten a los vivos. Eso decía Luis Rosicler. Quizás el cansancio lo hacía soñar, y en las sombras se veían espadas roperas, capas, sombreros de ala inclinada, mujeres y freires prestos a encender hogueras.

Temor.

Nadie.

Sonó un galló. Llegó el alba, lejos por el este, en forma de una sutil y delgada claridad. Madrid se desperezaba, los nobles y grandes de España habrían disfrutado de una cena pantagruélica en palacio con los reyes, habrían gozado después de una buena cama y de los placeres y goce de la carne. Don Luis, su mecenas, habría festejado con sus amigos ricos y desahogados una celebración más. Y allí estaba él, Lope, sin dormir, irritado, aburrido, solo y agotado. Las últimas palabras que escribió parecían hormigas aplastadas por un negligente. El sol salía. Los asnos cantaban al nuevo día. El estómago le sonó como un trueno de santa Bárbara. La vela de los doce apóstoles en el huerto de los olivos no debía haber sido menos larga.

–Pero está terminado.

CAPÍTULO 12

UNA ETERNIDAD PARA LAMENTARSE

Desesperación. Era tanta la correspondencia que el duque le remitió después del primer mazo que Lope se agobió.

–Hércules no sudó menos.

–Exageras.

–Qué va, Claudio.

¿A santo de qué lo empujaba a aclarar asuntos de jurisdicciones de sus fincas? ¿O a enviar una loa al rey para asentar su valía y defender una merecida recompensa, un esforzado honor? O respondía a cartas de novios de sus territorios, que se ofrecían a él, su señor, como era costumbre, para solicitar su protección y cobijo. O bien debía atender las cuitas y cuentas de alguno de sus pueblos o villas.

–Como si yo fuera un contable, un contador de monedas.

–Te quejas de todo.

Si malas eran esas respuestas que requerían resmas de papel para contestar en embrollada palabrería, malo era también el mozo que el duque había asignado como intermediario.

–Yo creo que o es tonto o es el actor más capaz del mundo conocido.

–Querías un mecenas, un protector, y encima te quejas, Lope.

Y lo peor no era eso; lo peor era que buenas palabras sí, pero dinero poco o ninguno. En eso, el duque de Sessa, tan rico él, se parecía al de Alba en lo mismo, en ser un pagador olvidadizo.

–Será porque tendrá queja.

–¡Qué queja ni qué niño muerto! –El escritor se persignó un instante después, arrepentido–. Si está más contento que nunca.

–Pero, entonces, dime, ¿te ha nombrado ya secretario suyo o no?

Eso era lo raro del caso. Lope sabía, por su experiencia en Alba de Tormes, que lo establecido y usual era que cualquiera que entrara dentro de la servidumbre de una casa noble quedaba anotado y que se debía dar traslado del asiento a la Sala de Alcaldes, indicando su ración diaria y su salario, y con ello ya podía firmar como tal cargo. Pero eso no había sucedido. Habían pasado meses desde la llegada de los reyes a Madrid, la capital se colmaba poco a poco de hambrientos labriegos y ansiosos hidalgos flacos y con migas mentirosas de pan entre los pelos ralos de sus barbas, y el duque seguía actuando con secretismo y silencio, enviando a su mozo por la tarde con misivas y por la mañana siguiente para recogerlas.

–Ese mozo tiene menos sesos que un mono borracho. ¡Pues no que el duque me recriminó que aún esperaba meses atrás unas cartas urgentes para responder a un desagravio!

–Se te olvidaron.

–¡Que no! El muy tarugo del mozo, que ni sabe leer ni apenas barrunta más allá de lo justo, dijo, como si le hastiara, que las había arrojado a un pozo camino a casa de don Luis, y todo «por no perder más tiempo en unos papeles». Tendrías que verlo; da miedo de lo tonto que es.

–Gente así llega a regidor, o más alto.

–¡Búrlate, encima!

¿A qué tanto secreto? ¿Se arrepentía don Luis de tener trato con él? Nunca lo invitaba a su palacio. Pero las cartas seguían llegando. Las horas se le iban, atosigado por gentes y problemas que no le concernían pero a los que había que dar respuesta.

–Pero te paga, ¿sí o no?

–Calla, calla... Día sí, día no le recuerdo que tengo que comer. Y desde que estoy con su correspondencia me faltan horas de sueño. –Bostezó de un modo tan ostentoso que los parroquianos de la taberna callaron para observarlo–. Ya te digo que paga tarde.

–Ese sueño, ¿no serán tus hijos?

¡Ah, Marcela, bonita niña como Micaela! ¡Ah, Carlos Félix, carne de carnicero! Ambos le quitaban el sueño y lo encerraban en casa. En sus juegos con cada uno, Lope se arrastraba como si fuera una montura, otras veces como si fuera un león. Alegría era hacer que se comía sus pequeñas manitas entre sus risas. En ambas casas, sus criaturas eran reyes y tiranos de su tiempo, y sus mujeres, mandrágoras que igual le lanzaban miradas envenenadas como lo urgían a la cama, queriendo cada una en su reino desgarrar esas ropas que olían a la otra, rozarse contra él para anular los olores de su enemiga, apoderarse de esa hombría insaciable que hacía de Lope alguien feroz e inagotable para dominarlo hasta el agotamiento. Arrastrarlo a la locura.

–Estoy derrengado, Claudio.

–¡Dichoso tú, amigo!

Dichoso, sí, o loco, porque con los ducados menguados que entraban en sus bolsillos para mantener a dos fieras, dos hembras, dos casas y sus criadas, Micaela se había quedado otra vez embarazada.

–Estará contenta Micaela.

–Juana está de uñas.

–¡Otro español más para defender al imperio!

Ya lo defendían bien otros, que la guerra cuanto más lejos mejor.

–¿Te acuerdas de Lisboa?

–Me acuerdo. Me acuerdo de que tuve que buscarte antes de la partida del San Juan entre tabernas y lupanares, en plena noche, ¡juerguista procaz y depravado!

–Eran guapas esas negras de las Azores.

–Dime qué escribes ahora.

–¡Lo último! ¡Gran prosa! ¡Narración que hará época! De las cruzadas, que exalte la Santa Cruzada. ¿No hay aires de queja y revuelta en el sur, con tanto morisco falso y con tanto marrano? Creo que es lo mejor que he escrito en años.

–Sí, sí, pero ¿cuándo tendrás la licencia?

Eso era lo malo, que no le quedaba tiempo para nada. Arrancaba horas a la madrugada, y todo era desesperación, porque no podía escribir más rápido.

–Dime al menos el título, Lope.

–¡Ah, no puedo!

–Tu hijo vendrá con un libro bajo el brazo en vez de con una hogaza. No, no, no te rías, aparta de mí ese cáliz. No quiero hijos aún, me siento joven todavía, y los niños son cadenas. Quiero respirar de par en par, comerme el mundo. Comerme Valencia, Sevilla, Zaragoza, Madrid.

–Vergüenza debería darte. Te va a dar un cólico y yo, mientras tanto, puro pellejo. Paga tú estas rondas.

–¡Ja, ja, ja! Anda, maleante, que no se te nota que tu suegro está contento con tener nietos nuevos y que te regala tocinos y chacinas. ¡Una jarra más, Lope! ¡Tabernero, oye!

Entre tanta palabra, Lope sólo dejó sin mencionar una cosa, algo que sabía que enfurecería a Claudio. Algo que ya había hecho en el pasado que su amigo dejara de hablarle. Que se sentía contento, ufano, esperanzado. Su maldición volvía a señalarlo con el dedo frío de las parcas, pero él se sentía Ulises, irreductible al desaliento. Lope estaba enamorado. Había otra mujer; una tercera mujer lo trastornaba. Pero, como decía Cicerón, si quieres guardar un secreto, guárdalo tú mismo.

Mientras puedas guardarlo, al menos.

Esa tercera mujer, de pelo largo y negro como una bocamina, joven y más que deseada, despertaba deseos de codicia carnal y admiración como sólo la belleza podía conmover en un mundo gastado y arrastrado. Y mientras Juana de Guardo cuidaba su retoño en Toledo y Micaela peinaba a Marcela a la vez que acariciaba su vientre fértil creciente, Lope se excusaba en sus obligaciones literarias para acudir al paraíso que nunca lo defraudaba: al teatro. Aquello era otro mundo. En los vestuarios, la convivencia de las mujeres variaba desde el cariño que el trato continuo generaba hasta los rumores de actitudes más que escandalosas; ligeras cortinas separaban a hombres y mujeres que se vestían y se desnudaban viéndose mutuamente. Las galas de las mujeres, los disfraces sutiles que anunciaban y sugerían, su exhibición en público amparada en su papel, luciendo sus joyas, sus mantos; mujeres desenvueltas, desafiantes, atrevidas, de palabra zalamera y a la vez hiriente si se lo proponían, sus dulces maneras, sus tobillos desnudos preludios de carne pálida y joven, esas voces que cantaban, esas manos que se encontraban, esos abrazos, esas miradas en las escenas, que desvelaban mucho más. En casa, las mujeres eran recatadas por imperativo del deber del matrimonio, con recogimiento de las doncellas, pero el teatro les abría los ojos. Había algunas que eran como el Nuevo Mundo, y los hombres se convertían de repente en nuevos conquistadores. Y de todas ellas, que los clérigos condenaban con furia creciente, Jerónima de Burgos era la reina. Micaela había desaparecido de la escena, domada por sus obligaciones, por su barraganería, por las murmuraciones de la vecindad. Jerónima tenía amantes. Grandes amantes.

Y cómo cantaba, qué voz. ¿De dónde sacaba esa gracia, esa picardía cada vez que guiñaba el ojo, sonreía y bailaba con hipnótica lujuria o tañía las cuerdas de una vihuela? Se acercaba al otro actor, le cogía las manos, se rozaba con él, se alejaba. Los primeros bancos eran un puñado de emoción: los hombres, casados, jugadores, ansiosos, se disputaban casi a puños esos puestos primeros para verla de cerca, y se quedaban sin aliento, paralizados, cada vez que hablaba. Casi podían sentir el vaho cálido que surgía de sus labios húmedos y jóvenes como un hechizo. Cada vez que gesticulaba era como si echara palabras de encantamiento. Su tez era suave y tersa, levemente acanelada; un lunar sensual junto a sus labios, a un lado,

los hoyuelos y los dientes como perlas y el óvalo de su rostro la convertían en una fuerza de la naturaleza. Lope estaba entre ellos. Ah, esos vestidos tan costosos, esas joyas tan ornamentadas, con el oro y los bordados de plata, las sortijas y gargantillas, esas diademas... Sin duda, ella no podía ganar tanto, y los rumores de cómo los conseguía extendían su fama y las envidias.

–Maese Lope no debiera estar aquí.

–Micaela de Luján ya es suya, que deje alguna beldad a los demás.

–Ésa no tiene medida, miradla, está pidiendo a un hombre de verdad.

–Dicen que si tal noble...

–Que si tal duque...

–Mirad, ¡mirad cómo se come a Lope con la mirada!

Y todos los envidiosos se volvían hacia él. El escritor no respondía a las provocaciones, para él bastante era saber que, de entre todos esos ansiosos en celo, la actriz lo miraba a él. Porque en el secreto Lope había encontrado un nuevo goce. La discreción era más excitante que nunca. Su mujer no lo perdonaría por un tiempo, pero acabaría resignada, como ya lo estaba con Micaela; pero Micaela, si se enteraba, lo mataría. Estrangulado por la noche, apuñalado en un descuido, empujado escaleras abajo como sin querer queriendo, asfixiado con una almohada, envenenado... No debía saberlo, y en ese riesgo, en ese baile con la muerte y con Jerónima, la joven, la arrebatadora de pelo negro larguísimo, la sediciosa, la insaciable, la viciosa, Lope había hallado un nuevo éxtasis que lo rejuvenecía.

Lejos de la escena, en la vivienda que un autor de comedia había prestado al efecto, los dos amantes se besaron como si beber de esos labios ajenos les diera la vida que no existía fuera de ellos. La cabeza entre sus manos, la larguísima melena de pelo oscurísimo.

–Seguid, seguid, Lope, que me decís unas palabras tan hermosísimas que me arrebatáis...

–Que es amor dulce materia, para no sentir las horas, que por los

amantes vuelan. Veo en vuestros ojos golondrinas de dulces ecos y mariposas que sueñan en ese néctar de la flor de vuestros labios, envidia de la ambrosía y de las diosas antiguas, y he aquí el héroe –Jerónima se dejaba besar por el cuello hacia el arranque de sus pechos, mientras suspiraba ostensiblemente– que regresado de Troya desea tomar a la reina de Ítaca, más hermosa que las estrellas.

Tras el mordisco en la carne ardiente, la actriz gritó de placer. Lo acercó impetuosamente, metió sus manos en la abertura del jubón y desgarró los botones para quitar todo lo que la estorbaba. Los hombros de ella quedaron desnudos al deslizarse hasta el suelo el vestido desmadejado; el calzón de él fue desanudado, y el asta viril se erguía con fuerza. Ella se la agarró, y Lope gimió, expectante. Se miraron mutuamente, en desafío. Dolor o placer, ella cerró más el puño y él gimió quejoso, pero luego Jerónima lo acercó a su sexo y lo hizo entrar, y con eso Lope enloqueció. El lecho retumbó bajo los dos cuerpos enlazados; ella con veintiséis primaveras, él casi veinte años más y que podía ser su padre, o quizás era ese renacer que su cuerpo femenino prometía. En aquel cuerpo se olvidaba de ser náufrago de la vida y de sus pasiones.

Tras el cénit, los jadeos dieron paso a la calma. Lope no se engañaba, conocía bien a las comediantas y farsantes. Él era un hombre más, pero no uno más. Que ella estuviera casada no le importaba. A Jerónima, estaba claro que tampoco. ¿Qué era la vida sino un arroyo que desembocaba en el mar, que era la muerte? Oscura y negra como las profundidades del océano donde reposaban tantísimos olvidados. Así que, ¿qué mal había en disfrutar de la vida que le era dada? ¿Era acaso mejor andar por la existencia atormentado por la codicia, por el ansia de poder, por el éxtasis del oro, de la ambición política, de los siete tronos europeos, de la victoria imperecedera de la cristiandad sobre los turcos?

Las mujeres lo amaban y él amaba a todas ellas, ésa era su maldición inevitable, el precio del ambicioso juramento realizado en Alba de Tormes años atrás. La inmortalidad literaria.

Estaba vivo. Micaela, la Venus rubia, estaría en casa, deseándole a pesar de su estado. Juana rezaría por él, como una esposa paciente, como una Penélope tejedora en su soledad de alcoba. Pero Jerónima

yacía vencida por el cansancio a su lado, joven, vibrante, suya.

Ya habría una eternidad para lamentarse.

ACTO SEGUNDO:

MADRID (1607-1612)

CAPÍTULO 13

EL BURLÓN

Madrid, 7 de febrero de 1607

–Esta agua bendecida ha de lavar la mancha de Adán. Ser agua que limpie y arrastre el mal del hombre. ¡Bendito seas Dios, padre todopoderoso, que hiciste el agua para purificarnos y darnos vida!

Que si el segundo del duque de Lerma la había pretendido; que si el conde de Villamediana la vestía y regalaba joyas cada noche; que si el conde de Pastrana tocaba bajo su ventana para convencerla; que si se había burlado del duque de Maqueda y éste se había desfogado contra desdichados a espadazo limpio; que si alguna marquesa que otra acudía también a su lecho. Todos los rumores y verdades, que nadie era capaz de confirmar o desmentir, no disuadieron a Lope cuando pasada ya la Navidad Micaela de Luján dio a luz, entre tormentos, a un varón.

¡Un nuevo varón!

–¡Bendito seas, Dios, hijo único Jesucristo, que hiciste brotar de tu costado sangre y agua para que por tu muerte y resurrección naciera la Iglesia!

Juana no lo comprendía. Había llorado a raudales cuando supo por qué ese sábado su marido la dejaba en Toledo para ir a Madrid. Le había suplicado, se había arrastrado, le había jurado, lo había maldecido. Él, abochornado, ni siquiera intentó justificarse; se dio prisa en salir de la casa. Pero una idea quedó fija en su mente: alguien lo había delatado y se lo había dicho a Juana. Carlos Félix, de dos años, no entendió nada; se refugió entre lagrimones en los brazos cansados de la criada.

–¡Bendito seas, Dios, Espíritu Santo, que ungiste a Cristo al ser bautizado en las aguas del río Jordán, para que todos fuéramos bautizados en ti!

Micaela sonreía feliz, y la pequeña Marcela miraba a todos con ojos bien abiertos, intentando relacionar quién era quién y por qué estaban allí aquellas personas extrañas a su diminuto mundo. No muchas, pero bien allegadas. Don Luis había enviado una carta de felicitación, unas varas de buen paño para camisas y, además, parte de las minutas atrasadas en escudos contantes y sonantes. La Venus rubia estaba muy contenta. Más contento aún estaba Lope por tener allí también a Jerónima, pero eso no hacía que se sintiera menos culpable. Y Dios, delante de él, crucificado, lo miraba con dureza a la par que le gritaba que no lo merecía, que las llamas ya estaban encendidas para él, que esa eternidad que tanto ansiaba no sería como esperaba en un parnaso de escritores, sino en un fuego imperecedero lleno de sufrimientos y remordimientos, de tormentos y de quejas lastimosas. O se estaba volviendo tonto o le parecía que el sacerdote no estaba diciendo sólo una misa; le estaba hablando directamente a él. Hablaba y hablaba, y no era la voz del párroco de esa iglesia venerada de San Esteban, sino la de un arcángel exterminador que ya había pesado su alma en una balanza. ¡Condena eterna! Y Lope, ante el juez supremo, comenzó a sudar.

–Y ahora, si estáis dispuestos a aceptar la responsabilidad de esta nueva vida, entonces renovad vuestro compromiso bautismal, renunciando al pecado y profesando vuestra fe en Jesucristo.

No estaban casados, eran adúlteros viviendo en una farsa, una mentira, dentro de una iglesia consagrada, engañando a un representante de Cristo en la tierra. Lope engañaba además a su mujer, a su hijo legítimo. Engañaba a ambas con una segunda amante, que tan centrada estaba en sus dones y en ella misma que no se había percatado de una tercera farsa: que él, insaciable e inconsciente, había manchado las sábanas virginales de una nueva y cuarta vestal.

–¡Decidnos ahora! ¿Renunciáis a Satanás?

–Sí.

¡No!

Esa nueva vestal no había sido sólo un nuevo tropiezo en su maltrecha virtud. Pecado y arrepentimiento, confesión y paz, nada servía sino para buscar un nuevo tropiezo, una nueva duda. Esa anodina joven había quedado embarazada, y él había rehuido de ella como si llevara la peste; y ella, en venganza, sin importar su honor, no había dudado en hacerlo público. ¡Había caído en manos de una codiciosa!

–¿Renunciáis a todas sus obras?

–Sí.

¡No!

¡Los ingresos de sus comedias, los dineros de su suegro, los préstamos de los judíos, poco a poco todo acababa en los bolsillos de esa joven a quien, de no haber ido engañando, bebido y confiado de su buena y malograda suerte, hubiera tachado de fea y desproporcionada! Y él callaba, soportando la amenaza de que todo llegara a oídos de Juana, de Micaela o de Jerónima. No renunciaría a ella. ¿No era toda la ceremonia puro perjurio? ¡Perjurio ante Dios!

–¿Renunciáis a todos sus engaños?

–Sí.

¡No!

La verdad necesitaba ser sepultada en lo más fondo de su alma. ¿No era con un engaño que Micaela, a la que amaba tanto, era feliz? ¿No era con un engaño que Jerónima estaba allí junto con don Hurtado de Mendoza para apadrinar a aquel recién nacido de diez días de vida frágil, exultante y cómplice? El sacerdote hablaba y hablaba. ¿Es que no se iba a callar nunca? ¿Por qué tanta palabra vana le estaba congelando el alma, cuando era seguro que en el averno el calor derretía el acero toledano? Sería por ese asiento vacío. Claudio Conde no había acudido. No hacía falta la presencia de otro juez para dictar la sentencia.

–Entonces, Lope Félix del Carpio y Luján, yo te bautizo en el

nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua fría de la concha de plata se vertió sobre la cabeza desnuda y con cuatro pelos ralos de la criatura, que comenzó a berrear con rabia insolente y, molesta por todo y contra todos, cerraba y agitaba los puños. Ni siquiera Micaela, que lo mecía entre sus brazos, pudo hacerle callar por un rato. Jerónima besó a ambos padres en la mejilla, contenta de entrar así en la vida familiar del escritor; pero al besar a Lope entreabrió los labios lo justo para rozar con la punta de fresa de su lengua gatuna, fina y sonrosada la piel áspera y mal afeitaba del escritor, envolviéndolo con una vaharada de perfume. El abrazo inesperado lo paralizó y lo llenó de temor. Sintió una mirada celosa. Sintió los pechos jóvenes de Jerónima, bien redondeados y duros, rozándose indecorosamente contra él, reclamándolo. Sintió los dedos finos de ella aferrándose a él, para no compartirlo con nadie más. Perfume e incienso; tentación y cielo.

Salieron de la iglesia. Micaela con Lope Félix aún rabioso en su paño de acristianar, Lope tomando de la mano a Marcela, los padrinos felicitándose y Luis Rosicler padre e hijo junto a Pedro de Valdés, Gaspar de Porras y otros amigos. Sonaron campanadas en el día frío. Los Rosicler entregaron al padre un sobre, que él entendió bien.

–El horóscopo es bueno, estate tranquilo. Pero que nadie lo vea. Tuve miedo, Lope. Ahora... no lo hago tan público.

–¿No has visto a Claudio?

–No, no...

Jerónima y Pedro cogieron al niño. Lope Félix calló, intrigado por esos ojos oscuros y esa melena negra en contraste con los bucles dorados de su madre.

–Qué hermoso es, Micaela. Cuánto se parece a su padre. Pero tiene tus ojos azules. ¡Suerte tienes de tenerlo!

–No es suerte, sino destino. –Lope fruncía el ceño mientras hablaba aparte con Gaspar de Porras–. ¿No venís a comer a casa?

–¡Uy, no, amiga mía! –Le devolvió al niño, le dio dos besos, le dedicó una sonrisa arrebatadora–. No puede ser.

–No puede ser –confirmó Pedro de Valdés, besando a la madre en la boca–. ¡Pasad buen domingo!

Gaspar de Porras agitaba las manos. Marcela se quejaba de hambre. Micaela llamó la atención a su amante.

–Lope. –Él no le hizo caso–. ¡Lope! ¡Pero, Lope, que ya es la una! Vamos a casa.

–Te digo que es cierto –siguió diciendo el autor de comedias.

–Es insoportable.

–¡Lope! –reclamó Micaela con impaciencia, calmando al niño y soportando un berrinche de la niña, quien se agarraba a sus faldas–. ¡Hace frío! ¡Lope de Vega!

Otro. Otro más lo estaba plagiando. Él tenía nuevas bocas en casa, nuevos bastardos, y Gaspar no sólo no quería pagar más por sus comedias, sino que le informaba que, impunemente, autores desaprensivos seguían vendiendo comedias apócrifas con su nombre.

¿Dónde estaba la justicia? Madrid parecía un caldero al fuego, tan lleno de gente por todas partes, tan lleno de nobles de provincias, de pedigüeños, de foráneos, de coches, de charcos, de escritores rondando el alcázar dispuestos a lanzar loas y pivotes a los corazones de las cortesanas, de poetas y burladores llamando a las puertas de las tertulias, merodeando por los mentideros, entre los soportales de la Plaza Mayor, bajo las gradas de San Felipe. Aspirantes a Homero. Pues ¿no parecía que había más poetas y escritores que lectores?

–¡Que además se atreven a poner mi nombre sobre cualquier papel que puede venderse! Pero algo haré, ya lo creo. Algo debe hacerse, pedir algún permiso, algún privilegio, rogar una prohibición.

–Calma, calma. –Gaspar de Porras se abrió paso por la calle de Alcalá, entre charcos de orines, los gritos de los vendedores de

puestos callejeros y los traqueteos de carros y coches a palacio–. Ya llegamos.

La calle estaba insoportable, saturada de viajeros, posadas, mesones, orines y soldados de tercios mutilados y venidos a menos. Los alquileres de mulas sacaban su género a las puertas, llenando de bostas y estiércol las oquedades en la tierra. Se oía el penetrante repiqueteo de un martillo de herrero sobre un yunque. Las chimeneas vomitaban humos negros y grasos, con los olores de encina y los asados espetados a su fuego lento. Bandas de pillos correteaban descalzos entre los animales, molestando a todo y a todos. Las voces iban y volvían entre los mozos de carga y los conductores. Pero Gaspar había insistido, una y otra vez, en que tenía que conocer a un prometedor poeta. A lo lejos se veía la Puerta de Alcalá, la entrada a la villa desde el este; a mano izquierda una larga pared amurallada delimitaba un convento, y no muy lejos había otro.

–Es aquí.

El mesón del Toro. Bien parecía que hubieran soltado media docena de astados allí mismo, entre las mesas cojas de tablas recias, melladas por cortes de cuchillos, puñales y espadas. Nombres y motes grabados acompañaban a insultos y dibujos obscenos. Dos alguaciles reían ostentosamente. En otro rincón, varios jugaban apasionadamente a los dados, acumulando maravedíes y reales mientras lanzaban los dados de hueso.

–¡Cinco!

–¡Está trucado!

–¡Mienta a tu madre!

La mesa de los dados voló, volcada, y hubo un estrépito de monedas que algunos beodos buscaron sin disimulo.

Lope esquivó un puñetazo errado al pasar de lado. El que se disculpó con la mirada recibió un jarrazo en la coronilla y un escupitajo de desprecio. Por si acaso, tanto Gaspar como él buscaron la pared a su espalda, con la mano en las cazoletas, listos

a batirse si hacía falta. Otros se apartaron también. Pero entonces apareció uno con un basto que calmaba muchos males. Los dos alguaciles dejaron de reír y lanzaron mil maldiciones mientras separaban a bofetadas y rodillazos a los seis villanos que ya sacaban las navajas, dispuestos a abrirse las entrañas.

–¡Sígueme!

Dejaron la sala descuadrada y torcieron hacia otra ala donde no se oían tanto las voces. Consiguieron una mesa mugrienta y taburetes donde sentarse. Una mujer oronda de sobacos sudados meneó un poco el polvo de sobre la mesa con un paño viejo.

–Con Dios, manden sus mercedes.

–¿Qué olla hay hoy?

–Tajada de carnero asada, pie de puerco o lengua; si preferís, también queda tajada de abadejo con su recado. Hay callos riquísimos.

–La tajada de carne. Y dos jarras de vino. –Gaspar la tomó del brazo un momento con su mano gruesa–. Esperad, ¿no será vaca vieja?

–¡Qué va! ¡Manuel, que sean dos de tajada! ¡Y su pan! –La mujer se enjugó los mocos con la mano, que luego pasó por el delantal, sin reparo en meter los dedos en las escudillas al servir el guiso. En un momento fue y volvió, dejando dos escudillas humeantes y rebosantes frente a ellos y dos cucharas que limpió con el trapo de las mesas–. ¡Que les gusten!

–Pero ¿lo conozco?

–No creo. Es gente de corte. No veo dónde...

Tras la revuelta de los dados y cartas vino la calma; acogotaron a dos, a uno lo apalearon a gusto y los dos alguaciles ataron a otro las manos como a un becerro y, dándole tras las rodillas cada vez que se resistía, al fin con él se fueron. Algunas monedas habían sido recuperadas; otras, sisadas entre la batahola. Cesó el jaleo, se ocuparon de nuevo los taburetes volcados y regresaron las charlas. Uno sacó una guitarra. Otro tocó una flauta. Pero una voz se oía por

encima de todo, entretejida con el runrún de las conversaciones.

–Musa que sopla y no inspira y sabe que es lo traidor, poner los dedos mejor en mi bolsa que en su lira, que no es de Apolo; es mentira. Así dijo un envidioso, que además mentía.

Era un joven quien declamaba, con bigote recio y bucles oscuros y largos que ocultaban una frente de buey, con nariz hermosa y prominente y barbilla hendida como surco entre caballones. La espada, con un ornamentado guardamanos, colgaba a un lado. Estaba de pie, erguido y con una de las botas italianas sobre uno de los taburetes, y ofendía a otro, que parecía un gato escaldado, bufando y a punto de tirarse de uñas.

–Ese círculo vivo en todo plano, ese que siendo solamente cero lo multiplica y parte por entero un abaquista veneciano... Y queda en menos, claro. Narigudo es, de manos nerviosas, de las doce tribus hijo; donde no ve escudo ve doblón, que en su bolsa ha de tener cobijo, sean suyos o no. Id con Dios, guardad la bolsa; decid que un sabio lo dijo. Y no de Córdoba. Fui yo.

–Es él –murmuró Gaspar.

–¡Sois un descarado! ¡Habláis del mayor poeta vivo que hay en España!

–Ja. Yo estoy vivo. –El joven vate abrió los brazos lleno de burla, ganándose la risa y un aplauso de la concurrencia.

–Por poco. –Y el ofendido sacó un cuchillo y se lanzó hacia delante.

El otro retrocedió. Varios se levantaron dando voces, y el de bastos, que era grande como un estibador sevillano, le mostró sus razones dando un estacazo a la mesa más próxima.

–A sacarse los ojos fuera. Aquí, ni una mijita. –Aquello fue suficiente. El ofendido, enclenque petimetre indignado, escupió y se marchó entre abucheos y lanzazos de huesos de aceituna y mendrugos de pan.

–¡Cuéntanos más, bufón!

–Dicen, dicen... que hay una farsanta de fama conocida a cuya casa hacen cola, y no para lavar, o acaso para lavar a la piedra. Que aquello es como un confesionario: el que entra lo hace triste y el que sale, alegre.

–¡Juana de Villalba!

–¡Jusepa Vaca! –El poeta negó. Lope tuvo una corazonada, pero aún se mantuvo callado.

–¡María de Heredia!

–¡La Gálvez! –intentó adivinar otro.

El vino se escurría de vaso en vaso, de jarra en jarra.

–Tiene nobles en llantina, no tiene braseros porque sus sábanas no se enfrían; no es arisca sino hermosa, y de risa alegre. El dulce escozor de su higo con leche de hombre aplaca, y se ve que es golosa, que no deja de probar dulce...

El descaro arrancó carcajadas atronadoras. Gaspar reía, pero Lope, no.

–¡Más pistas! –exigió un mercader, apurando una jarra a morro sin darse cuenta de que le vaciaban los bolsillos.

–A príncipes y señores lanza y niega sonrisas, y luego, si le place o convidan a vino, joyas y telas, esparce encantos a villanos y poetas; a algunos abre puertas, a otros cierra ventanas. A mí me abrió armario, a otro lanzó a la alacena, porque en la cama no se cabía. Las sábanas abultaban, que las covachuelas de palacio parecían.

Las palmadas sobre la mesa y los golpes en la loza fueron ensordecedores.

–Pero ¿y quién es ésa? ¿Julia Miranda?

–¿Pepa la Buena?

–¿Acaso Micaela de Luján? –preguntó un guasón.

Lope se puso rígido de furia sobre el taburete. Que Jerónima era de cascos muy ligeros, más veloz que Pegaso, se sabía; que la compararan con Micaela era despreciable.

–¿Micaela? ¡Ésa no puede ser, tiene cancerbero! –opinó un tratante de frutas.

–Acaso en la noche pudiera ser, porque sin luna todos los gatos son negros –repuso el joven poeta, sentándose en la mesa, insolente e irreverente, contento de ser el centro de atención.

–¡Gata, y buena gata, que ya era buena hembra hará años, y dicen por Baltasar de Pinedo que sigue siéndolo!

–No miré su melena, ya os digo que, a la sombra de la higuera, demasiada avispa había para tan único higo.

–¿Y quién sois, si puede saberse? –preguntó Lope, levantándose mano sobre espada y luchando por estar tranquilo.

–¡Ah, gloriosa fama! ¡Qué gran don! Que es lo mismo que dijo la dama. –Las risas arreciaron, los rudos conductores lloraban entre carcajadas–. El hijo de un pobre aparcero soy...

–No es cierto –chistó Gaspar de Porras a Lope por lo bajo, tirándole de la manga verde–, que es de cuna noble...

–... el fruto de una familia hambrienta...

–Que te lía, que es hijo de secretario y dama de palacio... Cuidado...

–... de lengua ágil y mente calenturienta, que no nací para ser zapatero. Y no es por burlaros, sino que nací hijo de Apolo. Un hijo con gran bragueta.

–Dejad que os diga una cosa, grande de España. –Todos se silenciaron al ver que aquel a quien no conocían quería enfrentarse de igual a igual con el joven bigotudo de telas italianas y botas de punta cuadrada–. De esa dama, ¿contasteis sus lunares? Decid, ¿había alguno singular? O lo visteis o no lo visteis.

–Ah, una trampa. No caeré en ella. Me preguntáis lo que cualquier

hombre que sea hombre sabe: todas las mujeres tienen lunares en la espalda. –Se oyeron murmullos de asentimiento y aprobación–. ¿Contarlos? ¿Es a eso a lo que os dedicáis en la cama? –Incluso Gaspar tuvo que contenerse la risa–. ¡Yo, no! Y lo que vi, ¿no es mejor conservar el misterio? Alguno habrá que aún se sorprenda. Alguno. Creo.

–A lo que me dedico en la cama no es asunto vuestro. ¿O acaso os interesa? Ese gorgorán, esas bocamangas, esa botonería fina. Atando cabos, se hacen maromas, y hasta aquí llegan esos aromas, que más que italianos huelen a sentina.

El desconocido se llegó hasta él en silencio.

–¿Quién sois vos?

–El que sí ha contado lunares, el que todos los lunares cuenta, porque todas las alcobas allana. Aquel que muchos desprecian. Y del que muchos se alimentan, hojas en blanco huérfanas de héroes, tercios y espadas, con el que muchos se hermanan para tener la bolsa bien llena. ¿Sois vos uno de ellos? ¿Sois, repito, uno de los pequeños? De los que miran en alto, al cielo, buscando musas que manden sueños; que manden lances a sus sesos resecos mientras leen y copian libros ajenos. Decid, confesad, ¿sois vos uno de ellos?

–Pardiez. –El joven desenvainó la espada–. Ahora os lo diré.

Lope lo observó desde la atalaya de sus sienes y sus canas. Aquel joven impetuoso de rizos a lo italiano lo miraba desafiante. Era el hombre que buscaban. Tenía razón Gaspar: merecía la pena conocerlo. Era un espejo donde el mismo Lope se despojaba de veinte años. Al lado, el del basto sopesaba si intervenir o no. Los parroquianos murmuraban, señalándolo. ¿Ira? ¿Furia? Más bien sorpresa complaciente por tanta insolencia.

–Yo ya rompía virgos antes de que nacierais, y, de espadas, en Alba y en Sevilla, en Granada y en Valencia, en Toledo y en Madrid, me batí antes que vos con muchos, a solas o con mi amigo Claudio. Buscad mi nombre en los mentideros, en las corralas de día, en las paredes de noche. Pero veo que sí, por vuestro gesto. Que habéis oído de mí. Guardad esa espada, que la mía pincha más que la

vuestra. Y decidme quién sois.

–¡Jamás! –Y dio dos pasos hacia delante con la ropera en alto.

Lope respondió al instante. Los aceros chocaron, volaron escudillas y jarras. El mozo del basto rugió. El muchacho insolente se escabulló de su garrote agachándose a un lado y empujando a un tercero, que se quejó. Un segundo golpe derribó una mesa. El mesonero salió con un cuchillo. Las voces los jaleaban, pero el dueño del establecimiento temía más el regreso de los alguaciles y que le cerraran el negocio.

–¡Parad, parad, insensatos!

Al joven poeta lo empujaron, y ya caía el garrote hacia él cuando lanzó la punta hacia delante, desesperado, acertando en un brazo. Se oyó un alarido. Sonrió. Luego, desde atrás le dieron un jarrazo. Se tambaleó, le quitaron la espada, lo golpearon en el vientre, se dobló. Detrás, Lope forcejeaba con el mesonero.

–¡Bastardos infames!

–¡Venga! –El escritor lo apartó con súbita energía hacia donde estaba Gaspar y sacudió su hoja a un lado y a otro, haciendo que vibrara en el aire con un ruido sibilante. Varios curiosos se apartaron. La sangre afluyó a sus brazos, dándole fuerza. Se sintió joven, se sintió invencible–. ¡A mí, los tercios de Figueroa! Me desfogaré con vos, y luego aún escribiré quince pliegos, me quedarán fuerzas para rondar a tres damas y discutir en dos tertulias, y en la noche seguiré escribiendo. Apartaos, sota. ¡Apartaos u os hago trizas! ¡Dejad libre al cuartilla!

–¡Teneos! ¡Es él! ¡Es Lope de Vega! –exclamó de pronto el mesonero, golpeándose la frente con la mano abierta–. ¡Dejadlo, dejadlo!

Y todos lo miraron sorprendidos. El joven, dolorido, se deshizo de manazas y de alientos fétidos.

–¿Lo sois?

–¿Y a mí quién me paga? ¿Quién?

–Callad, mesonero. –Gaspar le deslizó unas monedas con discreción, aflojando la bolsa–. No digáis nada, que no ha ocurrido nada.

El guardián gigante se tentó el rasguño. Gruñó por la sangre y el corte en la manga, pero el mesonero lo detuvo y se puso frente a él para convencerlo.

–Soy Lope, sí. Y vos sois un insolente burlón.

–Más o menos como vos, pero más hermoso y mejor poeta.

–Creí que el mejor era Luis de Góngora –replicó Lope con burla, respirando fuerte.

–¡Ja! Yo creí que erais vos. Ahora veo que no, que seré sol deslumbrante sobre planetas oscuros y yermos. Madrid será mío.

–Lo tenéis creído.

–Como ya lo fue Valladolid. Es que tengo grandes dones.

–Una gran bocaza. Seréis un gran Cervantes.

Entonces fue el joven quien rio. Recuperó su espada. Las mesas volvieron, las conversaciones se retomaron. La mesonera dio palmas y rodaron los dados. El guardián dejó el garrote a un lado y se sentó en su mesa, todavía refunfuñando.

El joven se apartó los rizos lustrosos de la cara, se atusó los bigotes, se estiró las ropas de costoso gorgorán italiano. Habló, y después inclinó levemente la cabeza, en reconocimiento.

–Ni lo dudéis. Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santibáñez Cevallos, y a mucha honra.

CAPÍTULO 14

UN NUEVO COMETIDO

–Así que eso pasó, que se encontraron y no tuvieron mejor ocasión para burlarse que lanzar injurias a mis espaldas.

–Así fue, don Luis.

El racionero cordobés, ya canónigo, se irguió sobre el amplio sillón de mimbre trenzado para hacerse oír por encima de la lluvia que repiqueteaba en los cristales. Los tertulianos lo miraban con expectación.

–Ese Quevedo cojitranco se tiene por estrella fulgurante. Adonde va tiene que dar el cante, y ya lo hacía en Valladolid: usar la burla como instrumento para ganar fama. Una sola vez lo vi y, si puedo, como Madrid es grande, haré por no coincidir con él ninguna vez más. Embustero, deslenguado, zalamero, un patán ignorante del griego por muchos jesuitas que lo hayan soportado. Él no se acordará de mí. Babeaba, embotado por el vino, sin soltar la jarra, con sus ojos bizcos y hundidos por el alcohol. –Se levantó, encorvándose como un buitre; las sombras de su nariz prominente daban miedo–. ¡Bebedor impenitente, con esa nariz de tomate goteando mocos sobre una escudilla de caldo! ¿Y a ése he de temer? ¿A Francisco de Qué-Bebo, que no es más que otro ocioso? –Alzó un dedo y lo movió con energía, como ninguneando–. ¿Que se juntó con él otro calavera impenitente? Ése y su mecenas. No, no los temo.

–Pues conoced, don Luis –intervino un lector–, lo que ya se sabe: que esa Jerónima, ¡de menuda casta está hecha!, en la misma noche, estando Lope en faena burlando a su santa mujer y a su adúltera amante, se pasó de hora.

–Cómo... que de hora... No entiendo...

–Ejem. Se ve que tiene clientela. Más que el valido en su despacho, donde todos esperan, esperan y esperan. Pues ella ha sido más lista. Da hora a cada galán que la interpela. Su esposo Pedro les cobra abajo, los hace pasar por caja y luego les da paso... Ejem. Que Lope, muy fogoso esa noche, se pasó de hora. Y ya esperaba alguien, con alguien, además, ya dentro.

–¡Qué me estás contando! ¿Sodomía? ¡Sodomía! –El racionero se persignó con tres cruces–. ¿Tienes pruebas? ¡Di si tienes pruebas, que, si es así, ya estamos tardando! ¡Santa Inquisición, limpia este país de sodomitas y gomorritas! ¡Garrote vil y fuego con él!

* * *

Sodomía. Pecado nefando que se debe extirpar de la cristiandad. No existe yerro más aborrecible contra natura. Que Francisco de Mújica insistiera en aquella carta era cansino a la vez que fastidioso. La Santa Inquisición no estaba para habladurías movidas por la envidia, sino para velar por el cumplimiento de la fe y la salvaguarda de la madre Iglesia. Él, Gaspar de Quiroga, tenía una intuición. Era como si Mújica tuviera un delator, alguien que le cuchicheara qué hacía o qué dejaba de hacer aquel escritor. ¿Inquina? ¿Envidia? Aunque, Dios lo perdonara, pudiera ser que no fuera un inocente, que ya el arzobispo de Granada lo decía una y otra vez: que las gentes ociosas que escribían y que hacían versos y comedias eran indeseables, afectaban a la moral del pueblo y convertían a los hombres en afeminados y dados a la molicie. No había más vicios entre los faranduleros porque no se conocían o no se habían inventado. Inocente. Culpable. Gaspar de Quiroga resopló en su despacho en Toledo. Lope de Vega ya había superado una investigación. Pero era tan grave la acusación de sodomía que siempre cabía la duda. Su mesa estaba atestada de papeles. Poner en la balanza el destino de un hombre nunca era fácil, y Dios no siempre era claro, se orara mucho o poco. Resopló. Con sus grandes manos volvió a tomar el papel. A veces, una segunda lectura lo iluminaba. A veces, no.

Y de esa noche de primavera hay testigos. Jerónima de Burgos es una mujer que se entrega a cualquier hombre sin ningún escrúpulo. La noche en cuestión copuló, válgame Dios, con cuatro hombres, y entre ellos estaba Lope de Vega. Dejó que subieran y no dejó que bajaran, y luego, contra natura, los sodomitas probaron a cuatro patas como los perros todo lo que el Diablo les dictó con malevolencia. Las voces se escucharon desde la calle, todos juntos y revueltos. ¿No merecen el fuego? Lo merecen, y es mi función velar y aconsejaros. Os recuerdo que a quienes en otras ocasiones se les pilló in fraganti pecando con gallinas o perras se les torturó, y se convencieron entonces de su error y luego en la hoguera se arrepintieron de sus pecados, ¡benditas almas salvadas! Ya van varias cartas con ésta, pero no he recibido noticia vuestra. Aquí en Madrid una plaga de pilluelos, pícaros y gente de mal ver, peor vestir y pésima catadura hace cola pidiendo la sopa en los conventos, y luego maúllan por las esquinas haciendo de limosneros, implorando y buscando causar lástima. ¡Vicio, bebidas y libertinaje carnal! Pero vos sabréis discernir, estoy seguro de ello...

Gaspar de Quiroga resopló, hastiado. Miró al comisario Juan Romo de Agüero, que esperaba en silencio pacientemente.

–Ahora, decidme qué certeza habéis averiguado.

–Bien... Pues sí, esa Jerónima es hermosa y casquivana. No sólo tiene una legión de admiradores, sino que también esa legión pasaría por su cama si Pedro de Valdés, su marido, los dejara. Hacen fortuna, sí, eligiendo quién visita a la actriz y quién no. Pregunté. Aquella noche, sí, cuatro hombres subieron y allí se encontraron. A ver cómo os lo cuento...

–Estoy atento.

–Sucedió así: hubo teatro, y luego de un rato llegaron los dos farsantes. Después, Pedro de Valdés dio paso a un hombre grande. Al rato, otro subió, elegante, bien dispuesto. Se atusó el pelo, entró

con paso seguro. Lope, yo diría. Y la luna subió, y no bajó nadie. Y luego otro más llegó. El acabose, maese Gaspar. Pues también subió, y parecía un noble, ya que un espada bien dispuesto quedó en la calle, velando la puerta. Se oyeron voces, sí, pero no eran gritos placenteros, sino de asombro y disgusto. Luego subió el espada, y ya eran cuatro. Por lo visto, luego fueron cinco. Pedro de Valdés se unió al cuarteto.

Gaspar de Quiroga estaba blanco y mudo. Hasta Mújica había sido más comedido en su relato. Se santiguó cinco veces.

–Me.... ¿me decís que eran cinco hombres y una... mala mujer? ¿Cinco y no cuatro?

–Oh. ¡Oh, no, maese inquisidor, os estáis confundiendo! Me he explicado fatal. No, no fue así. No fue como imagináis. Indagué más entre los vecinos y también, discretamente, con Pedro de Valdés, que tiritó como un flan de nata cuando le dije quién era y qué quería. El primer hombre era Antonio de Guardo, carnicero de la corte. Un hombre de gran aguante y generosos dones, que tuvo que ocultarse bajo la cama cuando se le fue el santo al cielo con el tiempo y el otro subió. Y que no era otro que Lope de Vega. Otro fogoso amante, que no midió su hora, o acaso Jerónima, mujer pecadora, tiene preferencia por él y lo retuvo más de la cuenta. ¿No es su otra amante, Micaela, también actriz? Yo he oído que entre actrices se tiran a uñas y se amenazan con tijeras cuando pelean por un mismo hombre. El caso es...

–Seguid, ¡seguid!

–Buf. No lo creeríais. El caso es que el tercero que subió, el noble, era noble, efectivamente. Un duque. El duque de Sessa. Allí se encontró con su protegido, montando... Perdonadme, allí se encontró a Lope y a Jerónima sobre el lecho. ¡Imaginad su sorpresa, y la de ambos conjuntamente, cuando Antonio de Guardo, resoplando y abochornado, se arrastró desde debajo de la cama! A los gritos de vergüenza subió el espada, y luego Pedro de Valdés. ¡Y ya tenéis a los cinco! ¡Antonio de Guardo, sabedlo, es suegro de Lope! Y nada de sodomía, que lo que pasa, excelencia, es que los que subieron son hombres y muy hombres. Y Jerónima de Burgos, puta y muy puta. Con perdón, excelencia.

–Nada de sodomía, entonces.

–No, que se sepa.

–Decís bien. Que se sepa. Así deberá ser: que se olvide, ya que será reprobable, ¿pero no salvó Jesucristo a María Magdalena? En ese ejemplo hemos de ser pacientes. Así que, comisario Romo, ya está todo claro. Podéis iros.

En cuanto quedó solo, Gaspar de Quiroga, inquisidor general, tomó la carta de Mújica y, tras sopesar su decisión, la rasgó en mil pedazos. El inquisidor pensó en todas las almas suplicantes que dependían de los montones de papeles apilados sobre su mesa. Decenas de almas deseando ser salvadas. El duque de Sessa, hijo del que fuera su gran amigo Antonio, le había confesado la misma versión tras una visita discreta a su propio palacio. No, no habría fuego para él ni quedaría registro de esa investigación. Sopesó otra carpeta, que para él tenía preferencia, ya que estaba sobre otras muchas, y que Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, le había susurrado, poniéndole sobre una pista. Era sobre Francisco de Mújica. Ah, delator de delatores. A lo mejor por eso había insistido tanto contra ese delito de sodomía. En ese escrito se insinuaba que Mújica acudía a veces a una mancebía concreta, oculta y secreta de Madrid. Ah, ironías de la vida. Ah, venganza divina. ¡Cuántas almas por salvar de su error!

* * *

El carruaje paró frente a la casa que había sido de los padres de Lope, próxima a la iglesia de la Victoria. Los vecinos se asomaron al tranco de la puerta a curiosear. Descendió el duque de Sessa del coche, y del pescante un fiel espada.

–Al fin lo apresan –graznó una vieja, corriendo los visillos de su ventana.

Al duque, la casa le pareció sencilla y pobre. Con muebles viejos.

Un crucifijo presidía el zaguán de la casilla. El noble se había vestido elegantemente, y una nube de perfume lo rodeaba, con la secreta ilusión de coincidir con Micaela de Luján, pero fue una criada regordeta quien lo guio al cubículo en la planta baja donde su protegido escribía. Era para él un secretario secreto, porque aún no lo había inscrito en el registro de su casa ducal, y en esa ambigüedad él ganaba, porque algunos nobles de su camarilla no toleraban a Lope por vulgar. Peor para ellos. Lope lo recibió con sorpresa y con cierta tristeza.

–Sed prudente, que hay un soldado viejo durmiendo arriba, cosa de la junta de aposento.

–¿Y Micaela?

–Con la niña y mi hijo pequeño, arriba también. Habrá visto el coche desde la ventana, pero no creo que baje.

–Sea ésta mi disculpa. La paga atrasada. –La bolsa le pesó poco al escritor. Seguro que aún faltaba para saldar la deuda, pero sería un insulto contarlo delante de él. Ya se quejaría–. Fue embarazoso encontrarme contigo en el cuarto de Jerónima.

–Mayor embarazo fue el mío al veros a vos y a mi suegro enhiestos. Mi suegro no habrá dicho ni mu, pero de todas formas las malas lenguas vuelan, y en Toledo Juana y su tía me han cogido una tirria intensa, no sin razón. Y a Micaela también se lo han contado. Poco faltó, señor duque, para que me rajara. Farfulla sin parar que si una gitana se lo dijo, que si ya no la quiero y esas sandeces que las mujeres gustan de gimotear para atormentar a un hombre cuerdo hasta enloquecerlo. Y hay otra mujer, y en esto el vicio es todo mío, que pregona por Madrid que la he preñado y me saca mes a mes los cuartos para acallarla, que ya tengo bastante con lo que tengo, y... Cielos, disculpadme. No quiero aburriros.

–¿Aún ves a Jerónima? –Silencio culpable–. No te dé vergüenza, que yo también guardo secretos. A esa actriz ya la pretendí en Valladolid hará como dos años, pero se ve que no soy ni tan apuesto ni tan locuaz como tú. Hasta que no he heredado los títulos de mi padre, con sus tierras y sus caudales, no me ha hecho caso. Me has servido bien, y estoy contento. Y, visto tu éxito femenino, te

requiero para asuntos más complejos, más sutiles, más discretos, que para ti serán fáciles. Verás... Creo que conoces el alma femenina, y a ti se te da bien escribir versos y prosas amorosas. Quiero, Lope, que las escribas para mí. Quiero tu consejo.

–Pero, señor duque, seguro que damas no os faltan.

–¡Ja, ja, ja! ¡Claro que no! Pero no las que yo prefiero. Me casé con doña Mariana por asuntos de mi padre, pero me gusta, como a ti, libar de las flores que se nos antojan y que se nos vedan. Tus versos, Lope, me abrirán puertas, y también piernas ajenas. Te mandaré al mismo mozo, que, aunque corto de luces, es el que conviene, pues no sabe leer, así no se enterará de nada. ¿Seguro que no bajará Micaela?

«Ah», pensó Lope, «que he metido al lobo en el cercado».

–Si queréis, la llamo. Pero no bajará dócil.

El duque tuvo un escalofrío de placer que sorprendió al escritor.

–¡Ah, las más hermosas, cuanto más furiosas más arrebatadoras son! Llámala.

Micaela de Luján apareció sencillamente vestida y con un niño en los brazos. Una muñequita se agarraba de su falda. La Venus rubia se había recogido el pelo con un pasador de nácar. Sus largos rizos enmarcaban un rostro aún perfecto y terso, con solamente unas sutiles arrugas en torno a los ojos azules como topacios, pero los embarazos, a cambio, habían aumentado sus pechos. El duque, sin aliento, fue gentil, besó su mano y luego acarició el rostro de Marcela.

–Y luego dicen con razón que la escena perdió un tesoro al uniros a Lope.

Micaela sonrió, sabiendo que al duque lo tenía ganado. También ella se había perfumado. Luis Fernández se había quedado sin habla; flotaba en aquella nube dulzona y vaporosa.

–Pues ya sabéis, venid a menudo a contemplarlo, que parece que otros ya se han hastiado.

El bulto en la entrepierna delató al mecenas, observó Lope con desagrado. El duque, tartamudeando, les deseó parabienes y se despidió de ellos.

–¡Maldita sea, Micaela, a qué viene eso! ¡Tanto y caro perfume! ¿Es que vamos a palacio? –Lope estalló, celoso–. ¡Pareces una p...!

Y se mordió la lengua, furioso por no haber sabido contenerse.

–¡Dilo! ¡Parezco qué! ¿Así huele Jerónima? –Ella se marchó altiva y soberbia, irresistible y lúbrica, escaleras arriba con el niño, que, asustado, comenzó a llorar.

Lope se apoyó en la jamba de la puerta y resopló, lleno de sentimientos encontrados. Le dolía la cabeza. ¿Quién podía escribir de ese modo? Se encontró de pronto con una manita que agarraba la suya. Era Marcela, que lo miraba con esos grandes y hermosos ojos de miel que unían los rasgos de Micaela con los suyos. Y en ellos se perdió, atravesado por la culpa y sin saber qué decir.

CAPÍTULO 15

UN IMPERIO DE SILENCIO

Así que ya no tenía excusa. Prometió a Juana que se mudarían a Madrid, donde la corte, con toda su pompa, esplendor y miserias, organizaba fiestas, veladas en el Prado, cañas y toros para San Isidro, grandes misas y grandes promesas, mientras doña Dolores, su tía, insistía una y otra vez, que mejor que en Madrid no iban a estar.

–Que este sobrino nieto mío lo que tiene es que estar cerca de su familia.

En realidad, lo que Lope entendía era que la señora quería meter en cintura a Antonio de Guardo y ponerle una correa bien corta; a su suegro y a él.

Y Juana ya sólo se fiaba de su tía. De Lope, no.

–¿Tú en Toledo, y él, allí, entre coños y lencería ajena? Ni hablar. A esa ave ya es hora de desplumarla –gruñía doña Dolores–. ¡Ay, si tu madre María viviera!

La vivienda que Lope alquiló en octubre en la calle Fúcar en Madrid fue casi un regalo del cielo. Los mejores cincuenta ducados invertidos en su vida. A través del duque, consiguió que la junta de aposento se llevara a otra casa al soldado que estaba obligado a acoger en la casita de sus padres, y ésa quedó destinada para Micaela, Marcela y Lope. Demasiados lo conocían allí; demasiados amigos, demasiados actores y acreedores, demasiados aspirantes a poetas en la corte. En esa nueva casa coqueta y recogida obtuvo anonimato y también un respiro de todos aquellos que no dejaban de visitarlo, buscando su halago. Con el contrato de alquiler acalló por meses a doña Dolores, pero no fue suficiente.

–¡Que te engaña, Juana, que te engaña!

Que si tenían que hacerse reformas, que si el tejado tenía goteras, que si se habían comprado muebles que no llegaban. Las excusas se acababan. El duque volvía a retrasarse en los pagos. Los autores de comedias lo seguían y le calentaban la cabeza, de noche, de día, suplicando nuevas obras; esas que les había prometido, esas que de las que ya había cobrado un adelanto. Carlos Félix, llorando a sus dos años, buscaba a su padre sin encontrarlo. Lope balbuceaba razones vagas para dejar al niño y la casa y evitar nuevas tormentas.

–¡Dios, qué cruz de hombre! Y tu padre, suelto. ¡Ay, virgen santísima, qué cielo nos estamos ganando las dos!

Silencio. Eso había comprado, por dos años. Silencio absoluto, silencio de esas paredes mudas y mal encaladas que lo escuchaban, a cincuenta ducados el año. Más hubiera pagado si hubiera sido necesario a cambio de no oír graznar a la tía de su mujer, siempre insatisfecha, siempre quejosa. Allá quedaban Micaela y Juana en Toledo, furiosas, y sus hijos rabiosos e inagotables, atormentando a las criadas.

Cincuenta ducados, y Jerónima. Porque era hombre y no era bueno para el hombre estar solo.

La actriz era un dulce del que apetecía repetir una y otra vez. Por su talle, que parecía casi quebrarse como una espiga de trigo cada vez que Lope la ceñía por la cintura con ambas manos para acercarla a él. Por su furiosa melena desordenada, que a cada embate se alzaba y descendía como un oleaje indomable. Por su rostro, trazado por la mano de un artista que hubiera calcado la faz de un arcángel. Por sus labios, almíbar de ambrosías. Que fuera lo que fuera, no importaba cuándo, dónde, con quién. Por él, ella llegaba a esa casa con disimulo en coche, y en coche se marchaba a la mañana siguiente al cantar el gallo. En su juventud resbaladiza y caliente que él penetraba en el calor dulzón del lecho, Lope recordaba la furia de su mocedad. En su ansia uterina y desbordante, atrapado entre sus interminables piernas marfileñas y torneadas, él medraba, arando en esa tierra fértil que le ofrecía Jerónima.

–A otros, cobro. Pero no a ti, maese Lope. Porque me envicias. –Le tomaba el rostro entre sus manos blancas y pequeñas y fruncía los labios. Lo miraba con sus ojos intensos de largas pestañas negras–. Ah, si todos fueran así... Ah, tan hermoso, tan hombre. Dime, ¿seré tu musa? –Las manos agarraban el miembro cansado, suavemente al principio, con habilidad parsimoniosa, despejando la piel que desnudaba al soldado llamado al orden. Y lo guiaba hacia el valle frondoso de las huríes oculto a un palmo de su delicioso ombligo–. Dime, ¿escribirás y me harás princesa?

–No. Te haré sultana del harén.

–Al gran turco no puedo negarle nada. ¿Tendré palacio?

–Serás emperatriz de Constantinopla. –Y, sobre ella, notó cómo se abría igual que una granada fragante, cómo su respiración se agitaba, cómo tiraba hacia ella, para que no se parase y culminara su entrada en palacio–. Y, ante tu trono, mi altar; éste es mi cetro.

Lento al principio, con vigor después, los gemidos se convirtieron en gritos ansiosos como ya no escuchaba a su mujer ni a Micaela. No era actriz, ni mujer, sino medusa mitológica jadeando sortilegios que, con su melena viva movida a espasmos, convertía en piedra su miembro para gozar de él, entre pezones erectos, uñas clavadas y empujes furiosos de ariete ante las puertas de Troya. Y dentro estaba el tesoro. Esa noche, suyo todo él.

–Véndeme tus comedias y yo seguiré acudiendo, gran turco.

Comedias, entremeses, los niños, el rey Pedro; don Juan, hijo del infante Manuel; doña Estefanía, esposa de Fernando de Castro; Micaela, que lo amenazaba con un cuchillo, y él sujetándola, ella gritando ultrajada. El rey santo, el gran otomano en los palacios de columnas griegas expoliadas junto al mar de Mármara; los Reyes Católicos; el último rey moro llorando por Granada; el tonto del mozo del duque babeando con nuevas cartas; Poncio Pilatos lavándose las manos; Homero comiendo con gula aceitunas negras frente al mar Egeo mientras la brisa curte su frente al sol; Orlando furioso, y Garcilaso, reprobándolo. Mil personajes hierven en sus sesos, y Lope se palpa las sienes en la duermevela, agitándose en las sábanas, luchando contra fantasmas sobre el lecho gastado, hasta

que la luz del nuevo día desde una ventana entreabierta le da de pleno. Una mosca paladea las comisuras de sus labios, y él la aparta de un manotazo con disgusto. Las sábanas manchadas aún huelen a ella, pero Jerónima ya no está. Lope se levanta de pronto, cerrando los ojos, merodeando por la alcoba en caza de ese aroma sutil de hembra inseminada, de gata olorosa que se roza por los muebles y las jambas para marcarlas y hacerlas suyas. Paso a paso, aún tambaleante, llega a la alacena de la cocina, que cruje en sus bisagras descuadradas. Vino. Queso. Un poco de panceta y un corte de pan. Quizá, una manzana más que madura. Y a escribir. Silencio. ¡Silencio! Se sienta frente a la mesa, con la ventana del patio esparciendo la claridad. Las voces de la vecina y de sus polluelos se acallan pronto. Silencio. Mira el crucifijo que santifica el lugar sobre el dintel de la puerta. Mira el pliego en blanco, el primero de una resma. Y sus imaginaciones se atenúan y silencian. El blanco marfileño de la hoja, implacable, exige sangre de tinta. El cálamo bebe del tintero. Restriega el borde recién afilado de la pluma de ganso para apurar la gota supurante y dejar la tinta enrasada. Una inspiración. Dos. Se santigua. La mosca. Maldita mosca que interrumpe a las musas. Se levanta enfadado, salta por el cuarto, brinca hacia el dintel, da palmadas, grita de triunfo. Cazada. Se sacude la mano asesina. Se sienta, cierra los ojos, inspira. Vuelve a santiguarse. Silencio todos. Silencio. La pluma tiembla. Ahora la mueve, arriba y a la izquierda del pliego. Abre los ojos. Suenan las voces en su cabeza. La pluma roza el papel. La primera palabra, la primera frase, la primera hoja, la primera escena. El silencio es su castillo. Nadie puede detener su mano, inmune al hambre, a las horas, a su propio cansancio. En el mesón que hay cerca come lacónico y cena lacónico. Un chico le trae pan de la tahona en silencio. Del mesón, vino y queso. Galletas y algún capricho dulce. Gachas. Jerónima sabe a gachas. Cincuenta ducados a cambio de un reducto, de una fortaleza, de un imperio de silencio y escritura.

Y al roce de los susurros inspirados, sabe que lo está logrando, que lo está consiguiendo. Que su alma impregna esas hojas, que no es sólo una comedia o un entremés más para los ávidos autores que esperan el valor que ya han pagado. Que en ellas, en esas hojas, está la mejor esencia de sí mismo. Deja de escribir de madrugada. Resopla. Silencio. Otro día más. Queda menos para concluir. Ya no ve ni acercando las velas. Exhausto, se vacía de palabras. La mejor

obra. Es la mejor obra que ha escrito. La que le concederá fama, no tiene duda. Mayor fama que a ese hidalgo consumido con su jaca flaca y su bacina.

De repente, duda. ¿Es eso lo que en verdad busca?

CAPÍTULO 16

JERUSALÉN CONQUISTADA

Ni a Claudio Conde dijo nada acerca de su nueva obra.

Madrid se llenaba de desposeídos, mientras Andalucía, Extremadura y Castilla se despoblaban; quien no embarcaba a Flandes alistado o a Nápoles en busca de pan y soldada, se agolpaba en Sevilla en los muelles del arenal al borde del Guadalquivir para embarcar hacia las colonias americanas. La burocracia de palacio y de las villas crecía y crecía como un monstruo insaciable, y los pecheros preferían huir de su servidumbre y de sus señores soberbios y manirrotos a yacer para siempre postrados sobre los terrones resecos de los grandes latifundios patrimoniales.

Pasó el año, sus niños crecían y aún Micaela no había descubierto su cubil secreto, la república de sus letras. Al año nuevo, en agosto, obtuvo la licencia de impresión. Los nobles habían huido del calor sofocante a sus huertas campestres. Las fachadas de piedra ardían. Llegó a los bajos donde la imprenta ahogaba todos los demás ruidos con el pesado fajo de su manuscrito bajo el brazo. Puso el pie en el escalón de la puerta y pasó a la sombra. La mano sudaba y dejaba marca en la primera y en la última página.

Jerusalén conquistada.

Sí, había una forma de doblegar a la creciente fama del manco más famoso que luchó nunca en Lepanto. Y él la había descubierto.

–¡Ah, de la imprenta!

Salió un mozo con las manos manchadas. Intentaba limpiarse la tinta con un remiendo de trapo. Se oían los golpes de los tipos en los bastidores.

–Buenas tardes tenga vuestra merced. Hace un fuego infernal en la calle, si vertieran desde el cielo plomo líquido no haría más calor. Decid, ¿qué deseáis?

–Quiero hablar con Juan de la Cuesta.

–¿Quién he de decir que lo busca?

–Lope de Vega.

El mozo lo miró de arriba abajo con incredulidad.

–Mire usted, que tengo mucho trabajo y aquí no nos gustan esas bromas de mal gusto.

Lope resopló. Estaba en reino de herejes, de esos que elegían bando y despreciaban a lo ajeno.

–¿No me reconocéis?

–No. ¿Debería?

–Pues deberíais. Sí, soy Lope de Vega, decídselo al impresor, y decidle que tengo este manuscrito, ¡este manuscrito en mis manos!, con su licencia y todo, listo para ser impreso. Sí, decídselo. Y ya veréis si él me reconoce a mí.

Juan de la Cuesta se llegó a toda prisa hacia él, detrás del mozo, al que sacudía y daba pescozones. El escritor se llevó el puño a los labios y carraspeó; se estiró la camisa, se mesó el pelo hacia atrás, se irguió y apoyó la mano libre en el cinto de la espada.

–Cielos, sois vos. –El nerviosismo del impresor satisfizo a Lope–. Pasad, pasad, por favor. –Lo guio a través de las salas, entre las dos imprentas y los bastidores, esquivando las mesas de tipos y las pilas de papel para entintar. Los vapores de las tintas enrarecían el aire. La sala de secado tenía varas y varas de cuerdas tendidas con pliegos recién entintados. Los trabajadores lo miraban casi con miedo, o acaso era sorpresa. Llegaron a un despacho lleno de libros, con estanterías colmadas de pruebas de imprenta. Le ofreció una de las dos sillas frente a su mesa. A un lado, había una alacena. Al otro, una chimenea con un brasero apagado. Aquella habitación,

antes que despacho, había sido una cocina. «Curioso», pensó Lope. La silla sobre la que se sentó aún estaba caliente–. Disculpad al mozo, que es tonto y no aprecia ni conoce vuestras comedias. ¡Gran honor es teneros aquí! ¿Os puedo ofrecer vino? ¿Y un tentempié? ¡Enrique, Enrique! ¡Toma dos reales y trae cuatro empanadillas calientes de carne! Un manuscrito. Ya veo. No esperaba... que vinierais a mi humilde negocio.

–Una imprenta es una imprenta.

–Ya, pero sabiendo vuestra animadversión a Miguel de Cervantes...

–Olvidad eso. Esto –palmeó el tocho de hojas atadas con un lazo verde– es lo que ofrezco. Una buena obra, y que es mía, con mi nombre, de nadie más. Son negocios. ¿Os interesa?

–Oh. Bien, bien. –El impresor tosió. Con un pañuelo se secó el sudor de la frente, que le caía a goterones–. Bueno. Habladme sobre él. ¿Qué asunto trata?

–¡Es una historia épica que ensalza los valores del imperio! Transcurre durante la conquista de Jerusalén...

–Sí, sí, eso ya lo imagino por el título.

–Bueno, sí –se irritó Lope por la interrupción–. Ricardo Corazón de León trata de tomar para la cristiandad la ciudad santa, en manos de los infieles. ¡Qué bravura, qué arrojo! Y, para más dramatismo, cuenta con la ayuda importantísima del rey castellano Alfonso VIII y sus fieles caballeros, aguerridos en la lucha contra el islam.

–¿El de las Navas de Tolosa?

–El mismo.

–¡Ah! ¿Pero estuvo en Tierra Santa?

–¡Pudiera ser, pudiera ser! No es que me haya tomado una licencia, es que en las crónicas hay algunas lagunas, y yo creo que estuvo en las cruzadas antes que en las Navas. –El impresor lo escuchaba con escepticismo–. Dicen los antiguos que perdió el seso por una judía toledana llamada Raquel, tanto que desatendió a su mujer Leonor

Plantagenet, hermana del rey Ricardo de Inglaterra, y se encerró con la amante siete años, hasta que gracias a una conjura de los nobles, ante el temor a los moros, consiguieron degollarla y hacer que el rey volviera a sus asuntos del reino, y bien graves que eran. ¡Siete años de amor digno de trova, aislado del mundo! Pues yo digo que cumplió una promesa y, de esos siete, estuvo cuatro fuera de Castilla ayudando a su cuñado.

Juan de la Cuesta pasó la yema del dedo gordo por el canto de las hojas, pasándolas con rapidez.

–Pero entonces, ¿eso es cierto o no lo es?

Se oyó un crujido a un lado.

–¿Qué ha sido eso?

–Habrán abierto la puerta. Una corriente de aire. Responded: ¿es cierto lo de la judía y el rey?

–Es dramático, y eso es lo que importa. ¡Es una buena obra y os dará buenos beneficios!

–Todos los escritores sois iguales. Para cada uno su obra es la mejor.

–¡Que yo soy Lope de Vega, que no soy un cualquiera!

–Ya, ya –se explicó el impresor, mostrando las palmas de las manos para apaciguarlo–. Pero los reales los pongo yo. Dejadme unos días que lea el manuscrito y, después, hablaremos de nuevo. ¿Dónde puedo encontraros?

–Mi vida es complicada. Dadme un plazo y volveré.

–Dejadme pensar... Tengo varios libros pendientes por imprimir... Tres semanas. Sí, volved en tres semanas y hablaremos sobre este libro vuestro.

–¡Ah, pero no hagáis como otros, que al descuido lo hacen copiar y lo propagan! Os lo prohíbo. Si no aceptáis, me lo llevo ahora mismo.

–¡Pardiez! ¿Creéis que no somos un negocio honrado? Idos tranquilo, que acepto lo que pedís.

Se despidieron con tirante cordialidad. Lope miró con cierta aprehensión el manuscrito que abandonaba a la suerte del impresor.

–Cuidadlo como oro que es.

–No dudéis que lo haré. Os acompaño a la puerta.

Juan de la Cuesta se pasó la mano por la frente al regresar al despacho. Miró el manuscrito en el centro de la mesa mientras la rodeaba. ¿Desatar la cinta o no hacerlo? Puso el dedo encima. Jerusalén conquistada. «Menudo título ampuloso», se burló para sí. Unos gemidos y unos golpes impacientes en la puertecilla calada de madera vieja lo interrumpieron. Se había olvidado de él. Corrió a mover el pasador de la alacena. Las bisagras chirriaron.

–¿Estáis bien?

De las sombras surgió una mano flaca de venas marcadas, que como una zarpa se agarró a las jambas para salir mejor. Le siguió un cuerpo menudo con una vestimenta manchada de cal de las paredes. La gorguera estaba sudada. El rostro aguileño lo miró con enfado. Otra mano encogida y atrofiada se apoyó en la pared. De entre papeles amontonados surgió Miguel de Cervantes Saavedra, con su tez enfermiza, su pelo escaso, la piel pegada a los huesos del rostro. Se dolió de haber permanecido encorvado en el techo bajo de la alacena. El impresor se apresuró a ofrecerle la silla.

–Ya estoy viejo para esto. Las covachas, para las cucarachas y para los turcos. ¡Lejos de mí, Argel! Tener que esconderme como un maleante, a mi edad...

–Vos teníais curiosidad insana, y yo, una situación comprometida. No es quejéis tanto.

–¡Y le ofrecisteis de comer y beber, qué lujo! ¡Qué deferencia, qué zalamerías! Y a mí, ni agua. ¡Qué agravio comparativo, cuando es mi libro el que os está llenando las manos de ducados! ¡Cuando son todos esos pliegos, todos esos en el secadero, los que os ponen carne

en la mesa y doblones en vuestro cofre de caudales todos los días!

Se oyeron nudillos en la puerta. El mozo Enrique entró con un pliego doblado que esparcía un olorcillo substancioso.

–¡Las empanadas!

El impresor abrió el paquete. Tres deliciosas empanadillas con carne cocinada y sofrito de cebolla, pimiento y tomate. Miró con mayor meticulosidad. Había migas de masa frita en la pechera del mozo y en las comisuras de sus labios. Le dio un capón y lo envió a voces a seguir juntando tipos de hierro. Cerró la puerta. El escritor se relamió, y no dudó en abalanzarse sobre el convite llegado del cielo. Masticó con fruición, llenándolo todo de migajas.

–Al menos algo he catado. ¿Y éste es el manuscrito? –Juan de la Cuesta asintió. Miguel de Cervantes se limpió la boca con el dorso de la mano tullida y se frotó los dedos en los calzones–. Jerusalén conquistada. Ése se cree un nuevo Tasso. –Deshizo el lazo verde, haciendo un gesto de desprecio al ver la letra fluida de su rival–. ¿De verdad lo leeréis?

–He dado mi palabra.

–Qué insulto, que ahora ése quiera arrebatarme a mi impresor. Tiene envidia de mi Quijote. Es un envidioso. Con sus versos vulgares, incita al vulgo a reírse de todo y... –Dejó de hablar. Bufó al pasar un dedo acusador sobre los versos escritos–. ¿Se le estará resecando el seso?

–Maese Miguel, son negocios, nada más. No tengáis queja de mí, que no lo merezco. –Un brillo en la mirada del viejo alcalaíno no le pasó desapercibido–. Decidme una cosa: ¿os gustaría leerlo? Pero prometedme que seréis discreto.

Miguel de Cervantes sonrió con malicia.

* * *

Las cartas del duque aún estaban por la tarde esperándolo encima de su mesa. Su mecenas ya no sólo le enviaba misivas de la vida social acorde a sus títulos y al linaje de su familia, sino también, y eso era lo más irritante, peticiones de versos de amor y correspondencia a damas y mozas a quienes ni siquiera se dignaba a describir. ¿Cómo dedicar halagos y piropos a una mujer que no se conoce, si no se sabe el color de sus ojos, si es suave su piel, si su pelo largo refleja el sol con brillos dorados o si es una cortina de azabache recogida con pasador de marfil? ¿Cómo admirar su temple sin ver cómo guiña los ojos, cómo sonríe con ellos o cómo malicia travesuras de alcoba? ¿Sin escuchar su risa, ver sus gestos mínimos, oír su voz, palpar su piel tersa y joven? O no tan joven, porque el duque no era demasiado escrupuloso. Allá una marquesa, mañana condesa. Por la mañana, una dama boba a la que ha convencido con un paseo a coche; por la tarde, la hija de un regidor caído a menos deseando emparentar; por la noche, alguna conquista tabernaria que el vino hacía semejar a oro valiosísimo. Y al otro día, tabla rasa de conquistas holladas. Más cartas sobre onomásticas, unas condolencias por fallecimientos y felicitaciones a nuevos esponsales. Las quejas de lindes de unos terrenos de la casa. El requerimiento de una donación a la Armada. Las peticiones de ayuda de viejos sirvientes y de soldados de tercios lisiados en busca de un sostén.

Lope bufó, hastiado, hasta que ya pasada la medianoche no pudo más. No era un hombre libre ni un secretario, sino un galeote encadenado. Don Luis Fernández de Córdoba, al menos, era de trato fácil, aunque pagara tarde, siempre tarde.

Pronto tendría que volver a Toledo, a soportar mocos, llantos, gritos, a la tía, envidias, celos y reproches. Tendría dura faena para conseguir un lecho cálido y acogedor. Con lo cálida que era Jerónima...

–Lope, ¿no duermes? –le preguntó Micaela en camisón, con un candil en la mano, desde la puerta.

–Tengo que escribir, tengo que escribir.

Interrupciones del demonio. Se acordó de Jerónima. ¿Por qué? ¿Acaso se sentía un hombre ya en decadencia, más atento al pasado que ya se fue que al futuro por llegar? Pero ya no era noche para

cartas ni para divagaciones. Abrió el cajón derecho y sacó un fajo de hojas llenas de su caligrafía fluida. Ya había mostrado parte de esa obra, y las tertulias de medio reino ya se habían hecho eco de ella, para bien y para mal.

–Lope, ¿no vienes a la cama? Es tarde.

–No tardo. En cuanto acabe este párrafo.

Ah, inspiración, sé fuerte. ¿Por dónde iba? Sí, sí, lo tenía. Los críticos de las tertulias sobre su arte de hacer comedia lo maldecían, porque era un arte nuevo, diferente. Ya estaba harto de tantos cultismos, de tanto sentido retorcido que sólo los pedantes entendían o fingían entender. El pueblo quería vida, no eruditos mohosos hablando en latín. ¡Lo querían a él, con sus mujeres en escena!

–Lope, ven conmigo. Los niños ya duermen. –Él seguía encorvado sobre la mesa, mojando la pluma en la tinta como un poseso. Micaela pasó de la irritación a la tristeza. Pasó la mano blanca por la madera de la puerta, asemejando una caricia. El pelo rubio largo y peinado caía en curvas renacentistas sobre su camisón. Incluso se había perfumado, pero nada parecía alterarlo. ¿Dónde estaba Lope? ¿Con qué musa?–. Es que ya no me quieres...

–Te adoro, cielo. Pero me queda muy poco para acabar este pliego.

«Irritante mujer», pensó de pronto. «Cada día se parece más a Juana». Y quizás eso era más que cierto. Se detuvo con una línea a medio terminar y se echó para atrás en la silla. Alzó la vista hacia el techo de vigas viejas de almendro, imaginando qué gran escena sería enfrentar la noche al día sobre las tablas, el sol y la luna, el fuego y el mar, Micaela y Jerónima. Cerró los ojos. Se imaginó las voces, los brazos en jarras, los pasos retumbando con rabia sobre el entarimado, camino a un trágico desenlace.

–Te alejas, te alejas de mí. Amor mío, ¿es eso? ¿Ya no me quieres? Es Jerónima, ¿verdad? ¿Es que es más joven? ¿Es porque aún no ha tenido partos? Dime que me quieres, Lope. Dime que no me estás olvidando.

–Es un momento, cielo, sólo un momento lo me queda para concluir esta escena. Termino esta parte y ya subo. De verdad que ya subo. –Micaela avanzó hacia él, iluminando con mayor fuerza la sala. Triste. Furiosa por ese hombre insoportable, adorable, despreciable, digno de amor, digno de todo, digno de nada. Casi estaba a su lado. Alargó una mano para tocarlo. Parecía en éxtasis, se deleitaba en una ensoñación con los ojos cerrados. El roce leve en su rostro rompió el hechizo. La inspiración se quebró. Apartó su mano con mala reacción. Bufó como un toro, irritado con ella–. ¡Que ahora subo, Micaela, cielo, amor, que he dicho que ahora subo! Mi escena, ¡he perdido mi escena! Vete. Que sólo tardaré un momento...

Ni se fijó en que ella estaba a punto de llorar. Resignada y maldiciendo su suerte, se retiró al aposento en silencio, como una aparición. Él volvió a entrecruzar las manos tras la nuca y cerró los ojos, intentando volver a la escena imaginada. Jerónima. Jerónima excelsa. Jerónima desnuda, cabalgando sobre él, como un súcubo, sedienta y lúbrica, incansable y mordaz. Sintió una opresión que latía en la entrepierna.

–Acaso olvidaste lo que prometiste.

Un escalofrío sacudió a Lope antes de convertirse en piedra al saberse observado. Luego se puso en pie con sobresalto. Derribó la silla, trastabilló con ella y cayó al suelo de loza. ¿Nadie?

Alguien. Tras el umbral, una sombra a oscuras.

–¿Quién...? ¿Qué dices?

–Prometiste ser un hombre nuevo. Olvidar tu soberbia –dijo una segunda voz, esta vez recia y de hombre.

–¡No sé cuándo prometí eso!

Se tentó, en una costumbre del que siempre se siente perseguido por su conciencia. Su espada estaba lejos, en la alcoba. ¿Quiénes eran?

–Prometiste amor eterno, y no lo cumpliste –y la figura primera, ya reconocible desde el umbral a oscuras, sonaba a pena, con la cabeza agachada.

Era Isabel de Urbina. La recia voz volvió a hablar. Los pábilos de las velas oscilaron, dos de las tres se apagaron. Con una palpitación intensa, Lope se arrastró hacia atrás hasta topar con la pared, sin dejar de vigilar la puerta oscura como un pozo.

Miedo.

–Prometiste en Alba de Tormes tu alma a cambio de fama.

Promesa desdichada en un tiempo desdichado, con un mecenas desdichado que había jurado no recordar.

–¡Sois vos! ¡La mano alada! –La sombra del escritor hijo de un infante asintió.

Pánico.

–Prometiste amor eterno, y no lo cumpliste –repitió Isabel.

–¡Te amé y te fui fiel! –Pero Lope supo que Isabel sabía que no era así. Se dio cuenta de pronto de que ella siempre lo supo, sin queja, sin un mal gesto. Que siempre había sido así. Que siempre sería así. Que si evitaba la mentira lo hacía mintiendo aún más. Niños, niños muertos. ¿Cuántos hijos más tenían que morir para comprenderlo?

Razonó que todas las mujeres de su vida, al final, terminaban por saber que no era hombre de una sola mujer. Y que esperaban, en esta vida o en la otra, que recibiera un castigo por ello. Esperaban. Esperaban. Esperaban.

Terror.

–¿Lo tenéis preparado?

–¿El libro?

–No. ¡El pago! –Una espada salió de la vaina, negra y cortante. Una sombra corpórea alzó el arma vengativa, que hendió el aire y todo lo que encontró a su paso.

–¡Perdón! ¡Piedad!

–¡Amén!

Lope despertó con un grito. Se había dormido sobre los pliegos. Era el susurro del aire por las puertas mal encajadas lo que se escuchaba por el pasillo de la casa. Vio sangre. La pluma de ganso bien cortada había pinchado la piel, vertiendo sangre y tinta en una gota obscena y oscura sobre el pliego.

CAPÍTULO 17

EL EMIGRADO

Ya llego a Madrid. Por fin. ¿Serán esos picos el alcázar real? Los caminos que confluyen. Los arrabales que lo rodean. Ya estoy. ¡Piedad! ¡Limosna! Pido limosna, y otros más andrajosos me piden limosna a mí. ¡Galeras! ¡Galeras para todos! Que probaran el banco de un galeote todos esos hijos de algo que miran como si estirando el cuello fueran gente de mayor calidad, con sus gorgueras, con sus pecheras rutilantes, sus pañuelos de colores. ¡A todos, a navajazos! ¡Piedad, señora! ¿No tendrá limosna para un manco? El coche se detiene. Otros desgraciados corren por el camino embarrado, arremangando capas y calzas deshilachadas y sucias, para adelantarse. Una mano me concede desde la puerta un óbolo.

–Tomad dos maravedíes y rezad a Dios.

Los cazo antes que los otros lleguen y balbuceo «gracias». El coche se va. Escupo al suelo; a tu coche, a tu madre y a ti, furcia. ¡Dejad en paz mis monedas, desgraciados! ¡Dejadme! Me escabullo como puedo.

Me rasco la barba. Estornudo y me sacudo los mocos como puedo. Qué lejos queda Sevilla. Cinco años, ¡cielos, cinco años! ¡Parecieron una vida entera sujeto al remo! Como lo encuentre, que Dios me perdone, pero tendrá que entenderlo. Lo voy a abrir en canal y le vaciaré las entrañas; lo voy a desarmar como si fuera un cochino sobre la mesa del matarife el día de San Martín. Arriba y abajo, giro de muñeca y al lado, todo al lado para arrancarle el corazón. ¡Idos al infierno, coches de Satanás, me habéis puesto de barro hasta las orejas! Una retahíla que me dé monedas. Qué viaje, Jesucristo. Valencia. Madrid. ¡Una limosna, caballero! ¿No? Así ardas en el fuego del infierno, cabrón. Sí, eso, que te aplaudan, que los aplausos me llevarán a ti. ¡Que te aplaudan! Te buscaré un buen saco, te

moleré a palos con una buena tranca y te echaré dentro, a este río sucio y apestoso. Maldita la bosta que te engendró. ¡Una limosna, señor, que soy un veterano de los tercios! ¡Gracias le dé Dios! Vida ésta de miseria, que quien quiere prosperar lo paga con sangre. Pero Madrid es grande. Aquí hallaré quien me quiera. ¡Qué huerta tan grande! ¡Cuántos coches! ¡Sí, ésos son buenos caballos! Mierda. Se me olvida a veces que sólo tengo una mano. ¡Guapa moza! Ja, ja, ja. ¡Qué miras, petimetre! Huelo a pan. Pan de verdad. ¡Y puchero de carne! Habrá algún mesón donde pueda comer algo que no sea sopa. Ríos de orines, casas viejas, ¡buenos palacetes! ¡Aparta, chucho! Vaya con la capital. Si hay más miseria que en Sevilla. Alguaciles. Asco de alguaciles. Cómo los odio, con su sombrero, su capa azul y esa suficiencia. ¡Si robáis más que los enterradores, y ésos sí que son ladrones y cosas peores! Una limosna, buen señor, a un cristiano viejo. ¿No? ¡Ya mentaré a tu madre, so avaricioso! Mira tú, que aquí en esta ribera también hay gente de calle entre las carpinterías.

–¿Acaso vuestra merced no desea pasar un rato agradable?

Con el hambre que tengo, a ti te comía enterita, guapa y guapa. ¿Esto? ¿Esta mano que me falta? Ja, ja, ja. Fue un rasguño que se complicó. Pero no te asustes, no la necesito para enseñarte lo hombre que soy. Que sí, mujer, ¿no ves que sí tengo dineros? ¿Dónde está ese catre? ¿Y tú qué miras, canónigo? Mira qué nariz tiene. ¿O es que también tú quieres comer carne? ¡Jo, jo, jo!

* * *

–Madrid está imposible. Entre mendigos, ruedas y carruajes no hay quien ande seguro por las calles. Pobres, lisiados, hambrientos... haraganes. Que Dios en su bondad no hizo al hombre un vago. –Luis de Góngora se sacudió el bonete y lo dejó sobre un aparador. Los tertulianos se acallaron. El canónigo se sentó en su sillón de mimbre y entrecruzó las manos nudosas–. Para vagos ya tenemos bastantes escritores, que no hacen más que quejarse de que tienen hambre.

–¡Vos soy la excepción!

–Lo sé, lo sé. Eso es evidente. Ahora me han dicho que Francisco de Quevedo, ese hijo de gente cortesana, ya está vapuleando otra vez mi buen nombre, y que sí, que ha hecho buenas migas con Lope. A ése, ni comida ni agua ni casa. ¡Si son tal para cual! ¿Habéis leído lo que ha escrito sobre Jerusalén? Tráelo, tráelo. –Un tertuliano tuvo la deferencia de acercárselo–. Dieciséis reales y ocho maravedíes tirados a los perros. De Toledo. Juan de la Cuesta se habrá dejado convencer, pero, si oís lo que dicen, es que no lo venden a dieciséis, sino en la trastienda vas y lo venden por la mitad porque nadie lo compra. Que al librero lo han engañado y ha regalado un montón a su duque, a sus cortesanas, al rey, a los del hospicio e incluso al arzobispo. Ya lo dice en la primera página la aprobación del libro:

Es libro conforme a la expectación creada por este poeta y superior genio por la noticia que descubre de nuestros españoles conquistadores del sepulcro de Cristo nuestro señor, cuyas hazañas, más por envidias que por olvido, los escritores tenían borradas de libros y memorias.

Con su voz medida y bien entonada, parecía un hechicero de palabras, pero de pronto calló y cerró el libro con furia, haciendo que varios oyentes dieran un respingo, despertados de súbito del sopor del sortilegio. Después lo alzó sobre su cabeza, agitándolo.

–¡Ya eso es suficiente! Decir que Alfonso VIII, antes de ser el vencedor de los almohades, estuvo con Ricardo de Inglaterra para tomar la ciudad y templar su alma es un sacrilegio contra la historia. Se lo ha inventado todo. Que si está, ¡tres años!, asediando Tiro, que si una princesa guerrera pelea lado a lado con el rey castellano, que si se enamora de él, que si el rey, ¡oh, virtud encarnada!, rechaza la tentación por estar prometido... Que si nadie lo echó en falta en Castilla por siete años. Todo, todo es falso. ¡Eso lo sabe hasta el enano bufón del rey! Del cielo, vaya este libro al infierno. –Y lo lanzó con estrépito desde lo alto contra la tarima,

para luego pisarlo. El golpe sonó como un cañonazo–. ¿Quién más lo ha leído? ¿Tú? ¿O tú? ¿O tú, Gabriel?

El lector más joven carraspeó.

–N... No.

–Yo sí –contestó un caballero veinticuatro–. Pues a mí, tenga personajes falsos o inventados o no, a mí me ha gustado.

El canónigo se detuvo en su deambular. Dio un puntapié al tomo y se sentó en el sillón. A sus pies, con la lomera quebrada, agonizaba el ejemplar, arrastrándose sin que nadie hiciera por recogerlo.

–Ese libro no tiene valor literario.

–Pues a mí me ha entretenido. Tanto como El Quijote.

–¡No compararéis la obra de un hombre ilustre, defensor de la cristiandad frente al turco, con la de un soberbio y traidor del arte de escribir! –El dedo índice apuntó hacia él como si de aquel dedo, cual Zeus, fuera a salir un rayo aniquilador. El caballero tragó saliva–. Sólo sirve para llenar un hueco inútil en el estante o para encender los braseros de los siervos. Ha querido imitar al gran Tasso y ha fracasado. ¡Está fuera de su alcance! ¡Un ratón no puede hacerse león! Sus octavas son interminables, insufribles, y tienen mala rima, mal arreglo, rico en exceso en imaginación vana. No es épico. O mejor: ¡su aburrimiento es épico!

–Pues ya va por la tercera edición.

–¡Tres generaciones de tontos son los únicos que lo compran!

–Pues repito que a mí me ha gustado.

–Pues yo os compadezco por ello. Dejad, sí, dejad a Lope con sus pastores y sus mujeres vestidas, ¡Ja, ja, ja! ¡Sí, dejadlo, que así no hará memeces como ésta! –Algunos asistentes aplaudieron, otros murmuraron confusos–. Ahora os diré otra cosa: que ha escrito otro libro. Una justificación de su arte. Y es peor si cabe. Pero no me importa, ¡en absoluto! –Tras tantas amargas palabras, se permitió sonreír–. Sabéis distinguir qué cultiva el alma y qué la envilece.

Saboreáis los mejores guisos, los mejores vinos, y los que podéis y no tenéis los votos, las mejores mujeres también. Porque todas vuestras mercedes tienen un gusto excelente; sois gente ilustre, inteligente, mentes preclaras. Oh, no me importa Lope, porque vuestras mercedes –y se señaló con halago y falsa modestia– me leéis a mí.

* * *

El Mesón del Toro hervía. Desde la Puerta del Sol no dejaban de llegar mercaderes, soldados, aventureros y gentes de espada fácil y bolsa escasa, y todos querían comer allí. Les había costado amenazas y empujones conseguir una mesa. El mesonero bufaba de un lado a otro con ambas manos ocupadas con jarras de vino y escudillas de pucheros de garbanzos y sacramentos. Hasta entre mesa y mesa había gente de pie, bebiendo e incluso fumando, apoyados contra las paredes, con los pies sobre los taburetes, lo que provocaba voces descontentas y empujones.

–¡Eh, a ver esas botas! –Francisco de Quevedo se quejó de que un haragán pisara su capa e hizo amago de levantarse. El otro, ya medio bebido, balbuceó una disculpa–. ¿Que hablan mal de tus libros? Entonces, es que alguien ha metido cizaña. Ese Góngora es mala gente. Se pone tieso, así, para hablar a los suyos, muy santo, muy puro, y es un mujeriego de cuidado. Le gustan los naipes más que cualquier otra cosa. Si tiene una nariz de judío..., que yo estoy seguro que tiene sangre sucia por las venas. Sí, yo hablo mal de él, sí. Todos hacemos lo mismo. ¡Un arte nuevo, dices!

–¡Éstos, éstos, amigo Francisco! Éstos son mis ejércitos. Un arte nuevo, sí, para todos estos que nos rodean, que todos entiendan, que todos disfruten. Si los corrales se llenan, entonces, ¿no quiere decir eso algo? Ya está bien de tanto clásico y tantas reglas que sólo pocos valoran. Cuando tengo que escribir comedia, encierro los preceptos antiguos con seis llaves; saco a empujones a Terencio y Plauto de mi estudio para que no me den voces, pues suelen dar gritos desde libros mudos, y escribo como sé que el vulgo va a

entenderlo. Esta tarde, en la Academia, lo leeré para todos. –Apuró el vaso y tiró uno de los naipes–. ¡Seis de oros!

–Pues más de alguno se va a escaldar. ¡Allí estarán listos para lanzarte tomates y lechugazos! –Miró sus cartas, eligió con cuidado. Con un gesto airoso negó con la cabeza, agitando sus rizos negros rebeldes y vigorosos–. ¡Sota! Un ejército. Tú lo has dicho. El cordobés dora la píldora al duque de Lerma, ¿y qué temen más los que tienen poder e influencia? Perder ambas cosas. Por eso se aferran a lo que son. Por eso no aceptan nada nuevo. Todo lo nuevo hay que perseguirlo, hay que arrancarlo de raíz. Sí, los que te aplauden son tus ejércitos. Hay quien teme a tus ejércitos. ¡Error, amigo! Tengo un basto, me llevo tu caballo y canto veinte.

Claudio Conde se contorneaba entre el gentío, haciéndoles gestos. Llegó hasta ellos sin resuello.

–¡Señores, buen día! Malas cartas son ésas. –Quevedo frunció el ceño con queja, no fuera a chivarse al escritor. Por si acaso, las juntó más al pecho–. Se corre la voz en los mentideros. Esta tarde en la academia la vas a formar bien gorda, Lope. De escándalo a escándalo.

–Déjalo, que la mala fama también da renombre.

–Envidias nada más, Claudio.

–La Jerónima y la Micaela en tu cama, el duque de Sessa come de tu mano, el cordobés y el manco de Lepanto lanzando serpientes contra tu Jerusalén, y Alonso Riquelme, Pedro de Valdés y Gaspar de Porras aireando que eres el mayor genio de las letras de España en siglos. ¡Las envidias que dices se espesan y se pueden cortar con un cuchillo!

–¡Rey de espadas!

–¡As de espadas!

–Mierda. Perdí la mano.

–Los puntos, ronda y partida. –Quevedo recogió los naipes y los volvió a barajar. De pronto le dio hipo y se echó a reír–. ¡Mesonero,

más vino! Se llama Gabino. Cuando Dios llamó a Gabino, no dijo «Gabino, ven», sino «Venga, ¡vino!».

–No me llaméis Gabino, que bien sabéis que me llamo Manuel.

El coro de carcajadas de las mesas adyacentes retumbó por el mesón. Todas las miradas recayeron sobre él. El mesonero, agobiado, seguía yendo y viniendo; los goterones de sudor le caían de su camisa como un río. Quevedo se subió al taburete.

–¡Oíd todos! ¿Quién no conoce a Lope de Vega, el mayor dramaturgo que ha conocido esta tierra reseca?

–Mayor es Garcilaso –dijo uno.

–¡Mayor era Garcilaso! Pues aquí está su sustituto. ¡En carne y hueso! ¡Y a todos invita a una ronda! –Los golpes de escudillas y jarras se unieron a los rugidos de alegría por tanta generosidad.

Lope palideció, con los ojos como platos.

–Pero ¿qué dices, insensato? –murmuró, atragantándose y tirándole de la ropa para que se sentara.

A su lado, Claudio se aguantaba la risa a duras penas.

–Calla, que es todo a tu favor –replicó en voz bajísima Quevedo. Volvió a gritar a la muchedumbre, que empezó a brindar por el escritor–: ¡Este ejemplo de bonhomía es a quien algunos quieren hacer callar! ¡El escritor del pueblo! ¡El que llena corralas! ¡El que está aquí, entre vosotros, y no sobre un pedestal de mármol hablando a cuatro aburridos! Hoy hablará ante esos eruditos mohosos y agriados en la Academia de Madrid. ¿Qué creéis que pasará? Que lo tildarán de loco. Que lo tacharán de miserable, de indigno. Pues no. ¡Jalead su nombre, bien alto, que se oiga! ¡Hacedlo cuando bebáis en su nombre! ¡Salud a todos, buenos cristianos! ¡Que viva Lope de Vega cien años, que pasarán mil antes de que surja otro como él! O como yo.

Las palmadas y las voces roncas hicieron temblar el local. Lope recibió palmada tras palmada. Todo el mundo quería verlo, tocarlo, conocerlo. Quevedo bebía como un poseso, ¡qué buena excusa había

encontrado para apurar una nueva jarra! Y Claudio hablaba por los codos. Lope sopesó la bolsa. El mesonero los mataría, con dos escudos y medio no había para pagar aquella media centena larga de bebidas.

–¡Estás loco!

–¡Ja, ja, ja! ¡Ni con un galeón de las Indias pagarías el favor que te he hecho!

Claudio se sentó junto a Lope.

–Amigo, yo tenía algo que decirte. Pero ahora, a lo mejor, la noticia se queda pequeña.

–¿A qué te refieres? –Ya le dolía la mano de recibir tanta señal de aprecio. Los borrachos babeaban ante él, celebrando su presencia con sus alientos hediondos y sus dientes amarillos. ¿Cómo iba a pagar aquella bacanal desatada?–. Por Dios que me estoy mareando.

–Pues bebe más, que te hará falta cuando te diga esto.

–¿Pero el qué, Claudio?

–Pues... que hay otro Lope.

CAPÍTULO 18

FRENTE DE BATALLA

«Otro Lope», pensaba Lope mientras el coche dispuesto por el duque de Sessa sorteaba viandantes y mujeres que salían de misa. Los baches eran un mal incurable de la villa. Daba miedo acercarse al centro, con ese conductor del demonio que marchaba más borracho que sobrio. «Otro Lope», le había dicho Claudio. Casi ni hacía caso a lo que Micaela le cuchicheaba ojo avizor al otro lado de la cortinilla, en el atardecer cálido pasado el día de San José. Las mujeres salían de misa. Los campesinos volvían a sus casas, los tunantes ya agitaban las manos como ansiosos por lanzar dados y apostar maravedíes, y los ociosos buscaban las tabernas para remojarse por dentro y por fuera, en busca de respeto ajeno. Otro Lope, y él lo había visto con sus ojos: sí, era otro Lope, y Micaela le preguntaba sin parar o le hablaba de lo gorda que se había puesto la criada o de que no quería saber nada más de Jerónima.

–Si pareces un sultán con tanta mujer. Y yo soy bien cristiana. Menos mal que nuestra criada es más fea que un hornazo estrellado.

Y se acordaba entonces de doña Dolores y de Juana. Miraba a otro lado, oyéndola sin escucharla, tomando su mano, sí, pero con poca fuerza, y ella sería iletrada pero no era tonta. Otro Lope en Madrid. ¿Cómo había sucedido?

–Si lo raro es que haya uno solo. A ti no hay quien te meta en cintura.

La academia estaba cerca. Baches y más baches. Por lo menos callaban a Micaela, tan hermosa como siempre, tan distante como nunca. El coche torció a mala saña a la derecha, tan bruscamente que los radios de una de las ruedas traseras chocaron con los botarruedas de una casa señorial, haciéndoles saltar en el asiento. Micaela gritó y se santiguó. Lope agarró los papeles que llevaba en

la mano con sobresalto. Ya reconocía la calle, ya estaban ante la puerta de la casa de los condes de Puñonrostro, con sus columnas italianas, con su portada de piedra, grande y singular, y el escudo de armas con la torre, la cruz y el águila. Una multitud apreciable se había reunido en torno a la puerta, y aún no eran ni las seis.

El cochero se detuvo. Vio a Claudio, quien se apresuró a abrir la puerta para Micaela de Luján, que cosechó piropos. Se había vestido con mantilla para protegerse del frío y mostrar recato, pero muchos la reconocieron.

–¡Guapa!

–¡La más hermosa!

–Qué suerte que tiene Lope...

Muchos más aplaudieron a Lope de Vega. Saltó con agilidad del pescante y saludó a cuantos pudo en tanto entraba en la casa noble, cruzaba el zaguán y el pasillo peristilo que llevaba al patio con aspidistras y una fuente inquieta de caño alto que esparcía murmullos de agua, y de ahí a la sala dedicada a la Academia, grande, espaciosa y colmada de bancos y sillas, muchas ya ocupadas. La tertulia estaba llena.

–¡Cuánta gente!

–Y más que ha de llegar.

Saludó a don Félix Arias Girón, hijo del conde y presidente de la tertulia. E inmediatamente después Claudio y él abrazaron a Juan Blas de Castro, músico apreciado por Lope de su estancia en Alba de Tormes años atrás. Entre tapices y cuadros, entre esculturas clásicas de mármol y jarroncillos llenos de agua y grandes ramos de lirios y jazmines, allí estaban muchos de sus allegados. Juan de Piña, que escribía más novela que versos y que le llevaba sus asuntos legales y sus alquileres y escrituras de casas; el joven Baltasar Elisio de Medinilla, siempre inquieto, siempre mordiéndose las uñas, discreto y sagaz, y Alonso Riquelme, suplicando que terminase de una vez las comedias que le debía.

–A todos, agradecido. Pero no cabrá tanta gente en la sala.

–Espero que aún queden algunas sillas, que los bancos son muy duros.

Quien habló así fue Pedro de Valdés. Y supo Lope que la gente arremolinada en el patio era presagio de males mayores. Se abrió paso casi a codazos. Si estaba Pedro, estaba Jerónima.

Junto a otras damas y señoras de la casa, primas del hijo del conde, e invitados, Jerónima de Burgos destacaba como una rosa recién abierta, fragante, fresca, aún salpicada de rocío, en medio de unos tristes jaramagos. El duque de Sessa había llegado en otro coche a tiempo de las campanadas de la iglesia de San Martín, y de su brazo, orgulloso, pendía la mano blanca de Micaela. Jerónima dejó caer el pañuelo que ocultaba su melena, que cayó lustrosa y suelta, oscurísima, y se oyeron suspiros entre los hombres. Micaela hizo lo mismo, y la oscuridad del atardecer se iluminó con los raudales de rizos sedosos y rubios; llenó el pecho de aire y se agitaron sus senos, amenazando con romper costuras. Pero Jerónima sonrió, tomó al duque del otro brazo y lo celebró por ir tan elegante, tan bien rasurado, de tan buena planta.

–Que tenemos ya amistad de años, señor duque, y no lo había visto nunca de tan buena presencia.

Envidia de duque. Don Luis Fernández de Córdoba rio, entrando con las dos mujeres en la sala, junto a Diego Gómez de Sandoval, el segundo hijo del duque de Lerma, quien no quitaba ojos al pecho apretado y exuberante de la joven Jerónima.

–¿No habrá sangre entre ellas?

–Pues no, Claudio, parece que hoy no –respondió Lope con perplejidad.

Pero Micaela lo había oído y le dirigió una mirada feroz. La campanilla de plata del secretario sonó, salvándolo del hechizo de piedra. Se estiró la ropa y entró; luego, carraspeando, subió a la tarima. Mucho público. Y alguna silla vacía. Público curioso. Desconocidos cabizbajos. Mujeres con abanicos. Nobles, amigos.

Enemigos.

Tras un bufete, el hijo del conde de Puñonrostro como presidente, el fiscal y el secretario se acomodaron en sus sillas. Sonó la campanilla por tercera vez, se pidió silencio. Después, Félix Arias Girón habló:

–Amigos, se inicia una nueva tertulia. Y hoy será Lope de Vega quien hablará, a él se le encargó hará un mes esta lección que...

Se vio interrumpido por exclamaciones. Algunos se levantaron. Claudio se volvió. Góngora. Góngora estaba allí, con varios acompañantes. Sonreía con vileza sin decir palabra, esperando. «Claro», pensó Lope. Diego Gómez de Sandoval apoyaba al cordobés.

Claudio se dio cuenta. Lope temía a Góngora.

–... esta lección, digo, que hoy escucharemos sobre él y sus comedias. El desafío será: ¿podrá convencernos de ese nuevo arte que llena corralas y destroza las reglas antiguas del teatro? ¿A nosotros y a todo el público? ¡Loadas las musas! ¡Que hable ahora Lope de Vega!

Los vítores y abucheos tardaron en acallarse. Lope se puso en pie.

–Ingeniosos nobles, la flor de España, se me ha pedido componer un tratado sobre el arte de escribir comedia que sea aceptable al público de hoy. Sería fácil si el que lo hiciera hubiera escrito menos comedias y supiera más sobre cómo escribirlas, pero es una desventaja para mí, por escribir tantas contra las reglas de este arte.

–¡Eso es cierto! –se oyó entre las sillas.

Un abucheo. El secretario pidió silencio.

–Y no es que yo sea ignorante de los preceptos. He leído todos los libros sobre ello desde antes de tener yo diez años. Y si así hice es porque no se escriben hoy como quienes inventaron la comedia pretendían que se hiciera, sino como unos bárbaros nos han impuesto, y si uno escribe de otra forma muere sin fama ni recompensa, porque la costumbre es más fuerte que la razón. Y es cierto que a veces he seguido las reglas que pocos conocen, pero tan

pronto como veo los monstruos y apariciones que surgen ante el público, que canonizan este triste espectáculo, vuelvo a mi bárbara costumbre, hago caso omiso de los preceptos y escribo en busca del aplauso del vulgo, pues como paga el vulgo es justo hablarle en necio, para darle gusto.

Los murmullos crecieron.

–Blasfemo.

–Indignante.

–¡Un genio!

–La comedia tiene su propósito, y sólo difiere de la tragedia en que trata acciones humildes y plebeyas, mientras aquélla retrata sólo a los reyes y a los más grandes.

–Aristóteles estará revolviéndose en su tumba.

Algunos rumorearon si eso lo había dicho Góngora, y el ruido de las sillas aumentó.

–Nada debe distraer de la acción principal. Hay que escribir en prosa mejor que en verso, y hay que tener al público en vilo, sin que pueda adivinar el final para que no se aburra. No hay que dejar el escenario vacío, ¡siempre deben ocurrir cosas!

–¡Seguro que siempre ocurren cosas en tu cama! –gritó una voz.

Se alzó un abucheo y risas ajenas.

–Se ha de hablar como habla la gente, para que entienda...

–... Todo. Que es lo mismo que nada –intervino Góngora–. Al pueblo hay que elevarlo, darle ejemplos de temor de Dios, amor a la patria y a la iglesia, y no tanta palabrería, tanta risa. La comedia antigua... ¿Decís que erraban los griegos? ¿Que erraban Eurípides, Sófocles, Esquilo? ¡Sálvanos, Lope, de nuestro error de siglos!

Algunos rieron. Otros lanzaron voces. Lope tragó saliva. El cordobés, tranquilo, mantenía las manos entrelazadas, como

rezando, apuntando a su vez con los dos índices unidos a la escena en gesto acusatorio.

–¡Es un alboroto!

–¡Que se calle!

–¡Debe dejarlo continuar!

El presidente pidió silencio. Lope sudaba, pero Claudio sabía que no era miedo, era indignación.

–Vos no sois rey –replicó el madrileño, y recuperó el tono. Alzó la voz–, porque si lo fuerais tendrías majestad en la voz, y no la tenéis. Así –le lanzaron insultos. Góngora perdió la sonrisa complaciente–, así, digo, han de hacer los actores. Si un rey habla, ha de notarse; si lo hace un viejo, debe hacerlo con sensatez y modestia. Los amantes se hablarán apasionadamente, y así su pasión hará vibrar a quienes los escuchen. Los soliloquios serán tales que muestren la transformación del que recita, y entonces el público se verá traspasado por sus palabras. Y las mujeres han de tener su dignidad sobre las tablas y, si se disfrazan, lo harán de tal forma que no ofendan. Cada escena concluirá con un pensamiento impactante o un verso elegante, de forma que deje a la audiencia complacida.

–Complacido no me hallo –dijo una voz.

Una risa fue cortada en seco por un siseo.

–Para cada acto escribid cuatro pliegos, que es lo adecuado para la paciencia de quienes os escuchan. Tres actos, doce pliegos en total. Con la ironía o el desdén pinchad sin odio, porque si el público se siente herido no alcanzaréis ni fama ni aplauso. Cuidad la vestimenta, porque ni es correcto sacar a escena a un turco con un collar como los cristianos, ni a un romano con una toga apretada.

–Pobre Aristóteles –soltó un vate envidioso, con perilla afilada y bigotes bien tiesos de almidón.

–Pues a mí me gusta –declaró el duque de Sessa, levantando murmullos aprobatorios a su alrededor.

Las dos beldades asintieron. Claudio Conde se rascó la cabeza; ¡qué listo había sido el duque! Gozaba de ambas mujeres así, y las mantenía a una distancia insalvable con él entremedias.

–Que haya calma –indicó el secretario, haciendo sonar la campanilla.

–¡Eres un bárbaro! Has arruinado el teatro. Ni mil años de edad oscura harían más daño que tú a la tragicomedia grecolatina. –No fue Góngora quien habló, sino uno a su lado: Gabriel el joven, con su voz melodiosa. El mismo que en el certamen de Toledo lo acusara de prevaricador. Claudio volvió a asombrarse. El cordobés era un general prudente, un resabiado que quedaba en retaguardia a salvo mientras enviaba al combate a los soldados más jóvenes e inexpertos. Hasta Jerónima calló, mordiéndose con lascivia el índice a la vez que se preguntaba quién era aquel joven tan hermoso y arrojado.

Lope dejó de leer sus papeles. Si aquel joven poeta era hermoso como Apolo, él tenía experiencia en batallas de palabras y de armas. ¿Cuántas veces se había batido de ambas formas?

–¿Yo, un bárbaro? Sí. –Se irguió. Dio dos pasos adelante, hacia las sillas y bancos. Silencio. Se oían los pasos, las respiraciones contenidas–. De entre todos los escritores de comedia, soy el mayor de los bárbaros, por atreverme a dar preceptos contra las reglas de este arte y por dejarme llevar por estas ideas que se apoderan de mí de tal forma que en Francia y en Italia los demás autores me llamarían ignorante. –Todo el mundo contuvo la respiración. De sus manos, de sus gestos, de sus labios, de todo él se transmitía tal fuerza que parecía un ser mitológico. Sus canas ya no lo hicieron viejo, sino sabio; y a Gabriel, su juventud y arrojo ya no lo hicieron osado, sino necio. Lope se creció y pareció un gigante a su lado–. Sí, eso dirían. Que soy un bárbaro, un ignorante. Pero ¿y qué puedo hacer yo, cuando he escrito sólo cuatrocientas ochenta y tres comedias, y en todas ellas salvo en seis he pecado enormemente contra las reglas clásicas del arte? Y con todo, defiendo todo, ¡todo!, lo que yo he escrito, porque sé, ¡sí, sé!, que incluso aunque hubieran podido quedar mejor de haber sido escritas de otra forma, no habrían disfrutado de mayor favor y aplauso del público. ¡Porque en ocasiones aquello que rompe las reglas obtiene por ello

las mayores recompensas!

Los aplausos de los fieles acallaron a los críticos. Aun así, el joven Gabriel aguardó de pie, como una roca ante una tormenta, antes de plantear su nueva pregunta.

–El público no sabe discernir lo que se le ofrece. ¿No aplaudieron antes a los que os precedieron? ¿Decís que antes que vos nadie iba al teatro ni disfrutaba con lo que los autores ya muertos ofrecían? Vos sois un verdulero. –Un coro de voces indignadas obligó al secretario a intervenir–. Habéis convertido un arte antiguo en una mercadería vendible. Habéis prostituido vuestra palabra en busca de un aplauso fácil. Decid: ¿acaso eso no perturba vuestro sueño por la noche?

–Sois demasiado joven. ¿Tenéis vos el secreto del arte? ¿Habéis escrito tanto y con tanto favor, como yo? –Gabriel cerró la boca–. ¿Tenéis veinte, veintidós?

–Veinticuatro años.

–Os equivocáis. No me tenéis que preguntar a mí, sino a mi público, a quien me debo. ¿Quieren amores? Yo se los doy. ¿Quieren aventuras? Yo se las doy también. ¿Quieren justicia, donde el débil, con el poder de la verdad, vence al injusto? Yo se lo doy. ¿Quieren un final feliz y no una tragedia, que ya bastante tragedia hay con tanta muerte en Nápoles o en tierras holandesas, con tanta moneda de vellón, con tanta carestía de pan, con tanta pena y tanta avaricia? ¡Yo se lo doy también! Y en ello, ¿por qué no?, también hay algo elevado; no palabras enrevesadas ni retórica literaria que ningún tendero ni panadero ni alfarero entendería. En ello hay esperanza. Van a los corrales llenos de tristeza, pero en mi teatro hay una puerta a otros mundos y salen riendo y contentos. Y decidme, ¿vos coméis o vegetáis, como las lechugas de mi huerta? ¿Coméis pan, bebéis vino, os solazáis con un plato de higos o con un buen plato de cocido con su tocino, su patata y trozo de ternera y de pollo? Pues yo, como y bebo todos los días. ¿Qué deshonor hay en vivir de lo que escribo? Desengáñense todos y créanselo, que aparte de por gusto también escribo por dinero.

–Sí, también las rameras cobran por sus servicios. ¿Qué honor hay

en ello? Degradáis a la escritura.

–Yo os diré –los interrumpió Luis de Góngora con su voz aguda y chirriante. En cuanto se puso en pie junto a Gabriel, se acallaron los corrillos– que tenéis cierta habilidad, no se niega, pero os obcecáis una y otra vez en opinar que quien siga las reglas está errando. Que no conseguirá el favor del público. Yo, y a mucha honra, sigo las reglas. Decís: aplausos y fama serán para quien se deje arrastrar por las pasiones de la gente inculta, bárbara, desolada por la vida. ¿Acaso creéis que las bandejas de frutas con las que me agasajan, que las cartas de admiración que recibo, que los certámenes a los que soy invitado no son por mi fama bien ganada? Seguir las reglas y conquistar al pueblo es posible. Os equivocáis. ¡Y lo sabéis!

Todos los rostros se volvieron hacia Lope.

–Quien no se aventura, no logra ventura –respondió él.

–Como el gaitero de Arganda, al que le daban uno porque comenzase y diez para que acabase –replicó el cordobés con otro refrán, consiguiendo murmullos de admiración.

–O ayunar o comer trucha.

–Quien al cielo escupe, a la cara le vuelve.

Las voces se llenaron poco a poco de acritud.

–Primero son mis dientes que mis parientes.

–¡Primero es la camisa que no el jubón!

–Por miedo de pájaros no dejes de sembrar mijo.

–¡Quien ha perdido vaca, todo lo que oye, cencerro se le antoja!

–¡Si vos sabéis mucho, también sé yo mi salmo! –exclamó Lope alzando más la voz.

–¡El más ruin puerco come la mejor bellota!

–¡El hijo del asno una hora al día brama!

–¡Basta! –Félix Arias Girón dio un puñetazo sobre la mesa–. ¡Orden en la tertulia! ¡Una cosa es discutir y otra buscar sangre!

Luis de Góngora calló malicioso antes de responder. Aguzó el oído, levantó el índice al techo.

–¿Oís? –Sonaron en ese momento las campanas. Siete campanadas–. En lo último tenéis razón, Lope. Así que os traeré una buena bala de heno para que rumiéis todo lo que habéis dicho. No serán los aplausos ni las palmadas en la espalda quienes os juzgarán, Lope, sino el tiempo. El tiempo os pondrá en el lugar que os corresponde.

–¡En el Parnaso! –gritó Claudio, recibiendo aplausos.

–¡Ah! Eso queremos todos. Pero yo estoy seguro de mi lugar. ¡Miradlo, ved su rostro! ¡Preguntadle a él! ¿Qué lugar merece? ¡Él sabe la verdad!

Y rompiendo la sesión y el protocolo de la tertulia, el cordobés pasó entre las sillas junto a sus seguidores y salieron de la sala. Se alzaron voces, algunos se empujaron, se oyeron amenazas. Volaron puños, encontraron rostros. Juramentos y sillas rotas. Gritos de mujeres, juramentos de nobles. Espadas desenvainadas. El hijo del conde de Puñonrostro puso fin precipitadamente a la tertulia, abandonando él y todos los demás el estrado. El duque de Sessa protegió con su cuerpo a Micaela y a Jerónima hasta el patio, y de ahí a la calle. Lope recibió un escupitajo de Gabriel; quiso devolvérselo, pero Claudio tiró de él para sacarlo de allí.

–¡Es un tumulto, un tumulto! ¡A mí, alguaciles!

–¡A mí dejadme, que soy hombre de iglesia! ¡Excomunión e inquisición a quien se atreva a tocarme! –graznó una voz desafinada.

Ni esperaron a los coches. Quien pudo salir corrió de allí por pies antes de que la oscuridad absoluta hiciera aún más peligrosas las calles.

–¡Ja, ja, ja, Lope! ¡Bravo! –exclamó Luis Fernández de Córdoba tras despedirse de Jerónima–. ¡Un gran éxito!

–¡Sí, Lope, yo digo lo mismo! –opinó Claudio. Micaela estaba asustada, y el actor le tendió el brazo para tranquilizarla mientras se alejaban a paso vivo–. ¡Quien se pica ajos come, y ese andaluz ha comido hoy una ristra entera!

Lope no respondió. El cordobés había hundido sus venenosas palabras donde más le dolía.

Y, después, insomnio. Otra noche en vela. Otro Lope. Había visto al otro Lope. Claudio lo había llevado cerca de San Felipe el día anterior y allí, junto a los arcos, en la noche y a la luz de unos faroles, un mozo limpiaba los tablones de las mesas de una posada. Desde una distancia prudente, Claudio se lo señaló. Era alto, de tez morena, espigado, joven, insultantemente joven, apuesto y bien parecido.

–Imagina mi sorpresa cuando Baltasar de Pinedo me lo dijo. Que lo había visto y le había preguntado. Y yo acudí. Me quedé de piedra. Él no me conocía, ¿por qué debería? Yo pregunté cómo se llamaba y de dónde venía. Veintiún años. Es portugués. Tu viva imagen. Sí, hombre, ¿no te acuerdas? Lisboa, el año de la gran armada. ¿Te acuerdas de las naves junto a los muelles, del alba, del negro guardián del antro, de la puta que desdeñó tus monedas? ¡Ah, cuántos recuerdos! ¿No ves? ¿No quieres acercarte más?

Dijo que no. Que no quería ver su rostro reflejado en aquel espejo. Su rostro. Su misma faz, veintiséis años más joven.

–Es semilla tuya, Lope. Por los clavos de Cristo, vas sembrando por donde pasas más hijos que comedias. Entonces, el otro que además se rumorea... ¿es verdad también? ¿Sí? No, no pienso decir más. ¿Para qué serviría decirte nada? ¿Para qué? Para nada, Lope. Él busca a su padre, eso me explicó. Tú sabrás si quieres darle un padre a tu hijo.

CAPÍTULO 19

UNA FIRMA. DOS FIRMAS

La naturaleza ya obraba maravillas en los árboles y en las huertas al iniciarse el mes de abril. El sol abría flores e incitaba a los caballos a levantar la cabeza, erguir las orejas y a mirar, tiesos y quietos como piedras, a las yeguas que pastaban tranquilas al otro lado de los cercados. El rey observaba el horizonte desde las ventanas del alcázar; más allá de los muros de piedra, el río Manzaneras, con las riberas llenas de mujeres alegres que lavaban ropa sin parar, siempre atentas a los ociosos y galanes que las acechaban con piropos y galanteos. Era primavera, mejor época no podía haber para el amor y para la caza. Ciervos, jabalíes. Mujeres.

–¡Tenéis que firmar, majestad, tenéis que firmar!

–Pero ¿es esto? Entonces, ¿ya se votó? ¿Y qué dijeron en el consejo real? ¿De verdad estaban de acuerdo todos, valido?

–¡Sí, majestad! ¡Se votó! Y ahora, debéis firmar sin más dilación.

–¿Estarán ya preparados mis caballos? ¿Y los perros? No oigo a los perros. Me ha dicho el copero que conoce quien me va a llevar ante un ciervo de nueve puntas.

Francisco Gómez de Sandoval, duque de Lerma y todopoderoso valido del rey, se desesperaba. El papel que estaba sobre la mesa de madera noble parecía quemar, porque el rey ni se atrevía a tocarlo. Miraba los tapices y comparaba los ciervos y gamos en ellos tejidos con su imaginación sobre la cacería que ansiaba.

–Pero yo no sabía que ayer se votó esto en el consejo. ¡La paz con los herejes holandeses! ¿Por qué no se me informó?

–Majestad, era de suma urgencia y no pudimos dar con vos. –En

realidad, ya se había encargado el duque de que durante días, semanas, meses, no faltaran damas ni cortesanas, ni música ni vino ni ron, ni bufones ni música para que el rey Felipe III, señor de Castilla, León, Aragón, Dos Sicilias, Jerusalén, Granada, Toledo, Valencia, Portugal, Navarra, Granada, Toledo, Galicia, Mallorca, Sevilla, Cerdeña, Córdoba, Córcega, Murcia, Jaén, de los Algarbes, Algeciras, Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, archiduque de Austria, duque de Borgoña, Bravante, Milán y Lerma, conde de Habsburgo, de Flandes, de Tirol y de Barcelona, señor de Vizcaya y Molina, y más y más títulos que encabezaban ese papel rodeado de cuerda y sellos, no se enterara de nada. Le gustaba vestir con colores vivos, le gustaban las sedas italianas, los paños holandeses, el chocolate americano. Beber, fumar, gozar. «Que gozase», pensó el valido–. Pero, por Dios resucitado, tenéis que firmar el decreto real.

–Es que no sé qué habría hecho mi padre en mi lugar. Nunca hubo paz con Holanda. ¡Ya se alza el mediodía! ¡Ah, ya oigo a los perros en el patio! –El rey se mesó el bigote rubio, se palpó con nerviosismo la tez pálida y lampiña, el mentón prominente y el grueso labio inferior, herencias de sus ancestros. Se acercó a la mesa, pero luego se alejó y, rodeando al valido, volvió a ojear el decreto–. ¿Qué habría hecho él, duque? ¿Estaría conforme?

«¡Conforme! ¡El rey Felipe II, el rey prudente, seco, austero, de negro riguroso, santo católico, amigo de lo aburrido y amante de la más tristísima austeridad! ¡A Dios gracias que no tengo que rendir cuentas al padre muerto y tirano sino el hijo inútil y domado!», exclamó para sí. Y, aun así, el recuerdo de su gesto adusto todavía dominaba a su hijo lelo desde la tumba de El Escorial.

–Majestad, seguro que la firmaría. Ya se ha pronunciado el consejo. ¡Cómo no querría detener una guerra!

–Él querría una victoria, no una paz.

–Majestad, ¡pondremos así fin a una guerra de ochenta años!

El duque comenzaba a impacientarse. Ensayó una sonrisa tranquila y cautivadora, dio pasos cortos y sosegados para acercarse a él, como se adelantaría un lobo hacia un cervatillo asustado. Francisco

Gómez de Sandoval, con su rostro lustroso y curtido, barba rizada y bien cuidada, con sus bandas y ornamentos, sus buenas botas, su pañuelo perfumado, tomó del brazo al rey con firmeza pero sin daño, con la confianza de un cazador a un aprendiz.

–Don Felipe, esto es bueno para el reino, para vuestro imperio. Ni dos años han pasado desde que suspendimos pagos por quiebra de la hacienda pública. Los banqueros genoveses nos asfixian. Los tercios y los soldados de fortuna...

–... luchan por la santa Iglesia católica apostólica contra esos holandeses y sus provincias unidas.

–Luchan por dinero. Y se amotinan en Flandes cuando falta. Dos años de negociaciones se terminarán hoy, si firmáis. ¡Firmad! ¡Escucháis caballos, que no son otros que los embajadores, esperando la respuesta! Es lo que vuestro padre ¡y vuestro abuelo el emperador! harían.

–Pero dicen, don Francisco...

–Sé lo que se dice. Mentira, majestad. ¿No os he servido bien?

–Pero así no serviremos a la auténtica fe cristiana.

–Señor, esto que también os muestro será vuestro más grande logro, el hecho por el que os recordarán durante siglos imperecederos. –Bajo el primer documento había otro con tantos o más sellos, pues también había firmas eclesiásticas. El rey abrió los ojos por la sorpresa–. No sólo lograréis hoy la Paz Hispana. ¡Seréis un Augusto revivido! ¡Y luego, después, esto os hará un nuevo Constantino!

–Qué... qué es este segundo decreto, duque.

Francisco Gómez de Sandoval se acercó más hacia él. El rey tembló bajo su aliento. ¿Era un ángel administrativo o un demonio embaucador?

–¿Qué es? Aquello a lo que ni vuestro padre Felipe ni el emperador Carlos se atrevieron, aquello que os abrirá de par en par las puertas doradas de la historia y los sagrados batientes del Paraíso. El arzobispo de Toledo os lo confirmará: será bueno para la Iglesia; y

para vos.

–Soy un pecador. No me mintáis, duque. ¿Lo firmaría mi padre? ¿Será bueno para mi alma? –Giró la cabeza, distraído con los ladridos impacientes de los perros, abajo, en el patio.

El duque de Lerma le puso una pluma en su mano, guio su mano al tintero y mojó la punta. Después la situó sobre el primer decreto. El joven rey firmó, todavía con dudas. El duque, forzando más, puso ante su firma el segundo decreto.

–No... habéis respondido –gimió el rey, y repitió la pregunta casi suplicando–. ¿Qué es esto que voy a firmar? ¿Será bueno para mi alma?

–Majestad, sí. Lo será.

CAPÍTULO 20

NUEVA VIDA

Llegaron de noche. Soldados de los tercios ocultos en los mercantes, vestidos como marinería, como estibadores; se mezclaron en las tabernas, atentos en las calles, entre los pescadores y con los pescaderos, y esperaron durante una semana a que se diera la orden. Todo se había tramado desde meses atrás, desde que en abril el valido anunciara a sus colaboradores más próximos y discretos que el rey Felipe había dado autorización. Secreto. Silencio. Amenazas. Cálculo de beneficios; de quién ganaba, de quién perdía. Impaciencia. Los soldados de Nápoles, fieros luchadores, ya no estaban en las fronteras del imperio español, sino en tierra patria. ¿Eran enemigos, entonces, aquellos a quienes desde palacio los enviaban a combatir? ¿Eran menos españoles después de nueve siglos en sus alquerías, en sus almunias, soportando días de gloria del Sharq al-Andalus, luego invasiones, luego destierros, conquistas aragonesas, sometimiento castellano, el peso de la cruz y de la conversión? Que lo decidieran otros. Los soldados de los tercios sólo entendían de órdenes, y la orden al fin fue dada la noche del equinoccio de otoño.

Se habían hecho listas, se conocía quién era quién en los barrios, se les despertó antes del alba y, con los mosquetes listos y las espadas prestas, fueron obligados a salir. Sólo con aquello que pudieran transportar, nada de casas, nada de tierras; la vida quedaba atrás, porque no era vida el terror de abandonarlo todo ante hombres rudos sin escrúpulos que con puñales abrían en canal las lanas de los lechos y almohadones, derribaban muros y alacenas e inspeccionaban todo con avaricia y odio. Las mujeres y los niños lloraban; los hombres intentaban convencerlos, inútilmente, de que eran fervorosos creyentes de vieja sangre, tan vieja como la de ellos. En vano. Todo estaba medido, todo estaba dispuesto. Las naves esperaban en la costa. A dónde, preguntaron algunos. A dónde,

repitieron, conteniendo el dolor que se les escapaba por cada poro, en cada lágrima, en cada temblor. Pero no les respondieron nada. Los empujaron, los zarandearon, las alhajas que se les cayeron en la arena de las playas las perdieron para siempre, y los subieron por las pasarelas entre gritos desgarradores y súplicas. Quien no quiso subir fue forzado, quien se resistió fue convencido. Algunos se rebelaron: buscaron las viejas armas ocultas en pozos, tras falsos muros y escayolas, en tinajas bajo los suelos de las cocinas. Pero el virrey lo había previsto, pues ¿acaso no había sucedido igual en las Alpujarras? Un mes duró el vano intento de resistencia. El embarque continuó. Se derramó sangre, que era borrada, un instante después, por las olas sobre la arena. Después, desde Valencia, las naves partieron con el viento de poniente y se alejaron en la bruma hasta desaparecer del horizonte. Como si nueve siglos nunca hubieran existido.

Toda España tembló. Después del Reino de Valencia, el decreto de expulsión de los moriscos se extendió con un fervor inusitado. Detractores y defensores se enzarzaron en estériles discusiones, que no impidieron lo decretado, porque eran el último enemigo de España, el que estaba agazapado, y la Iglesia asentía, cerrando los ojos y ofreciendo los cepillos a abundantes limosnas. Corregidores y alguaciles velaron por cumplir el decreto y, con la excusa de buscar a prófugos, la ley penetró por todos los callejones y adarves en busca de juntas y reuniones secretas, sacas ilegales de monedas y ventas ilícitas de casas y haciendas que hicieron ricos a pocos y desdichados a muchos.

Toledo se vació entre noviembre y diciembre. Las voces y los miedos paralizaron el mercado. El barrio de la seda quedó desierto. Los alguaciles empujaban fuera de la ciudad a los moriscos. Cargados con sus arreos y las miradas perdidas, rezaban al cielo, a la virgen María y a su santo hijo. Lope lo contemplaba todo con estupor. Aquellos vecinos habían reído con sus comedias como cualquier otro. ¿En qué se diferenciaban? ¿En qué momento se habían comportado con deshonra? ¿No pagaban sus tributos, no cumplían la ley?

–Ya no es seguro estar en Toledo. ¡Cómo puede mi hija quedarse aquí, tan sola, con tantas calles que se han quedado vacías de

gentes sospechosas! Ahora, las casas las comprarán los judíos, que siempre tienen dinero. ¿No vas a hacer nada, Lope?

Y Lope no decía nada, tan sólo soportaba las palabras picajosas con paciencia. Las leguas que separaban Madrid y Toledo se le hacían cada vez más y más insalvables. Tenía el alma separada entre las tres casas, y los dos nuevos hijos que le atribuían le recordaban una y otra vez que tenía la responsabilidad de varias vidas a su cargo. De eso lo acusaba el fantasma del señor de Peñafiel; de eso lo culpaba con amargura el ánima de Isabel de Urbina. Y no era bueno desdeñar el aviso de los muertos. Luis Rosicler sabía de esas cosas, aunque desde que la inquisición indagara no habían vuelto a hablar abiertamente de tales misterios.

–Si es que, además, están las habladurías. ¿Te quedarás aquí recluida como una monja? –Doña Dolores tomó con cariño a Carlos Félix y lo sentó en su regazo–. ¡Así cómo voy a poder pasear a mi sobrino nieto, hermoso, hermoso y hermoso, por Madrid! Ese hombre es una cabra loca..., ¡con lo cuerdo que ha sido siempre tu padre, y está insoportable desde que recorre tabernas con él! Y yo tengo que sufrir que se junte con... cualquiera de esas mujeres de mala vida. Qué deshonra. Si es que no te quiere. Si es que ya se lo dije yo, «Antonio, que es sólo fama lo que tiene, que ése gasta más que gana, que nos costará las carnicerías y el buen nombre». ¡Ay, Carlitos, qué padre te ha tocado en suerte!

–Pero si es muy bueno, tita. Yo lo quiero mucho.

–¡Qué sabrás tú, niño! ¿Y ahora te pones a llorar?

Don Luis no paraba de mandarle tareas, pero pagar, pagar, siempre se retrasaba. A veces le mandaba embutidos, a veces bacalao salado, otras, canastas de fruta y algo de queso. Llegar a Toledo, en vez de verse a un oasis de reposo y sosiego, era toparse con la parienta siempre agriada, con la cara enfermiza de Juana y el jardín asilvestrado lleno de maleza crecida y árboles agostados y comidos por los bichos. Carlos Félix era el único que reía. «Este jardín», pensaba Lope, «a lo mejor es una representación de mi matrimonio». Una tierra que, quizá tiempo atrás fértil, se había descuidado y ahora era un erial de espinas. Pero su hijo significaba esperanza. Nada tenía contra Juana, ya no. Ella ya ni le recriminaba

lo que seguro sabía: que si se encontraba con Jerónima, que si acompañaba al duque de Sessa por prostíbulos y galerías porticadas, que si trataba a Micaela con deferencia de esposa y a sus hijos, como legítimos.

–¿Que escribe todas las noches por insomnio? Claro, ¡tiene tanto de qué arrepentirse que no duerme! ¿Que gana buenos escudos con sus comedias? ¡A saber en qué los gasta, que aquí no llega tanto! Comprará vestidos y joyas a las comediantas, que ésas no se cansan de sangrar a quienes les sorben los sesos hasta dejarlos secos. ¿Y esos hijos?

–No tienen culpa, tía –replicaba Juana de Guardo con debilidad.

–¡Pues lo que yo te diga! Que tanto salir, tanto salir, tanto ir y venir en vez de estar contigo, su familia... Cualquier noche le dan una estocada en el pecho y te quedas viuda, y tus hijos, huérfanos. ¿Y entonces, qué? ¿Les dejará todo a esas frescas y a sus bastardos? Y a ti, ¿qué? ¿A quedarte conmigo? Que no te faltará techo mientras yo viva, pero no es justo. Carlos Félix es su hijo verdadero, ¡y seguro que a sus odiosos bastardos les dedica más horas, más lujos, más caprichos! ¡Adúltero, que es un adúltero! ¡Ay, qué dirán los vecinos! ¡Qué vergüenza cuando me preguntan! ¡Seguro que piensan mal de nosotras! Porque piensa mal y acertarás. Y es que no piensas en mí, tu tita, que ya soy mayor, que tanto ir y venir me está matando. Tienes que decírselo. O se lo digo yo. Esto se tiene que acabar. ¡Qué hombre tan egoísta!

Toledo se empobreció con la huida de miles de sus habitantes. Las corralas dejaron de llenarse. Algunos vecinos acusaban a otros de ser moriscos, o de ocultar moriscos, o de llenar alforjas con alhajas mal compradas, y los alguaciles y los inquisidores aterraban a los toledanos con sus apariciones nocturnas y a deshoras. Que se cumpliera la ley de Dios y la ley del rey, eso era lo que el arzobispo primado escupía desde su púlpito dorado de la catedral. Miedo, miedo, miedo. Juana, enferma de sus ausencias. Doña Dolores, inmisericorde, agotándolo con sus indirectas, sus reproches, sus culpas.

–A ver si va a ser cierto que como tiene amigos moriscos no quiere salir de Toledo. Preferir moriscos en vez de a buenos cristianos

católicos..., ¡qué vergüenza! –decía, para luego proseguir–: Con tantas casas vacías, ratas y más ratas. Cualquier día se comen al niño, ¡Jesús no lo quiera! ¿Es que no piensa en el niño? –rebufaba la doña–. Para qué querrá tanto libro, si nunca está en casa. –Todo está carísimo y ese duque paga mal, mal, mal. Tan cerca de la corte y nada, que no busca por entrar en ella y ganarse un buen sueldo y asegurarse una buena pensión. Y bien que se gasta dinero en perfumes para esas descaradas, que le huelen las ropas desde la calle. ¡Ay, qué hombre! –Indignada, doña Dolores no ganaba para reproches. Y culminaba–: Ya te lo digo yo, sobrina, que no te quiere. Que ya no te quiere. Virgen santísima, ¿otra vez vas a llorar? Es un mal hombre. ¿Has visto el poco caso que me hace? Ah, querido Lope. ¿Ya has regresado de Madrid? ¿Comes bien allí? Estás desmejorado.

Una casa. Una buena casa, ni pequeña ni grande, con un huerto, con un pozo. Ni cerca ni lejos de los mentideros. Tierra suelta. Tierra donde sembrar una nueva existencia, donde enterrar las continuas regañinas de doña Dolores, donde criar gallinas, donde olvidar fantasmas. El duque de Sessa le adelantó un pago, o eso decía, porque en realidad una buena parte se lo debía. Habría que encalar las paredes, limpiar bien la cocina, engrasar bien las puertas. Pero el dintel era de piedra. Un buen dintel, virgen. Demasiado virgen. Y el patio con su huerta estaba cuidado en extremo. ¿Quién ponía más cuidado en el huerto que en la casa? Valencia. Él fue feliz en Valencia cultivando sus propias lechugas, tomates y acelgas. La tierra estaba suelta, pedía sembrar. Estaba limpia, bien drenada, sin malezas. Sería una buena casa, él haría de ella una buena casa. Se imaginó a Carlos Félix corriendo por el patio, con sus muñecos de madera. Se decidió.

Basta de miradas, de reproches, de viajes interminables de ida y vuelta.

–Juana, doña Dolores, nos mudamos a Madrid.

CAPÍTULO 21

EL RETORNO

Madrid, 7 de septiembre de 1610

Carlos Félix estaba contentísimo y era puro nervio inquieto en el habitáculo del coche de caballos. Con sus pequeñas manos sobre el marco de la ventana y la cabeza por fuera, apartado el paño basto que hacía frente al aire, el niño observaba todo como si fuera él el descubridor de aquel nuevo mundo lleno de casas, caballos, gentes extrañas y coches, muchos coches. Los caballeros requebraban a las damas tras ventanas enrejadas. Licenciados de negro y con gruesos cartapacios discutían con vehemencia por las calles a medio empedrar. Los charcos de orines corrían hacia la ribera, y los vendedores ambulantes voceaban su género a voces. El viento se llevaba sombreros y desnudaba cabezas y, de tanto en tanto, había poetas, trovadores, gentes con guitarras y muchos mendigos. Madrid olía a majestad, a riqueza, a imperio. A miserias, a vino agrio, a velas de sebo. A risas alegres, a cánticos eclesiásticos, a ambiciones y a miedos. Y, mientras, el sol jugaba con las nubes.

–¿Y aquello qué es, padre?

–Uno de los corrales de comedias, hijo. Por esa puerta se va al patio y al escenario. El del Príncipe.

–¡Mira, padre, te saludan!

–Es que lo conoce mucha gente –explicó Juana de Guardo, complacida.

–Lo conoce gente de más –refunfuñó doña Dolores, pasando una cuenca más en su rosario, apretujada entre el niño y Juana.

–¡Mira, madre, cuántas gallinas! ¡Y cerdos! ¿Y ésos?

–Son judíos. Aquellos, genoveses.

–¿Y ese pájaro?

–Es un loro. –Al licenciado que enseñaba lo rodeaba una multitud encandilada con la verborrea obscena del ave, con su gran pico, sus garras y su largo plumaje rojo, verde y azul–. Es un ave del Nuevo Mundo.

–Y allí... ¡hay enanos! Padre, ¿son medio hombres?

–¡Ja, ja, ja! –Lope le revolvió el pelo con alegría, olvidándose de sus preocupaciones–. Son hombres enteros, te lo digo yo, y más que enteros.

–¡Lope! –lo riñeron a la vez esposa y tía.

El niño se llevó las manos a la boca y a las orejas al oír las obscenas palabras que un borracho dirigía a un hebreo discreto con la cabeza agachada que pasaba a toda prisa por la calle.

–¿La casa es grande? –preguntó Juana por enésima vez y con ilusión en la voz a pesar de las toses y de su sempiterna palidez.

–Lo es. Con un buen patio y pozo con agua.

–Habrá sido cara, seguro –gruñó doña Dolores, al tiempo que pasaba otra cuenta de ámbar con el pulgar.

Un socavón sacudió el coche, y el niño acabó en el regazo del escritor. Las mujeres, sobresaltadas, se agarraron al asiento. Carlos Félix aprovechó para hablar discretamente al oído de su padre, abrazándose con cariño a su cuello.

–¿Y viven lejos Lope y Micaela? ¿Y podré jugar con ellos? –murmuró con secretismos.

–Claro que sí, hijo mío. Podrás. Son tus hermanos.

–Pero no se lo digas a madre, que se enfadará.

–No se lo diré, Carlitos. Palabra de escritor.

Las risas de los dos y sus juegos complacían a Juana, no así a su tía, que entablaba con Lope una batalla de miradas de reproche.

De repente, el coche se detuvo con un bamboleo.

–¡Soooooooo! –El vozarrón del conductor retumbó en el habitáculo–. Ya está. Hemos llegado.

Lope metió la llave en la cerradura. El pasador giró con un crujido y la puerta se abrió. Cuando pasaron bajo el dintel de piedra, pensó que sería buen sitio para una inscripción. Su mujer, su tía y su hijo entraron en una estancia limpia, con poco mobiliario. Los dos carros enviados por Antonio de Guardo estarían a punto de llegar. Enseguida los mozos llamaron al portón y quedaron fuera, listos para descargar y entrar todo el equipaje. El dintel y las jambas de piedra eran un arco triunfal, un acceso a una nueva vida. Pasó la mano por la superficie rugosa y fría. Sí, el arco necesitaría unas palabras, un sortilegio, un hechizo, una protección, una advertencia. Carlos Félix se alejó a la carrera por el pasillo, gritando y jugando hacia el huerto. Podía oír los refunfuños de doña Dolores, ¡mujer imposible de contentar!

* * *

–Así que ésta es tu casa –Claudio agradeció el resguardo del zaguán. La lluvia era una molestia. Los pocos desgraciados que andaban por las calles se embozaban en las capas con las alas de los sombreros chorreando. Era una odisea esquivar socavones, rieras y adoquines resbaladizos. Los pocos coches que pasaban salpicaban las fachadas con barro. Sacudió fuera la capa y la colgó a un lado de la puerta. Se restregó bien los pies calzados en el esterillo de esparto. Admiró la recia escalera con pasamanos de madera–. ¡Parece una buena casa! ¿Muy cara?

–Nueve mil reales, y a Dios gracias. Ya es difícil encontrar algo así

en Madrid. Cinco mil en mano y el resto en dos pagos, de aquí a ocho meses. Juan de Piña, mi letrado, se ha tirado de los pelos cuando le he pedido que sacara de la caja de caudales esa cantidad. ¡Cara, eso crees! Pues porque el duque me ha hecho el favor de intervenir en mi favor, que así me han reducido y se han fiado de mí. Ya se ve que hay habladurías... Pero pasa, pasa. Vamos al despacho.

–Buen comedor y buen patio. La cocina es amplia. Buenos días, Juana. Buenos días, Carlos.

Juana y su criada hacían punto sentadas sobre el estrado en la habitación adyacente. Un brasero esparcía un calor reconfortante. Sobre una mesita había unos picatostes y leche con miel para la merienda. Al verlos, el niño dejó de jugar con unos tacos de madera que simulaban construcciones y unas figuritas de barro a modo de soldaditos. Se levantó e inclinó la cabeza.

–Buenos días tengáis vos.

–Claudio, buenos días.

–¿Estarás contenta de estar por fin en Madrid?

–Más contenta sí estoy.

Lope lo agarró del brazo y lo llevó hasta su mesa escritorio. Tenía un bonito bargueño en una esquina, con la tapa bajada y los casilleros abiertos. Tinta, lacres, arena de secado, varias plumas cortadas y cartas, muchas cartas, clasificadas en dos montones: unas leídas y otras por leer. A una voz del escritor, Catalina, la criada trajo una taza con chocolate caliente, que Claudio agradeció.

–¿No oyes?

–¿Oír?

–Las puertas y ventanas cierran bien. No se oye el aire correr por juntas ni por quicios. Estoy contento. Tengo un jardín y huerto, con un naranjo y dos parras, y ya he comprado unas gallinas que me dan huevos frescos todos los días. Escribo sin parar; de día para el duque, atendiendo sus cartas y cuestiones, por la tarde hago siesta,

acudo a misa y al teatro y por la noche me centro en mis letras. ¿Que al duque de Lerma lo atizan con sospechas de prevaricación, que dicen que tiene arcones llenos de oro ilícito en el sótano de su casa? Ni me importa. ¿Que los inquisidores siguen buscando moriscos renuentes? Aquí que no entren, que sólo hay cristianos viejos. ¿Que el mundo tiembla y se abren grietas para tragarnos a todos? Para mí, es cruzar este umbral y sentirme en mi castillo. Mío, no de mi suegro ni de un casero al que arrendarlo.

–¿Y la casa de tus padres?

–La venderé en cuanto pueda. La junta de aposento tiene a un soldado allí hasta primavera.

–Aquélla es más tranquila. Tienes aquí unos vecinos que te van a dar dolor de cabeza.

–¡Los vecinos, dices! Pues son gentes de bien todos ellos. Tabique con tabique tengo a un presbítero honradísimo, quien, además, gusta de mis comedias y me regala de vez en cuando salazones. Pasamaneros, alguaciles y turroneros, sastres y boticarios, zapateros y otros de humilde condición. Si vienen curiosos, pedigüeños y mendicantes, les azuzo a Catalina, que, empecinada, les dice que no estoy, y yo sigo a lo mío: me pongo a leer crónicas extranjeras, vidas de santos, anales de la ciudad y libros nuevos, y luego me pongo los grilletes, ¡y al remo!, como un galeote a inventarme los cinco pliegos que he de escribir cada día.

–¡Ja, ja, ja! Me refiero a los otros.

–¡Ah, los otros! –Un trueno agitó los cielos, y las mujeres se asustaron–. ¿Te quedarás a cenar, supongo, amigo? Y a dormir si se tercia. Tengo cama de invitados. No dejaré que te vayas en esta noche de lobos.

–¿Y Micaela? ¿Y Jerónima? Ahora no podrás excusarte ante Juana.

–Micaela y los niños siguen en la otra casa. De Jerónima no me preguntes, que hace semanas que no sé de ella. Esa mujer es un almendrado que, saboreado de tanto en tanto, endulza y no empalaga. Pero algo se enfría aquí, Claudio –se golpeó el pecho

como un pecador penitente–, y me entristece. ¿Te acuerdas de Valencia, de Lisboa, de Salamanca, de Sevilla, de Granada? Ese fuego devorador de juventud se apaga, amigo. Y eso es envejecer. Micaela sigue siendo hermosa, y sin embargo algo se ha desvanecido. Cuando apareció Jerónima, me di cuenta de que el tiempo se ha ido. Mira mis canas, mis ojeras, mis manos pálidas. Llevo aún espada por no olvidar los años mozos, ¿te acuerdas, amigo?, en los que el mundo era inabarcable y aun así queríamos ponerlo a nuestros pies. Eso se terminó. Se acabó ser peregrino en mi patria, ser nómada por arenas interminables. Mis hijos serán mi libertad, igual que son mis cadenas. En esta calle de Francos he decidido quedarme, y así Juana también será feliz. Será mi penitencia. En este castillo tendré mi refugio contra el mundo, y aquí el mundo no podrá alcanzarme.

Carlos Félix se acercó entonces con sus pasos menudos hasta su padre, que lo alzó y lo sentó en las rodillas.

–¿Qué cuento me contarás hoy, padre?

–¿Hoy? El del hijo de un infante, nieto de reyes, primo de reyes, sobrino de reyes, yerno de reyes, suegro de reyes, cuñado de reyes, padre de reyes y que no fue rey. Era un gran hombre que tenía un castillo en Peñafiel, y todos lo temían y admiraban. Lo temían porque tenía un gran ejército privado, pagado de sus propias rentas. Lo admiraban porque él, como yo, también era insomne y también escribía.

–¡Como tú!

–Como yo, Carlitos, como yo. –Le hizo cosquillas por todo el cuerpo, disfrutando de sus risas. Con las carcajadas, el niño se sacudía con la vivacidad de una lagartija. Claudio estaba atónito ante la transformación de su amigo, y cayó en la cuenta de si no sería al revés, si no se daba el caso de que desde ese momento era Lope el que daba ejemplo de bonhomía y de conciencia en calma, y no él. Dios era misericordioso y su paciencia infinita–. Dime, Claudio, ¿qué inscribirías tú en el dintel de piedra de la puerta?

–¿Una inscripción, dices?

–Un sortilegio, amigo, que proteja a este castillo y a sus habitantes. Una bendición, un mandato de poder contra el mal que acecha. Un recibimiento, una advertencia.

CAPÍTULO 22

EL IMPERIO DE LAS LETRAS

En cuanto se supo que en la calle de Francos había nuevo vecino, no pocos quisieron pasearse por delante de su casa. Algunos jóvenes admiradores, para coincidir con él en sus horas de paseo y atosigarlo con pliegos manuscritos y súplicas de que los leyera en sus tertulias y los recomendara, o que tuviera a bien tomar para sí ideas buenísimas dignas de sus comedias y compartiera sus aplausos y ganancias. Otros, seguidores de diferentes poetas, para tentarlo con palabras picajosas y llenas de malicia. Y, en esas ocasiones, si Francisco de Quevedo estaba con él, los envidiosos callaban, porque temían más el azote de los versos del burlón que su espada afilada y diestra, y el mismo Lope no había olvidado el temple del acero.

–¡Huid como perras, malandrines! –voceó Quevedo, osado, sacudiendo de un lado a otro la espada ropera mientras corría como un can tras gallinas asustadas–. ¡Que se vuelva el que sea valiente, que no lo temo! ¡A ti te conozco! ¡Y a ti te conoceré! Ya os encontraré, ya.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

–Señor don Francisco, voy a tener que invitaros a olla más a menudo –sonrió Lope con la espada aún en la mano. Dio un paso, amagó, hizo una finta y pinchó en el aire. Un panadero y una monja que pasaban por allí se asustaron–. ¡Así, así hacía frente a los holandeses! Amigo, mi sangre rejuvenece.

Los rizos furiosos y negros escapaban de su prisión de fieltro. Con un movimiento veloz, Quevedo hizo una reverencia con el sombrero ante la monja, quien se santiguó y aceleró el paso con nerviosismo.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

–Señora, ¡con Dios!, que somos gente de bien.

–¡Cómo va a ser eso si son escritores! –graznó una vieja en la casa de enfrente, asomándose tras el visillo–. ¡Ay de nosotros, con lo tranquila que era la calle!

–Eso es lo que quieren, Lope, son gente morbosa: quieren ver si los escritores tenemos sangre o tinta.

–¡Tinta!

–¡Sangre! –gritó otra voz.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

Desde lo alto de la escalera apoyada contra la puerta, el picapedrero detuvo la maza y el cincel.

–¿Sigo? ¿No sigo?

Lope se volvió con furia hacia él.

–¡Sigue, sigue!

–Y qué será eso –indagó la voz que todo lo había interrumpido y que ahora se acercaba acompañada de una joven bien parecida.

Quevedo se irguió, se aprestó la ropa, estiró las mangas y ofreció su estampa joven hacia la hembra. «Como un pavo en celo», pensó Lope con picardía. Luego se centró en la voz y en su dueño. Era de esperar que no tardaría en pasar por su puerta. Se recordó que debía ser cortés, darle cuartelillo y cuerda, y, si había suerte, le arrimaría un taburete, lo ayudaría a subir al cadalso, lo convencería para que metiera la cabeza por el nudo corredizo y que sonriera. Pero la voz no parecía desprevenida, y más ahora que los vecinos empezaban a abrir ventanas y puertas; que los arrieros, rumiando briznas de heno en la boca, detenían a los rocinos cargados de carbón de picón y se apoyaban en las fachadas para ver el espectáculo. Miguel de Cervantes ya era perro viejo, y su sobrina ya no se asustaba de nada. Agarraba con cariño a su tío por el brazo de mano tullida.

–Ah, el joven Lope y el viejo Quevedo. Así que veo que sí, que los rumores son ciertos: somos vecinos. ¿No tenéis sangre? Sangre; sí. La tinta, en el tintero, o en los calamares. Ya me habían venido unos aires atlánticos, allá, más abajo.

Y señaló vagamente la calle con la mano atrofiada. Después se acercó al umbral de la casa de Lope, donde el picapedrero murmuraba para sí sobre su mala suerte por tener a tanto ocioso juzgando sus golpes de maza. El manco, con sus pelos ralos hacia atrás bajo el sombrero de negro riguroso, apartó la capa de bordes gastados para aguzar la vista hacia la talla.

–¿Y qué es lo que pone?

–No seáis impaciente. Hay que hacerlo bien, que esto no es papel, sino piedra, y en la piedra la letra queda para siempre.

–Sí, eso es cierto. En papel, lo malo siempre puede quemarse. Parece una casa grande..., ¿tendréis bastante brasero? Seguro que yesca no os falta. ¿Qué es, una frase, una palabra? ¿Un latín o un qué?

El picapedrero movió la cabeza negando con disgusto, resoplando y mentando entre dientes a las madres de los mirones. Detuvo la maza y el cincel por segunda vez.

–¿Pero sigo o no sigo?

–¡Sigue, sigue! –le gesticuló Francisco de Quevedo. Después dio un paso hacia la sobrina, quien se sonrojó y bajó la mirada al suelo–. Guardáis lo mejor bajo diez cerrojos, don Miguel, y no me refiero a vuestro nuevo manuscrito.

–¿Q-q-quién os lo ha dicho? ¿C-c-cómo lo sabéis? –Su rostro palideció, sus ojos miraron de un lado a otro buscando a un delator. Luego se fijó con desagrado en las largas caídas de pestañas que Constanza dedicaba al poeta burlón, y tiró de ella–. Sois un zorro. Pero para eso se inventaron las vallas, para proteger a las gallinas, y también los palos. ¡Con Dios! Vamos, Constanza.

–¡Con Dios, señor! Con Dios, señora. –El poeta se dirigió hacia

Lope–: Si vuelve el rostro, entonces...

Constanza volvió la cabeza para dedicarle una sonrisa fugaz.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

Catalina salió al umbral.

–Señor Lope, pregunta doña Juana que si aún queda mucho para que cesen los golpes, que no se siente bien y no puede reposar con tanto martillazo. –La regordeta sirvienta reparó en el joven y osado Quevedo, y dio un bufido de disgusto antes de desaparecer de nuevo en el interior sombrío.

–¿Falta mucho, artesano? Mi mujer enferma necesita silencio. –El picapedrero estalló de furia. Dio un golpe más fuerte de lo normal y una esquirla por poco le dio en un ojo al madrileño–. ¿Pero qué haces? ¿Estás loco?

El hombre escupió maldiciones, lanzó la maza y el cincel al suelo, bajó de las alturas y se llevó herramientas y escalera a otra parte. Y en el dintel sólo había letras sueltas trazadas, que aún nada decían.

–¿Y adónde vas?

–¡Ya está bien, pero que ya está bien, virgen santísima y todos los santos, que no dejáis de opinar y hablar y más hablar, y que si sigo o no sigo o me paro! ¡Pues me paro y me voy, y cuando sepáis lo que de verdad queráis, me hacéis llamar! ¡Me voy a la taberna!

–Pero ¡oye! –gritó Lope, y corrió tras él para convencerlo.

Catalina volvió a asomarse a la puerta. En una de las jambas de piedra estaba apoyado el burlón poeta. Lo miró, y se hizo cruces. El joven hedía a soberbia, a vino, a sinvergonzonería.

–Miradlo. Lo agarra por el codo, el otro se revuelve. Le dirá que está harto, ¿veis? Que sólo quiere trabajar y cobrar. Que con tanta gente interrumpiéndolo no puede concentrarse, que es un artista. ¡Un Miguel Ángel! ¡Un Fidias revivido! Un poco más, dice Lope. Cuánto, replica el picapedrero. A tanto. No, a tanto otro. Y ahora, ¡viva san Isidro!, se aprietan las manos, hay acuerdo. No era cuestión

artística, sino un ardid para sacar una o dos monedas más. Ah, Catalina, Catalina, hermosa como Diana, sagaz como Boadicea, ardiente como Afrodita, venid, ¡venid que os adore!

–¡Desvergonzado! ¡Caradura! ¡Turco! ¡Señora, señora, auxilio! –La sirvienta manoteó las manos que se le tendían, dio un grito de disgusto y, recogiéndose las enaguas con ambas manos, se apresuró a huir a la cocina, llamando a voces a su señora Juana en busca de protección.

Lope volvió al umbral bajo el resonar de las estentóreas risas del poeta. El picapedrero colocó la escalera y retomó su tarea. Miró de soslayo al burlón, que aún se reía de todo.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

–¡Ja, ja, ja! Amigo Lope, ¿has oído al héroe? Ya está escribiendo otro libro. Y yo que preguntaba por esa sobrina tan salada que tiene, que en Valladolid tenía fama de todo menos de tímida. Y qué pechos... Y qué ebria iba... ¡Ja, ja, ja!

–¡Chissss, bribón! Que el artista se impacienta.

Tuvieron que echarse las manos a la boca para no estallar a carcajadas. El picapedrero, de genio vivo, hizo como que no los escuchaba.

–¡Señor Lope, señor Lope! Doña Juana lo reclama. Parece que le ha subido la fiebre otra vez. Que quiere un jarabe.

–Ve, ¡ve!, a la botica, que te fíen y que te den lo mismo que lo del otro día.

–Allí ya no me fían, que ya saben que soy Catalina, sirvienta de Lope, y dicen que prefieren reales y escudos a promesas, que ya han fiado a más de un escritor y aún esperan que les pague.

–No, no, no he sido yo.

–¿Miguel?

–O el cordobés.

–U otro, ¡hay tantos como moscas en la corte! Qué bien jugado, convencer a Sessa en Toledo.

Toc, toc, toc. Toc. El mazo se detuvo.

–Pero yo cobraré, ¿no?

–¡Sigue, hombre, sigue! Lo tengo a mano en esta bolsa.

La criada marchó a la carrera con unas monedas en la mano. Desde dentro de la casa, doña Juana preguntaba por su esposo.

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

–Mi mujer me enerva. –Lope se santiguó–. Enferma, siempre enferma. Lo ganado se va en médicos, boticarios y paparruchas. Aquí todo está más caro, pero ella quería Madrid, Madrid, Madrid... ¡Carlitos, deja al gato en paz, que te va a arañar!

–Pero tu duque te mantiene.

–Me tiene trabajando como un esclavo. Grandes de España, todos son pequeños. ¡No les cabe la mano en la bolsa de las monedas, que si la cierran no pueden sacar ninguna de ella! Qué cosas, eso de que los siervos tengan que comer todos los días.

–Si dicen que eres rico. Que con tanta comedia...

–¡Pagan muy mal! ¡Los impresores, y esos que se llevan las copias a América, ésos sí que se hacen de oro! Si lo pienso a veces, ¿no querrán a un buen cronista en la villa?

Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.

Toc, toc, toc.

Toc. La última esquirla.

–Ya está. Ahora, mis escudos. Y mi vino.

–¿Vino? –preguntó Quevedo, relamiéndose.

–Pues sí. Ha quedado bien, picapedrero. Ahora yo soy el guardián

de esta puerta.

–Como si sois el rey de las Españas. Yo, con que me paguéis..., podéis ser lo que queráis. –Se llevó el dedo índice a la sien plateada.

–Lo sé. Y ya lo soy. Cada noche.

* * *

Por la noche.

Se han cerrado las puertas de las posadas y mesones.

Las calles y vías sin luz se convierten en caminos tenebrosos de sombras y mal.

Gente errante se zambulle de sombra a sombra.

Las cruces están encerradas en las iglesias.

Pobres diablos.

Bajo capas raídas, ocultan filos.

Bajo capas raídas, ocultan cicatrices.

Bajo capas raídas, buscan carne trémula.

Algunos. No todos.

Se oyen pasos, y se esconden.

Algunos buscan cubil, lejos de alguaciles y serenos.

Otros salen de sus agujeros con la luna.

Llueve.

Hambre.

Venganza.

Le han dicho que vive en el barrio.

Que es él. No hay duda.

En un número concreto. Que no ve a oscuras.

En una casa concreta. Que cree que es aquélla.

Lluvia.

Pasa de largo de una casa bonita, con un dintel marcado.

Qué pone, no le interesa.

Porque busca una casa. A una persona.

Esa casa, esa persona.

Dentro. Llama con fuerza.

Llama una segunda vez. Voces.

Una ventana que se abre.

–¡Quién va! ¡Aquí, sereno!

–¡Abrid!

Abre una dama. O una bruja. Con un candil.

–¿Vive aquí el escritor?

–¡Ay, señor, un loco!

–Decid, es importante. –Aprieta el cuchillo en su mano oculta–. ¿Vive aquí el escritor?

Se oye un filo que desenvaina. Un hombre, en camisón y con gorro borlado.

Una espada en un cuerpo gastado. Unas canillas que tiemblan.

Una mano que se prepara. Un cuchillo que ha de vengar cinco años de galeras.

–¡Teneos! ¿Q-q-q-quién sois?

–¡El escritor! ¿Sois el escritor?

–¡No! ¡No salgas! –grita Constanza, aterrorizada.

–¡Yo s-s-s-soy!

No es.

No es.

No es.

De rodillas en el suelo. Lluvia que empapa y apaga ira.

Qué decepción.

Ése es tan viejo como Matusalén.

No es.

Y está tullido.

Iza su brazo mutilado. Un cuchillo cae al suelo, oculto tras la ropa raída.

–¡Piedad! ¡No llaméis a la ley! Soy...

En sus muñecas, huellas de tormento. De llagas viejas. De cadenas de galeote.

El escritor, asombrado, baja la espada. Hace callar a su la mujer, a la criada y a la sobrina.

Argel. Lepanto. Turcos. El duro asiento, el largo remo. Los hedores de la muerte, el calor, la sal en las costras, los labios resecos. Casi cuarenta años han pasado de la más alta ocasión que vieron los siglos. Un suspiro. Una eternidad.

–Dadle una manta, un caldo caliente, una muda seca y limpia. Hacedlo pasar, dadle cama. ¡Y dejad de lloriquear! –ordena Miguel de Cervantes, temblando de puro alivio y luchando por sosegarse del impacto de sus recuerdos.

CAPÍTULO 23

EL CONFESOR

Los médicos no eran capaces de encontrar una solución a los males de Juana de Guardo. Su tía Dolores permanecía con ella día sí día también, rezando, tomándola de su mano febril, rumiando iras y culpas contra un marido que parecía más preocupado por su señor mecenas, por sus seguidores de tertulias, por las cenas y por las mujeres de la escena que por su santa mujer.

–Que no se puede disculpar su ausencia, Juana. Que Catalina hace más de padre para Carlitos que su propio padre. ¡Ay, señor, qué cruz! ¡Qué mal cristiano!

–¿Padre es mal cristiano, madre?

–No, Carlitos, no lo es.

–Calla y reposa, Juana. Catalina, haz el favor, llévate al niño a su cuarto. Sobrina, ¿es que estás ciega?

Ciega no, sino enferma del alma por saberse tenida en nada por ese hombre que era bueno, pero prisionero. Y nada podían hacer los galenos por ella. Ni sangrías ni infusiones, ni rezos ni ayunos, ni caldos de gallinas ni cartas propicias de su concuñado Rosicler aliviaban los dolores del bajo vientre.

Pasó el año. Cayeron sospechas sobre el valido, cambiaron secretarios, se sembraron aplausos y envidias y se agotaron meses enteros. Las vides rebrotaron en primavera; las higueras dieron brevas por Pascua; San Isidro tuvo sus toros y rejones y los romeros clamaron con fervor suplicando agua, porque hacía mucho que no llovía. Los trigales se agostaron cuando tuvo lugar el solsticio y se alzaron hogueras por San Juan. Carlitos crecía apegado a la sirvienta, cada vez más oronda. De noche, en el Prado, aún no se

habían extinguido las hogueras y todavía mozas y forasteros saltaban y cantaban a los fuegos cuando Claudio llegó a la casa. Había estado meses por Valencia y por Sevilla. Lope se abrazó a él con desesperación.

–¡Los doctores parecen fontaneros más que galenos! ¡No hacen más que picar en sus arterias para que salga sangre a chorreones! Y no es que se calme y descanse, es que la están desangrando como a un cochino, ¡y encima tengo que pagarles! Y al boticario, y al sacerdote, y al mozo que tengo que mandar cada día al mercado. Perdona una cena tan austera.

–Desayunar como un rey, comer como un príncipe, cenar como un mendigo. No me hará mal un poco de hambre. –Se palmeó la barriga, se tanteó el rostro con arrugas marcadas y con más canas que nunca–. Siempre que no falte vino. ¿Tan mal está? ¿Y Carlitos?

–Con Micaela. No te asombres, no tenía a nadie más a mano. Por unos días. Ella lo cuidará bien, y está con Marcela y Lope. Juana ahora duerme, le han dado una infusión de tríada que me ha costado una fortuna. ¿Sabes algo... de Jerónima?

–No.

–¿Puedes prestarme dinero?

Claudio parpadeó por la sorpresa.

–Claro, pero no tengo mucho.

–Oh, amigo, te lo agradezco. –Por un momento, Lope sollozó. Se enjugó las lágrimas con la manga. Le ofreció más vino. Él no bebió–. El duque me ha abandonado. Quiero decir que no me paga. Ha tenido un percance con la justicia y ha salido de Madrid... ¡sin antes pagarme! Su secretario no sabe nada, su mayordomo no sabe nada, su bedel no sabe nada. Y así pasa mi vida, atado a la enfermedad de mi mujer, que delira y pone a prueba mi paciencia como si fuera el principio del purgatorio. Todo se torció desde que llegamos a Madrid. –Se levantó, haciendo aspavientos con los brazos, y comenzó a dar grandes trancos por la sala. Carlos bebía, atento, y al poco dejó la bolsa sobre la mesa–. ¿Sabes? Me enteré de

que el rey saldrá de la villa para ir a Portugal y escribí a la corte, a la secretaría del valido, para ofrecerme y para estar en la comitiva, para dedicarles alguna comedia y que vieran mi valía, a ver si pudiera ser que me nombraran cronista. Y mi duque se enteró y me prohibió ir; prefería que siguiera en Madrid, atento a sus asuntos. ¿Y mis asuntos, qué?

–¿Qué mal tiene Juana?

–¡Fiebres uterinas! ¡Temblores! Con tanto calor, la ciudad es tan insalubre que de no cuidarnos todos enfermaremos. Por eso quien puede escapa al campo, o a la meseta castellana. Por eso yo quería salir de Madrid. Y mi duque se ha ido, y yo me quedo aquí.

Aguzó el oído. Le había parecido oír a la enferma quejarse en sueños.

–¿Catalina?

–No pasa nada, señor. Ya estoy con ella –voceó la sirvienta desde la escalera.

–Pues cuídate, que tienes enemigos. El duque de Maqueda parece que te tiene tirria, igual que Morales, y Luis de Góngora, desde que te burlaste del arte antiguo, va soltando maledicencias por soportales, tertulias, gradas y mentideros, sembrando males, que lo que se siembra es lo que se recoge.

–Yo he sembrado mal. De la peor cizaña. Y ahora soy perro zalamero que lame la mano de mi duque a cambio de un salario. No soy mejor que nadie.

–Tienes hijos que te quieren.

–Y también hijos que me odian.

–Son envidias. Todo envidia.

–Donde quiera que vaya, iras, suspicacias, enfrentamientos, espadas y sangre... Despierto males con mis comedias.

–Tus comedias son un bien, no un mal. ¿No hacen que el público

ría, que aplauda, que cante? ¿No es mejor eso a que lloren? La vida ya es una tragedia. He viajado mucho. El reino se seca, y no sólo por falta de lluvia. No hay braceros en los campos que recojan el grano. Las aldeas están despobladas, no hay jóvenes ni hombres, sólo ancianos y viudas que no quieren dejar a sus muertos solos en los cementerios. ¡América, Lope! ¡Las guerras en Europa! ¡Madrid! ¡Sevilla! Eso, antes que las cadenas que los nobles imponen a sus campesinos, a sus villanos. ¿O no has visto cuánta pobre gente pide por las calles desde tres años atrás? Pues haya hambre o no, injusticia o penas, quien puede ahorra un real y va a ver tus comedias. ¡Reír, comer, beber! ¡Gozar lo que se pueda, que luego uno se muere y ya es tarde!

–A veces pienso que no debí casarme con nadie. Hacer como tú.

–Como yo, dices... –Claudio pidió más vino. Apuró la jarra grande y se echó a reír con amargura–. Mírame. Cuarenta y siete años, y el que te envidia soy yo. Una casa. Unos hijos. El favor de un duque, el favor del pueblo. ¿Qué tienes tú que envidiarme? Amar y desamar. Eso está bien cuando se es joven, irrefrenable, desbocado. Ya no soy joven. La soledad pesa, y no tengo hijos. ¿Mujeres? Flor de un día, mientras me lo pueda permitir. Ya nunca me escuchas, así que no te importará lo que te diga: olvida a Jerónima y serénate, fénix de los ingenios. ¿No era Micaela el corazón del fénix? ¿No te ha dado hijos también Juana? No pidas más, pues Dios también castiga a quien se cree digno de mucho más de lo que tiene. La soberbia es tu maldición.

Lope sintió que se abrían viejas costuras. Dio dos palmadas sobre la mesa.

–Viejo bribón... Pero no sé si tengo fuerzas para eso.

–¿No tienes más vino? Además, vengo a avisarte: un sevillano ha estado preguntando por ti.

* * *

Pocos meses fueron decretados como destierro de Luis Fernández de Córdoba. Un incidente nocturno con muertos fue la causa. ¿Cómo iba a durar, si era un grande de España?, murmuraban en los mercados. ¿Cómo, si gastaba a manos llenas en timbas y tabernas, y los madrileños aplaudían al verlo, ansiosos de sus monedas, mientras las madrileñas, coquetas, conocían su debilidad por ellas? ¿Que estaba casado? Poco importaba. De reja en reja, de portón a portón, dejaba suspiros y quebrantos allá por donde pasaba, y por donde él pisaba hollaba tierra virgen en la que sólo crecía ira de padres primero, complacencia y esperanza de parentela después. Y una sombra iba tras él.

–Si no lo dice nadie. Eso ya lo sé, pero no es que haya que ser muy listo. Va dejando billetes llenos de palabras lujuriosas que él, con lo melón que es, no sería capaz de juntar sin que se cayeran las letras como hormigas sacudidas de una hoja. Es Lope. Es su forma de terminar los versos, su retórica y, además, ¿no lo ha dicho él, no se ufana en decir que es su secretario? Tan secreto que no está en la lista de su servidumbre. ¡Ja, ja, ja! ¡Me río yo de tan gran mecenas!

Luis de Góngora soltó varias carcajadas forzadas y llenas de malicia.

–Pero ¿cómo lo habéis sabido vos? –preguntó el joven Gabriel.

–Ah, jovencito. Ironías de la vida. Uno de los secretarios del ayuntamiento ha oído a uno de los veinticuatro que opinaba de mala gana sobre unos papeles que habían llegado desde el alcázar por orden del duque de Lerma: «tener a bien considerar como candidato a tan alto honor a Lope de Vega y Carpio, para ser cronista de la villa, y considerarlo honrada y honestamente». Ya se sabe a qué huele eso; y eso revuelve tripas al más puesto. En esos papeles hay una carta del susodicho, diciendo poco más o menos que desde los reyes godos no ha habido nadie digno de tal cargo. ¡Ja! Y lo dice quien escribe con los codos lo que piensa con los pies; quien, si le hace falta, junta en una escena a Babieca y al rey moro Abderramán, y que lo que comienza en Toledo lo termina en Constantinopla después de pasar por Orán y se queda más a gusto que una pescadera voceando lo fresco que está su género. Así que sí, se nombra como el mejor de los secretarios del mejor de los señores, «a excepción hecha de vuestra merced, grande duque de Lerma y Sarriá, lámpara y faro de las Españas». –El canónigo se

levantó de su sillón de mimbre y anduvo con pasos enérgicos. Sin dejar de gesticular, continuó con voz susurrante–: Se dice, se dice... que ha puesto un sortilegio sobre el dintel de la puerta de su casa para decirle al mundo cuán importante es. Anda detrás del duque de Sessa como un enano bufón y susurra a las Jerónimas, a las Pacas, a las Olivias, lo hermosas que son, que son mieles de ambrosía, delicadas gotas de rocío que el alba no ha perturbado aún, pero que él ha de guardar y que para ello quiere una prenda, un recuerdo de ellas. Y su secretario secreto, en la oscuridad y como los maleantes, repite tres o cuatro veces lo que recita, porque el duque no se entera al otro lado de la esquina y es de oído duro, y ambos se asustan cuando oyen cascos de caballos, no sean alguaciles o los padres de las damitas. Sus señoras en casa, cuidando de la prole, y los dos calaveras en busca de...

–¿Es que los habéis seguido? Me parece algo indigno de gente de bien y peor aún si es un eclesiástico.

El cordobés se cortó en seco. La luz de las velas remarcaba las sombras de su nariz aguileña, dándole perfil de arpía feroz. Se irguió y se giró para mirar al impertinente que lo había interrumpido, un hidalgo de Extremadura de gran papada y voz resonante. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

–¿Me estáis juzgando? ¿A mí? Cómo llegó eso a mis oídos no os lo revelaré. Ante todo, diré que velo por madres preocupadas por el honor de sus hijas. ¿Qué hay de indigno en ello? Soy un pastor que sirve a sus ovejas. Sabed que a Lope lo investigó la Santa Inquisición y que ha sembrado bastardos allá por donde ha pasado. ¿Cómo no van a estar preocupados todos los padres honrados del mundo? Se mezcla con borrachos y cartomantes, con músicos indecorosos y con nobles poco nobles, más dados a la disipación, a correr por las noches huyendo o persiguiendo, que a velar por sus estados y sus súbditos. ¡Cartomancia, astrólogos, echadores de parcas, como los bárbaros!

–¡Santa madre de Cristo! –se santiguó el extremeño–. ¡Disculpadme! Eso no lo sabía.

–Pero ¡decid! ¿Qué pone en la puerta? –preguntó otro, delgaducho y de voz aflautada, que casi se atraganta.

–¡Ah, el sortilegio! Parva propia magna. Magna aliena parva. «Lo pequeño, si es propio, es grande. Lo grande, si es ajeno, es pequeño». Una sentencia de falsa austeridad y de falsa humildad, porque dentro de su casa no atiende a sus asuntos, luego le importan poco; y fuera de ella se desvive por lo ajeno, luego se come el seso por lo que no tiene, ¡sean mujeres o manuscritos ajenos! Fracasó su Jerusalén conquistada, un revoltijo de palabras que pesan como el plomo, así que se vuelva a su cuadra, a sus comedias picantes y simplonas, porque él ya no da más de sí. Hay autores que son vino de buena añada y que cada año mejoran –se señaló a sí mismo sin modestia, entre los murmullos propicios de sus oyentes–; y a otros les pica la mosca, y ni como vinagre sirven para limpiar la herrumbre de sus letras.

* * *

Suspiros. Lamentos.

La cama se transforma en potro de tortura.

Las horas de primavera pasaron. El verano languidece. La cama es la misma. El tormento infinito no cesa.

El desfile de médicos es incesante. El doctor enviado por el duque tampoco remedia nada. Escucha sus latidos. Palpa el vientre, toma las muñecas, cuenta hasta diez. Nueva sangría, una nueva infusión de sabor asqueroso, vómito provocado, una mayor debilidad. Nada sirve.

Juana de Guardo, aturdida, gime de dolor. La postración de meses le ha provocado llagas. Sólo su hijo Carlitos es alivio para ella, un alivio breve. No quiere que la vea así. Postrada. Inútil. Desgraciada.

Culpable.

Claudio Conde la visita. Buen hombre, honesto. Lope sube con él; luego se excusa, lo buscan en la puerta. Claudio toma la mano a Juana. Él lo sabe. Juana se da cuenta de ello en cuanto le muestra

unos breves mensajes manuscritos. La enferma no quiere escucharlo, no quiere ver esas palabras de injurias, que son suyas. No quiere reconocer que su enfermedad es su castigo y su penitencia. Que sabe que su hijo Carlos va a casa de esa adúltera cuando las fiebres se agravan. Que Micaela se apodera de su tesoro, de su único aliciente. Que lo mece junto a ella, que lo cubre de besos por ser hijo de Lope, que lo consuela por la tristeza de tener una madre enferma. Que es mensajero inocente de su despecho silencioso.

Pero Claudio lo sabe. Lo susurra. Muestra con tristeza los pedazos escritos.

–Micaela no sabe leer. Jusepa Vaca los leyó para ella, pero no le contó qué decían. Asustada, me lo dijo a mí. «Yo te maldigo, zorra, maldigo los frutos de tu vientre. «A tus hijos se los comerán las ratas, adúltera». «Mil años de infierno te esperan por cada día de adulterio». Odio, más odio, sólo odio... Mi señora Juana, no odies tanto. Lope te quiere.

Ella no replica. Ella ya no lo sabe. Quiere creerlo, pero no lo sabe. ¿La quiso alguna vez o sólo fue un ardid de un poeta desesperado y de un padre negligente?

–Dios me ha castigado y me ha postrado aquí.

–Lope adora a Carlitos. ¡Me habla con tanta emoción de las risas y juegos que comparte con vuestro hijo! Y yo lo veo, y lo tengo por cierto.

–Dios me ha castigado por desear la muerte de otros hijos –llora ella de dolor y pesadumbre.

–Yo ahora haré también de tu confesor: ¿no soporto ya suficientes desmanes de Lope? No escribirás más estos mensajes, que por eso los he hurtado todos del alcance de Micaela. Serán como si nunca hubieran existido. Los hijos no tienen culpa del pecado de sus padres. No odies más, y Dios te perdonará.

Rompió en minúsculos trozos los mensajes y los apretó en un puño cerrado. Juana besó sus manos.

Lope subió furioso.

–¡Han rechazado hacerme cronista de la villa! País de envidiosos... Mentecatos, bellacos, rufianes, tiñosos, vanidosos de ojos bizcos y narices persas, escribanos cegatos y holgazanes, eunucos de culo ancho y frente estrecha, ¡harto, me tienen más que harto!

CAPÍTULO 24

LA BALANZA

Madrid, 13 de julio de 1611

Hacía mucho que un paseo por la villa no lo animaba tanto. La modorra de la siesta había dado lugar a las prisas por vestirse y por despedirse con un beso de su hijo, todavía acostado, y de su mujer, que dormía, por fin, bajo el influjo de una infusión soporífera. El duque ya había partido al destierro, pero antes había dejado en manos de su adusto secretario una bolsa de dinero. Y lo habían citado para recogerla. Antes de que se arrepintiera, Lope había decidido acudir a la carrera por las calles empedradas. Los cantos rodados desgastados por las ruedas aún despedían calor, igual que las fachadas de ladrillo. Toda la ciudad era una tahona enorme, donde todo se cocía bajo el sofocante calor. Las puertas entreabiertas eran bocas a cuevas oscuras, a zaguanes frescos llenos de aspidistras, a rumores de siestas prolongadas en tanto el señor sol, verdadero emperador de las tierras hispanas, no se dignara a descender.

Y, cuando eso sucedió, como cada tarde de verano, la ciudad revivió.

Los coches salían de las casonas con sus dueños y recorrían las calles a todo trotar hacia citas tardías y encuentros prohibidos. Las señoras y sus criadas se daban prisa por regresar a sus casas desde las iglesias antes de la hora nona, para no tropezarse con los arrieros o con las mujeres de la calle que, acicaladas con exageración y a pesar de los sudores de sus ropajes, hacían mohínes a cuanto hombre tapado y con porte seguro se acercaba a sus ventanas floridas o los portales de los lupanares. Los extensos campos del Prado, con las sombras de las choperas alargándose

junto a la ribera, se convertían en escenarios de músicos y de voces alegres y en lechos de amantes.

Los tenderos voceaban aún su género en busca de alguna venta de último momento. Lope enfiló la calle del Lobo, tan oscura como un cubil de fieras, porque no había en ella farol que hubiera sido respetado; pedradas certeras e interesadas los habían roto todos. Desde la Carrera de San Jerónimo a la calle del Prado, antes de llegar a la de la Visitación, y luego tomó un callejón que se retorcía y ya enfilaba a la calle de Francos. ¿Pero quiénes eran esos que daban tanta risotada? Ah, los conocía. Pero a él aún no lo habían visto. Apretó bien la bolsa entre las manos y se ocultó tras el saliente de un dintel. Se abría una puerta, se oían voces en chanza.

–Ah, si es maese Juan de Morales Medrano. Jusepa Vaca, ¿serás cazada en tu lecho con amante ajeno? –Con una risilla maligna, se preguntó qué caballero veinticuatro o qué hijo de marqués o duque sería pillado en aquellas sábanas que también el duque de Sessa había rogado conocer. ¿Y si estaba allí y por esa razón no había estado presente en su pago? Se acercó más–. Maese Morales, creo que os llevaréis una buena sorpresa. Ya tendréis idea nueva para el escenario, y que se os estrague el pavo y la lengua, por necio.

Pero el cómico y adversario no llegaba solo a la casa. El caballero Pastrana y otros mozos ociosos se despojaron de sus sombreros al entrar en el portal. Lope, divertido y mirón, se acercó unas casas más. Abajo, Jusepa daba grandes abrazos a su marido y saludaba con efusión a los visitantes. Parecía haberse arreglado la melena apresuradamente y haberse colocado los tirantes del vestido a toda prisa. Arriba, una sombra abrió la puerta del balcón y con un rebufo puso los pies en la cornisa, buscando con las manos un asidero en el borde del alero. ¡Ah, cazador cazado, el fiero león se convertía en ciervo acorralado! ¿Conseguiría aquel cobarde trepar entre las tejas sueltas? Qué gran historia podría tener allí. Dos amantes atrapados en su pasión, un desenlace trágico o un final sorprendente. Abajo, la puerta se cerró. En el comedor se encendieron luces, y una criada corrió a por algún mandado de urgencia, recogiendo sus enaguas y dando grandes zancadas. Arriba, ¡ah, hombre con suerte!, las raíces de hierbas invasoras le dieron una oportunidad. Una teja se movió al peso de un pie nervioso y cojo. ¿Lo conocía? ¡Lo conocía! ¡Esos

rizos marcados, libres de todo mecenas! El fugitivo rebufó y se le oyó, pero sólo Lope estaba atento. ¡Ah, juventud exaltada! ¡Cuánto le recordaba a su propio pasado! Ya casi lo había conseguido.

–Venga, amigo, ¡venga! –murmuró Lope, en tensión. Oyó un hipo en la oscuridad. ¡No era un gato, eso era cierto! ¡Aquel bribón, siguiendo sus rezos tabernarios de cada día, estaba bebido!

Una teja cayó con estrépito.

Lo iban a descubrir.

Por muy diestro que fuera en la espada, podía darse por muerto. ¡Maldito poeta burlón!

Lope se acercó con paso rápido a la ventana enrejada de la sala del comedor. Vio que se estaban disponiendo para cenar. La voz melodiosa y rica de Jusepa lanzaba hechizos que a su marido a duras penas conquistaba. Ella olía a sexo, a sábanas lúbricas y rubricadas con la mancha del infiel y de la infidelidad; olía a un olor potente y agobiante que el calor de la calle y la humedad del río soterraban, pero que allí estaba, alterando a aquellos hombres sedientos de vino y de otras cosas. Juan de Morales se volvió. Había escuchado algo en la calle.

–¿Qué ha sido eso? –le oyó decir Lope, al tiempo que lo vio acercarse a la reja de la ventana justo cuando el último rayo de luz se ocultaba tras el alcázar–. ¿Quién va?

–¡Víctor! –voceó Lope con descaro desde la oscuridad. Miró arriba. El burlón todavía resopló una vez más. Un poco más, un paso más, un pie más allá y estaría en otro tejado, en otra azotea.

–¿Quién? ¡Alguien se burla! –dijo otro desde dentro.

–¡El mayor burlador, a los mayores burlados!

–¡Eso mismo es lo que habríamos de decir nosotros! –rugió el caballero Pastrana desde la casa.

Los gritos furibundos sonaron rabiosos. Se derribaron taburetes y se oyó a Jusepa jurar por la virgen. Lope, nervioso, se alejó de la

ventana.

–¡Vamos, sátiro bebedor! ¡Vamos! –murmuró, rezando.

La sombra, por fin, desapareció tejado arriba. Lope resopló aliviado. ¡Justo a tiempo! El pasador de la puerta fue movido y la puerta se abrió, dejando paso a los hombres armados. Pero Lope ya se había alejado a la carrera, al amparo de la noche creciente.

¡Gran día!

Aunque aún no había concluido. Porque Lope, resoplando a pesar de su satisfacción, no dejó de oír pasos a su espalda.

Pasos en la noche que no cesaban de acercarse.

¿Volverse y dar la cara? Pero no eran ni Morales ni Pastrana.

¿Huir, seguir huyendo? La noche ya era dueña de las calles.

¿Un refugio, acogerse a sagrado?

¡La calle Francos!

¡El dintel labrado! ¡La puerta!

¡Temblarle las manos, no atinar con las llaves!

Toses. Miedo.

¡Golpear la puerta con temor irracional!

–¡Catalina! ¡Abre la maldita puerta!

Miró atrás. Un perro se quejó de él. ¿Dónde estaba su perseguidor?

¿Dónde? ¿De qué sirve una espada, si no se ve al enemigo?

¿Serían ladrones?

Pero ya lo había avisado Claudio.

Catalina abrió, y Lope de Vega, pálido como un fantasma, se

precipitó dentro, corrió los tres cerrojos y atrancó la puerta. Al descuido, la bolsa se desciñó de su cinturón y se abrió al chocar contra el suelo de loza. Los escudos y las piezas menudas se desparramaron con tintineos metálicos por todo el zaguán.

Carlitos se había quedado petrificado al pie de la escalera. Hijo y padre se miraron entre sí, ambos con miedo.

* * *

–Claudio, no falta noche que no escuche pasos. Ya lo he comprobado en las últimas semanas. Y es hábil, tenaz y misterioso. Aún no he descubierto quién es. Y lo temo.

–De Sevilla no hay muchos que tengan cuentas pendientes contigo.

–¡Los justos y necesarios! Y de allí hay uno claro.

–¿Un manco?

–Un manco. ¿Cómo te crees que han criticado tanto mi Jerusalén? El impresor me engañó; ese avariento y legañoso vio el manuscrito y me dio brea y estopa hasta en las orejas en sus tertulias. Y en el Consejo de Castilla algo se cuece, que no se apresuran en darme licencia para imprimir las recopilaciones de mis comedias. ¡Mesonero, más vino! ¿Tardarán mucho más esas truchas?

–¡No mucho, no mucho! –El gordo dueño del mesón se movía de un lado a otro entre mesas y gentío con una montaña de loza sucia y jarras vacías.

–Caído el de Lerma, habrá cambios. Rodarán cabezas, y harán falta nuevas.

–¡Aún no ha caído, que sólo lo han reconvenido! ¡No me quieren en ningún rincón de palacio! ¡No me han querido de cronista, ni en Toledo, ni en Madrid, ni en Segovia, ni en Alcalá! Y no es por ambición, Claudio, amigo, no es por eso. –Se enjugó el sudor del

rostro, preocupado. Necesitaba desahogarse. Jugó con los huesos de las aceitunas sobre la mesa llena de arañazos y cortes de cuchillo–. Es por la esperanza de librarme del trabajo insoportable de escribir comedias sin descansar ni un solo día, Claudio. Hace meses que, además de aplausos, oigo silbidos en los gallineros de las corralas. ¿Quién los instiga? ¿Quién? Pues todos, Claudio. ¡Todos esos viejos y derrotados, que son Matusalenes anquilosados que respiran aires viciados de dos mil años atrás! Lo viejo terminó. Llega lo nuevo. Y yo soy lo nuevo y no pueden soportarlo. ¡Te asombras!

–Pensé... que te gustaba escribir.

–Escribir es placer y éxtasis, y también cadenas y grilletes, espaldas encorvadas, vista gastada y noches en vela soportando el remo. Y no me quieren en la corte. –Se acercó más a él, infectándolo con su aliento beodo–. Son todos esos frailes, todos esos jesuitas, esos santurrones que se dan golpes en el pecho y se fustigan y luego no tardan en correr a jugar a los dados, a beberse el vino por barricas y a holgarse con las mujeres, a cometer los mismos pecados que critican y absuelven en tierra de Sodoma y Gomorra. Ésos han maldispuesto a los que me podrían dar esa merced, ¡yo, Lope, cronista de Madrid! Pues no. Es Luis de Góngora y es Miguel de Cervantes, y es ese duque de Maqueda que me rechazó, y el duque de Osuna, que prefiere a un rimbombante héroe de Lepanto y de toda la cristiandad, y el de Pastrana, que ríe las críticas del canónigo beneficiado de Córdoba, que más mujeriego no puede ser.

–Algunos dicen que no se separa de su pupilo de tertulia, ese joven llamado Gabriel.

–Pues no me extrañaría, que así anda todo, porque las barraganas y los sodomitas también abundan en la corte de San Pedro.

Un joven entró empujado y guiado por Francisco de Quevedo. El burlón fue recibido con alborozo, pero no se entretuvo en risas, ya le costaba bastante mantener el equilibrio. Las mejillas sonrosadas lo delataban. El joven iba asustado, pero no pudo escaparse de las manos que el vate reposaba sobre sus hombros, hasta llegar a trompicones a la mesa de los dos amigos.

–¡Ven, Baco, toma una cornucopia que te motive!

–Ah, que sea norteño, de las vides de Valladolid. Se cuenta que un anónimo puso pimienta en una reunión de Morales y Pastrana y que salieron todos a estornudar, espada en mano, sobre el bellaco, que huyó por piernas. Sería un mancebo guasón.

–¡Sería!

–Y no se sabe quién fue esa sombra.

–Sombras hay muchas –matizó Claudio, mirando al mozo de arriba abajo–. Tantas como salamanquesas trepando muros. ¿Y éste?

–Yo... Yo... ¿Sois Lope?

–¡Aquél, torpe! Pues yo soy hombre agradecido. Y antes que otro lo cace, lo encontré merodeando por San Felipe, y aquí lo traigo, preso como un turco asustado.

–¿Quién me busca? –habló Lope, riendo por la locuacidad de Quevedo y por el nerviosismo del joven.

–Me manda Jerónima. Que ha vuelto de Zaragoza y que está en Toledo. Y que le agradaría conversar con vos, si vos pudierais.

–¿Y dónde se hospeda?

–Sólo a vos. –Y le susurró una calle y una casa.

Lope se enderezó, dejando sin apurar la jarra. Parpadeó una, dos veces, atentamente vigilado por Claudio. De pronto, con una rapidez desusada, se levantó, cuidando de no golpear con la vaina y la espada al cinto, y salió a la carrera sin hacer caso ni al mesonero ni a los testigos de su urgencia.

–No me lo puedo creer. ¡Ni me ha invitado a una ronda!

–Me dijeron que se me pagaría...

–Joven, somos pobres faranduleros. Otro día, y ya, si eso...

–¿Siempre es así? ¿Tan vehemente?

Claudio explotó en carcajadas.

–Señor don Francisco, que no os engañe su aspecto cansado. No hay vejez en él cuando de mujeres se trata. ¿Oís? ¿No suenan campanas de doce? Es septiembre. Lo conseguirá. ¡Cabalga como un moro!

–Pero ¿qué... quieres decir con eso? –replicó el poeta, atragantándose con el trago–. ¿Cómo que como un moro? ¡Válgame Dios!

Consiguió un caballo en la Casa de Córdoba, de la cuadra de su propio mecenas. Riñó, juró, prometió, puso al cielo y a los arcángeles como testigos al adusto secretario que devolvería al animal sano y salvo, y apenas lo tuvo ensillado, saltar sobre la grupa, pies en estribos, manos imperiosas en riendas y picar espuelas fueron todo en uno.

–¡No habéis firmado, no habéis firmado! –El secretario agitó tras él el recibí del préstamo, en vano–. ¡Maldito poeta loco!

Porque era locura.

Jerónima había vuelto y lo estaba esperando.

Su marido no estaba. Dos días ausente por Alcalá.

Lo esperaba en una casa que conocía bien.

En la casa que había alquilado para Juana.

La misma casa que había mancillado antes con Micaela.

La imaginó sobre el lecho. Bajo el mismo dosel nupcial.

Esperándolo con deseo.

Casi podía imaginar sus manos blancas y suaves como el talco acariciándose con dulzura el sexo rasurado. Porque ella gustaba de dejarlo todo sin vello, como se decía hacían en los serrallos turcos. En ello era más que viciosa.

Paladeando un índice, para introducirlo, después, en su gruta del

amor.

Y dentro, ya debían correr ríos subterráneos.

Esperándolo.

Con los labios entreabiertos.

Con sus rizos oscurísimos desbocados sobre la almohada.

Con un leve camisón cubriendo su desnudez radiante de juventud, de cuerpo de junco y pezones afresados.

En su imaginación calenturienta, imaginó que Jerónima empezaba a gemir.

–¡Galopa, «Jícaro»! ¡Ea! ¡Ea!

Raudo, resistente, feroz. El corazón le ardía, tenía las manos quemadas del roce con las riendas, pero nunca tuvo pereza de viajar y ahora sentía que cada legua que lo acercaba a Toledo rejuvenecía un lustro. Fueron seis horas a caballo, a uña partida y sin pausa, como si fuera musulmán de la Vega de Granada y sin que se le pudiera aplicar la burla que alguna vez que otra le hiciera Claudio.

–Los poetas fueron siempre malos jinetes.

Pero él no era un poeta más, y los campesinos se echaban al lado en los caminos, asustados por los gritos que daba para que se apartaran, porque por Cristo que él no se detendría. Le hervía la sangre. El sol ya declinaba cuando alcanzó el río Tajo. Tañían campanas cuando subió hasta la plaza de Zocodover y torció al otro lado de los postigos, hacia la catedral, perdiéndose en uno de los callejones.

–¡Jerónima! ¡Jerónima! –Y después de caracolear con el animal, no pudo más. Tampoco le importaron los vecinos. Descabalgó y golpeó con los dos puños la puerta. Pero era mujer quien lo esperaba, y lo hizo esperar, por pura maldad, un largo momento interminable. Las puertas retumbaban, desprendiéndose mortero de cal de los goznes. Pero él la olió. Olía su perfume ostentoso, que marcaba su territorio como una loba en celo, y redobló los golpes.

Una criada abrió con miedo, al fin, siguiendo órdenes precisas y con una gota de perfume en el cuello. Él entró de par a par, como un rey enervado a un palacio vedado, y la tomó de los brazos con furia, confundiéndola, en la oscuridad creciente, con su amante.

–¡Arriba! ¡Arriba! –le señaló aterrorizada la joven. ¡Tan moza! ¡Pero qué necesidad tenía de una palomita temblorosa, teniendo arriba a una hembra sofocada!

Quizá... después.

La mayor galerna imaginable azotando con sus olas monstruosas los puertos atemorizados y encogidos de la costa gallega no lo hicieron con mayor violencia que aquel hombre, que aquella mujer, cuando removieron fondos oceánicos, quebrando cordilleras indomables, despertando pasiones tan irrefrenables que el lecho retumbó hasta quebrarse de los embates bravíos. «Como el mar», pensó Lope, ella era como el mar, que amaba y de la que desconfiaba, que lo sumergía hasta asfixiarlo y luego le daba vida, que lo agotaba y lo encendía, que lo arrojaba al frío abismo de los océanos, a simas donde jamás nadie lo encontraría, y después lo tomaba de la mano y como sirena vengativa se reía de él, lo soltaba, lo atraía, le insuflaba aire a besos apasionados, le envenenaba la sangre como a los ahogados y lo elevaba hasta la superficie, donde aspiraba aire rogando a san Telmo y a Dios con la angustia de quien sabe que la muerte llega, no importa cuán cerca esté la costa. Pero él era Lope, y a cada risa de la sirena él replicaba con violencia y mordía carne, exprimía senos y acercaba muslos sudorosos, hollando el más recóndito rincón de la sirena, pues sabía, sí, sabía, que a pesar de los obstáculos aquel marino alcanzaría el más profundo fondo de sus grutas.

Ni siquiera la joven criada pudo sustraerse a los cánticos, a los hechizos de aquellos dos condenados a amarse con desesperación, toda atenta entre suspiros y sangre, alterada al otro lado de la puerta cerrada.

Exhaustos, cesaron las olas. La galerna dejó de remover aguas, fondos y cielos, y se hizo la calma en medio del dormitorio salvajemente destrozado. Un silencio colmado por jadeos de náufragos rotos que, alcanzada la playa, se dejaron tomar por el

cansancio.

–Tu duque te odia y te envidia.

Lope suspiró.

–Te envidia, porque, sin tus palabras, ¿qué mujer se dejaría convencer? Te odia, porque aspira a manchar otra vez mis sábanas, pero ya no lo logrará jamás. Lo intenta y lo seguirá intentando, pero yo le daré largas. Oh, Lope, grande en todo...

–Palabras, palabras... ¿A qué iletrado le importan las palabras, si tiene doblas de oro para comprar lo que requiera? Te das a quien te conviene o interesa. ¡Desdichados aquellos que te escuchamos, sirena del océano!

–¿Soy una sirena, Lope? –Ella se recostó sobre su pecho, ronroneando satisfecha. Él se dejó invadir, ¿cómo negarse?

–Eres la sirena que arrastra al abismo, eres la isla que todo náufrago ansía –respondió, hundiendo su rostro en su mejilla y aspirando el olor de sus rizos alborotados.

Entonces, ¿qué habían sido de sus otros paraísos? ¿Por qué ya no era capaz de pensar en Micaela, otrora Venus encarnada para él? ¿Por qué evitaba a Juana, espejismo apagado de esposa? Ni siquiera le había dado aviso en Madrid. ¿Estarían buscándolo? En el silencio que siguió, con Jerónima dormida, vio de pronto en una rueda de fuego la balanza de su vida, y el fiel se inclinaba más y más a un lado, no había equilibrio posible, y al lado de esa súcubo que lo dominaba y que dormitaba con la belleza con la que el Diablo la había dotado, supo que se había dictado sentencia. Que para él, irremediablemente, se abrían las fauces de un fuego insondable a cada furor que lo dominaba. Y no pudo dormir en todo el resto de la noche, intranquilo, culpable, confuso con la amenaza de una eternidad de tormento.

Pero era Lope, no un mortal cualquiera. Irredento, la noche pasó, y con el sol olvidó sus promesas de arrepentimiento. Hasta que fue demasiado tarde. ¿Y qué prisa tenía el señor de las tentaciones, para quien eras incontables de los hombres no eran sino medio suspiro?

CAPÍTULO 25

EL ÁNGEL MUERTO

Las campanas de Madrid tocaron a muerto. Y los teatros se cerraron.

Pero bastante tristes estaban ya los madrileños como para reír o quejarse. Una larga multitud de nobles siguió a la comitiva real que enterró a la reina Margarita en El Escorial, muerta de un mal parto en el año en el que la peste y las fiebres acorralaban a la capital del reino. Quién podía imaginar ver al rey Felipe III abatido, sin sus elegantes ropajes de vivo colorido, sus sombreros de corte francés, sus zapatos de charol italiano. Y solo. Porque iba acompañado por toda la nobleza del país, por todos los embajadores de los países amigos y por Francisco Gómez de Sandoval, su apoyo, su mano firme, su valido, su amigo; pero nunca la soledad lo había asfixiado tanto entre tanta gente.

Rodrigo Calderón, valido del valido, ofició de secretario de cámara para preparar el cuerpo de la reina. Felipe III, rey de las Españas y de su imperio, lloró cuando echaron cuatro espuertas de cal viva dentro del ataúd de plomo. Lloró otra vez al echar un último vistazo al ángel amortajado antes de que lo sellaran para que se consumiera entre vapores. El Escorial se ahogó de tristeza bajo nubes de lluvia. Dentro de la iglesia, terminada la misa por su santo reposo, los principales, con la cruz santa por delante, fueron a buscar el cuerpo en el patio de los caballeros. Alzaron el ataúd desde su catafalco fúnebre hasta posarlo a hombros de los Grandes de España, los duques del Infantado y de Uceda, el duque de Lerma, el príncipe Filiberto, el conde de Saldaña, el adelantado de Castilla, el conde de Gelves, los primos del rey, los parientes del rey, los fieles al rey y a la corona durante generaciones, y con tal carga de muerte entraron en el edifico de piedra a la par que sonaban campanas y cañones en duelo. A los portadores los seguían la camarera mayor, damas y señoras enlutadas que se sorbían los mocos y las lágrimas con sus pañuelos negros. Se abrió el subterráneo, la cripta de los reyes y de las reinas. Los frailes y sacerdotes, los obispos y diáconos oraban y esparcían incienso. Los ecos de los llantos de las damas y siervas

acongojaban y silenciaban a los hombres curtidos en las guerras de Flandes y de Nápoles. Uno de los nobles iba delante, portando una corona de flores sobre una fuente de plata. Con la reina en el túmulo, colocaron las flores a los pies y a la cabeza un Cristo bendecido. ¿No recibiría el cielo a aquella reina dulce? No hubo más luces que las velas de los religiosos, ni siquiera más hachones. El rey hipaba, mordiéndose la mano para no llorar. Pero la acústica lo acusaba, y todo se reverberaba. Por último, tras los rezos de laudes y nocturnos, pusieron a la reina Margarita dentro de la bóveda fría, oscura, helada, donde había otras cuatro reinas más, desdichadas y muertas de parto antes de alcanzar los treinta años.

El rey regresó a la villa, al Pardo primero, al convento de San Jerónimo después. Cómo el nacimiento de un infante, de un nuevo cristiano, había provocado tanta pena al nacer a costa de la vida de su joven madre, era algo que no comprendía. Madrid se convirtió en una ciudad muerta, llena de un dolor grande. Caballeros veinticuatro, alcaldes, ojeadores, alcabaleros, secretarios, tasadores, oidores y toda su infinidad de criados se movían como sin vida de un lugar a otro, portadores de una negra tristeza que desterró las sedas, los pañuelos llamativos y los chalecos de domingo a los baúles y arcas. Las mujeres, a corrillos, se tiraban de los pelos, murmuraban sobre la pena del rey y la tristeza de los hijos, y sobre qué caros se habían puesto los chales negros y qué abusos hacían traperos, sastres y costureras.

Y, con los teatros clausurados, el duque de Sessa lejos y las musas más mudas que la reina muerta, los maravedíes y ducados dejaron de llegar a la casa de la doliente Juana de Guardo. «Hambre», decía Carlos Félix. «Hambre», gemían los hijos de Micaela. «Hambre», decían los comediantes por las esquinas, pidiendo limosna con la mano extendida. Y de la olla de Lope comieron más de uno y más dos, invitados y por piedad, mientras, con discreción, los autores de comedias iban y volvían del alcázar real para convencer de que las corralas debían abrirse, que los hospitales de la caridad necesitaban ese dinero que las comedias proporcionaban y que la peste y las fiebres, que aún no habían liberado de su yugo a la ciudad saturada de españoles y extranjeros, sin los hospitales, cabalgarían de un extremo a otro del imperio como los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Entretanto, las tertulias eran nido de murmuraciones. ¿No era Rodrigo Calderón hombre del valido y peligroso? ¿No estaba la reina enfrentada a él? Pero el pan y el hambre había también que calmarlos. ¿Cuánto tiempo estarían cerradas las corralas? ¿Harían los obispos caso a quienes votaban, con la boca rabiosa, que las comedias eran la causa de la degradación del reino? ¿Por qué no prohibirlas, para concluir así la ardua tarea de enderezar el país hacia las altas metas que el imperio requería, con hombres útiles y no ociosos ni dados a la perrera y a la molicie? ¿No debía el rey Felipe marcar otro hito para la historia, acabando con ese ocio maligno que se burlaba de todo y de todos? ¿No se había logrado robustecer la fe tras la expulsión de los moriscos? Y con tanto pobre y con tanto enfermo por las calles, ¿no se revolverían los madrileños como alimañas si además se les dejaba sin divertimentos?

–Que alanceen toros, si quieren entretenerse. Pero no ahora, claro. ¡Ahora toca luto! –exclamó el padre Luis de Aliaga con fiereza, confesor del rey, a una pregunta suya.

–Entonces, ¿la prohibición sería algo bueno?

–Buenísimo, majestad. Tanto como la expulsión de todos los mahometanos, que para la dicha de Dios decidisteis dos años atrás, y que doña Margarita, el cielo la acoja, tuvo bien en apoyar. ¡Expulsión y proscripción! La mejor de las acciones de vuestro reinado ha sido alejar a todos esos falsos cristianos de vuestros católicos reinos. Y en eso estamos, porque se esconden y algunos se resisten, pero ni uno debe quedar, ¡ni uno! ¡Bendito sea Dios!

Y el rey hizo consulta a los teólogos, como años atrás había hecho su padre, mientras el luto por la reina muerta prohibía todo ocio, toda risa, toda fiesta.

Pero la respuesta a la consulta podía durar años, y los farandureros y poetas no vivían del aire. Donde sabían que algo podían conseguir a cambio de su ingenio, allá acudían. Y el conde de Saldaña decidió que, si otros grandes nobles hacían de mecenas para los autores y poetas más conocidos, él los reuniría a todos en una tertulia. A todos. Y los invitó. Les prometió una buena velada a salvo de la vigilancia intimidatoria de los inquisidores, obsequios, laureles, una

buena dispensa de escudos y una gran, gran cena.

Hambre.

Quevedo había huido de Madrid y de la justicia por un duelo que acabó en muerte en una iglesia, pero allí estaban los demás: Cervantes, Góngora y Gabriel, su sombra arcangélica; Juan de Piña, Lope de Aguilar y Riquelme, fervorosos creyentes de Lope. Y también, para que se picaran entre ellos, Morales, Tirso de Molina y Alarcón; y para asombro de todos ellos, un buen puñado de nobles que, aburridísimos por la estricta vigilancia del duelo impuesta por el rey, se dejaron convencer por el duque de Saldaña para acudir y dar lustre a aquella reunión impresionante. O eso, al menos, habían dicho a los escritores. Que ante la flor y nata de la nobleza podrían lucir su ingenio. Si para Lope había sido chocante encontrarse cara a cara con aquel cordobés que admiraba y temía, y con el alcalaíno al que odiaba casi lo mismo que envidiaba, llegar allí, entrar a empujones para evitar la lluvia fría, moverse todos como ganado estabulado por el zaguán con los papeles a resguardo hasta cruzar un patio convertido en océano con las aspidistras arruinadas y alcanzar la sala caldeada del palacio de Saldaña, con sus tapices, sus jarrones, sus muebles de barnices olorosos, y de pronto darse cuenta de la música ausente, de las sillas vacías y de los manteles huérfanos, fue demasiado.

Silencio, salvo toses y murmullos de desagrado.

–¿Pero esto qué es? ¿Es una burla? –graznó Góngora. Y quizá por ser canónigo, el amo de las llaves se sintió obligado a dar alguna explicación.

Sonaron las seis de la tarde en las parroquias. La tarde cerrada y plúmbea era desapacible, y algunos de los vates, desmayados de hambre, se sentaron en las sillas.

–El conde de Pastrana no tardará, no tardará, señores, que ha ido a recibir a uno de los embajadores de ultramar.

–¿Y hasta que no venga no se come? –preguntó Tirso, con el rostro chupado y el bigote puntiagudo.

–¿No habrá ni un tentempié? ¿Nada de vino? –preguntó Morales.

–No hay decencia ni en casa de los nobles... –murmuró otro.

–Vendrá, vendrá, el señor conde no tardará. Mientras, las cocinas preparan las viandas para los demás invitados...

–Que no están –recalcó Tirso a mala idea.

–... os traeré algo con que entreteneros. Pero sed pacientes. El día ha empeorado repentinamente, y con el barro de los caminos el conde puede aún tardar algo, pero vendrá, vendrá...

El sirviente se marchó azorado, sin saber qué más decir. Los poetas se miraban unos a otros como rivales que eran; Luis de Góngora y Miguel de Cervantes riendo con los que les adulaban, sorprendidos de sus logros, de ese libro tan famoso que sumaba edición tras edición, con sus bellaquerías y su caballero manchego. De tanto en tanto, el manco de Lepanto miraba de soslayo a Lope, y aquél, aunque sonreía, se enervaba por aquel viejo malévolo.

–No le hagas caso, Lope –lo aconsejó Alonso Riquelme–. Al valido y a Calderón les gustó su libro, y sólo por eso todo el mundo ha ido a comprarlo a la imprenta de Juan de la Cuesta.

–Pero míralo, qué altanero, está buscando enfurecerme.

–¡Gran lástima, señores, la muerte de la reina! –intervino de pronto Juan de Piña, por hallar algún tema que uniera en la conversación a tanto rival.

–Y tanta lástima. Tengo un hambre... –dijo otro.

–Dicen, dicen –susurró Lope de Aguilar– que ha sido ese ambicioso de Rodrigo Calderón quien tiene la culpa. Que sí, eso dicen: culpable de envenenar a la reina.

–¡Quién dice eso! –exigió Góngora, y se hizo el silencio. El cordobés fue hasta él.

–Son rumores.

–¿Son certezas?

–No. Pero había asperezas.

–Yo no me lo creo –opinó Tirso de Molina. Dos mujeres de la casa trajeron pan con aceite, y aceitunas machacadas. Los poetas pensaron que eran platos de carne o embutidos, o queso. Quedaron decepcionados–. ¡Ah, qué lujos de grandes de España! Vaya manjar.

–Me lo dijo una primera fuente, que dos días antes parecía que la reina se recuperaría de sus dolencias tras el parto y, de la noche a la mañana, empeoró gravemente, tras un nuevo medicamento. Y Calderón estaba a la vela a los pies de la cama. ¿Es que no oís ni veis ni escucháis? La reina malquería al duque de Lerma y a Calderón, por corruptos y avariciosos.

–S-s-s-sois envidia pura, maese Riquelme –intervino Cervantes–. ¿A eso os dedicáis, a enturbiar y a meter cizaña?

–Son vuestros mecenas, ¡qué vais a decir vos de ellos!

–P-p-p-pues lo mismo que dicen del duque de Ses-s-s-sa. Que tras la cruz está el Diablo, como en pos del vicio está la devoción. Que lo que naturaleza no da, Salamanca no presta. Y a tal mecenas, tal poeta.

–Maese Miguel, ¿qué insinuáis? –preguntó Lope, todo serio.

–¿Queréis saber por qué no seréis nunca cronista? P-p-p-porque vuestro duque es un calco de vos. Mujeriego, adúltero, deslenguado. Y la reina lo sabía. El rey quería daros ese honor, y así se lo hizo saber al valido, pero la reina dijo que no, que no y que no. «Mejor a un mejor cristiano».

–¡Mentís! –Lope levantó la mano como amenaza y se acercó a él. Los poetas que arropaban a Cervantes alzaron voces y dieron un paso adelante. Riquelme y Juan de Piña retuvieron a Lope; Cervantes dio un paso atrás, satisfecho y con una sonrisilla feliz en su rostro flaco de piel pegada–. Qué mal perdedor sois.

–¿Cómo que perdedor?

–Nadie quiere vuestras comedias.

–¿No sois vos el que acecha por las noches en ventanas ajenas? –intervino Tirso de Molina con acritud. Y Góngora asintió.

–No sé de qué habláis.

Sí lo sabía. ¿Quién se lo habría dicho?

–Vamos, maese Lope, vamos. Que hay gente respetable delante –se oyó una exclamación de ironía de boca de Riquelme–. Os gustan las mujeres, ¿y ya no os bastan ni doña Juana ni Micaela ni Jerónima ni Flora ni Juliana? ¿Ahora también espiáis a través de las rejas y visillos a doña Jusepa?

–¿Eh? ¿Qué es eso que oigo? –preguntó Juan de Morales y Medrano.

–Desvariáis.

Morales entrecerró los ojos.

–Decid la verdad. Que vuestra fama se conoce.

–Que no, ¡que son invenciones! Bah, no voy prestar más atención a lo que diga un viejo caducado.

–¿Viejo? ¿Caducado? ¿Yo? –El asombro era mayúsculo. Alguno soltó una carcajada. Lo señaló con la mano inútil y tullida –¿Q-q-q-quién os creéis que sois? ¡Irreverente! ¡Ved mi mano y lo que representa! ¡Un respeto a los mayores! Pero decid, ¡decid!, quién fue quien gritó «Víctor» bajo la ventana de Jusepa.

–¿Me... habéis... seguido? –La voz le temblaba.

–¡Fuisteis vos! ¡Vil, que sois un vil! –entendió Morales, estupefacto.

–Pecador puedo ser, y mucho. Pero vil, ¡jamás! ¡No como vos, señor de Lepanto!

Los ánimos se alteraron. Oyeron nuevos pasos. Un hombre grueso, de gran corpulencia, cuello de toro, barbilla hendida y cabeza

enorme y rotunda, tan rotunda como su envergadura, entró a la carrera en la sala, con un capote empapado y con el sirviente que lo guiaba.

–¡Lupercio Leonardo de Argensola, a vuestro servicio, señores!

Pero nadie hizo caso a Argensola, cronista del reino de Aragón. El alcalaíno se limpió las babas de rabia que colmaban las comisuras de sus labios, restregándose con el dorso de la mano. Las voces no dejaron de oírse: se echaban en cara desdenes y desavenencias, rencillas y diferencias, entre los que buscaban el cultismo para unos pocos y los que se desvivían por el hombre del pueblo. Argensola se quedó parado, quejoso de sus reumas. No había ningún noble señor ni ninguna cena pantagruélica. Las aceitunas volaban, lanzadas por capirotazos de odio.

–Pero ¿y el conde de Pastrana? –preguntó al sirviente el recién llegado, viendo el tumulto que se iniciaba y la sala vacía de comida y de notables. No obtuvo respuesta. El sirviente se santiguó–. Pero haya paz, ¡que esto no es Flandes! ¡Paz, paz, pido!

–Morales, yo no he pretendido a vuestra mujer.

–¡Pero conocéis a quien lo ha hecho! ¡Decidme su nombre u os tendré por cómplice!

–No lo conozco.

–Qué mal mentís... –opinó Cervantes con respiración sibilante.

Juan de Morales y Medrano no pudo soportarlo más. Dio tres pasos y lanzó un puñetazo a un sorprendido Lope de Vega, lo que levantó brazos y gritos. Alonso Riquelme pudo tirar del brazo de Lope a tiempo, y el puño sólo golpeó aire.

–Calma, calma, ¿qué recuerdo daremos a la reina, con tanto odio? –intentó conciliar posturas Argensola.

Góngora no dijo nada. Ver a Cervantes y ver a Lope en tal trisca era cuanto necesitaba.

–Se enterará el conde de Pastrana, ¡se enterará! –amenazó Morales

a Lope, circunspecto.

–¡Locos! ¡Locos todos! –gritó el sirviente, corriendo bajo el patio y bajo la lluvia.

Para cuando llegó el joven conde de Saldaña, solo salvo con su escolta, de buen humor y ya comido y bebido, habían pasado de las diez de la noche.

–¡Ah! ¡Los poetas! ¡Lo había olvidado completamente! Bueno, que me entretengan. A ver esos versos escritos.

Las caras de éstos eran un puro poema de hambre y desconcierto.

–¿Para esto nos hemos dado una gran cabalgada bajo la lluvia? –bufó Argensola–. Entonces... ¿dónde están los demás señores?

–Conmigo es suficiente, ¿o no estáis aquí por mí? Pues comencemos esta primera tertulia, y después... después ya veremos. –Sentado en una ostentosa silla tras la mesa preparada para lo que debía ser el tribunal poético, movió la cabeza a un lado, ocultó el rostro con una mano y lanzó un ruidoso eructo. Algunos estómagos respondieron indignados–. ¡Traed vino! Ejem. En esto de la tertulia... ¿qué viene ahora?

Madrid, 30 de noviembre de 1611

CARTA AL DUQUE DE SESSA

Las cosas, señor excelentísimo, que han ocurrido estos días han sido tantas que no me han dejado escribiros. No sé quién decía que las cartas son oraciones mentales a los ausentes, y decía bien, porque mientras se escribe se piensa en aquel a quien se le escribe, se habla con él en el entendimiento, se lo imagina uno vivamente, qué dice, qué hace, si sonríe al leer la palabra escrita, si se indigna, si se entristece.

Los versos que escribí en honor de la difunta reina poco se disfrutaron; el conde de Saldaña nos convocó a las seis y no apareció hasta las diez. Salimos de su casa condal con tanta hambre, cansancio, frío, lodos y quejas, que creí que no habría otra reunión más, aunque me nombraron secretario para envidia de algunos, y repartieron los temas sobre los que versar para la siguiente reunión.

La segunda, el pasado sábado, fue razonable, aunque de nuevo tardía, tanto que ya no pude escribiros. Asistieron los duques de Feria, Pastrana, don Antonio de Ávila y alguno más. Hablamos de un nuevo libro que salió, dirigido al duque, y aunque no es grande, es pesado y de él no digo más, porque después de haberlo leído hoy le he confesado a su autor qué me había parecido y me dieron penitencia y alguna puñada, a pesar de decir verdades.

Llevé unos sonetos a la Academia, acerca de una dama que llamaré Cloris, a quien por tener enfermos los ojos un médico ordenó que la cortaran los cabellos, y adjunto los sonetos, aunque sean un tanto indignos y guasones.

En Madrid todo sigue triste, y para inicio de Pascua, como hace frío, se quiere poner mañana a un mulato en paños calientes para que se le quite su mal. Pero a su favor ha hecho treta el demonio trayendo agua, y mañana parece que hará igual de malo, así que no habrá hoguera. Casi mejor así, de todas formas, que se limpien los aires, que en este año de enfermedad no han sido nunca buenos.

De salud, mejor. Y celebro que vos también.

Lope de Vega

–Y lo han hecho secretario de la tertulia. Yo no lo entiendo. Es que no lo entiendo...

Su sobrina Constanza lo miró con pena. ¡Su tío se cogía unos berrinches que...!

Sonaron golpes en la puerta. Con tanta lluvia, tanto luto y tanto recogimiento, sería la Pascua más triste de su vida.

–¡Abro yo, abro yo, tío!

Quien entró y preguntó por él quería algo más que visitarlo. En el despacho, Miguel de Cervantes entremezcló un poco los papeles, no sea que leyeran lo que escribía en esos momentos.

–¡Ah, sois vos!

–Me dijisteis que conocíais a alguien... A alguien dispuesto. Pues bien. Decidme dónde puedo encontrar a ese alguien.

CAPÍTULO 26

¡MILAGRO!

Madrid, 19 de diciembre de 1611

–Por favor, no salgas, Lope. No salgas con este frío.

Ésa había sido la suplica de Juana. En vano, cayeran chuzos de punta o diablos congelados. La hermandad del convento de los trinitarios descalzos, de la que era cofrade desde un año atrás, celebraba reunión para elegir cargos de la cofradía para el año siguiente. El otoño había sido malo. Malo, no; peor. Sin comedias y con el mecenas aún desterrado en Valladolid, lo que retrasaba más si cabía el pago de las minutas. Pero había escrito mucho, y esperaba que la nueva obrita pastoral que dedicaría a su hijo y al duque saliera con licencia en breve, y con ello, unos dineros entrarían en la casa. Unos reales necesarios. La academia de Saldaña había concluido para él; a la tercera reunión, la había mandado al diablo, a ella y a todos sus miembros; a algunos con palabras suaves, a otros, con versos disparados con segundas. «¿Por qué?», había pensado. «Ya que no iba a ser cronista de la villa, ¿por qué no podía optar a otro cargo de lustre? ¿No podía ser uno de los cuatro consejeros que regirían al nuevo año la congregación?». Y creía que sería bueno para él, lo más granado de doctores, abogados y eclesiásticos, además de gente de letras, formaban parte de la congregación. Fama y honores, ¡eso sí que compensaría sus desencuentros con sus rivales de pluma y pliego! Secretario de la tertulia de Saldaña, ¿quién querría ese cargo, si podía serlo de la cofradía más importante de Madrid?

–Por favor, no salgas, Lope. No salgas con este frío.

Sí, hacía frío. Pero se abrigó bien, con la capa y el sombrero, y puso

la espada al cinto. Besó a su hijo, besó a su esposa.

–No tardaré.

Que tanto hombre influyente lo conociera en la cofradía era bueno. Otros escritores también formaban parte de ella. Saludó a todos con los que tenía buena relación. A los otros, bastó con un gesto de cortesía, sin mala fe aunque fuera con renuencia, que para eso estaban en la sala capitular del convento, casa de Dios, y allí era mejor dejar rencillas fuera. Se sopesaron las fiestas, las donaciones que se harían por Pascua y los gastos que se harían en velas y cirios para las siguientes celebraciones, y por último se concretó que a la semana siguiente, tras la Natividad, se elegirían los cargos por votación.

Y por todas partes se oía un nombre casi dado por seguro para los cuatro cargos principales: Lope de Vega.

Cervantes, serio, avisaba de corrillo en corrillo que ya en la tertulia de Saldaña había creado serias divergencias. Hablaba en voz baja con Vicente Espinel, con fray Hortensio Félix Paravicino, Miguel de Silveira y Vicencio Carducho, y todos preguntaban si tenía a otro candidato.

–Quizás alguno más recto y con más devoción. Que viva en la tierra y no en el cielo como los gavilanes. –Se erguía, se atildaba el bigote–. Con fama, ¡con buena fama! Y buen cristiano.

Pero movían la cabeza.

–Lope de Vega.

¿Demasiado viejo? ¿Por estar protegido por los duques de Lerma y Lemos, que muchos odiaban? ¿Sería eso? ¿Por ser manco? ¿Por ser tartamudo? Y allí estaba aquel ser pavoneándose, de quien todos conocían con quién dormía y de quién se mofaba. ¿Qué... qué decía? ¿Una nueva obra? ¿Una obra pastoral, además? Claro. ¡Clarísimo! Ahí estaba, vertiendo néctar en oídos ajenos, en aquellos frailes y confesores, en aquellos santurrones. ¡Él, que había sangrado en Lepanto, santa cruzada, se enervaba oyendo tanta sarta de memeces! Quizá se fiaban de que, siendo tan conocidísimo, Lope

atraería a muchos fieles a la cofradía a hacer donaciones piadosas, con tanta penuria como había y tanto mendicantes en las calles a los que auxiliar. Cuando a Miguel de Cervantes un doctor lo felicitó primero por su Quijote y luego le consultó que quién creía él que merecería un puesto en la presidencia, él no dio más queja inútil. Digirió como pudo la derrota, porque era lo que todo el mundo quería oír.

–¿Quién? Pues Lope de Vega.

Y Lope no sabía a qué venía ese asentimiento junto a esa mirada taimada que le dirigió.

Tocaron campanas a ocho cuando terminaron. No quiso compartir calle con Cervantes, quien se entretuvo, no podía ser de otra forma, dejando que algunos lectores alabaran su obra en prosa. Prosa, triste cosa de los versos celosa, de poco respeto y de la fama ansiosa. «¿Y qué es prosa?», lo sermoneó el madrileño mentalmente al verlo rodeado de palmeros, «triste prosa eres tú». Mejor solo que mal acompañado, y se despidió con rapidez alejándose a grandes pasos de allí. El frío era cortante y la noche cerrada, sin apenas luz de faroles, apagados por el aire. Noche de capa y sombrero, y menos mal que su casa estaba cerca del convento, porque ni un alma se cruzó con él. Pero él pensaba en sus caballeros medrosos, en sus mendigos valientes y en sus mesoneros decididos. No se preocupó mucho de los ruidos de la noche, hasta que se detuvo. Nada. Una imaginación desbordada vería en cada sombra, un pliegue; en cada esquina, un brazo; en cada reflejo, una espada o dos ojos. Continuó andando. Sus suelas sonaban claras y duras sobre los cantos rodados que empedraban esa parte de la calle, donde las oquedades estaban colmadas de agua sucia congelada. Todo era desapacible. Y se sintió nervioso. Volvió a pararse y miró atrás. Se oyeron pasos en la oscuridad.

–¿Quién va? –Silencio–. ¿Quién vive? ¿Nadie?

Continuó ascendiendo por la calle Francos, desconfiado. O acaso eran invenciones propias. ¿No sería culpa del cansancio, que creaba monstruos y miedos donde no los había? Se rio él solo, pensando si no sería Miguel de Cervantes, que no quería adelantarlo por no tener el disgusto de coincidir otra vez con él. Menos mal que

andaba mucho y largo, que su paso era vivo y que su palacio y reino estaba próximo. Un poco más adelante ya tenía a mano izquierda la calle que precedía a su casa. Se sintió seguro. A cenar sopa caliente y olla, a apurar ese queso de oveja que le había regalado el duque y que tanto gustaba a Carlitos, a dejar dormir a Juana y a escribir esa comedia a medio terminar, mientras se pudiera, en el silencio de la madrugada. Suspiró de pura hambre. Olía el aroma de la sopa, con su hueso salado, su ternera y un poco de pollo, y los garbanzos en medio del repollo y las judías verdes rehogadas. Comenzó a salivar a pesar del frío. Estaba cerca. Comenzó a juguetear en los bolsillos en busca de la llave de la puerta.

Los pasos se aceleraron de pronto, sorprendiéndolo. ¿Quién, qué, por qué? A medio girar hacia el ruido, un revoltijo de pasos, apenas vio unas sombras que a todo correr lo alcanzaron y lo empujaron contra la pared. Llovieron los golpes, como una violenta tormenta. ¿Pero quién era? Lope alzaba los brazos como podía, enredado en su capa, transformada de repente en presunto sudario. Se revolvió, se cubrió el rostro e intentó prender la espada mientras las botas claveteadas machacaban las piedras húmedas. Luego vio un reflejo metálico en una mano ruda.

–¡Cristo! ¡Cristo bendito!

–¡Vas a morir como un cerdo!

–¡No! ¡Para! ¡Auxilio!

¡Esa voz! La mano, implacable, buscó el bulto de su cuerpo, zarandeado contra la fachada. Lope se resistía, se doblaba, se bullía, pegaba patadas, incapaz de liberarse del abrazo del manto. Gritó cada vez que la hoja del cuchillo largo entraba y salía de sus ropajes. ¿Era ese frío la muerte? ¿Era acaso el pago a su vida pasada? ¡Pero tenía hijos! ¡Se desvivía por ellos! ¿No era Dios misericordioso, no bastaría un hecho, qué decir, un amago de arrepentimiento? Pudo agarrar su espada, pero el agresor se percató y le lanzó un rodillazo a la entrepierna que doblegó al escritor.

«Es el fin», pensó, «es el fin».

¡Cómo iba a ser el fin, si aún tenía un hálito de vida!

Se medio alzó, apoyó la espalda contra la piedra de una jamba y liberó un codo de manera salvaje. El golpe encontró un rostro, que aulló en la noche. Y luego le cruzaron la cara con un revés que le hizo sangrar boca y narices.

–¡Muere, muere!

La muerte. Era la muerte. Pero no la suya. Se trastabillo y cayó, y desde el suelo, al fin, Lope vio que sobre ellos una ventana se iluminaba y abría.

–¡Alguaciles! ¡Alguaciles!

–¡Ayuda! –suplicó el escritor, con una mano al fin liberada, con la que se protegió el cuello y el rostro–. ¡Justicia!

–¡Ninguna!

Pero al nuevo empellón, Lope golpeó a su agresor en los pies y las espinillas, y éste maldijo y pisó mal. Y todo él, sorprendido, cayó hacia atrás, resbalando con sus suelas claveteadas. Abriendo las manos. Soltando el cuchillo. Golpeando con la nuca uno de los cantos rodados húmedos por la noche con un ruido horrible.

¿Puedo respirar?

¿Puedo?

¿Aún vivo?

Las piedras frías del suelo embarrado le calaban los huesos. Magullado, Lope buscó con su mano libre un sustento para alzarse.

¿Nada roto?

¿Puedo levantarme?

Los gritos de los vecinos espantaron al anónimo punteador, quien, medio aturdido, consiguió levantarse entre jadeos con ayuda de su única mano para huir por la transversal a la calle. En el suelo quedó

un charco oscuro.

¿Sangre?

¿Es mía?

Una puerta se abrió para ayudarlo. Un vecino lo reconoció. Otro trajo un farol.

–¡Lope, vive Dios! ¿Estáis vivo? ¡Llamad a un médico!

–Es... sólo un poco de sangre.

–Tomad un paño. Sujetadlo en las narices.

¡Al fin pudo soltarse de la capa! Maldijo al sastre y a la noche plutónica. Se desasió de brazos y manos. Podía tenerse en pie, pero le dolía todo, y al final se dejó caer. Lo entraron a la casa, lo sentaron en una silla. Pusieron el farol sobre la mesa de la cocina. La esposa del vecino le ofreció vino.

–¡Hay que buscar a los alguaciles!

–¡Dadle vino, que enrecie! –Le tendieron un vaso, que tomó con manos temblorosas. Lo vació de un trago.

–¡Otro, por caridad!

–¡Hay que hacerle una sangría!

–¡No, por Dios! –rogó Lope, aterrado.

–¡Tentadlo, por los santos, antes de que se desangre!

Y media docena de manos sobonas lo palparon por completo.

–Milagro –murmuró uno.

–Milagro –murmuró otro.

–Milagro –murmuraron todos menos uno.

–¡Obra de Satán! –se santiguó un viejo herrero. Los demás lo

recriminaron.

–¿Y qué? ¿Qué me pasa? ¿Me muero?

–Pues no. Calmaos. ¡Tú, avisa a doña Juana!

Se oyeron botas y voces recias en la puerta.

–¡Ah, de la casa, ya está aquí la ley! ¿Qué ha pasado?

–Un milagro –dijo la esposa, y tomó la capa sucia y rajada del escritor con las dos manos, extendiéndola delante del farol para que la iluminara por detrás. Una decena de haces de luz escaparon por otras tantas cuchilladas.

Entonces, incrédulo como Pablo de Tarso, Lope se tentó el resto de las ropas desgarradas, por donde los filos apenas habían rozado su piel. Quedó pasmado de asombro. Miró mudo a los alguaciles, sin poder hablar por un buen rato.

O era obra de Satán o era obra de Dios.

Corrió la voz del terrible suceso a primera hora en el mercado, y antes de que el sol subiera demasiado y a pesar del frío ya había un montón de curiosos observando el charco granate oscurecido que un perro hasta lamió, y luego frente a la puerta de dintel grabado de piedra. Y entre las jambas y el dintel, con los brazos velludos remangados y en jarras, allí estaba, como feroz cancerbero, Catalina.

–¿Pero está bien?

–¿Pero está vivo?

–¿No podemos verlo?

–¿Nos dejas entrar?

–¡Que no, no puedes pasar! –Catalina estaba más que harta de tanta visita de escritorzuelo hambriento. Si es que se lo decía a doña Juana una y otra vez, que tanto dar limosna, tanto dar pan y olla a plumillas y poetillas, el señor Lope no hacía más que atraer a

malparados–. ¡Y sí, está vivo, pero necesita descansar! ¿Y cómo va a hacerlo con tanto ruido y alboroto en la calle? Fuera, ¡váyanse, sean amigos o enemigos!

–¿Es que ha pasado algo? –masculló una voz aguda. Catalina miró hacia allí como una gallina clueca. Cervantes tosió, para hacerse notar, pero le costó abrir un hueco entre tanto entusiasta. Estaba desconcertado–. ¿Qué ha pasado?

–¡Un ultraje!

–¡Un milagro!

–Hirieron ayer a Lope, de noche. Está vivo de milagro.

–¡Váyanse ya, que tengo agua hirviendo para el puchero y si no se van los voy a escaldar como se hace con los gatos y con los borrachos!

–¡Catalina! ¡Catalina! –exclamó Claudio, pisando sin querer un callo. Cervantes chilló y lo miró con odio–. ¡Déjame pasar que tengo que verlo!

–¡Que se cuela! ¡Cogedlo!

–¡Seguidlo!

–¡Ténganse vuestras mercedes! –La criada, soliviantada, cerró el paso tras la entrada de Claudio Conde. Pero seguían arremolinándose más madrileños. A un imberbe de rostro de ángel que se acercó y quiso colarse, Catalina le calentó la cara a sopapos–. ¡Déjenlo! ¡Váyanse a beber o escribir, que aquí no hacen nada bueno!

Cervantes no insistió, bastante le dolía el pie por el pisotón, que intuía que había sido aposta.

Claudio entró en la penumbra de la alcoba, donde, por una vez, era el escritor el que reposaba y doña Juana quien, a pesar de sus dolores, velaba al enfermo. Lope estaba consciente. El médico le había vendado todo el torso y tenía moratones por la cara y los brazos; parecía más muerto que vivo, pero aun así le hizo un gesto

para que se acercara. Al otro lado de la cama, sentado junto a él, estaba Carlitos. El niño había puesto en las manos de su padre su muñeco de trapo.

–¡Amigo Lope! ¿Quién ha sido?

–Un malhechor que casi me deja viuda... –hipó Juana de Guardo, acariciando la frente de su marido.

–Fuera se pegan por entrar a verte. Yo he llegado a la carrera en cuanto me he enterado, y más gente que llegará. –Claudio se sentó en el lecho. Juana escuchaba, con el rosario en las manos, murmurando una oración. Hasta la planta superior llegaban las voces y las coces de Catalina, que, con sus hechuras de carnes y brazos fuertes, debía estar haciéndose temer como a un capitán de Flandes, pensó Claudio. Luego se revolvió–. Alguno había que se mordía los labios de envidia al verte tan apreciado.

–Y aún no se cree cuánto lo quiero yo –gimió Juana.

–Y yo también, padre. ¿Va a morirse?

Claudio sonrió ante la expresión de pena del hijo.

–No.

–Pero ¿y los alguaciles? ¿Viste quién era?

–No.

–¿Prendieron a alguien?

–No.

–¡Algún hombre casado! ¡Ay, Lope, que don Luis te lleva por el mal camino! ¡No sigas siendo su alcahuete! ¿No habrá oficio en la corte para ti, un oficio digno y no éste, que te lleva a violentar el honor de mujeres y de hijas? –Juana, triste, conmovió a Claudio con su pesar. Le recordó un pasado que creía olvidado–. Claudio, convéncelo. Lope, tú también tienes hija, ¿es que no piensas que ella podría ser en unos años una de esas jóvenes? Tú ya no eres así, ya no. Estás casado, tienes a tu hijo...

–A Marcela no le sucederá, ya me cuidaré yo de ello.

–¡Ay, Lope! ¡Es pecado jurar en falso!

–¡Ya basta, Juana! Y no hables así de don Luis, que es quien paga mes a mes el pan candeal que comemos, la carne de los miércoles, las truchas de los jueves. ¡Los teatros siguen cerrados! ¿Es que quieres vivir en la calle?

–Ya pagas otra casa, para otra... ¡Ya saldrá otro trabajo, Lope! Pregunta a mi padre.

–¡Tu padre es un avaro que no quiere cuentas con nosotros!

Porque Jerónima de Burgos lo había rechazado, y eso se sabía, recordó Claudio mientras calmaba a Carlitos. El niño se había colgado de su cuello como a punto de echarse a llorar.

–¡Ay, Lope, me sofocas! ¡Así me dan los días, Claudio! ¿Y es que lo merezco, que no puedo ser mejor esposa? ¡Ay, qué dolor en el pecho!

–Calma, calma... Lo importante es que te recuperes, amigo. Que sepas que la ciudad te quiere a ti, mientras que a otros no los aprecia tanto. –Dejó al niño en el suelo. Carlitos buscó las faldas y el consuelo de su madre. Claudio tanteó los vendajes del escritor–. ¿Cuchilladas? ¿Ninguna? Entonces, ¿es cierto?

Lope lo reconoció, asintiendo en silencio. Y Claudio se santiguó: lo vio en su mirada. Milagro. ¿Pero a cambio de qué? ¿De arrepentimiento? Había tanto, tanto, tanto de qué arrepentirse... Lope, y también él.

–¡Señor Lope, señor Lope! –una voz femenina rugió de repente desde el corredor.

–¿Qué pasa, Catalina? ¿Entonces, nadie cuida la puerta?

–¡Que han llegado los coches! ¡La calle está llena de gente!

–Pero... cálmate, Catalina.

–¡No puedo, señor Claudio! ¡Ya suben las escaleras! ¡Están todos, todos, preguntando por Lope de Vega!

–¿Qué...? ¿Quiénes son todos? –murmuró Juana de Guardo.

–Señora, los Grandes de España. El de Osuna, el de Uceda, el de Pastrana... ¡No cabe ni un alfiler en la calle! ¡Sólo falta que venga el rey a casa!

Claudio miró a Lope, alarmado. ¿No sería uno de ellos, ofendido por las comedias o por las damas desfloradas por el duque de Sessa, quien había buscado venganza? Se oían los pasos subiendo con pausa.

–¿Viste quién fue? ¡Dímelo!

Lope le tiró de la manga hasta tenerlo junto a su cara, para susurrarle con miedo.

–¡Fue el manco! ¡El manco!

–¿Un manco? ¿No será...?

–¡El que dejamos manco en Granada!

Y nada más pudo decir. Entró un ujier, que echó un vistazo al cuarto con cara de desprecio. Después, un secretario, quien arrinconó a Claudio, porque ya no se cabía. La alcoba empequeñeció. Abajo, la escolta de palacio cerró el acceso a la casa y puso paz en el tumulto que siguió. Los vecinos miraban todo, entretenidos, desde las puertas entreabiertas y las ventanas de visillo corrido.

El ujier carraspeó y dio dos golpes en el suelo de loza con el bastón de protocolo, para hacer silencio.

–¡Su excelencia, marqués de Denia y de Cea, caballerizo mayor, duque de Lerma y valido del rey, don Francisco Gómez de Sandoval-Rojas y Borja, por la gloria de Dios y de los hombres!

El valido del rey y señor del imperio, todo grande, de cara rolliza, ropajes carísimos con bandas y gorgona bordada, sus oropeles y su

perfume costoso inundándolo todo, puso un pie en la alcoba abarrotada con el sombrero en la mano, que entregó al secretario. Miró a todos y a todo, de arriba abajo, rumiando algo para sí. Después se centró en Lope. Se mesó los bigotes y la barba, sacó pecho y metió barriga, y aclaró la voz con una tos.

–Qué cuarto tan pequeño. ¿Así que aquí vivís, Lope? ¿Y también escribís aquí? Un milagro. Pues sí. Está todo hecho un asco.

CAPÍTULO 27

LO CONTRARIO

Los grilletes suenan. Humedad. El hocico de una rata. Pasos. Ya recuerdo... Caí inconsciente en la calle. ¿Pero dónde demonios estoy? Me sacan a rastras y a la fuerza de la celda. Escupo al suelo. ¡Me cagó en Satán y en todos vuestros muertos! ¿Qué día será? ¿Ya es la Natividad? ¡Por Cristo y por Judas! Me golpean y me fallan las fuerzas. Me duele todo. La cabeza me da vueltas. Aún. Toso con fuerza, atravieso puertas y corredores y me meten en una sala. Mareado como una codorniz, me arrojan al suelo y me dan golpes con las porras, hasta que gimo y me doblego.

–¡Grandísimos cabrones! –grito, sin poder contener ni mi dolor ni mi crispación. Jadeo de cansancio y de fiebre.

–Así que ¿fue éste? –Un noble me señala, sentado a una mesa.

Es joven, soberbio. Bien vestido, con ese pestazo de perfume que gusta a los señores. Yo toso. Uno con el cinto lleno de llaves asiente. Está nervioso. ¿Quién será el otro? Me duele el brazo. Me yergo cuanto puedo. Miro con odio a uno de los guardias.

–Noble señor. –Hago una reverencia y sonrío a pesar de las cadenas. La puerta no está cerca. Allí hay una ventana con barrotes. En la puerta hay dos hombres apostados. Tienen pistoletes y espada. Ése, que es más débil. Sí, ése. Lo cojo por sorpresa, con ese cinto lo estrangulo, le quito el pistolete y disparo al otro, y con el cuchillo, al noble, y que abran y salgo y...

–¿Quién fue? La sangre llegaba hasta...

–No fue él. Pero no quiso abrirme la puerta.

–Lo mencionó, señor –balbuceó el carcelero. Se oyeron otros gritos

desde los sótanos.

–¿Mientes? No mientas. ¿Quién te pagó?

No lo diré. Antes me dejo sacar la lengua. Silencio.

Me golpea un soldado. Pero sólo una vez. Al segundo puñetazo, tiro de él, lo derribo, busco su cinto. ¡Deprisa, deprisa! ¡Cabrones! Se me echan encima tres más, suelto el pistolete. Sangro. ¡No! ¡No!

–¡Esperad! –El noble extiende la mano, deteniéndolos. Los soldados bajan los puñales–. Cortadle, poco a poco, la mano que le queda.

Horror. Grito de miedo.

Suplico.

Lo mataré.

¡Pero suplico!

–¡Noble señor, no!

–Entonces, ¿hablarás? –Asiento–. ¿Te pagó Rodrigo Calderón?

–No.

–¿Te pagó entonces el duque? ¿Fue el valido?

–¡No!

–¿Por qué apuñalaste a Lope de Vega?

Me echo a reír. La cabeza me duele de los golpes. Y de la fiebre.

–Lo odio. Muchos otros también. Eso está claro. ¿Qué importa? Está muerto. –Pero el noble no sonríe. Yo dejo de hacerlo. Me pongo nervioso. Pienso en la horca, en el garrote vil–. ¡Hice lo que tenía que hacer! ¡Está muerto! ¡Ya está!

–El que no te abrió la puerta de su casa lo ha dicho: todo lo contrario. Lope de Vega no ha muerto. –A un gesto imperioso, me levantan. La cadena me asfixia. Rabio como un perro. ¿Llegará hoy

la muerte? Aúllo. ¡Me han pisado el muñón! ¡Muerte! ¡Cómo te odio, soldado!–. ¡Devolvedlo a la celda!

–¡Dejadme!

Golpes. Pero me he fijado: una bolsa ha cambiado de mano.

¿Me habrá delatado el otro manco? Maldición. ¿Cómo puede seguir vivo el escritor?

–¡Te mataré! ¡Te mataré, Lope!

Y otros locos aúllan conmigo.

En cuanto los ruidos de las cadenas se acallaron, el noble se quedó pensativo.

–¿Cómo llegó aquí?

–Los alguaciles lo encontraron derrumbado cerca de la plaza de Antón Martín con esa herida en la cabeza. Y los vecinos que fueron testigos del ataque al escritor contaron que el agresor se golpeó en la testa al resbalar y caer al suelo. Y esa mano que le falta. Debe de ser él, señor Cristóbal.

–¡Ese Lope es mala compañía! –intervino uno de los guardias–. ¡Su mecenas, el de Sessa, ha avasallado demasiados lechos de demasiadas hijas! Así que ahí está la razón: o padres deshonrados o maridos cornudos.

–O algún otro escritor. Hay odios en ese gremio que se resuelven en la calle. Y Lope tiene fama, ¡y qué fama! Micaela, Juana, Jerónima, Jusepa, Carlota, María, Jacinta, Carolina... y no le bastan las actrices. –El carcelero se sonó los mocos con la mano y atinó a que cayeran en las brasas. El noble tiritó. Demasiado frío. Y en su casa en poco se daría inicio a la Nochebuena–. Yo, por eso, no voy al teatro, no sea que tantas tonterías de comedias sorban los sesos a mi mujer y me crezcan más cuernos que a un ciervo de nueve puntas.

Pero el duque de Uceda no cesaba de preguntarse si la larga mano del valido, su padre, no estaría tras el suceso. ¿Cómo no pensarlo? ¿No había loado Lope a la reina difunta, quien tantos resquemores y

acusaciones tenía contra la mano derecha el rey? Y a lo mejor, en ese momento, con las corralas y coliseos cerrados, los autores de comedias tenían hambre. El hambre era peligrosa, era fuente de desesperación.

–Señor, ¿estáis bien?

Ni se movió. Porque podía ser como imaginaba. Con la fama de Lope, ¿por qué no encubrir un asesinato como la acción desatada de un padre deshonrado o de un marido cornudo? Y era un buen aviso a todos los que habían manifestado su apoyo a la reina, sus sospechas sobre Rodrigo Calderón o sobre su propio padre.

–Señor, ¿qué haremos con el manco?

Don Cristóbal se levantó, y todos los soldados se cuadraron.

–Me voy. Volveré con el nuevo año, y entonces ya debéis saber quién, cómo y por qué.

Valladolid, 26 de diciembre de 1611

Un día desapacible y frío. El enorme salón, a pesar de su decadencia, aún conservaba esplendor entre sus muros gruesos, sus techos altos, sus maderas faltas de pulido y los nichos vacíos donde los pedestales gritaban a los visitantes que el dueño era culpable de haber vendido jarrones valiosos por viles monedas. Los tapices, ajados, hablaban de cacerías y de ciervos, de Leda y Júpiter, de amores mitológicos que acabaron en tragedia. Frío. Dos braseros escasos calentaban al grande de España, a quien atendía su adusto secretario Bermúdez entre tiritones. Y delante, frente a él, aguardaba un hombre taciturno.

–¿Y cómo dices que se llama? Repíteme el nombre. –El secretario volvió a murmurárselo–. Bien. Aquí estáis. Jimeno de Monda. Creo que nunca he oído nada de vos.

El hombre, de rostro barbado y serio, esperó.

–Y eso es bueno, pues busco a un hombre armado que sea discreto. –Silencio. El malagueño, hierático, siguió mirándolo sin pestañear, tratando de intimidarlo. El duque carraspeó–. En fin, que me han dicho que ofrecéis vuestra espada a quien os pague, y yo lo haré. Iréis a Madrid. Seréis una sombra en la noche. Donde él vaya, allá estaréis. Vigilaréis sus salidas, sus idas y venidas. A quién recibe en casa, quién pregunta por él, quién murmura contra él y, si se llegara a más, si se llegara a las manos o a la espada, intervendréis. ¿Estáis de acuerdo?

–No.

El duque miró a su secretario con desconcierto. Bermúdez le susurró que ya le habían dicho que era de trato difícil, pero que era fiable si se dejaba convencer.

–Decidme por qué no.

–Vuestro secretario me dijo a quién debía proteger. Sabed que no estoy de acuerdo. A esos faranduleros metebocas, zurcefrenillos mentirosos y zascandiles, a esos poetas falsarios y prevaricadores, no los soporto. Si he ido a las corralas, es por no despreciar la invitación de algún amigo. Vivir es llorar, ¿para qué sirven las risas? ¿Dónde está la hombría española que Flandes y Nápoles necesitan? ¡Dramas, tragedias! ¡De los antiguos se sacan las lecciones que un buen español necesita, de esos godos, de don Pelayo vencedor! ¡Faltan mosquetes y roperas para acabar con tanto inútil, blando y gandul, que es lo que promueven las comedias! Sangre y honor, ¿en qué quedaron, señor? Ahora, por fin, la Santa inquisición arrastra toda esa inmundicia morisca más allá del mar, ¡hora era de limpiar la patria! A todos los poetas los pondría yo en un barco camino del turco. Que les salgan llagas de los remos y de la espada y no de las plumas de ganso. –Se hizo un silencio sepulcral. El malagueño no se había quitado el sombrero de ala inclinada en su presencia, desafiante–. Y, sin embargo, aquí estoy. Os ofrezco mi espada, que es lo único que tengo.

–Entonces no lo entiendo. Si tan patriota sois, si sois gente de honor, ¿cómo es que no estáis dando brea y muerte a los holandeses, en vez de tanta queja?

–Señor duque, el honor que me queda es sólo el mío, el de quien guía sus pasos donde quiere, cuando quiere y contra quien quiere. El tiempo de someterse a los caprichos de capitanes ineptos y de sinsentidos terminó para mí. Tanto allí como aquí, todo está lleno de becerros que se merecen tres estocadas.

–Sin embargo, con tanta gente que parece que os recomienda, no os faltaría donde vender vuestro servicio. Pero aquí seguís. En mi presencia. En mi casa.

Habló en tono de amenaza. El malagueño no se inmutó.

–Es la curiosidad. Porque, sí, señor duque, hasta los faranduleros merecen una segunda oportunidad. Dejaré que me muestre que estoy equivocado, y yo, a cambio, si me convence, ofreceré mi habilidad. Pagaréis bien. Pero ahora, por adelantado.

–Pero... ¡estáis abusando!

–No. Yo os doy mi palabra de que cumpliré mi parte del trato. Todo es cuestión de confianza. ¿Confiáis en que no me fugaré con la bolsa, en que protegeré a ese emborronapliegos?

–¿Os fugaréis?

–No. Os estoy diciendo que os doy mi palabra.

Lo dijo con rotundidad convincente y un temblor impaciente en la voz. ¿No sería un actor, también? ¡Un gran actor, acaso!

–Sea. Bermúdez os pagará ahora la mitad de lo estipulado. Y os recordaré algo: soy un grande de España, así que no me jodáis; que la mentira acorta la vida en esta tierra de pecado.

Una leve sonrisa se marcó un instante en el punteador mercenario. En eso le daba toda la razón. El secretario contó monedas y soltó la bolsa.

–Partiré ahora mismo.

Taciturno, el hombre inclinó la cabeza y salió a grandes pasos.

–¿Y vos, señor, qué creéis que pasó?

–Me pregunto si no sería... ¿No tenía el de Lepanto a una sobrina de buen ver? Doña Constanza, ¿verdad? Ahí lo tienes. Imagínalo: de reja en reja, de flor en flor, llegó a la casa equivocada; o no, llegó a posta. ¡Qué mayor desafío que tomar el mayor tesoro de su mayor enemigo! Podría ser. Y por eso, lo protegeré. Yo también lo necesito vivo.

«Qué envidia, si eso fuera cierto», reconoció para sí Luis Fernández de Córdoba. No le bastaban al promiscuo escritor ni Juana ni Jerónima ni Micaela ni Jusepa ni a saber cuántas más. Qué envidia y qué admiración.

CAPÍTULO 28

LA MANO OCULTA

Madrid, febrero de 1612

–Tenía que haber salido de imprenta antes de fin de año, pero se ha retrasado todo –explicó Lope, aún con frío en la taberna–. Por el motivo que sea, la licencia del Consejo de Castilla se retrasó, y ya con mi... suceso..., hasta que no ha llegado febrero ni fe de erratas ni tasas ni nada de nada. Me duele todo desde entonces. ¡Temo la noche como nunca antes! Y hay más.

Claudio tomó el ejemplar, de pliegos pulcros, buena letra y dedicado a Carlos Félix. El papel era nuevo y grueso. Olía a bien. El tacto disfrutaba de las fibras y de los tipos de la imprenta.

–Pastores de Belén. Pero, Lope, ¿qué pasa aquí?

El escritor tosió. Se sentía desdichado. Asintió y dejó con brusquedad el vaso vacío de vino, sin prestar atención a las mesas y los demás concurrentes, sólo al libro que debía ser para su hijo. El actor, asombrado, pasó el índice por los rebordes de las hojas arrancadas con saña.

–Lo han expurgado –confesó Lope con pena–. Han destrozado el libro que he dedicado a mi hijo Carlos. Aquí, en éste, furioso, tuve que arrancar las hojas yo mismo en presencia de un comisario, por eso han tardado tanto en otorgar las tasas. Y el impresor está que trina: le han cogido las copias y una a una, ¡zas, zas!, ¡ochenta páginas enteras con todas las líneas tachadas con la tinta corrosiva del Santo Oficio! Eso, o a juicio. Si son historias del santo libro..., ¡si son historias edificantes! Hay una mano, amigo, que me quiere mal, y ya que no han acabado con este cuerpo enfermo quieren manchar

mi fama y mi buen nombre de cristiano. Me acosan por las calles y aquí, en esta taberna, también.

–¿Quién? ¿Quién es?

–Con precaución. Un hombre solitario. Sobre el taburete, con la espalda contra la pared. Bebe solo y en silencio. ¡No, no te gires! Creo que es el que me sigue. ¿Será del Santo Oficio o viene a rematar lo que no salió bien? ¿Qué he hecho, Claudio, para esta persecución?

–Es la envidia.

–¡Tanta!

–La academia de Saldaña sigue, pero el conde de Pastrana ha convocado otra, eso se cuenta. ¿No te han dicho nada?

–¡Miedo me da! Me lo han dicho, pero... No sé... Iré, ¡qué remedio! Aunque sea por temer qué pueden decir a mi espalda: que si no vino por cobarde, por vergüenza de lo que ha escrito, por miedo de viejo a andar de noche, por achaques... ¿Y Francisco de Quevedo? ¿Qué sabes del gran burlón?

–Sigue fuera de Madrid, en la torre de Juan Abad, esperando a que se calmen las aguas de aquel muerto en duelo en suelo sagrado. Pero, como buen moscardón, sigue picando a vacas y a mulos, escribe cartas y burlas a distancia, y yo creo que es cierto lo que algunos dicen: se escabulle y viene a cortejar a cierta dama, y después regresa a su palomar. Cualquier día lo empalan.

–¿Quién se queja de él?

–El de Lerma.

–No hay quien tosa sin que él se entere, pardiez.

–Tú, a Constanza, la sobrina de Cervantes, no...

–¡No! ¡Claro que no!

–Es lo que se dice.

–No soy tan tonto. Esa... ¡menuda loba! ¡Ya tenía fama! Me voy.

–Te sigo. ¡Tabernero!

Las monedas tintinearon de bolsa a mano. Jimeno de Monda disimuló. Claudio lo miró. Los pelos grasientos hacia atrás con una coleta, la piel quemada de tanto frío y de tanto sol. El sombrero gastado sobre la mesa, la espada al lado, una espada más que usada, y una mirada insolente. Habría sido soldado. No jugaba, bebía con parsimonia, no reía ni seguía la chanza general. Era una estatua mirando al infinito. Y eso era peligroso.

La penumbra de la calle bajo las nubes anunciaba el mediodía. En cuanto salieron, Jimeno reaccionó con agilidad, dejó tres reales, tomó espada y sombrero y se apresuró tras ellos. El cielo encapotado era buena justificación para embozarse en el capote y ocultarse tras el ala inclinada del sombrero. La gente, abrigada y con frío, se daba prisa en atender sus asuntos antes de que el cielo, amenazante, jarreara agua.

–¿Aún me siguen?

Claudio no supo responder. Todos parecían sospechosos, todos iban y volvían, cruzaban, evitaban charcos y coches, ignoraban mendigos, amenazaban a canes ateridos.

–Somos dos, amigo. Hasta la muerte.

–Si me siguen, no quiero llevarlos a mi casa. Iremos a donde Micaela. Di a Juana que tengo una representación, que mañana estaré de vuelta. Dile que...

–Ella no es tonta, amigo.

Los gritos de los niños ahogaron sus penas. Marcela y Lope Félix lo arrastraron con alegría al interior, más allá de la puerta. ¡Qué altos estaban ya y qué guapa era la niña! Claudio se despidió y volvió la vista. ¿Sería aquella cabeza la del perseguidor? ¿O la otra sombra junto al soportal? No estaba seguro. Le había parecido más alto, más adusto, más amenazante, en la taberna. A diferencia de Lope, él, además, había decidido llevar siempre un pistolete. Armas

modernas para amenazas modernas. Se irguió con orgullo: si alguien espiaba, que lo mirara bien. Esperó. Un carruaje se interpuso entre su visión de la sombra y él, y cuando pasó ya no estaba.

Pero Jimeno de Monda, oculto tras una jamba, también se preguntó quién sería aquél. Era torpe. Se arrastraba. Decidió que el autor no saldría de esa casa esa noche.

Así que el malagueño salió de su escondite en pos de esa figura maltrecha y de corta estatura, y también recelosa. Se dio cuenta de que era seguida. Zigzagueó y, en cuanto lo perdió de vista, el otro echó a correr. El punteador soltó una maldición. Debería de haber sido más precavido. Dio grandes zancos y torció la esquina, esquivando los puestecillos que vendían castañas y a unos vecinos que discutían sobre cómo bajar a un caballo que había encontrado camino hasta una azotea y relinchaba desesperado desde su atalaya. Las bostas congeladas eran peligrosas para las botas con clavos. Apretó los puños. Para ser corto de estatura, aquel villano corría como un gamo. Desembocaron ambos en la Puerta del Sol; a punto de ser atropellados, se ganaron maldiciones de varios cocheros, y los caballeros con las damas abrieron las portezuelas para gritarles el alto y aclarar aquello espada en mano, pero ni perseguidor ni perseguido detuvieron sus zancadas. Jimeno de Monda esquivó borrachos, saltó sobre los cestos de espartos de un tejedor y evitó a las comadres que salían de una misa. Se acercaba a él a medida que callejeaba, que sorteaba mujeres y niños y también a bellacos de ira fácil, hasta llegar al encuentro de San Bernardo y el camino de Fuencarral.

–¡Un hereje! ¡Un hereje! –graznó el matón como pudo al paso de un grupo de caballeros bien vestidos, con sus gorros y sus risas estentóreas–. ¡Líbrenme de la ira de un hereje holandés!

Los seis hombres detuvieron sus pasos. El acusador se escabulló con la sorpresa, balbuciendo socorro con la boca llena de espuma y babas por el cansancio, pero, ante la llegada de Jimeno de Monda, los seis abrieron capas y desenfundaron espadas. Al menos a él sí le pedirían explicaciones.

–¡Teneos, en nombre de nuestro rey!

–¡No! ¡Paradlo a él! ¡A ese villano, no lo dejéis escapar! –Demasiado tarde y demasiados brazos. Se detuvo a poco del grupo, para reponerse. Mostró su espada. No estaba dispuesto a dar explicaciones–. Maldición.

Desenvainando, dio cuatro pasos hasta el primero. Con rapidez culebrina, esquivó y marcó, paró con la espada y amenazó con la punta al primero, que alzó manos y retrocedió, rindiéndose. De un puñetazo al rostro que sonó terrible lo dejó inconsciente. Detuvo al segundo acero contra acero, brioso; chocaron crucetas, empujó con rabia, le pateó la entrepierna y lo dejó doblado. Al tercero, bien fogoso, tuvo que evitarlo primero, dejando que se desequilibrara. Echó luego mano atrás a los riñones y sacó la quitapenas, y en cruz paró su golpe; luego le estampó la puñada en el rostro y lo noqueó en la sien. Respiraba como un salvaje. Los tres primeros ya estaban fuera de combate. Comenzó a llover, y los otros tres se miraron sin decidirse. Aquél no era un fantoche. Varios vecinos mascaban aceitunas, atentos desde sus ventanas a la lucha desigual. Un viejo francés se lo contaba a un joven imberbe.

–¡Ése es de tercios, seguro! Se baten espada en mano, no retroceden jamás; paran el golpe con el puñal y, cuando hacen con él el gesto de tirar al cuerpo, hay que desconfiar de la cuchillada; y, cuando amenazan con la cuchillada, ¡cuidado!, porque lo que quieren es alcanzarte el cuerpo. Son temibles con espada en mano a causa de sus puñales. He visto varias veces a tres o cuatro españoles hacer huir a varios extranjeros y echarlos por delante como a un rebaño asustado de corderos. –Se llevó las manos a la boca para vocear desde el zaguán de la casa–. ¡Señores! ¡Que ése no se detiene, que no es un panadero ebrio ni un joven galán! ¡Que hasta el zorro más pequeño se revuelve y se hace fiera cuando está acorralado, y éste os va a morder seguro, que tiene más dientes que vos, si no lo dejáis escapar!

Sin palabras, los tres de palacio titubearon, y él comprendió. Dio unos pasos atrás sin darles la espalda, envainó el puñal, se llevó la mano al ala inclinada del sombrero como despedida y se escabulló por la calle adyacente. El duque de Sessa tenía razón. Ya se encargaría de pillar a ese cobarde patizambo.

* * *

Juan Benito, descompuesto, golpeó la puerta trasera medio asfixiado. La madera tembló en sus goznes. Él aún temía que ese espada lo hubiera seguido bajo la lluvia.

–¡Abrid! ¡Abrid!

Un siervo descorrió el pasador, y él se precipitó dentro, al resguardo y a la sombra. La cocina olía a encina y a carne de monte, con sus cebollitas tostadas, con sus zanahorias y sus ramilletes de tomillo. Un cocinero recogía con un cazo el caldo que la carne vertía y volvía a depositarlo sobre los lomos y los muslos del ciervo, que se hacían poco a poco al calor de un lecho de brasas. Un aprendiz medio resfriado giraba con hastío los hierros que trinchaban la carne.

–¿No está don Rodrigo?

–No. Tendrás que esperar. Y no toques ni una patata, que no son para ti. Siéntate y aguarda.

Empapado, Juan Benito se limpió la boca. Tenía hambre, estaba cansado y comenzaba a salivar. Extendió la mano izquierda hacia las brasas; después tendió también el muñón derecho. Una sirvienta dio un respingo al ver el antebrazo mutilado y se santiguó. El extremeño los maldijo a todos. ¡En qué miserable lío se había involucrado! Era un ratón en las garras de un gato.

–¿Quién te buscó? –le habían preguntado, delante del verdugo, quien ya se reía después de haberle aplicado fuego y hierro entre espantosos alaridos.

–¡Juan de Medrano y Morales! –había confesado después de la tortura.

Se pasó la mano por las nuevas cicatrices en el muñón. Le dolió cuando se lo pisaron, y más cuando centraron en él la maldad de sus artilugios. Pero, hasta que no se comprobó, no lo dejaron en paz en su celda.

–A Morales se lo ordenó el valido del valido. Así que acudirás allí y estarás pendiente de lo que hace, de quién trata con quién, de qué negocios trama... Y con eso conseguirás que respetemos tu vida.

Y allí lo había enviado el duque de Uceda. Entre nobles y cómicos, estaba atrapado. Por qué don Rodrigo Calderón quería muerto a Lope, no lo sabía, pero no pudo reflexionar más sobre ello. Se oyeron voces. Un hombre entró, seguido de un secretario de buen humor que loaba alabanzas en busca de un buen caldo que lo calentara. Allí estaba, con su gorguera desgastada, su mano muerta a un costado, su tez macilenta de poca carne y puro pellejo, su sonrisa perversa. Miguel de Cervantes lo miró, sorprendido de encontrarlo allí y como esperando alguna novedad que Juan Benito no supo interpretar. El escritor de prosa reclamada y verso fallido eligió uno entre los vinos que se le ofrecieron, con risas alcohólicas, y después salió junto al secretario sin más palabra ni gesto alguno para el extremeño.

Volvía a dolerle el muñón. Eso era, ése era el motivo. Ni Morales ni Calderón ni Lerma ni Uceda; el instigador de todo era aquel viejo de nariz aquilina, mano de zarpa y barba recortada en punta, y, si de ese odio otros sacaban provecho, ya no era relevante. Bien, ya habría otra oportunidad, pero no sería tan fácil.

–Con una mano me bastará. Lo juro.

* * *

A punto de anochecer, Lope se despidió de Micaela. Ya no llovía. Había grandes charcos, y un viento de poniente había despejado el cielo de nubes. La luna llena se veía enorme. Ella rogó como todas las noches que no la abandonara, pero él se resistió.

–Tengo que escribir.

–¡Siempre das más palabras al duque, a tu duque, que a mí! Ya no me quieres...

Cerró los ojos para no ver las lágrimas de sus ojos de zafiro y le dio un beso casto. No pudo evitar embriagarse con el perfume que Micaela de Luján, aún Venus deseada, había colocado en el hueco bajo su cuello, sobre el arranque de sus hombros, que olían, además, a jabón de rosas. Se había peinado la cascada luminosa de rizos dorados. El hechizo había hecho su efecto. Acostarse con Juana muchas veces era como dormir con una difunta; rehuía su contacto, se daba la vuelta, murmuraba a saber qué rezos o qué desdicha y se volvía insensible a las palabras que el escritor buscaba para consolarla. Lope sentía la inquietud de la abstinencia de la carne, y Jerónima, aún en Toledo, no estaba cerca para saciarlo.

Amodorrado por el desgaste, salió con la luna ya bien alta, embozado contra el viento frío. Se dio prisa, caminó a trompicones, cansadísimo. El mozo del duque le había llevado días atrás correspondencia urgentísima, de vida o muerte. Se jugaban buenos cuartos en un jaleo de herencias, y la justicia, siempre tan lenta, imponía tocar altos hilos para vencer la balanza al otro lado como don Luis requería. ¡De vida o muerte! ¡Nada era más importante ni corría más prisa!

–Pues no. Ya no. Ya, si eso, lo haré mañana...

Y ya estaba inventando excusas cuando llegó a su calle, a su puerta, que encontró abierta y con luces. Se asustó. ¿Habrían forzado la puerta, buscándolo? ¡Voces!

–¡Juana! ¡Juana! ¡Catalina! –Se apartó el capote y lo soltó sobre la marcha. La prenda cayó al primer escalón. Más voces y gritos. Con vigor súbito, subió los escalones de dos en dos y llegó a la alcoba, buscando a quién clavar acero. ¿Dónde, dónde estaba el enemigo? ¿Sería el bajo, ese ser rastrero llegado desde Sevilla? ¿O sería aquella sombra taciturna de la taberna?–. ¿Dónde estáis, hijos de puta?

Vio a un hombre sobre Juana, a horcajadas.

Lope se abalanzó sobre él.

Cuatro brazos lo detuvieron casi en el salto. Del vecino, y de Catalina. El médico casi perdió el sentido al ver la furia que

amenazaba despedazarlo.

–¡No, señor Lope! ¡Es un médico! –suplicó Catalina. Estaba llorando. En su debilidad seguía siendo fuerte como un hombre. Lope siguió revolviéndose–. ¡Ay, señor, que se muere doña Juana!

–¿Que... se muere?

La parturienta dio un grito. El médico siguió comprimiendo. Las sábanas de la cama estaban manchadas de sangre, las piernas de la madre fallida estaban abiertas y, por fin, un niño diminuto, de ojos cerrados, manos al pecho, encogido y de piel clara y azulada, terminó de salir. Un niño muerto, ahorcado con su propio cordón umbilical.

Lope se desmayó.

Culpable.

Culpable.

Culpable. Tanto como Juana de Guardo, que con pena infinita recordó las dos vidas que había pedido segar, las dos vidas con las que tendría que pagar.

Aquélla era la primera.

CAPÍTULO 29

SALVAJE

Juana le había ocultado su embarazo, y él, siempre fuera, siempre ajetreado, siempre en cama ajena, ni se había enterado. El parto había sido prematuro; rara vez una criatura sobrevivía a los siete meses, que fue lo que le desveló el médico.

–Por lo que me ha dicho vuestra criada, hacía siete lunas que vuestra mujer no sangraba.

¡Claro! Por eso no sentía ganas de roce. Lo había disimulado... ¡Pero no decírselo! La pequeña caja fue velada con tristeza. Se dio una misa al día siguiente y fue enterrada a las afueras. De nuevo salir de Madrid para enterrar hijos; ojalá no volviera a suceder más. Los amigos lo consolaban, los niños iban y venían, y con la misa y el santo óleo y los rezos, muchos rezos, el nonato alcanzaría el purgatorio y, de ahí, alma pecadora pero inocente, tal vez, el cielo.

Con reticencia, se olvidó por unas semanas de Micaela y de Jerónima. Pero Juana se encerró en un mutismo que no pudo atravesar. Le volvieron las fiebres, no salía de la cama para nada.

Claudio acudió a dar el pésame, y para doña Juana fue como si llegara un arcángel guardián de secretos. Alivió su carga en él.

–¡Dos vidas pedí segar! Será que con dos vidas tengo que pagar, y ya he pagado una de ellas. –El actor se sentía vencido de cansancio y amargura, porque recordaba tiempos pasados y porque creyó entender lo que le decía la enferma entre sollozos. Ella se aferró a la mano del actor y lo miró a los ojos–. Por favor, no se lo digas a Lope.

Emocionado por su desdicha, asintió. Hacía años que estaba unido a la maldición de Lope, nada podría liberarlo de ella. Y lo guardó

para sí, un ancla de plomo más en su alma. Nada dijo a su amigo por más que éste le preguntó.

–Dice que la quieras. Que tuvo miedo. Que la perdones y que la quieras.

Claudio no sabía si una mentira piadosa, a ojos del juez divino, seguía siendo una mentira.

A la semana y media, la congoja dio paso a la resignación, la pena a la templanza, el miedo al deseo de vivir. El sol estaba allí, esperándolo a pesar del frío que envolvía todo. ¿No terminaría el invierno? ¿No volvería la primavera? Lope sintió otra vez que debía vivir. Se vistió, cogió el fajo de cartas a medio terminar y salió a la calle. Su mujer se asombró; su llantina no cesaba. Le preguntó a Claudio, que suspiró como si se le escapase la voluntad.

–No se lo echéis en cara. Así es Lope.

Pero Juana de Guardo no acertaba a comprenderlo.

Por la calle Atocha no vio a nadie conocido; o ya llegaba tarde o era el primero de todos. Desde la Plaza Mayor al Prado aún le quedaba un trecho. Lo seguían, lo llevaban siguiendo desde el inicio del nuevo año, al menos dos personas, pero no se mostraban. Ni siquiera en la noche. ¿Eran ángeles o demonios? ¿Gente de bien o maleantes? Lope no lo sabía. La nueva Academia había sido convocada por el hermano menor del duque de Pastrana casi en secreto, pues se quería evitar la presencia de señores, salvo el promotor. Acaso no haría falta la espada. O sí, porque, aun siendo domingo de Ramos, había hambre. Hambre de teatro, de mecenas y de pan. De aplausos, de lectores, de éxitos. El ambiente era tenso entre los literatos.

De súbito, alguien lo llamó. Lope se tensó.

–¡Amigo Lope, el más grande! –Quien llamaba llegaba con prisas, con el sombrero en una mano y barba negrísima que ocultaba las marcas de viruela y ojos encendidos. En la otra agarraba con ansiedad un cartapacio de cartón cerrado con dos lazos de seda roja–. Alegría de veros. Le daréis lustre a esta reunión.

–¿Quién…? ¡Ah, sois el licenciado Pedro! ¡Ah, joven granadino! Estáis lejos de la Alhambra.

Pedro Soto de Rojas lo agarró del brazo y se acercó para hablarle en confianza.

–Quiero conocer la corte, y aún me acuerdo de vos. Desde que os vi en la fiesta de don Álvaro de Guzmán hará siete años y medio en Granada, supe que tenía que seguiros. ¡Tenéis fama, y quiero que me alumbréis!

El halago sorprendió al madrileño. Otro joven que buscaba medrar en la corte, con ansia, con prisas. Buscaba su aprobación, con unas confianzas que a Lope lo desconcertaron. Más cuando sabía que el granadino era de genio vivo e irascible, así que verlo así, zalamero, simpático, lo puso a la defensiva.

–Además, y os lo digo en confianza, pues creo que debéis saberlo: a esta reunión de hoy también acudirá hoy Miguel de Cervantes Saavedra. Pero que no os amargue eso. Yo daré apertura a la sesión. Y vos habéis sido mi inspiración.

No pudo responderle. Varios muchachos pasaron a la carrera hacia el río Manzanares.

–¡Un encubamiento! ¡Un encubamiento!

El licenciado lo miró con entusiasmo.

–¿Dará tiempo a verlo? ¿Sí?

Y allá estaban en el río, poco después. A la derecha, sobre un cerro, ondeaban banderas en el Alcázar Real; de entre las casas, los vecinos cerraban sus puertas con energía y salían dispuestos a reírse de los condenados y, al dejar atrás la Casa de la Moneda y llegar al puente de las Segovianas, no cabía ni un alma. El alcalde y los alguaciles llevaban a los seis hombres ensogados, cabizbajos y atormentados. El granadino miraba todo con asombro. Los forasteros, con sus varas de caminantes y sus bolsas a cuestas, no hacían más que preguntar qué pasaba, qué fiesta se celebraba. Y los madrileños, atosigados entre chulos y pícaros, ladrones de bolsas,

aguadores y vendedores de higos secos, regalices y trozos de algarrobas, señalaban a los carpinteros que iban tras los alguaciles, junto a un carro tirado por un jumento quejoso que daba grandes rebuznos. El gentío hizo hueco para que la autoridad subiera por el puente hasta quedar en el centro del río, bien crecido en ese momento. Bajaron seis barricas del carro y los alguaciles, a la fuerza, metieron a cada condenado en cada una de ellas. Sus súplicas de arrepentimiento podían haber quebrado montañas, pero el alcalde se mantuvo inflexible.

–La ley es la ley. ¡Adentro!

El gentío los escupía. Los dos descendederos del puente a la ribera y la orilla de la margen de la villa estaban atestados cuando Lope y Soto llegaron a las arenas de los lavaderos, donde tenían buena vista y no tanta aglomeración. El alcalde del crimen alzó una mano.

–¡Asesinos! ¡Asesinos!

–¿Qué pasa? –preguntó Soto a un arriero.

–¡Malos cristianos! Han matado a sus mujeres, uno por ira, otro por celos, los demás por rabia. ¡Encubadlos! ¡Encubadlos!

–¿No hay encubamientos en Granada? –preguntó Lope al licenciado.

–Oh, sí. A las monjas que rompen su castidad y a los que matan a sus mujeres, los echamos también por el puente romano al río Genil, ¡pero ni de lejos se forma este gentío!

–¡Las bestias, echadlos a las bestias!

–Que Dios los perdone... –se santiguó Lope.

Parecía que toda la corte hubiera salido a ver el castigo, que todo estaba lleno de caballos, coches y mulas de alquiler. La muchedumbre vociferó cuando los alguaciles metieron, entre ladridos y zarpazos, a una serpiente, un gato y un perro dentro de cada cuba, y luego, a toda prisa, los carpinteros cerraron las tapas. Tanto se apretaron los vecinos por acercarse al pretil del puente, que algunos forasteros perdieron el equilibrio y cayeron los primeros al río. Las risas los rodearon. Aunque, con varas, desde las

orillas los rescataron como a ratas temblorosas entre la burla, el frío y el agua.

–¡Allá va el primero!

Los insultos arreciaron por encima de la batahola de gemidos de hombre y bestias que resonaban en las barricas. Uno a uno, los alguaciles los lanzaron al agua desde el pretil. En las orillas, los niños corrían por la arena para estar a la par de las aguas revueltas que comenzaron a llevar las bamboleadas barricas corriente abajo, hacia el río Tajo, aún lejos, muy lejos, de Madrid.

El gentío empezó a disgregarse. Y Lope tiró de Soto para correr hacia la Academia. Lo había conseguido. Al menos por ese día había despistado a sus dos perseguidores.

Al llegar a la portada monumental del palacio, con sus recias columnas corintias y su escudo de armas en piedra sobre el dintel, se les unieron otros poetas y escritores. Vio a José Camerino, a Gabriel de Sotobosque, a quien tanto apreciaba el cordobés Góngora. Alguien preguntó por Quevedo, que seguía aún alejado de la corte. Luis Vélez de Guevara, protegido del conde de Saldaña, acudió con una cohorte de aduladores. Y lo mismo pasó cuando al zaguán entró Bartolomé Leonardo de Argensola. Todos rumiaban lo mismo: qué pasaría cuando llegara Cervantes.

Los saludos y palabras civilizadas dieron paso a los rumores. Todos subieron las magníficas escaleras flanqueadas por tapices y grandes jarrones de Nápoles hasta la planta superior. La chimenea, monumental, rodeada de bustos familiares y de originales italianos, había sido encendida. Las mesas de presidencia y las sillas de terciopelo estaban dispuestas. La gran sala, situada entre la biblioteca y los aposentos, había sido preparada con lujo y abundantes entremeses, lo cual levantó entusiasmo entre los más jóvenes y hambrientos. El licenciado Soto atacó con voracidad una fuente de frituras y unos escabeches de perdiz. Metía la barba en las salsas, bebía vino sin tregua, pero no dejaba ni a sol ni a sombra el cartapacio.

–¡Por Dios, qué hambre! ¿No os da asignación vuestro mecenas?

–¡Dejadme, que hace días que vengo a todo correr! Mejor declamar ahíto que agonizando.

Lope apenas probó un hojaldre, aunque saboreó el vino que un criado le ofreció. No estaba allí por gusto. El duque de Sessa se lo había pedido por no hacer un feo al conde. No llevaba nada escrito. Ya se inventaría algo si se lo pedían. Sonaron campanas. Las seis de la tarde.

–¿Dónde estará nuestro anfitrión?

–¡Ése soy yo! –Francisco de Silva y Mendoza apareció por la puerta anexa que daba paso a su biblioteca, con los brazos abiertos–. ¡Señores, bienvenidos a esta academia! Espero que...

La gran presentación que el noble había ensayado durante todo el día fue interrumpida por los murmullos y algunos aplausos, no dedicados a él, sino a quien en ese momento, acompañado por su sobrina Constanza, abría las puertas para entrar como un héroe. El licenciado Soto se apresuró a deglutir el último bocado y a limpiarse las barbas y las manos con el mantel.

–¡Loa al vencedor, al mejor cristiano!

–¡A quien nadie supera en prosa!

–¡Bravo por quien venció al gran turco!

Arrastraba sus pasos con cansancio, aún entumecido y consumido por las últimas fiebres del invierno, pero bien lúcido. Dirigió una mirada de maldad a Lope, quien, con cortesía, le dedicó unos leves aplausos. Miguel de Cervantes rumiaba algo, sin dejar de apretar contra sí el brazo que su sobrina le ofrecía como sostén para su mano inútil.

–Espero no llegar tarde, porque se fijó a las seis y las seis son, ni antes ni después. Pero los últimos serán los primeros. Ah, si está Lope de Vega. Qué bien. Escaleras como ésta me matan, don Francisco.

–A otros los matan otras cosas –opinó uno de los más jóvenes, queriendo hacerse notar.

–Que nadie hable de muerte cuando hay una beldad delante –se envalentonó otro.

–¡Una musa! ¡Ya tenemos musa! –exclamó un tercero, atento más a la figura femenina y al generoso busto que se marcaba en la blusa.

–Estaré abajo en cocinas, tío. –Constanza parecía decepcionada. Quiso preguntar a Lope, pero no era conveniente con su tío delante.

Miguel de Cervantes miró a su sobrina con agradecimiento y benevolencia. Lope calló. No estaba dispuesto a entrar en la provocación. Ya sabía lo que se murmuraba.

–¿No os parece hermosa mi sobrina?

–Lo es.

–Estaba contenta de acompañarme. Cosa que agradezco, pues me trastabillo con los escalones de las puertas en cuanto me descuido.

Francisco de Silva tosió para aclarar la voz y pidió vino. Él era el promotor de esa reunión y no debía pasar desapercibido.

–¡Señores!, creo que podemos empezar. Yo me nombro presidente, y ahora veremos a quién elegimos secretario y a quién fiscal, que promueva los desafíos poéticos. Y como el tema central que quiero tratar es sobre el amor, id pensando cuál será vuestro sobrenombre para que así conste en las actas.

–Templado –dijo Cervantes.

–¡Ardiente! –exclamó Pedro Soto de Rojas, apurando una nueva copa.

–Yo, Fogoso.

–Yo, Inabarcable.

–Yo, Hambriento.

A todos, el noble asentía, aprobándolos. Pero miraba sobre todo a Lope. Con su lista de conquistas, con sus noches amorosas a la

sombra del duque de Sessa, sus correrías bajo ventanas y balcones y su escandaloso amorío con Jerónima de Burgos, ¿quién iba a saber más sobre el amor?

–Yo, me nombraré Deseado. ¿Vos, Lope?

–Violento.

–¡Vaya nombre! A mí, Persistente –apuntó Luis Vélez, burlándose de todos los demás.

–¿Secretario? ¡Quizá Miguel de Cervantes!

–Un gran honor, si a todos place. –Lope ni chitó–. Pero no soy ágil escribiendo, ya sabéis. Que sea Luis Vélez.

–¡Merecidísimo! –dijo éste en voz alta como para sí mismo. Algunos le rieron la ocurrencia, otros se quejaron–. Si a don Francisco le place...

–¡Bien, sea por este trimestre! ¿Y fiscal?

–Yo, humildemente, me propongo, aunque sea sólo por edad... Que ya sé que soy un cascarrabias. Tengo ya concha de tortuga, no me dolerán las vanidades. –Y Miguel de Cervantes, al recibir al asentimiento del mecenas, carraspeó y señaló al licenciado Soto–. Entonces, sea. ¡Empezará la sesión nuestro invitado Ardiente! Decid el título, subid al estrado y que no os tiemble la voz, pero recordad que esto es un jurado. Hacedlo mejor que bien.

–¿Por qué él? –Alzó la mano Gabriel de Sotobosques. Todo el mundo ya sabía que era sombra y bastón de Luis de Góngora, quien había rehusado aparecer por allí esa noche–. Si no lo conoce nadie.

–Esperad a que lea –intervino Vélez–. Ya lo despellejaremos después.

–Será un discurso sobre la poética.

Se mesó la barba, abrió el cartapacio sobre el atril y ordenó los papeles antes de hablar.

–En los ejercicios más crecidos, clarísimos ingenios, el destemplado son de un trompeta, el alborotado tropel de un tambor (éste piel herida de un palo, y aquélla un bronce del viento) publican declarando la voluntad del general entre los prevenidos capitanes y obedientes soldados, de suerte que entiendan cuándo hay acometida y cuándo retirada.

»No de otra suerte, yo bronce inspirado de un mandato, piel herida de la violencia de un blando imperio, doy aviso del ejercicio de las letras al prevenido escuadrón de sabios para que embistan contra la ignorancia y contra las fuerzas del tiempo, reduciéndola a ella a respeto y esclavitud y a él, a perpetuo vencimiento. Y pues a los antiguos capitanes y a los más ejercitados en la milicia se advierte el modo de pelear, y se recuerdan los preceptos de la guerra; vosotros, doctos ingenios, no admitáis mal que os traiga a la memoria lo que ha tantos años que sabéis...

El granadino templó la voz, que sonó conforme avanzaba en la lectura más recia y segura.

–La poesía tiene que deleitar, y además persuadir al bien, reprender los vicios y exaltar virtudes. Y eso ya lo hicieron los antiguos. Lo sustancial es imitar en la narración de las cosas, en parte verdaderas, en parte fingidas, y, al crear, el que escribe con su ardor natural no debe olvidar las reglas del arte que ya los antiguos nos legaron, y que nos guían por el camino de la imitación perfecta, pues aún imperfectos somos con el castellano.

Arte antiguo, nuevo arte. Allí estaba otra vez la disputa. Gabriel asentía muy de acuerdo. Vélez sonreía sardónico, esperando su momento. Otros callaban. Lope hervía. Violencia. ¡Si había dicho que quería aprender de él, y sin embargo lo estaba atacando! Era como si el cordobés estuviera presente y rejuvenecido, allí, hablando por boca de Soto, recreándose, comparándose con Horacio, con Petrarca y Garcilaso. Imitar lo antiguo, imitarlo todo. Llenarlo de palabras eruditas que ningún hombre de la calle podría comprender.

–¿Veis? –Argensola murmuró con suficiencia–. Ahora Vélez se pica, luego Soto se enoja, interviene don Francisco, y Vélez no se calla. Y el granadino no se corta ni un pelo. Qué fiera. De Silva, Selvaje. O

Salvaje. Así podría llamarse esta academia.

–Al menos no hay ningún otro señor. Menos mal. A ver lo que dura, que en cuanto aparecen todo se estropea.

–¡Si es que somos como gallos de pelea! Enseñamos los espolones en cuanto encontramos a quien nos atienda y que nos pueda sacar de penurias. Decidme, Lope, ¿entonces no asaltasteis a doña Constanza? Porque se dice...

–No. ¿Quién lo dice?

–¡Oh, por las gradas! Por San Felipe hace tiempo que no os encuentran. ¡Qué bríos los de Soto! Qué gritos. Pero tiene las de perder, aún no tiene mecenas, mientras que Luis Vélez, con el conde de Saldaña velando por él, puede reírse de cualquiera de provincias. Y Soto pica en el anzuelo.

–Quien se pica ajos come.

–Pues alguien ha gozado de la sobrina, y Miguel os tiene ojeriza, se le ha metido en la mollera que sois vos. Mirad, me ve hablando con vos y ya se ha puesto tieso. Me han dicho que hay un libro circulando por ahí... No sabréis... ¿Lo tenéis?

–No sé a qué os referís.

–No, probablemente no. Me lo han dicho, pero aún no he conocido quien lo tenga. Si llegara a vuestras manos, compartidlo. No sé de quién es, pero me han dicho que no pone bien al de Lepanto.

–Me vais a disculpar. Necesito del excusado.

Un mozo que rellenaba copas le indicó que debía salir y, a la derecha, encontraría la segunda puerta, que estaría abierta. Lope salió de la sala en plena discusión entre Soto, Vélez y Sotobosque. Argensola vio cómo Cervantes, excusándose del tribunal, cedía la palabra en réplica al noble para levantarse y salir, poco después, tras él.

–Es la edad. No tengo ya vejiga de joven.

–Salid sin disculpas, que no son necesarias, señor fiscal.

Lope encontró la puerta. Cogió el candil encendido que colgaba de la jamba, entró con él y cerró el pestillo. La estancia de piedra desnuda olía a romero y a lavanda: un amplio manojo atado de hierbas aromáticas secas colgaba de un clavo en la pared. Puso el candil en otro clavo. Apenas tres pasos de ancho y seis de fondo, el hueco justo para el banco necesario y un brasero pequeño, en uso, con su cobertura de bronce horadado dispuesto para calentar los pies. La madera noble protegía las nalgas del frío helado de la piedra. A un lado del asiento, había una toalla, una pequeña palangana, una esponja de calabaza y un jarrito con agua. Un lujo. Todo olía a orines. La taza estaba caliente; seguro que la caja bajo el bacín no estaba vacía. Algún mozo de la casa había aprovechado antes. Un pequeño hueco enrejado daba aireación al cuarto. El aire frío cortaba como cuchillos, así que entornó la contraventana. Necesitaba relajarse. Se desabrochó el cinturón y la botonera del pantalón y se sentó sobre el hueco.

Sí que había escrito algunas líneas para Constanza. ¿Se habría ido de la lengua el mozo de Sessa? Era torpe e iletrado, pero ¡era tan fácil lo ordenado! Sólo tenía que entregarlo y marcharse, sin decir ninguna palabra de más. La sobrina era mujer ya madura, pero conservaba cierta belleza y buenas maneras, dulces, tiernas y llenas de melancolía de quien, como mujer, parece haber perdido toda esperanza de hallar un hombre que la quisiera. En realidad, era ella quien se lo había pedido en secreto, a él y no a su tío.

–Él está agriado, ya no escribe versos. Ha escrito un par de comedias y no ha conseguido quien las acepte. Escribidme vos unos versos de amor, que de eso sabéis. Escribidlos para una mujer enamorada que siente que el amor llega en la última ocasión. O, si no es amor, se le parece mucho. Pero que no se entere mi tío.

Quién era el rondador, no lo sabía. Había escrito los versos, se los había hecho llegar esquivando a doña Catalina y a la larga zarpa de don Miguel, y hasta ahí llegaba su culpa, si es que era culpa.

Y Argensola, ¿qué le había referido? Un manuscrito que rondaba por la villa en contra del héroe. Debía leerlo.

Se relajó, aliviándose al fin. El vino estreñía. Qué magia tendrían aquellos cuartos malolientes, que, si estaban en calma, daban alas a la imaginación y a los pensamientos, no lo sabía. Así Dios igualaba al soberbio, al poderoso, al pobre, al mendigo, al joven y al viejo, al rey y al galeote. Se preguntó si de ahí no obtendría para un nuevo argumento en el que un noble señor convertía su letrina en su refugio mientras fuera el reino amenazaba guerra, ¡y él estaba escribiendo un libro y no encontraba el final del siguiente capítulo! ¡Oh, qué risas daría ver a un infante, nieto de reyes, sobrino de reyes, tío de reyes, oculto en una letrina en su gran torre o encerrado por no poder descorrer el pestillo! ¡Qué idea, qué memorable idea que...!

Una mano impaciente giró la manija repetidamente y empujó la puerta con ansiedad. Sonaron fuertes palmadas en la puerta, y luego voces de necesidad, pero el pestillo aguantó. Lope se irritó. El castillo que su imaginación estaba montando se desmoronó como naipes soplados por el viento.

–¡Va! ¡Está ocupado! ¡Que ya va!

La manija dejó de moverse. Los pasos se alejaron a la carrera. Se limpió como pudo, se abrochó los pantalones, se lavó las manos y salió con el candil.

Ni rastro de los pasos apresurados. Ya andaba de vuelta a la sala de la tertulia, donde todavía Soto se defendía de Vélez, cuando se fijó en que las luces de la cocina iluminaban el patio, y se detuvo, aprisionado por una voz dulce como Ulises ante las sirenas. Constanza estaba cantando, y alguna de las damas del duque la acompañaba con una vihuela. Se asomó al borde de la baranda junto a la escalera para escuchar lo que sólo él sabía, que era la voz de una mujer que envejecía sola y que cantaba a la luna, buscando su complicidad, porque por una vez se sentía amada, y suspiraba por su amante, separado de ella por un tío que daba miedo y por una reja que no era la de una casa, sino la de una cárcel. Y se dio cuenta, al ver cómo la mujer andaba por el patio y lo descubría, que también cantaba para él; porque sólo Lope conocía su secreto.

El rumor sordo de una respiración agitada y furiosa, los pasos firmes y veloces de una furia encarnada, la fuerza revivida de un

cuerpo gastado lleno de súbito vigor por el honor mancillado, por la burla, por la envidia, llegó hasta él en la oscuridad como en alas de tormenta. Hechizado y desprevenido por la música, Lope reaccionó demasiado tarde. Una mano maliciosa lo empujó por la espalda con todo el brío que fue capaz, y candil y escritor rodaron escaleras abajo.

El grito de Constanza detuvo la música y la tertulia.

CAPÍTULO 30

Y LLEGÓ LA TORMENTA

Madrid, 6 de abril de 1612

CARTA AL DUQUE DE SESSA

Beso a vuestra excelencia los pies por la merced de las cartas y porque cada día quiere obligarme de nuevo con las que me hace llegar. Ya di las últimas al contador Barrionuevo, y quedó tan agradecido que prometió dedicaros la primera misa si aquellos monseñores volviesen a España con lo que pretende. Mi brazo aún no está para escribir, después de los dolores y de la caída que tuve, y por eso, señor, aún no he despachado aquellos papeles. Irán, pienso yo, con el primer porte ordinario que salga, porque me ha dicho el cirujano que con esta última cura tendré salud, que el hueso no está fuera de su lugar. Yo le he respondido que Dios castiga en mis huesos los pecados de mi carne. Agradecido quedo por el consuelo que me envía por el mal parto de mi mujer. Ya me sabía yo el remedio, pero nunca fui tan buen astrólogo como para fiarme más de las cosas por venir que de las pasadas.

Las academias están furiosas. En la pasada sesión de don Francisco Silva, dos licenciados se tiraron los bonetes y fue la cosa a más, de los versos ingeniosos se llegaron a los insultos y de ahí a la amenaza de los puños; y, cuando lograron interponerse para que no se pegaran, se saltó a faltar al honor. El granadino Soto, herido y furibundo, emplazó a Luis Vélez a salir si era valiente y a dirimir todas sus diferencias en ordalía en la calle. Escupió al suelo, bajó las escaleras y esperó fuera sin hacer caso a don Francisco, que prohibió que se vertiera sangre en el umbral de su casa; que ya se

habían matado allí seis y otro más hacía siete, y era número que no le gustaba. Luis Vélez bajó también, pero ya había allí señores para persuadirlos, de uno y otro bando, y yo, que no soy amigo de tanto ruido ni griterío, allí los dejé a todos, excusándome de un catarro mal curado que pedía reposo a gritos. Yo antes había leído unos versos con unos anteojos de Cervantes que parecían huevos estrellados y mal hechos. Ya sabrá vuestra excelencia el final del pleito del condado de Alba: lo llevó don Enrique, no se excusan parabienes, envíele vuecencia unas narices. Dios os guarde, doña Juana y Carlos os besan las manos.

Lope de Vega

–Pero dígame vuestra merced si le duele todavía aquí.

–Sí, ¡ay! No hace falta apretar tanto. ¿Qué quiere, que grite de aquí hasta Toledo?

–Vamos a ver ese costado.

A un gesto del cirujano, Claudio Conde lo ayudó a incorporar a su amigo en la cama. Desde la caída, había callado sobre el suceso y arrastraba molestias, malhumor, catarros y pocas ganas de amigos y tertulias. De la última asistencia había escapado escaldado y harto, con media corte metida en la casa de Pastrana, atentos más a la confirmación de las bodas reales de los infantes Felipe y Ana Mauricia con el rey francés Luis XIII y con Isabel de Borbón, y al reparto de honores para recibir a la embajada francesa y a costear los gastos de acogida y recepción, cosa que el rey Felipe agradecería mucho. Nada de eso interesaba a Lope, quien, sin embargo, se veía ya metido en aquel embrollo para dedicar unos versos de parte de su duque, que era quien le pagaba mes a mes, tarde como siempre.

Le quitó Claudio el camisón. Todo el costado derecho era un amasijo de carne amoratada en tonos púrpuras y oscuros.

–¡Jesús, señor! ¿Y no serán bubas? –preguntó el cómico con horror.

–¡Calla, calla, no mientes al Diablo!

–No, no lo son. ¿Duelen las costillas?

–Ya casi no. ¡No! ¡No toquéis! ¡Ay!

–Ajá. Yo creo que ya tenéis soldadas las tres costillas. Pero huele mal, y aquí hay una costra que hay que limpiar con vino. Eso haré, y luego os pondré una buena cataplasma.

–No queréis curarme. Queréis arruinarme. Si no me curo, no podré escribir.

El cirujano se mesó las barbas, resoplando.

–¡Qué mal paciente sois! ¿Pero de verdad habéis hecho reposo? Porque yo creo que no. Y por eso esa inflamación no ha bajado. Algún santo veló por vos. Podéis guardaros el dinero y rezar mucho hasta que sufráis fiebre y ya luego sin remedio os den el óleo, o podéis dejarme hacer. Vos seréis escritor, pero aquí el médico soy yo.

Lope pensó que ya se vengaría, ya escribiría alguna comedia donde un doctor sufriera su ingenio. Con esa comedia se resarciría de la minuta del médico. Así que aceptó.

El cirujano preparó el emplasto con pasión. Ordenó a Catalina que trajera un buen manojo de estopa, sacó incienso de un frasco que llevaba y, de otro, untuosa grasa aderezada con esencia de mirra que esparció con generosidad. Mezcló todo en un bacín, con brío, remangadas las mangas, amasando bien la pasta. Cuando la encontró manejable, se aprestó a untar el costado del escritor, desde la axila hasta la cintura. El olor era fuerte, penetrante. La grasa debía estar rancia, de muchos años, pareciera que fuera de la época del Rey Sabio.

–¿Con eso curaron a Matusalén? –preguntó con sorna el cómico, bufando y apartando la cara del cuerpo de su amigo, que se dolía con cada masaje.

Cuando estuvo bien untado, el cirujano pidió agua caliente para sus manos y vino para él, se limpió bien y guardó sus frascos y sus

vendajes.

–Ahora guardaréis cama tres días, ¡ay de vos, si no lo hacéis así! Mirad a Cervantes, que no usa una mano; pues imaginad cómo sería si la mitad de vos quedara sin fuerza. Nada de moverse, comed ligero, torreznos, no, más bien gallina y mucha fruta. ¿Me pagaréis la minuta?

–Qué remedio.

–Serán doce escudos.

–Y para los ojos, ¿no tiene nada?

–Nada de nada. Si ya no veis bien, es que se os están gastando de tanto leer. Buscaos unos anteojos; y leed menos y vivid más.

–Lo único bueno que saqué de la reunión es que a mi duque le han levantado el destierro por intercesión del duque de Feria, su cuñado. Así que don Luis no tardará en regresar.

–Tampoco tardará mucho en buscarte para cortejar otra vez a Jerónima.

–¿La has visto?

–No.

–Maldita sea.

Claudio dio un bufido de asco. Su amigo parecía más muerto que vivo y a medio descomponer con aquella cataplasma. Abrió la ventana enrejada. El aire fresco arrastró los vapores de la mirra.

–¿Quién fue?

–Tropecé, ya te lo dije.

–¿Fue Cervantes?

–No lo sé.

–¡Vamos, hombre! Fuiste marinero, tú no te mareas. Te manejas

mejor que bien con la espada, haces esfuerzos como un joven, y de noche ¡ya quisiera un joven tener tu vitalidad! No me creo ese tropiezo. Encima, te siguen, te acuchillaron, los rumores van y vienen. Lo último: que alguien ha visitado a Micaela varias veces y no has sido tú.

–¡No! –Así era Lope, pensó Claudio. Celoso de su harén en cuanto algún otro intentaba tocarlo y descuidado cuando marchaba a seducir a otra fémina, en su nombre o en nombre de don Luis–. ¿Quién se ha atrevido? ¿No saben que es mi casa, que son mis hijos?

–Pero no tu mujer, Juana de Guardo, que está rezando ahora mismo misas por ti con tu hijo Carlos.

–Ve tú, habla con ella. ¿Qué mal he cometido, qué males tan terribles, para que ahora me suceda esto?

Pero Claudio, prudente, no se detuvo a recordarle la larga lista de hechos reprobables que arrastraba. Asintió, le deseó paciencia y se fue. «Quien siembra recoge», pensó. Lope sembraba, la vida segaba y Claudio, con su pesada carga, recogía por él, separaba grano, gorgojos y paja.

El pestazo que desprendía el remedio era insufrible. Dos veces abrió Catalina la puerta para llevarle parte de la olla y agua con limón; entró con una pinza en la nariz y salió a la carrera, recogiéndose los bajos de la falda con ambas manos. Ni siquiera Carlitos quiso hacerle compañía. Ah, Claudio, qué Santo Job.

¿Y qué recordaba de la caída? Un mundo dando vueltas, un dolor cegador. La inconsciencia. Despertar mareado a los pies de la escalera, atosigado de gente, con el hombro dislocado y con asfixia, y un dolor punzante, agudo, que lo doblaba y aplastaba. Sentirse bamboleado, con sabor a trapo en la boca, en un lecho. El tirón de un cirujano, un resplandor súbito, un grito de dolor, una tenebrosa oscuridad. Y sólo al día siguiente pudo balbucear dónde estaba.

–En casa de Sessa. La duquesa ha dado orden de teneros aquí en tanto despertabais, con un cirujano velando vuestro sueño. ¿Estáis mejor? ¿Qué pasó?

–¿Me caí? –El siervo asintió–. ¿Cómo?

–Pues si no lo sabéis vos... Esperad, no intentéis mover el brazo.

Con todo apenas recordaba nada. Luces, sombras... Un tropiezo. No, escuchaba cantar a una voz. Constanza. No fue un tropiezo. Podía recordar algo más: una opresión en la espalda. El cirujano opinó.

–¿Os empujaron?

–No lo recuerdo.

–Daos tiempo. El cuerpo es sabio: lo que vos habéis olvidado el cuerpo lo recuerda. ¿Sabíais que no hay dos manos que empujen igual? La forma de las falanges, la altura, la textura de las yemas, la rigidez del antebrazo, todo influye. Vuestra espalda recuerda, vuestros músculos recuerdan. Los mancos y los cojos sienten sus extremidades cercenadas, como si no se hubieran cortado.

Nadie había visto nada. De la tertulia salieron en tropel a ver qué sucedía. Constanza se desmayó, y tampoco se acordaba de nada. No tenía certezas, sólo una intuición que Argensola se atrevió a apoyar.

–Maese Miguel salió después de vos. No regresó, pero no estaba en la galería. Luego sí apareció.

Lope no olvidaba las palabras de Argensola, no sólo sobre la caída, sino sobre el rumor. A buen recaudo debía estar ese manuscrito que muchos estarían buscando. Había escrito a varios amigos; nadie sabía nada, pero lo avisarían si aparecía en las gradas o por alguna de las tabernas. Tres días estuvo encamado, y durante esos tres días Juana no se apartó de su lado.

–He estado confesando. ¡No quiero tener otro hijo!

–¿Qué dices, mujer?

–No quiero tener otro niño que muera. –Pero no se atrevió a confesar que lo que no quería era pagar al Diablo con más vidas inocentes.

Carlitos tropezó en la planta de abajo. Algo se rompió. El niño

comenzó a llorar. Juana dejó la costura sobre la cama y se dio prisa en bajar a consolarlo.

–¿Estás herido, hijo mío?

Que una mujer tan buena se reprochara a sí misma le causó desazón. También él tenía el alma manchada.

* * *

–¡Confesión! ¡Ave María purísima!

–Sin pecado concebido.

El escritor se postró ante el confesionario. En el convento de los carmelitas descalzos todo era sosiego. Bastaba con traspasar la doble puerta para alejarse del tránsito de carros y de gentes ociosas y sus voces y entrar en la paz del recogimiento religioso. Allí estaba Cristo crucificado sobre el altar, con su dolor. Se abrió la ventanilla tras la pequeña celosía de cedro oloroso. Reconoció el perfil.

–¿Sois vos, fray Martín?

–Lo soy, y vos no tenéis que decir quién, Dios escucha a todas sus ovejas. ¿Qué os aflige, hermano?

–Será que envejezco y mi salud no es buena. –El fraile dio un respingo al reconocer la voz y se santiguó–. Estoy desolado, he tenido que expulsar a uno de mis hijos de mi casa.

–¡Válgame! ¡Un padre expulsando a su hijo! ¿No enseñó el Evangelio a ser paciente, hermano?

–Ha crecido, y no sé por qué no obedece, no me respeta, no hace más que gritar y llevar amargura a Micaela, su madre. Rompe la vajilla, mete gatos en las arcas, suelta a las gallinas, ¡arroja mis libros por las ventanas! ¡Está insufrible, intratable, es como si el demonio hubiera tomado su cuerpo!

–¡Decís palabras mayores!

–Quizá no paso el tiempo que debería con él. Pero no hay quien lo contenga. Tuve que zurrarle con la correa y, cuando gimió perdón tras una veintena de correazos, también yo me puse a llorar.

–La juventud siempre es rebelde, hay que respetar el cuarto mandamiento.

–Los otros también los he quebrado. Salvo robar y matar, he pecado.

–¿Cuál de vuestros hijos ha sido?

–Lope Félix. ¡Se parece tanto a su madre! Y ahora... no está en casa.

–¿Qué edad tiene?

–Hacia seis años.

–¡Sois terrible!

–No puedo estar siempre en casa, pendiente de él y sus impertinencias. ¡Es... como si me odiara! ¡Con un odio que no comprendo! ¡Le he dado cobijo, libros, está bajo mi casa, con su madre! Y hoy... lo he sacado a rastras. Primero me suplicó por la calle, cuando supo dónde iba. Después me gritaba que yo no era su padre. Que tengo no una, ni dos, ni tres, sino infinitas casas, tantas como camas con jóvenes desnudas hay en Madrid. Me dolió más a mí la bofetada que le di que a él. Acaso me recordó mi propia niñez, pero yo tengo que enmendarlo. Micaela decía que lo cuidaría, que lo haría cambiar. Me tiraba de mi manga y lloraba, y las vecinas la cogían del brazo para que no me siguiera y, a pesar de cuanto la quiero, a punto he estado de pegarla.

–Pero ¿y Lope Félix? ¿Lo habéis arrojado a la calle como a un perro?

–¡No digáis eso! He hecho lo mejor que he creído. Lo he dejado enclaustrado en el Hospital de los Desamparados. Allí tendrá cama y comida, cuidarán de él hasta que vuelva a la buena senda. Micaela podrá visitarlo, y yo también.

–Engendraréis odio en él.

–Pero será mejor cristiano. Con lo dulce que es su hermana Marcela, con ocho añitos..., ¡qué contraste! Pero ¿cómo voy a ser un mal padre, si velo por él para que se encauce? Con las clases y las oraciones estará entretenido y no tendrá malas ideas. Trabajo y trabajo, confesor, hay días que ni como ni duermo, escribiendo y escribiendo, se me juntan Venus vespertina, la luna, Júpiter y el sol naciente, uno detrás de otro. Todo por ellos.

–Qué más tenéis que confesar.

–Odio a un hombre. Odiar, desearle mal, desearle todo el mal que en este mundo se pueda lograr, es lo que tengo que confesar. No puedo evitarlo, ¡es insufrible! He padecido cuchilladas, envidias, desprecios, amenazas, y todo, todo apunta a su persona. No puedo tolerarlo, no puedo sufrirlo más, cualquier día hago una locura, pero tengo mujer e hijos, y eso me contiene.

–Señor Lope, de tener amantes, ¿no os arrepentís? De vuestros adulterios, ¿no os arrepentís? ¿De eso no decía nada?

–Os oigo y me arrepiento.

–Arrepentirse, señor escritor, es hacer promesa de enmendarse. Cosa que en vos es difícil.

–Pero, confesor, si fuera malo...

–Los mandamientos de la Iglesia lo dicen: honrarás a tu mujer y a tus hijos. Debéis dedicaros a ella y no pecar. Debéis conteneros con las tentaciones que os rodean. Ahora bien, sois padre de hijos que no tienen culpa de vuestra debilidad. Atendedlos, velad por ellos, eso aliviará vuestra alma. Pero la carne, ¡ah, la carne! Esa contención será la medida de vuestro arrepentimiento. Quered a vuestra mujer, y Dios lo tendrá en cuenta en la balanza de vuestras acciones. –Lope tragó saliva–. Igual que lo tendrá en cuenta si no lo hacéis así.

–Si Dios me da fuerzas, lo haré. Estoy arrepentido.

–No odiéis, y tampoco cometáis el pecado de la carne fuera del

matrimonio.

–Decidme: si no puedo obrar, ¿puedo escribirlo?

–No... no os entiendo.

Lope bufó, incómodo.

–Veréis, a veces me desahogo escribiendo. Sufren los personajes lo que ya quisiera yo que alguno sufriera de verdad. ¿Hacer el mal de forma imaginaria es pecado?

–Pues... no se debe pecar de obra, pensamiento u omisión. Serán imaginados o no, pero ¿están inspirados en gente que conocéis y a los que os gustaría hacer daño? Entonces, también eso debéis evitarlo. ¿Os arrepentís?

–Sí.

Fray Martín lo absolvió. Realmente parecía dispuesto a una redención. Lope rezó con devoción, imploró de rodillas con las manos entrelazadas en su fervor de ser un hombre mejor, de olvidar el pasado, de enmendar el futuro. El fraile se pasaba el rosario entre los dedos, pensativo. Y ya se santiguaba el escritor para marcharse aligerado de sus culpas cuando el confesor se decidió a decirle algo más:

–¿Os gustaría leer un manuscrito?

–Oh, no sabía que escribíais.

–No, no, Dios me perdone. Pero es que creo que de verdad deberíais leerlo y sé que...

–Ah, disculpadme. Pero no tengo tiempo, ¡son tantos los que me piden que les lea y les loe que, si lo hiciera, yo no escribiría nada más en mi vida! –Se levantó para irse. Fray Martín, con su hábito gastado, no sabía cómo convencerlo y se frotaba las manos con impaciencia–. Pero supongo que puedo, por vos, hacer una excepción.

–Ahora seré yo el que confiese, y espero de vos, maese Lope,

también secreto de confesión. Lo tengo en mi celda. Os lo dejo porque sé que debéis leerlo, pero no lo difundáis y devolvédmelo pronto. Es...

–¿Pecaminoso? –El fraile viejo negó con la cabeza–. ¿Prohibido?

–No. Juzgadlo vos. No os dejará indiferente.

En ese momento en el palacio del duque de Sessa

Luis Fernández de Córdoba se bajó del carruaje con ganas. Desde que pasara por el puente de las Segovianas y cruzara el río Manzanares para volver a Madrid, ya sentía inquietud en las piernas, harto del largo viaje desde Valladolid. Las nupcias futuras de los infantes lo habían favorecido; no había parado de escuchar rumores y más rumores en contra del duque de Lerma y del valido del valido, y donde unos caían, otros podían subir. Los acreedores se negaban a pasar ni un mes más sin cobrar, pero ellos no eran Grandes de España. Con un buen hacer podría conseguir un buen título del rey y una buena renta que le permitiera pagar y respirar. Lo mejor de las nupcias era que al fin el rey Felipe había cedido. Los teatros se habían abierto de nuevo por la Pascua, y eso era bueno, porque las comedias mantendrían al pueblo contento. ¿Que subían los impuestos, que bajaba la cantidad de harina de los panes, que faltaba el trabajo y las calles se llenaban de soldados mutilados y hambrientos suplicantes? Una gran fiesta era lo que necesitaba el país, y las nupcias serían una buena excusa. Y para triunfar en la corte, entre embajadores y entre damas dispuestas, tenía a Lope.

La duquesa y su hijo lo recibieron con afecto. Después de los saludos y de entregar algunos regalos, pasó revista a la casa. Los dos esclavos negros bajaron todos los bultos del coche para dejarlos en su alcoba. Por fin, antes de prepararse para la cena, pudo abrir de par en par las puertas de su despacho y biblioteca. Él casi no leía, pero tener libros, muchos buenos libros, era señal de calidad y de gente de título. Los libros vestían las estanterías y daban al despacho un aire respetable, grandes clásicos con los autores del

momento. De Góngora tenía, también de Lope, muchos. A Cervantes lo tenía desterrado a una balda oscura, la primera sobre el suelo. ¿Para qué leer, si ya tenía quien lo hiciera por él?

Bermúdez lo seguía, estirado como un perro perdiguero que huele presa, con un montón de papeles entre los brazos. Luis Fernández de Córdoba se sentó en su sillón, comodísimo, con sus dos brazos dorados y su alto respaldo. La mesa estaba impoluta. El sillón era como un trono. Allí mandaba él.

–Lope se ha retrasado en contestar cartas, y ya le he llamado la atención varias veces –denunció Bermúdez con ánimo de desacreditarlo. Su señor dejó que prosiguiera–. Y de otras llegaron respuesta: para vender las ovejas merinas, para amojonar una finca de Toledo, para una licencia de boda de un panadero siervo vuestro...

–Y las otras cartas...

–De ésas ni una...

«Maldita sea. Estos poetas», pensó el noble, «los dejas a su aire y se desbandan. Pues este mes, tampoco cobrará a tiempo».

–... y un hombre llegó hoy antes, preguntando por vos. Espera abajo, en la galería.

–¿Quién?

–Un malcarado. Barbado y de mal aspecto. Me dio miedo echarlo. Parece un hombre de armas. Un malagueño de Monda.

–Ah, ya lo recuerdo. Que suba. –Abrió el lacre de una carta. No le dio tiempo a terminar de leerla, pues Bermúdez entró con el adusto punteador, sin quitarse su gastado sombrero de ala inclinada. El noble indicó a su secretario que lo dejara a solas. Una vez que se cerró la puerta, lo animó a hablar–: ¿Qué pasó con Lope?

–Si fue atacado o un mal traspiés, sólo él lo sabe. Hice lo convenido, pero sigue vivo.

–Bien, pues ya está. La paga prometida. –Abrió un cajón, tomó una

bolsa, sopesándola, y la arrojó sobre la mesa–. Tomadla y en paz. Con Dios.

El malagueño no se movió. Luis Fernández de Córdoba lo miró con inquietud. Quizá no había sido buena idea estar a solas con él. Tragó saliva mientras Jimeno de Monda se llegaba con el ceño fruncido, a grandes pasos, hasta la mesa. Miraba como un loco, como un hombre al que no le importaba nada. Su espada estaba desgastada, sus manos quemadas por el sol y el frío tenían venas marcadas. El noble, con su papada fofa y creciente que la barba recortada no conseguía ocultar, tragó saliva por segunda vez, empequeñecido ante el serio soldado.

–Hacéis mal en despedirme ahora. A vuestro escritor lo acechan. Quién, no lo sé. Se ha escabullido de mis manos dos veces, pero sabed que, dejándome yo ver cerca de su casa y siguiéndolo a distancia prudente, nadie ha vuelto a acuchillarlo.

Sin más, tomó la bolsa, sospechando que no era la paga completa prometida y que el noble lo sabía. Luis Fernández, mudo, tragó saliva por tercera vez, los ojos fijos en aquella mirada insolente.

–¿Es lo que aconsejáis?

–Sería lo conveniente. –No dijo para quién, pero acarició el pomo de la espada–. Así vuestro Lope seguirá vivo más tiempo, y yo, con más monedas, podré contenerme.

–Os... mantendré la paga.

–Bien. –El malagueño se guardó la bolsa con gesto de triunfo–. Ahora bien, puedo deciros más, pero eso no entra en este trato. ¿Lo queréis saber?

El noble tomó con desgana otra bolsa del cajón, la abrió y contó los escudos. El malagueño siguió sus gestos con ojos ávidos. Una pila de veinte escudos fue puesta sobre la mesa de nogal. Jimeno de Monda se la agenció con rapidez.

–Como Lope estaba encerrado en su alcoba, me dirigí a su otra casa. Y debéis saber que otro hombre entró en casa de Micaela de Luján,

no una vez, sino varias. Así que vuestro burlador ha sido burlado. –Se calzó mejor el sombrero, se arregló la capa, dio un paso atrás e inclinó la cabeza sin dejar de mirarlo–. Y, por eso, hacéis bien en mantenerme a vuestro servicio.

Esa noche en el Hospital de los Desamparados

«Odio a padre. No es mi padre. No viene a vernos, tiene otra familia, no somos su familia, no quiero ver otra vez a Carlitos ni jugar con él. Le tiraré tierra si le veo. Le tiraré piedras, le lanzaré al gato para que lo arañe y le duela, por quitarme a mi padre.

Ha venido madre a traerme un bizcocho, pero los otros niños me lo han quitado. Me ha dicho madre que padre es bueno, pero no es bueno, no es bueno si hace sufrir a madre. Yo quiero volver a casa a cuidar de madre, aquí es como estar enjaulado, como una perdiz de esas que tiene el panadero.

Yo quiero que vuelva a vernos el tito Juan de Dios, quiero hacerme grande como él, que me cuente más historias sobre su viaje; quiero viajar con él, quiero que padre me quiera, pero si no me quiere entonces ya no lo querré yo a él. Me iré lejos y madre vendrá conmigo.

Si los libros lo han hecho así, entonces yo ya no quiero libros. Padre es fuerte, pero los libros que tanto le gustan, no. A cada palo, arrancaré mil hojas, y mientras me haré fuerte, como el tito, y entonces ya no podrá pegarme».

CAPÍTULO 31

UNA IDEA LUMINOSA

Ya el portazo que dio al llegar esa tarde a casa sirvió de aviso a Catalina. El señor llegaba de mal humor. Carlos Félix se acercó corriendo hacia él con un pajarillo en las manos que se había caído de uno de los naranjos del huerto. Sólo él consiguió suavizar su genio.

–¿Y ahora, padre, qué hacemos con él?

–Por caerse del nido, su madre ya no lo alimentará.

–Pobrecito. Yo lo cuidaré. ¿Puedo cuidarlo, padre?

El escritor miró al minúsculo gorrión y a la tierna expresión de preocupación del pequeño.

–¡Catalina! Coge un pañuelo y moja las puntas en algo de leche, a ver si el pájaro come...

Subió a ver a Juana, pero de nuevo aquella tarde estaba insoportable, con sus dolores de vientre, sus punzadas en la cabeza y un malestar general que la había llevado a acostarse. Cenaron padre e hijo solos. Después, una vez dormido el niño, se encerró en su despacho, con sus libros, dispuesto a no oír más a su mujer por lo que quedara hasta el alba.

Encima de la mesa, envuelto en un paño de lino, dejó el manuscrito que le prestara el confesor. Se sentó en su silla de dos brazos y se propuso enfrentarse a ese mundo desconocido que tanto había alabado fray Martín. Cerró los ojos, tenso. No olvidaba el enfado con Micaela esa misma tarde; la había acusado de haber recibido a un hombre en casa en su ausencia.

–No me mientas, Micaela. ¡Acaso no tienes todo! ¿No está bien cuidada Marcela, no procuro acaso que no te falte carne, que tengas para llevar la casa, que vivas como mujer mía que eres?

–Siempre dices lo mismo y siempre oigo lo mismo, que soy como tu mujer, pero tu mujer es Juana, duermes con Juana..., y yo ya estoy harta, Lope, ¡harta! Y luego encima está Jerónima, y ese duque tuyo que te va a llevar por mal camino.

–Micaela, dime quién ha venido a verte. –Hizo amago de agarrarla del brazo con fuerza, pero se contuvo a tiempo, resoplando. Micaela, por primera vez, tuvo miedo de él–. Micaela, ¿me engañas?

La Venus rubia abrió los ojos como platos, como si la hubieran apuñalado, como si ofreciéndose a su gran amor sin barreras ni defensas, él, a cambio, hubiera desgarrado sus entrañas con su desconfianza afilada.

–¡Es Juan Morales de Medrano! –le confesó entre lágrimas–. ¡Acude en secreto y disfrazado, porque te teme! ¡Me pregunta por ti, por qué no le vendes ya comedias, por qué no aceptas los regalos que te envía! ¡Tanta carta a tu duque! ¿Qué te reporta? Poco dinero y poco nombre. ¡Vuelve a vender a Medrano, a Riquelme y a Porras! Vuelve a mí. ¿Ya no te acuerdas de tus hijos?

Que si ya no se acordaba de sus hijos. Había salido de allí con tanta ira que, de haberse encontrado con algún enemistado, hubiera reventado y cometido una locura. Que si no se acordaba de Lope Félix, de Marcela... y de Carlos Félix. ¡Todos los días de su vida! Y también de Antonia y Teodora, y de Isabel de Urbina, todas ellas muertas y frías. ¿Qué habría sido de ellas, lejos de este mundo de pecado? Y se acordaba de Juan y Félix, almas puras de cuando su pasión por Micaela era tan intensa que ya la que aún existía, a su lado, era un simple rescoldo. Se acordaba de todos ellos todos los días. Un vecino y amigo había pintado por encargo suyo pequeños retratos al óleo, para no olvidarlos. Allí estaban, por mucho que a Juana le disgustaran por funestos. Suspiró. Agitó la cabeza.

–Calma, por Dios, Lope, calma. Soségate, membrillo, que eres un membrillo.

Respiró profundamente, puso las manos sobre el lino y desenvolvió los pliegos, cosidos de mala manera. Ya con el título su corazón dio un vuelco.

Las velas se consumieron hora a hora, los pabilos ardieron, las estrellas giraron sobre Madrid en su danza celestial eterna, y desde el este murió la noche y se alzó una leve línea azul, anuncio del alba del nuevo día. Sólo entonces dejó de restregarse los ojos cansados de tanto leer y se echó hacia atrás en la silla, estirándose como si fuera un escriba egipcio liberado de pronto de veinte años de encorvada servidumbre. El manuscrito era una obra sorprendente y valiente, que declaraba su afición por el propio Lope y su burla hacia Miguel de Cervantes.

–¿Pero quién? ¿Y por qué?

Ésas eran las dos preguntas esenciales.

Desayunó con prisas y mal, dando mil excusas y enfadando a la temible Catalina, que hacía más de padre y madre que ellos mismos. Dejó la puerta abierta y, sin lavarse más que las manos y el rostro ojeroso, corrió hacia los carmelitas descalzos. Ya era hora tercia, ya lo anunciaban las campanas, y las calles hervían de trasiegos y orines, las puertas llenas de criadas con bacines en las manos y jarrillos de aguas sucias, mayores y menores. Llegó dando saltos para no mancharse los zapatos y, casi sin resuello, dio un salto a la oscuridad, al fresco umbral de la sagrada piedra, a la oscuridad del recogimiento monástico. Ah, qué silencio. Más de una vez se había sentido tentado por sentimientos de búsqueda, de un afán por Dios. ¿Eran las culpas que arrastraba? ¿Era la necesidad de un perdón? Buscando a su confesor, asustó a un fraile ocioso que, en la esquina de una galería, devoraba con ansia una ristra de choricillos que a saber de dónde los había sisado. Era joven, y le parecería escasa la ración monástica.

–¿Dónde está fray Martín de San Cirilo?

El monje joven señaló las letrinas. El confesor dedicaba horas esa mañana a sanear la morada divina. Cuando Lope apareció, el susto le hizo tirar el balde de agua. De rodillas sobre el suelo, Lope lo izó y lo agitó como a espantajo. El pobre viejo tuvo miedo.

–¡Lope, soltadme! ¡No entiendo qué decís! ¡Me hacéis daño!

–¿Quién, confesor? ¿Quién es el autor de esos pliegos, quién es, dónde está, que no lo conozco y quiero conocerlo?

–¡Calmaos, por Dios! –Lope, sorprendido consigo mismo, lo soltó con estupor–. Yo... ¡no lo sé! No lo conozco. Pero a mí me llegó por manos de alguien que sí conocéis, vuestro suegro. Supongo que supo... que os agradaría. Y acertó. Porque os veo muy alterado.

–¿Antonio de Guardo os lo dio? Increíble. Perdonadme, confesor. Yo... ¿estáis bien? Yo... ya me confesaré mañana.

–¿Adónde corréis? ¡Esperad! –En vano el octogenario lo llamó por la galería, que el escritor ya escapaba del claustro–. Loca juventud.

* * *

La carnicería hedía a sangre. Acaso las aguas que arrastraban fluidos y despojos habían obstruido las alcantarillas, o el calor inusitado del inicio de primavera reblandecía las carnes colgadas en los ganchos y extendía el olor desde los mostradores de mármol de la amplia tienda hasta la calle. Las moscas molestaban casi tanto como las voces de Antonio de Guardo, que contaba los torsos abiertos de marranos que varios mozos cargaban en parihuelas para llevarlos raudos a palacio. El camarero del rey había escogido qué piezas llevarse y había puesto su marca en la carne, no fuera que el tratante decidiera cambiarlas por otras mediocres en cuanto tuviera los ducados en la bolsa y se diera la vuelta. Y en ello estaba el suegro de Lope, alabando las elecciones del funcionario y noble, cuando el escritor llegó hasta él.

–Hombre, el gran literato. Mozos, ésa, ésa de ahí, atadla a los palos. Y con eso hacen veinticinco, camarero.

–Está bien. ¡Secretario, extended nota de pago!

«Pocos ducados, pero muchos papeles», pensó Lope. Así era todo:

burocracia y más burocracia. Los nobles a derrochar, pero siempre a costa ajena, que ya ni las monedas les valían. Papeles de «ya pagaré, ya pagaré». Hasta su suegro sufría los vaivenes de la aristocracia.

–¿Qué quieres, Lope? ¿Es mi hija, está bien? ¿Y mi nieto?

–Bien, bien. Pero necesito hablar con vos. –Tuvo que esperarse ante el gesto de su suegro. Se llevó las manos a la nariz. Varias señoras con cestos de esparto que salían de la tienda con grandes trozos de tocino y avíos para sopa y olla lo miraron como lo que era, el adúltero al que todos criticaban y a quien muchos envidiaban–. Señor Antonio, es importante.

–Más es atender al cliente. ¡Id con Dios, señor camarero, y saludad al rey! A ver, Lope, ¿unos lomos, unos hígados bien frescos? Mi nieto necesita sangre, no tinta. Mira qué sesos de cerdo tan hermosos. –Bastó verlos sobre el mostrador de caliza sucia para saber que no eran del día, ni de la semana, y eso que era viernes. El tratante se dirigió a un subalterno de antebrazos musculosos que partía costillas con un hacha. Los golpes quebrando carnes y huesos enervaban a las criadas–. Miguelito, corta unos chorizos y media morcilla, que mi nieto se merece todo.

–Señor Antonio...

–Si has venido a por lo que me queda por darte de la dote, no es buen momento.

–Nunca es buen momento, pero no es eso. Mi confesor me ofreció un libro que partió de vos. Pero ¿cómo lo obtuvisteis?

–Es el destino. ¡Ja, ja, ja! Un librero dijo: «Cuidad esto y sed discreto». Un libro, pensé. Me dijo: «para vuestro yerno». Pero no pude pasarme por la casa... –«Nunca se pasa por casa», le recriminó Lope en silencio para sí–. Así que lo dejé en las seguras manos de tu fraile. ¿El librero? Uno que hay en Toledo, a espaldas de la catedral.

Acaso había ido a gozar de Jerónima de Burgos, valiente mujerzuela que ya lo atormentaba, ya le daba alas. ¡Ah, librero de mirilla enrejada y tienda prohibida, claro que lo conocía, lo había tratado bastante de cuando vivieron allí!

Su suegro sonrió, contento de verlo celoso. Jerónima era fruta de pecado.

* * *

Si acaso pensó en ir y gozar de Jerónima, fue fuerte y se contuvo. Esa noche las llamadas febriles de Juana lo enervaron como nunca antes. Su bargueño era un caos de cuadrículas desordenadas donde se revolvían las cartas y misivas del duque de Sessa, respuestas a su impresor y el encargo a medio terminar de dos comedias. ¡Una noche larga!

No, no iría a Toledo. Podía escuchar en su cabeza las amenazas de fray Martín sobre su alma y todos los fuegos del infierno. ¡Aléjate de mí, Jerónima! Mandaría a Claudio a investigar. Un hombre valiente, un gran amigo. Y, si él faltara, ¿en quién podría confiar? Y aún no sabía quién lo seguía ni quién lo amenazaba. Tomó un pliego y escribió una carta. Sabía cómo tentar a su destinatario para que, por unas semanas, dejara atrás Sevilla, viera a su prima Micaela, a sus sobrinos. Sí, sabía cómo tentarlo.

Pero a mitad de la carta se detuvo, atravesado por una idea luminosa, abrasadora y vengativa. Las musas lo abrazaron, lo acariciaron, lo tentaron, y él cayó en sus susurros de sirena. Apartó todo, despejó la superficie, cayeron al suelo las misivas del duque, las plumas de ganso afiladas, las barras de cera verde de lacre. Sólo dejó el manuscrito, y allí, en él, había un tesoro.

CAPÍTULO 32

EL OLOR DEL ORO

CARTA A JUAN DE DIOS DE BELLOSO,

escrita por Claudio Conde

Primo mío:

¡Qué lejos queda la Giralda, las barcas del puente de Triana, las acedías y los albures que se pescan en el arenal! ¡Qué lejos están esos patios de naranjos y esas paredes encaladas! Y el color del río Guadalquivir, que abraza y mece, no es el del Manzanares. Ven a Madrid, primo. Tráeme nuevas de mi vida, dime cómo están mis hijas en casa de mi tío, háblame de los rumores de las Cuevas, dame nuevas de la feria. Madrid es grande, con tanta gente, tantos coches, y yo me siento tan, tan sola. Ven, acércate si aún me recuerdas, si aún guardas en tu vida un hueco para mí.

Claudio escribe por mí. Tiene alma de confesor, él sí irá al cielo, un cielo sin Lope ni tu prima, porque el adulterio lastra las almas, por muy amantes que sean.

Micaela

La espera había dado paso a la curiosidad en Jimeno de Monda. Apostado en una esquina, con su capa y sus herrajes bien visibles, dio un nuevo mordisco al trozo de pan de centeno. Pan de centeno sin gusanos ni moho por la humedad marina, pan del bueno, quizá

con menos harina de la que debería, pero con chicharrones, bien fritos y tostados; pan que era pan y no como esas raciones menguantes de pan negro con galleta rancia y tocino mojado que daban en Zelanda. Más mordiscos, más espera. Era oficio cansino el suyo, siempre esperando; a veces había sangre, pero las más de las veces era esperar y esperar. Y, en ocasiones, para quien era listo, surgían nuevas oportunidades. Ese Claudio Conde no era buena gente; lo había calado de un vistazo la primera vez que lo vio junto a Lope en el Mesón del Toro. Era de esos bueyes mansos que aparentemente sólo rumian y callan, pero que, si nadie los vigila, invaden cercados ajenos y comen pastos que no les pertenecen. Y ahí estaba otra vez en la segunda casa del escritor, en la calle del Júcar, vigilando y vigilando en busca de ese pez escurridizo.

La puerta se abrió temprano, antes de que las viejas tras los visillos curiosearan quién entraba o salía. Los carboneros repartían carbón de picón con acémilas viejas de serones cargados hasta rebosar, y Jimeno era paciente. Allí estaba otra vez. Claudio Conde, oculto bajo un sombrero, salía de la casa de Micaela de Luján como un culpable. Ahí había oro, mucho oro. Y eso era lo que al punteador le bastaba saber.

–Espera un momento, malagueño –murmuró Jimeno para sí y, asentando las botas de cuero rojo y gastado, anduvo hacia atrás con el sigilo de un felino para que la esquina lo ocultara más. ¡Sí! ¡Lo veía! Aquel cojo patizambo estaba al otro lado de la calle, con el brazo tullido oculto por una larga manga de la que no colgaba mano alguna. Llevaba un sombrerete de fieltro y pantalones remendados, y bebía de un vaso de loza, a saber qué vino avinagrado o qué cuerva mal especiada. El viento le daba de cara al viejo soldado, podía oler su peste de burdel y alcohol aguado. Jimeno se fijó mejor. ¿Estaba solo? ¿Qué hacía allí esa lagartija? Su instinto se lo estaba susurrando cada vez con más fuerza: allí había oro también. Claudio Conde no se escondería. Así que terminó el pan y comenzó a seguir los pasos de ese matón que para él aún no tenía nombre.

Pero Juan Benito no era tonto y, en cuanto doblaron a Antón Martín, echó a correr. Una cosa era ser hábil en la oscuridad, al amparo de la noche, y otra desenvolverse manco y torpe contra un

viejo soldado que además ya se había mostrado letal con la espada. Esquivó gente y mercaderías. Las ratas huían de los gatos buscando el agujero más oscuro, y Juan Benito, resoplando, dejó las calles concurridas y torció por un dédalo de viejos callejones traseros y adarves, por donde se rumiaba comida morisca y cristianos de poco fiar. «¡Se ahorcaba poco y se quemaba poco en la triste España!», le dio por pensar. Pero no dejó que lo dejara atrás, cada paso, cada zancada, era otro más cerca del galeote sevillano, quien, de pronto, torció a la derecha.

–¡Maldición! –exclamó con furia.

Callejón sin salida. El viejo muro, que sería un resto de la muralla mora, no daba dónde escalarlo.

Jimeno desenvainó.

Juan Benito se giró, sacó su largo cuchillo y gritó como una bestia acorralada al tiempo que se lanzaba hacia él.

Pero el malagueño no estaba dispuesto a matar. Nadie le iba a pagar por aquel muerto.

Estiró el brazo, con la cazoleta firme en sus manos, y con un giro detuvo la acometida y le arrancó el cuchillo de la mano. Juan Benito se arrojó con la mano de uñas negras y rotas y el muñón por delante. El malagueño se hizo a un lado para esquivar la puñada, pero el de Sevilla tenía más que dar, y consiguió propinarle un puntapié en la rodilla; luego se abrazó a él, haciéndolo caer, y ambos rodaron por el suelo sucio de orines. Los sombreros volaron, se esparcieron monedas de bolsas reventadas. Uno intentando sacar el puñal de tercios, otro buscando asir su cuchillo para clavarlo. De un codazo en la boca, el soldado se deshizo de la presa y con un empujón se quitó de encima al secuaz. Entonces lo agarró de los pelos grasientos y le puso el filo en el gaznate, con el aire faltándole en los pulmones.

–¡Me rindo!

–Miserable.... ¡Dime quién te envía! ¿Qué quieres con Lope? Dímelo, ¡dímelo! –le agitó la cabeza con furia. Un puñado de pelo

quedó entre sus dedos, y el sevillano gritó de dolor. El malagueño volvió a agarrarlo de otro lado–. Me lo vas a decir, aunque sea a borbotones de sangre. ¡Quién te envía!

–No lo diré.

Lo arrastró y lo empujó contra un muro. Desde una puerta, una mujer avejentada exclamó «¡Jesús!» con las manos en la boca y expresión de horror, se santiguó y, arrepintiéndose de su curiosidad, atrancó la puerta con doble llave.

–¿Quién te envía? –La frente golpeó la pared varias veces, pero Juan no habló. Jimeno de Monda se dio cuenta de que así lo único que haría sería matarlo. Lo dobló de un puntapié, le extendió la mano izquierda y se la pisó–. Ya debe ser difícil cagar y comer con la misma mano, así que imagínate cómo quedará tu vida miserable si pierdes la que te queda. ¡Habla ahora o no hables más!

–¡Uceda! –exclamó Juan, desesperado–. ¡Fue Uceda, pero no me cortéis la mano, os lo suplico! Juan, soy Juan Benito, gran señor, un desgraciado, un pecador injustamente tratado. Piedad cristiana, señor.

–Si vuelvo a verte cerca de Lope, te rebanaré de oreja a oreja. O quizá lo haga ahora. Paga.

–¿Cómo... cómo decís, señor?

–Te han pagado para hacer mal a Lope o yo soy pelirrojo y escocés al servicio de Inglaterra. Ahora, con eso, me pagarás por vivir. ¿Es ésta tu bolsa? Ajá, está llena. ¡Treinta monedas de Judas! ¡Largo!

–¡Señor, me dejáis sin condumio! –El peso de la bota sobre su única mano arreció para acallarlo.

–Te dejo con vida, y advertido de que a mi espada la llamo Inquisidora y, como hacen los del Santo Oficio, sólo da una advertencia; a la segunda te da la extremaunción. ¡Lárgate, y que no te vea a menos de cien pasos de Lope de Vega!

«Bien, bien, escudos y reales en mano. Ahí huye una rata», pensó Jimeno, sin saber que ya han soltado a los gatos. Porque su trabajo

era callar, observar, conocer y esperar, esperar, esperar. Uno se convertía en mueble, se hacía silla, se hacía parte de los ladrillos de la pared en la que se apoyaba, asentía poco y escuchaba y veía mucho. Y, entre lo mucho que había visto las últimas semanas, estaba Juan Benito entrando y saliendo de las cocinas de la gran casa de Rodrigo Calderón, el todopoderoso valido del valido. Ser paciente era su gran virtud y, tanto si acertaba con su intuición como si no, allí había oro.

* * *

Se hizo llevar ante tan poderoso hombre. Decían en los corrillos de los mentideros que iba a partir a Flandes de forma inminente, que él se había negado, que lo había demorado todo cuanto había podido, pero que ya no podía retrasarse más y que iba con grandes honores. Eso se decía como lo relevante. Pero se contaba también otra versión: que lo enviaban allá para que no estuviera acá, le había resumido un limpiabotas de cepillo rápido y betún oloroso.

–Aún no se sabe si lo que se dice sobre que envenenó a la reina Margarita tiene visos de verdad o de envidia, pero se está investigando, así que algo debe de haber.

«Un pequeño hombre», pensó Monda cuando lo pasaron a un cuarto de techo alto y grandes ventanas para que entrara la luz. Rodrigo Calderón estaba montado sobre un caballo, vestido con sus galas de señor de la Oliva de Plasencia, con su gorgorán y calzas tudescas y una amplia y alta gorguera rematada por cuello de lechuguilla y puntas bordadas. El caballo, un gran semental, estaba inquieto; tenía la verga tiesa y bien larga, había defecado atrás, dejando una buena bosta de testigo, y el pintor que buscaba elogiar para la posteridad a aquel amo obviaba la camisa, las sedas y las paredes pintadas con tonos pasteles venecianos para ubicarlo en la lejana Flandes, montando a caballo con todas sus armaduras de glorioso capitán de hombres. Al mismo tiempo, dos secretarios observaban el cuadro y le comunicaban lo que varias misivas planteaban para darles respuesta y solución. Otros dos guardias estaban atentos a

Jimeno de Monda.

–Señor, este hombre ha insistido tanto en que era importante que...

–Calla, necio. ¿A santo de qué lo hacéis pasar? ¿Creéis que tengo tiempo para hablar con todos los desgraciados que llaman a mi puerta?

–No osováis, señor –pidió el pintor con suavidad, mezclando colores en su paleta.

–Pero es sobre Uceda, y por eso...

–Que hable él. Id al grano, ¿qué queréis?

–Señor, sabed que hay un traidor en vuestra casa, pagado por el duque de Uceda.

–¡Ja, ja, ja! Eso lo sabe todo el mundo. ¡Seguro que hay alguno aquí, en esta sala! ¿O no serás tú? ¿O tú? –Señaló al pintor, que negó y palideció–. ¿O tú, copero? Sacad de aquí a este charlatán.

Los dos guardias, con actitud chulesca, se acercaron a Jimeno. Éste iba desarmado, le habían quitado sus cintos al entrar en la casa, pero no los necesitaba. Rápido como una víbora, golpeó a uno en el entrecejo, sumiéndolo en la inconsciencia; al segundo lo fintó, tiró de su brazo, le dio un rodillazo en el plexo y lo lanzó lejos, inquietando al caballo. Los dos secretarios dieron un chillido como niñas asustadas. El malagueño calmó al caballo con palmadas vigorosas sobre su rostro y tomó con la otra mano el ronzal para tranquilizar al animal.

–Sabed que, si yo lo fuera, ya estaríais muerto. Sabed que sé quién es y que, ya que estos hombres no os han protegido de mí, ¿podrán protegeros de él? Sabed que mi precio será justo. ¿Por qué dormir con inquietud por las noches, pudiendo evitarlo?

–Está bien. Me diréis quién es, y os pagaré por ello.

–No. Me pagaréis por anticipado una parte, y yo os lo entregaré.

–Escoria. Eres el tipo de escoria que desangra a este país..., y que a

mí me gusta. Está bien –Jimeno se mesó la barba recortada, mirándolo con desconfianza–, recibirás una parte. Veinticinco escudos, pero mis chicos no te van a olvidar.

–No. Cien escudos.

–¡Cómo te atreves...! –Rodrigo Calderón sonrió levemente–. Cuarenta escudos, y con eso pones en una bandeja de plata tu cabeza como fianza. No te burles de mí. Quien se burla de mí se burla del duque de Lerma, y no querrás conocer qué pasa en esos casos...

–Acepto.

–Lo sé. No tienes otra opción. Me pregunto, por otro lado, si es eso lo que cuesta arrendar tu espada. Porque tengo una proposición que hacerte, visto lo visto. Sí. Por tu bien deberías aceptar también... Hablaremos mañana. ¡Y ahora, apártate, que me quitas luz para la pose!

Pero eso no era todo, ya que, si el valido del valido era un hombre al que nunca había que ofrecer la espalda, al duque de Sessa lo tenía bien calado. En las gradas de San Felipe se hablaba de sus vicios y blanduras, de sus miedos y de sus líos de alcoba, y con eso fue a verlo a palacio. Bermúdez era reticente a permitirle hablar con el señor de la casa de Córdoba, pero al final transigió. Y allí estaba, en su estudio lleno de libros.

Luis Fernández de Córdoba tragó saliva al verlo entrar, intimidado siempre por su adustez. Cuando preguntó, de su voz salió un gallo:

–Ejem... Perdón, que os pregunto que qué queréis. ¿Tenéis noticias?

–Pues sí. Me pagáis por proteger a Lope de Vega, y resulta que hay un secuaz de Calderón que merodea por su casa. Eso es mal asunto. Quiero que me paguéis más.

–¡Eso no es posible!

–Pues entonces, hasta aquí, hasta hoy, llega mi acuerdo con vos. Con Dios. Pero pensad, ¿no es valioso Lope para vos? ¿Quién lo sustituirá, si algo le sucede?

Ya se retiraba cuando el rostro rubicundo y de piel fofa del grande de España se dejó convencer. Sudaba como un condenado. Se levantó de detrás de la mesa y lanzó una súplica al malagueño, lo que disgustó sobremanera a Bermúdez.

–¡Esperad! Podemos hablarlo.

–¿Pagaréis más? Un tercio más, y no dudaré en batirme con quien sea.

–¡Está bien!

Jimeno de Monda ni sonrió. Se limitó a asentir y a inclinarse en reverencia. En su interior, se sentía exultante. Oro, oro, más oro... ¡Un gran día para él!

* * *

Fray Martín de San Cirilo vio interrumpidas sus oraciones con insistentes golpes en la puerta de su celda. Miró a la cruz que presidía su camastro.

–Señor, dame paciencia... –Se levantó del suelo, se santiguó para pedir perdón por la interrupción de su santa plegaria y abrió la puertezuela–. Con Dios, Lope. No os esperaba, no os toca hoy confesión. No es viernes.

–Pero es que voy a pecar, y no dormiré tranquilo sin confesarme.

–Pasad. Sentaos. Y, por cierto, que no me habéis devuelto el manuscrito que os presté, y yo os tengo en buena estima. Vamos, que creo que sois de los que devuelven libros ajenos.

–Lo estoy leyendo, lo estoy leyendo... Pero vengo por mi duque. Me ha pedido, me ha ordenado, que siga escribiendo sus cartas de amoríos, que siga engalanando sus mentiras para... cortejar mujeres.

–¡Os advertí! ¡Ya os lo dije! –Un dedo acusador se alzó contra el

escritor y poeta, y Lope no tuvo fuerza moral para replicar–. Recaéis una y otra vez, ¡y eso no puede ser! Ahora ha llegado el momento: debéis negaros. ¡Sí, negaros! No os exijo ningún imposible! Debéis hacerlo o ya no os podré recibir en confesión.

–¡Pero, fray Martín...!

–Que no me repliquéis, he dicho.

CAPÍTULO 33

EL CONTABLE DE TRIANA

Madrid, 29 de mayo de 1612

En buen día llegó el mayor burlón de la corte de nuevo a Madrid. Una lluvia repentina había refrescado la villa y asentado el polvo de las calles, y las cumbres de Guadarrama se veían nítidamente a través del aire limpio, con sus bosques de quejigos, encinas y robles.

Francisco de Quevedo pisaba con alegría las calles, mirándolo todo con interés renovado, las torres picudas del alcázar real sobre su loma, las casas de vecinos llenas de gritos en sus tres alturas, los carros que recorrían el camino de Toledo, unos llenos de provisiones y mercancías, otros, con a saber qué noble, qué gran señor, lleno de loas y alabanzas, promesas vacías, mucho papel de crédito firmado y reasegurado y ningún escudo en los bolsillos. Dejó de guiñar los ojos y, refunfuñando, buscó los anteojos que ya, meses atrás, se veía necesitado de tanto en tanto a usar para tener claridad y certeza. Aún no se había resuelto su incidente en espacio sagrado, pero necesitaba esa escapada, que a nadie haría daño y él le haría mucho bien. ¡Era tan monótona la vida en la torre de San Juan Abad, villa manchega y deudora donde había buscado refugio! Las jambas de roble del mesón tenían nuevas cuchilladas, y algunos extranjeros habían grabado iniciales y fechas. Él no fue menos: tomó el cortaplumas y grabó «F.Q.» y «5-12»; y quien supiera leer eso se enteraría de que había estado allí. Las voces y los corrillos llenaban el Mesón del Toro de familiaridad y de vida, y se relajó.

–Buen, buen vino. –Bajó el escalón y atravesó el portón.

El mesón estaba tan lleno como siempre. Algunos lo reconocieron y lo saludaron con efusión, ¿hay algo mejor para el espíritu de un

hombre de letras? Se dejó seducir por una y por dos invitaciones, estrechó manos y habló pestes de alcaldes, regidores y oficiales de cuentas, que acudían con alguaciles y amenazas a la hora de cobrar y se escapaban como anguilas resbaladizas a la hora de pagar.

–¡País de escamoteos y latrocinio! Yo aún estoy esperando que me paguen los torreños unas deudas debidas a mi madre, y ya lo he denunciado al corregidor de Ciudad Real. ¿Para qué? Para nada.

–Pagar, pagar, no suelen pagar –brindó un arriero.

Un albañil intervino, borracho, para caer luego de codos sobre la mesa del poeta.

–¡Las capitulaciones, las capitulaciones! ¡La infanta Ana se casa, vendrá el rey Luis de Francia y de todas las fuentes saldrá vino! ¿Me da para un vino, gran señor?

–Te daré para un vino y se fue, ¡largo! Ah, entonces es verdad. ¿Habrá boda?

El mesonero no perdió ocasión para empujar al exterior al albañil beodo y meter cizaña.

–¡Habrá! Fue la última voluntad de la reina Margarita, ¡Dios la tenga en gloria! Ya lo tenía bien arreglado antes de su fallecimiento, ejem... Los rumores dicen que todos los Grandes de España, que suelen estar escondidos bajo tierra cuando de pagar se habla, ahora saltan y se pelean delante del rey por el honor de aposentar a los embajadores, de recibir al novio y agasajarlo, y eso que no será barato, no.

–Pues ya sabes de dónde saldrá el dinero –sentenció Quevedo–, ¡de mis bolsillos raídos! A mí, ni un maravedí, y a las bodas ajenas, ¡galeones colmados de oro!

–Ya se sabe quién vendrá comisionado a firmar las capitulaciones de boda con todo su séquito por parte del rey de Francia, un tal duque Umena. Por cierto, que, si vos –el mesonero se dirigió a Quevedo– tenéis alguna influencia en la corte, recomendad mi mesón, que todo él está a disposición para recibir...

–¿... al duque francés? ¿Sois tan fino y delicado, mesonero?

–¡Quia! ¡Ojalá! –Todos rieron–. Pero ese hombre no se vestirá solo, ni comerá solo ni viajará solo. Irá con oficiales, mayordomos, criados, secretarios, caballeros, pajes. Y ésos tendrán que dormir en algún sitio que no sea cuadra y también comer. En este mesón no pasarán hambre..., siempre que paguen, claro.

–El que ya ha pagado ha sido el duque de Pastrana –intervino un comerciante de sal–, pues ya ha ido a París a felicitar al francés por el acuerdo, que le va a costar el viaje y la broma más de doscientos mil escudos.

–Entonces, otros fueron más listos al rechazar el honor –concluyó el mesonero, atendiendo sin detenerse a la mesa de al lado, con las mangas remangadas y el trapo de secar colgado del cinto a un lado del costado–. Porque a mí me han dicho que en las covachuelas se cuenta que primero se lo propusieron al duque de Medina Sidonia, quien se excusó por su edad y achaques varios, y luego en la casa real pensaron en el conde de Benavente, ya advirtiéndole de que él tendría que correr con los gastos del honor. Que no había dinero, vamos.

–Y no aceptó.

–Pues no, no aceptó, maese Francisco, porque el de Benavente está enterrado en letras de deuda hasta las cejas, y ya hizo favores al rey que aún no se los han pagado, así que no está ni con ganas ni con humor para que lo engañen otra vez. Y recayó en Pastrana, tonto él, que creerá que con el honor se come.

Y, entretenido como estaba, de tanto en tanto en otra mesa del local sonaban fuertes risotadas. Había hasta un corrillo de gente en pie, se oían las risas, se brindaba, algunos alemanes pedían cerveza y se conformaban ceñudos con el vino del mesonero, que se frotaba las manos. Una voz fuerte y vibrante era el centro de aquel corro, y Quevedo quiso indagar.

–¡Qué hombre más ocurrente! –Al mesonero se le saltaban las lágrimas–. Maese Francisco, no sintáis celos, pero creo que hoy un gracioso mayor que vos se está adueñando de la clientela.

–Yo no soy gracioso, ¡yo soy azote de lo vil y de lo criticable!

–Bien, bien, pero, ay, no os enervéis, que de ninguna forma podríais remediar una cosa: el no haber nacido en Sevilla.

Francisco de Quevedo apuró la jarra hasta saciarse y eructar sonoramente. Se limpió en la manga, se estiró el jubón para parecer más lustroso y se hizo hueco hasta la mesa del jolgorio. Allí estaba sentado como un rey con su corte un hombre grande, de pelo revuelto y negro, tez morena por la intemperie, ojos vivaces, nariz orgullosa y manos fuertes. Vestía con telas de Holanda, y desde luego no parecía un carnicero, un arriero o un burócrata. Había dejado a un lado su sombrero, que no había visto Quevedo uno mayor en su vida, digna cobertura de una gran cabeza pensante. Acababa de decir algo simpático, por las risas que estallaron.

–Y después de salir de México, con algo más de fortuna en los bolsillos, llegué a Sevilla para casarme. Y eso que no lo tenía planeado.

–¡Ni tú ni nadie!

–¡Yo menos! Me encontré con un usurpador de un tesoro al cual yo aspiraba, y hubo lances de palabras.

–¡O sea que sois poeta!

–Bueno, no digo tanto.

–Pero no decís que os ha traído a Madrid...

Quevedo callaba, sólo prestaba oídos.

–A ofrecer sedas, las mejores sedas genovesas que os podáis imaginar. Suaves, livianas, de buenos colores que no se destiñen al tocar el agua, sedas de verdad, que hacen a un hombre elegante y digno y a las mujeres, aún más hermosas y deseadas. Y tan elegantes telas traigo a la corte para esas bodas anunciadas.

–¡Pero cuéntanos otro chisme! ¡Otro sobre Quevedo!

Juan de Dios de Belloso sonrió.

–Me dijo un comerciante amigo de mi suegro que un día Quevedo estuvo invitado en palacio... Había mucha gente, buen vino, buena comida y músicos por doquier. Tantos platos había en la mesa que no cabían, y por coger unas perdices derribó una copa y manchó de vino el verde gorgorán del comensal que había a su izquierda; no sé si fue duque o conde, pero se lo tomó a mal. Se volvió y le arreó un sopapo que lo giró mirando a Roma, y él no se inmutó, sino que alzó la mano y devolvió la guantada también al de su izquierda, ¡que resultó ser el propio rey! Y no se le ocurrieron más que cuatro palabras para salir del paso, que dijo con gran desparpajo... –El corrillo estaba expectante–: «¡Que siga la rueda!».

Las risas atronaron el mesón.

–Y el rey, ¡zas!, siguió la rueda. Los grandes se daban, los menores recibían; algunos seguían el juego sin malicia, pero otros se aprovechaban. Corrió la rueda y dio la vuelta a la mesa... Lo vio venir, se echó atrás y la bofetada cayó en el aire. «¡Ea! Qué calor más grande, pero no os deis más aire, que no quiero resfriarme».

–¿No tenéis alguno más?

–¡Venga, otro! No sé qué escalera de palacio subían, pero a tanto escalón estaban el rey y Quevedo cansados y bien comidos, que el vino de San Martín, algo picado, ya hacía estragos, y se dio cuenta Quevedo de los cordones desatados de sus zapatos. –Belloso, con voz tronante, gesticulaba, bebía, señalaba y fabulaba–. Se agachó, tomó las puntas, el culo en pompa; y el rey, que lo seguía tan achispado como él, le palmeó el culo, guasón, para que siguiera y no se detuviera, y dio el culo tal ventosidad que a poco nuestro ilustre Felipe rey casi se desmaya. «¡Pero, hombre, Quevedo, qué aires...!». Y contestó: «¡Que no digan que no hay puerta a la que llame el rey que no se abra!».

Los que reían con la ocurrencia fueron acallándose al fijarse en el rostro serio del burlón. Otros ya se esperaban una respuesta del poeta, que parecía con los sesos cocidos por la indignación. El sevillano reía y recibía palmadas, bebía y comía el pollo asado que le habían servido, dos fuentes llenas que tal vez no fueran suficientes para calmar su hambre.

–Pero no quiero aburriros –un enorme «¡Noooo!» salió de múltiples gargantas satisfechas–, que he de hacer mi negocio, que es vender mis telas genovesas. A todos no caigo en gracia, a algunos los disgusto. Me acuerdo, ¡ja!, de mi anterior patrón, quien, en cuanto supo que me casaba con la hija de su amigo Francisco de Fontana, tuvo a bien morirse, o eso o acaso porque lo buscaban por algunos asuntillos que le reclamaban desde la Casa de Contratación de Sevilla. Que sabed que como Triana no hay lugar en el mundo, pero que, en fin, aquí estoy, en Madrid, y en vuestra excelente compañía, y ya que estoy, como me gusta el teatro y también escribo...

–Oh, no digáis. ¿Sois también poeta? ¿Otro poeta más? –intervino Quevedo.

–Ya digo que no me tengo por tanto, porque tengo respeto a quien escribe día y noche. Pero escribir, sí, antes escribía más, ahora menos, ya lo hacía antes y ya que estoy aquí pretendo ver a un conocido que tengo. Pero vos decís «también poeta». ¿Lo sois?

–¿No me digáis que no me conocéis?

–Pues no. ¿Debería?

–Ejem... Alzaos que os mida, que soy Francisco de Quevedo. Salid y hablemos.

El contable y comerciante lo miró de arriba abajo. El poeta era unos años más joven, quizá más ágil; en todo caso, no dio señales de preocuparse.

–Yo os invito a sentaros conmigo. No deseo la violencia.

El poeta se arrojó con las palmas abiertas sobre la mesa.

–¡He dicho que os levantéis! O acaso sois tan grande como tonto y cobarde.

Y, aunque el sevillano había sido rápido salvando su copa del gran golpe, unas gotas de vino tinto mancharon sus galas. Belloso miró la mancha sin prisa, bufó y volvió a mirarlas. Apuró la copa, que dejó vacía sobre la mesa, junto a los varios platos vacíos.

–Ahora ya me he enfadado.

Eso es lo que quería el burlón. Se arrepintió en el acto.

El gigante que se levantó de la silla era inabarcable. Las calabazas secas, las herraduras, los arreos de esparto y mimbre que colgaban de las vigas de almendro del techo del mesón quedaban al alcance de su cabeza. Fue como si un eclipse tuviera lugar. Francisco de Quevedo, burlador de la corte, bebedor, pendenciero, arrojado, tragó saliva y dio un paso atrás. Belloso se sacudió las migas de pan, estiró los brazos y crujió cuello y nudillos, que en todo el hombre era un exceso. Alrededor, muchos esperaban pelea, y las apuestas y los reales comenzaron a cambiar de mano. El mesonero tembló, imaginándose una hecatombe de mesas y sillas rotas y cuentas sin pagar. Belloso se acercó a Quevedo; aquél se quedó tieso y firme, con las mandíbulas apretadas y los puños listos. Retroceder era de cobardes. El sevillano lo tuvo a un palmo. Los ojos del burlón daban lástima, quedaban por debajo del pecho del comerciante. Durante unos instantes interminables todos vieron cómo Quevedo alzaba poco a poco la vista, hasta doblar el cuello exageradamente para poder afrontar la mirada. Y por una vez no tuvo ingenio ni réplica. Silencio.

–Vamos, vamos, señores, todos somos gentes de bien, aquí no hay que hacer sangre de unas pocas palabras festivas –trató de interponerse el mesonero con sus maneras más suaves y conciliadoras, pero mover a Belloso era como intentar desplazar a uno de los toros de Guisando de duro y macizo granito.

–Me habéis llamado tonto. Me habéis llamado cobarde. Fuera os espero, ya que lo pedís.

El sevillano se abrió paso hasta la puerta sin mirar atrás. El burlón sintió que las piernas le temblaban, y tuvo que sentarse en una de las sillas.

–¡Vino! –pidió con tanto sudor en la frente que los anteojos se le cayeron de la nariz.

–Cuando Dios llamó a Gavino, no dijo «Gavino, ¡ven!»...

–¡Sed fuerte! ¡Dadle lo que se merece!

–¡Poned a ese forastero en su lugar!

–No habéis dicho ni mu...

–¡Mugid vosotros! –exclamó Quevedo, bebiendo para embotarse–. Villanos, no me habéis avisado de su tamaño.

–Lo bueno se guarda en frasco pequeño.

–Lo bueno se guarda en ataúd pequeño...

–¡Ánimo!

–Que sean ánimas más bien.

No podía desdecirse. Sacó la espada y salió del mesón. El barullo de gente ociosa que los rodeó en la calle añadió fuego al enfrentamiento. El sevillano sacudía su filo de un lado a otro con mucha fuerza. El madrileño dejó su capa a un amigo y asentó los pies, esperándolo. Los dos, en danza macabra, se movieron en un círculo, sin atreverse a ser el primero.

–¿Acaso os he ofendido contando la verdad?

–Qué fácil es mofarse de quien no está presente.

–Tan fácil como escribir sonetos y soltarlos por las tabernas. –Belloso hizo un amago que el otro no picó–. Pero ahora que veo que sois corto de vista me da un no sé qué batirme contra vos.

–Ah. Con que me tenéis por tullido...

La acometida fue rápida y feroz, pero Belloso paró a un lado y luego al otro, y recuperó la distancia.

–Pedid perdón, y no hará falta llegar a primera sangre.

–¡Yo no pido perdón nunca!

Belloso se lanzó contra él. El golpe fue tan tremendo que los filos soltaron chispas, y tanto resbalaron las hojas que llegaron a las

guardas. Entonces, se empujaron mutuamente, pero pudo más el sevillano, y el poeta dio tres pasos atrás, desequilibrado. No era un hombre, era una montaña, y ya volvía otra vez contra él.

–Pedid perdón.

–No os lo merecéis, gongorino.

De nuevo una estocada. La multitud dio un suspiro: sólo encontró tela. Quevedo se vio el jubón rajado.

–Lo merezco, corcovilla –se burló Belloso.

–¿Acaso seguís al racionero?

–Jamás a ese chocarrero, jugador y rabí mal asentado.

–¡No me digáis que le tenéis tirria!

–No es tirria, es odio no disimulado.

–Ese enemigo del tocino...

–Ese enemigo agrio y encorvado...

–Esos farfulleros tan cultos que son pavos...

–Nos entendemos, entonces.

–Más si amigo común tuviéramos.

–El yerno del carnicero.

Belloso guardó la espada y se relajó. Y otro tanto hizo el burlón.

–Si os ofendí..., perdón.

–No hay ofensa, sino amigo encontrado.

El mesonero no entendía nada.

–¿Ya no hay agravio?

–No. Juan de Dios de Belloso, a vuestro servicio. Y honrado de conoceros.

–Honrado quedo yo. Mejor honrado y desvestido –se tentó con alivió la raja en la ropa– que atravesado.

Algunos se quejaron al quedar en nada las amenazas. El mesonero dejó de manosearse las manos como una vieja inquieta y corrió a vocear a los mozos para que sirvieran más vino, que allí no había pasado nada y que la pelea había dado sed y mayor negocio.

–¿Me dejaréis invitaros? Y ofreceros alguna vara de tela en compensación.

–Si sois amigo de mi amigo, hace semanas que no sale de casa y no se sabe el motivo. No acude como solía al teatro, no escucha lo que ese cordobés dice de él y de su señor el de Sessa. A lo mejor es cierto que se han enfrentado.

–Lo voy a saber muy pronto, y le daré saludos vuestros.

–¡Chitón! Que estoy aquí, pero como si no estuviera; a efectos de la ley, sigo desterrado en la torre del Abad.

–Ajá. Entiendo. ¿Una dama?

Quevedo asintió. Una mujer, qué razón iba a ver, si no, para que un hombre cometiera locuras. Qué razón, si no, para que él se hubiera excusado ante Isabel de Fontana, hubiera embaucado a su suegro Francisco de que allí había negocio y hubiera dejado a toda prisa el arenal del río Guadalquivir, la flota de Indias amarrada en el puerto, la Torre del Oro, los alcázares, Triana y todo lo que en ese momento le daba la vida en Sevilla para acudir a Madrid, a buscar la fama o a buscarse la ruina más absoluta.

Cuando salieron del mesón, el sevillano aún se tenía en pie, no así Quevedo, que, empeñado en meter en su cuerpo la misma cantidad de bebida que la que el corpachón de Belloso admitía, allí se quedó, farfullando sonetos rotos y versos mal encadenados.

Hacía calor en Madrid, que Belloso se esperaba más fresco, y las calles imperiales no estaban más limpias a pesar de los empedrados.

En algo ganaba la villa a Sevilla: se veían más coches, y también más pobres a cada paso y en cada esquina. Pero no quería retrasarse, el sol descendía y se suavizaba el calor, y le costó preguntar tres veces dar con la calle de Júcar y el número de la casa. Llamó con vigor y fuerza, tanto que algunas vecinas se preguntaron quién sería aquel hombre tan apuesto. Y con qué razón entraba en casa de Micaela de Luján.

–No hay quien se libre de esa lacra, ¡adúltera! –barruntó una comadre tras los visillos.

Y otros ojos habían seguido al contable y comerciante, unos que no llegaban a creérselo, que se habían llenado primero de incredulidad, luego de sorpresa y espanto y por último de odio. En cuanto los dos espadas hubieron salido del mesón para amenazarse, lo vio. Inconfundible, fuerte y sobre todo grande. A Juan Benito le dolió la herida, como si el muñón recordara quién fuera el causante, cómo ocurrió todo en la lejana Granada, tantos años atrás. Y allí estaba, ufano, bien vestido, con más peso y mayor soberbia, mientras él mendigaba monedas con favores de sangre, y no lo perdió de vista. Lo vio entrar en aquella casa. Lope, siempre Lope.

–Ya te atraparé, grandullón. Por mis muertos que has de criar malvas antes que volver a Sevilla.

* * *

Los grandes pasos que seguían a la criada sorprendieron a Micaela y a Claudio. Marcela estaba sentada sobre las rodillas del hombre, y su madre, triste, seguía angustiada. Lope no había acudido a verla en semanas.

–Pero ¿os falta algo? ¿Necesitáis dinero? Yo... algo podría daros.

–No es eso, Claudio. Esa Catalina trae algunos reales día sí día no, a desgana, pero los trae, y algo de carne para olla, que será sisado del suegro. Pero no está Lope. Ya no me quiere. Ya no le importo nada.

Y tú me dices que no es así, que siempre estoy presente, pero yo no lo tengo aquí. ¡Qué penitencia compartir a quien se ama! ¡Qué castigo es sufrir siendo amante y no esposa!

–Su esposa pensará lo mismo.

–Pues me da igual. Me siento sola.

–Nada de eso... ¡Con Dios, prima! ¡He llegado!

Micaela dio un grito de alegría. Se abrazó a su primo, que la acogió entre sus brazos con fuerza tan inmensa como su cariño. Se miraron largamente. Allí vieron unas arrugas, allá, unas canas; el peso de los años, el peso de la pena. El corazón de Belloso retumbó tan fuerte en el cuarto que Marcela gimió asustada. Micaela de Luján seguía siendo carne de su carne. Olvidó que tenía mujer e hija en Sevilla, olvidó que sin dispensa papal aquello era pecado condenatorio. Pero se contuvo de besarla en los labios.

La niña buscó el calor de Claudio, que no supo qué decir.

–Seguís siendo un gran hombre.

–Claudio, os veo bien. ¿Seguís siendo vos la conciencia de nuestro escritor? Pues decid a Lope, buen amigo, que he de verlo, que no trata a mi prima como acordamos. Si no, ¿por qué está llorando? Y eso no me place. Y se lo tengo que hacer saber. Y dónde está mi sobrino Lope Félix, que tengo ganas de abrazarlo...

–Está internado en el Hospital de los Desamparados.

–¿Qué ha pasado? ¿Está desahuciado, ha cogido la lepra o la peste, o las fiebres?

–No. Está muy rebelde contra su padre y, no pudiendo castigarlo ni reprimirlo, porque él mismo no está nunca en esta casa, lo metió allí, usando de favores y nombre, para que con lecciones y estudio, y mucho rezo y mucha teología, lo enderecen, que parece que él, como padre, no tiene el tiempo que sí dedica a escribir.

–¡Válgame! Eso no puedo permitirlo. Un niño ha de estar con su madre.

–¡Señora, señora! ¡Se oyen las llaves de la puerta! –exclamó la criada, señalando el zaguán al otro lado de la casa.

Lope entró. La criada se mordió las manos por no gritar, porque se temió lo peor. Micaela, asustada, dejó a su primo y se abrazó a su amante, al padre de sus hijos. El propio Claudio se puso en pie con la niña, preocupado por lo que pudiera pasar, y tenía razón para ello. La mujer se interpuso entre los dos hombres de su vida. Belloso callaba.

–Lope, amor, cielo, no te irrites, no te enfades. ¡Hace tanto que no te veía! Mi primo ha acudido porque yo se lo rogué. ¿Te acuerdas cuán felices fuimos en Sevilla? Lope, no te sofoques, amor mío. Él es familia mía, ¡cúlpame a mí! ¡A Belloso lo hice llamar yo!

–En realidad, Juan de Dios ha venido porque yo se lo he pedido –confesó Lope, tendiendo la mano al contable y comerciante. Belloso la tomó gustoso, asintiendo con la cabeza. –A cambio de fama.

CAPÍTULO 34

UNA DECISIÓN TOMADA

Madrid, 1 de junio de 1612

Algunos agoreros decían que iba a ser el verano más caluroso que el más viejo de los viejos conociera jamás. Que las estrellas no mentían, y que el sol abrasaría el ganado y los campos, secaría pozos, ríos y matronas y que, al llegar San Juan, todo sería tierra calcinada.

Los charlatanes le importaban un comino a Jimeno de Monda. Pronosticaban calamidades y ofrecían a los crédulos sus remedios para evitarlos, que si pelos de santos, que si despojos de reliquias, que si un trapo que rozó la Vera Cruz, que si la santa bacina que una vez usó san Isidro. Él tenía calor. Él bebía vino. Aún no había subido el sol a lo alto, y ya la calle ardía. En la sombra de la taberna las gargantas trasegaban vino sin detenerse un instante.

–Ya lo dijo Galeno, que el vino caliente es el que mejor templa los humores.

–¡A ese Galeno, llénalo de mierda! ¡Trae cuerva de ese vino macerado con frutas que refresca! ¡Esa cuerva que reservas y que no muestras, bien fría en el pozo helado!

–Anda que no sois exagerado. Yo no tengo de eso. Y, si tuviera, si tuviera..., lo vendería bien caro.

Jimeno se sentía embotado. El último trago se le escapó por las comisuras de los labios, manchando su barba espesa, su camisa y su chaqueta de cuero gastado. El coleto y la piel grasienta del rostro quemado le daban aire de desaprensivo. Mostraba los ojos irritados

y rojos, como los estragados, a punto estaba de tomar una decisión.

–Señor, señor. ¿Sabéis qué pasará? –El punteador no lo entendió a la primera. Mientras se esforzaba por reaccionar, el astrólogo se sentó en el taburete aledaño–. El futuro, señor. ¿Queréis que os lance los naipes?

–El futuro, ¡ja!

–No os burléis, señor, que es cosa seria. Que los naipes marcados se ríen de los hombres, de lo que fue, de lo que será.

–Sabandija, eso es sólo palabrería que sólo se creen los miserables y los tontos. Todos los días nacen más tontos, así que ve a buscarlos. A mí, déjame en paz. ¡O te haré una cruz en las entrañas para que no tientes al diablo! –Amagó con desenvainar el acero, pero luego se lo pensó mejor. Miró la jarra vacía. El astrólogo y oniromántico llamó al tabernero, que sirvió vino–. Decidme, ¿lanzáis las tabas?

–¿Lo preferís?

–El día que mi madre se puso de parto, una vieja lanzó tabas de hueso para saber si yo viviría o si yo moriría y me enterraría en el monte de Coín junto a los otros dos mal paridos que nunca fueron mis hermanos porque nacieron muertos. Eso me dijo mi padre, quien, en cuanto ella rompió aguas, fue a buscar a la vieja. Trajo sus trozos de huesos, las falanges de cerdo, los nudillos de niño..., y lo arrojó todo a un cuero pintado con una cruz, y según cayeron en los cuadrantes, de pie o de lado, pudo leerlos. Que viviría. Que tendría vida difícil. Que casaría y tendría hijos. Y que tuviera cuidado. Acertó en todo. ¿Son vuestras tabas de hueso o son piedras con las que engañáis a los crédulos?

–Son de hueso. Sacados de cementerio consagrado. Pero callad, ¡bebed!

–Ésas son las buenas. Malditas tabas, que en todo acertaron. En Zelanda, otra mujer me maldijo con tabas, y tuvo razón de nuevo. –Las imágenes de un pasado turbulento lo cegaron. Bebió de nuevo. Secó la jarra–. ¡Traed vino! Lanzadlas, charlatán, y decidme qué cuentan, que tengo un asunto entre manos que me desquicia y que

burla cualquier razón.

El astrólogo mostró una bolsita de huesos.

–No quiero sentir el aliento de los inquisidores. Os lanzaré las tabas en un reservado.

–Sea.

Se retiraron a una mesa privada, apartada del barullo. El Mesón del Toro estaba rebosante. El agorero agradeció el silencio. Sentados, abrió la bolsa llena de falanges.

–Alguna es de santa, otra de monja. La hay de un rey y de un infante. Son tabas que heredé de mi abuela. Y os las lanzaré.

–Cuánto me costará el vaticinio.

–No hablemos ahora de dinero. Estad atento. He de lanzarlas tres veces; la primera para despertarlas, la segunda para advertirlas, la tercera para confirmarlas. ¡Hablad de lo que fue y de lo que será! ¡Hablad de lo que veis, para saber si es día propicio! ¡Contad lo que está oculto!

En cada lanzamiento, contaba las que se volcaban, las que se alineaban, las que se giraban, y a la tercera examinó todo sin prisa.

–Aquí lo pone. El camino recto se torcerá. Ellas saben vuestro asunto, hay mujer por medio. –Jimeno asintió, serio–. Hay oro, también, y mucha envidia. Un enfermo...

–Un tullido. Un manco.

–Eso es, señor: hay un manco que os arrastrará a un mal camino. Pero veo más, señor, hay una advertencia. Sí, señor. ¿Tenéis monedas?

–Por supuesto.

–Entonces, estad prevenido: parece que habrá un muerto si no seguís la advertencia.

–¿Cuál?

El agorero se aseguró antes de que nadie los oía, después lo apuntó con un pistolete.

–Que no debéis hacer caso a las tabas, sino a vuestra intuición. Que hacer caso a las tabas es de tontos. Ahora, amable señor, mostrad vuestra bolsa con cuidado y poco a poco. El oro os pesa, y vos, ya tan bebido, no necesitaréis más por hoy.

Jimeno de Monda se rio de sí mismo, desconcertando a su acompañante.

–No sé a qué viene esa risa. Os estoy apuntando al pecho y me estoy poniendo nervioso. Estáis borracho. Dadme la bolsa ya.

–Dejad que apure esta jarra...

Terminó de beberla hasta la última gota, adormecido, tontorrón, como gañán alcoholizado. Y de pronto, con un gesto rapidísimo hacia delante, se la estampó en la cara a la vez que se echaba a un lado.

Sonó un disparo.

Pero la puerta estaba cerrada. Al otro lado, varios borrachos cantaban y atormentaban a los aún sobrios. Los mozos gritaban y corrían y, entre los bramidos del mesonero y las voces de la cocinera, nadie hizo caso al estampido. ¿Qué fue, un portazo? ¿Acaso una fuente ha caído al suelo? ¿Algún memo se ha mareado orinando en las esquinas? ¿Ha sido un puntapié a los taburetes? Cada cual creyó lo que convino, siempre que el vino no faltara.

Pero un cuchillo de tercios encontró carne. Un proyectil errado quedó para siempre alojado entre el yeso y los ladrillos de la pared. Al recibir el jarrazo, el agorero echador de tabas había apretado el gatillo instintivamente, sin apuntar, y en un instante Jimeno de Monda desenvainó, se arrojó sobre él y le atravesó el corazón una, dos, tres veces, antes de retirar el acero y limpiarlo en la pernera del moribundo, que sangraba estrepitosamente por la nariz partida.

–Ya ves que las tabas no se equivocaron. Pronosticaron bien, sólo

que el muerto no era yo. Y haré caso a la advertencia, porque ¿para qué dejar a los vaivenes del destino aquello que depende de uno, aquello que uno puede hacer con sus propias manos?

–Confesión cristiana. No dejéis que muera sin confesión...

–Echa las tabas, que yo, como supondrás, estoy borracho y no te escucho. Echa las cartas, esos naipes mentirosos, que te dirán todo cuanto debes saber. –Levantó la primera carta, y era la Muerte. El moribundo trató de aferrarse a su manga para suplicarle, pero la vida se le escapó en el intento–. Ahora sois más sabio: ya estáis viendo esos paisajes de donde nunca se vuelve. Necio, más que necio.

Pero las tabas lo habían decidido. Se tambaleó, confuso; se armó como pudo y salió del reservado con el sombrero ocultándolo y ya sin dudas.

Era el día propicio para arreglar una cuenta pendiente.

* * *

Anda a tumbos, eructando a cada poco, con los ojos entornados bajo el sol de la tarde. Los chiquillos se ríen a su espalda con sus traspiés, pero él no los oye. Si los escuchara, los espantaría, los insultaría y perdería el tiempo, la fuerza y la determinación que necesita para hacer aquello que debe hacerse. Evita a los coches y a los alguaciles que todo lo miran siempre con desconfianza. Evita a los clérigos y a los sacerdotes, cuyos trajes negros le recuerdan que va a cometer pecado mortal. Tarda en encontrar el barrio, la travesía, la calle. Las imágenes de sus males, de sus errores, los incendios en tierras belgas, las matanzas en las calles, el fragor de los cañones que no discriminan a soldados ni niños; el horror de una guerra se junta con la ira de la traición, con el deseo de una venganza justa. Allí se queda, junto a la esquina que ya tanto conoce, hastiado de todo, lleno del vino agrio que se le agolpa en la garganta, empapado de un sudor pegajoso que le cierra los ojos y le

susurra en los oídos que no es momento de violencia, sino de abandonarse a la inconsciencia de Baco. Pero él espanta las voces con sus manos como si fueran moscas indeseables.

Pasan miles de pensamientos por su cabeza. Razona como puede que no está sobrio pero tampoco inconsciente, que, si aprieta con fuerza su derecha, su tacto halla la espada toledana que tan bien le ha servido tantos años. Que aquella decisión que tomó en su momento no fue un sueño. Que las verdades de las tabas y la rigidez del oniromante muerto no son un sueño. Que la certeza de que va a romper contratos y juramentos y que la decisión ya estaba tomada son reales.

La puerta se abre, una mujer sale a la carrera con prisa evidente. Era Catalina. Las excusas ante Sessa eran humo, porque había razones que sólo Lope y él conocen. Las sirvientas ¡qué descuidadas son! Ha dejado la puerta entreabierta. Es una señal divina que debe obedecer. Es el momento en el que un hombre deja de atender a razones y aprovecha lo que se le ofrece. Lo que el futuro traiga después ¿acaso lo supo el oniromántico? No debió ser muy bueno si no pudo salvarse de la muerte.

Ya está dentro de casa. Desenvaina a Inquisidora. Recorre con sigilo pasmoso la planta baja. No hay nadie, por los ruidos que suenan están arriba, en la planta superior. Y él sabe que Lope es animal de costumbres, que lleva semanas encerrado y que es el día que no ha de esperar más.

Sube las escaleras. Jimeno de Monda está tenso, porque ¿qué puede esperar de un hombre desesperado, de alguien que se va a defender en su propia casa? Saca el cuchillo, preparado en su siniestra. Parar y sajar, parar y sajar, hincar la punta, coger la guarda y cortar, es cosa fácil, lo ha hecho muchas veces, y una más no va a hundir su alma más aún en el Tártaro.

La puerta de la alcoba principal está abierta. Oye voces, está él. Jimeno lucha por enfocar la vista, por no marearse con esas voces que retumban en sus oídos sordos por el alcohol y por el tronar de sus propias palpitaciones. Respira con agitación en los últimos escalones, y se decide y entra, ¡dispuesto a dar muerte a Lope de Vega!

Pero el mundo cede bajo sus pies ante la escena más triste de la creación. Juana de Guardo llora desconsoladamente abrazada a su marido, quien hipa también de tristeza y consternación. La alcoba es un caos de arcas abiertas, telas revueltas, vasos rotos, trapos húmedos y cruces y rosarios. El incienso aún humea, pero en vano. En el centro del lecho, recogido entre las sábanas, está el cuerpo muerto de Carlos Félix, pequeño, apagado, sereno, como dormido, pero ya no despertará de sus fiebres.

Y algo vibra en Jimeno de Monda que le impide acometer a aquel hombre ojeroso y triste. El escritor lo mira y protege del intruso a su mujer deshecha en llanto lastimoso. El malagueño, petrificado, no puede dar el último paso. No puede ni respirar. Un nuevo alarido de dolor de doña Juana lo despierta y, sin dejar de mirar al niño y a Lope, sin ruido, regresa tras sus pasos y sale de la alcoba, del piso, de la escalera, de la casa. Ahora sí necesita el olvido. Busca una taberna, otra diferente a la de las tabas, que no han mentido, y tiene una sed devoradora que, sabe, puede ser en esa noche su sentencia.

–¡Tabernero! ¡Vino! ¡El más fuerte que tengas!

ACTO TERCERO:

MADRID (1612)

CAPÍTULO 35

EL LIRIO HELADO

El funeral por la muerte de Carlos Félix mostró a un Lope triste como nunca antes. Los que lo trataban se dieron cuenta de cuánto lo había afectado por su falta de vitalidad, su aspecto apagado y avejentado y un pelo que se debilitaba y encanecía a ojos vista. Cuando enterraron el pequeño ataúd, fue como si un violento golpe de mar arrojara al escritor al turbulento oleaje de un océano arbolado, oscuro, sin fondo. Las vecinas y la criada sostuvieron en todo momento a doña Juana, que parecía sin vida, sin fuerzas para andar ni para quejarse ya. Encerrarse en casa con ella era como ser sentenciado a vivir en un mausoleo. Los pequeños juguetes de madera seguían allí, sobre la mesa, en el estrado, sobre el brocal del pozo en el huertecillo. Por donde pasara, Lope se imaginaba que oía los pasos ágiles, alegres y rápidos del pequeño, que entraba a la cocina a sisar una cucharada de gachas de Catalina, que aparecía por el despacho a mostrarle un polluelo recién salido del cascarón o que subía y bajaba a la carrera las escaleras para escuchar a su madre, siempre esquivando de un salto ese escalón mal dispuesto de arista levantada que más de un susto había dado a quien no estaba apercibido.

Incluso el duque de Sessa, su mujer y su hijo acudieron a la iglesia a darles el pésame. Y él lo agradeció, por lo menos al principio. Cuando después le preguntó en voz baja como quien no quería la cosa por unas cartas que necesitaba para convencer a una tal Isabel, Lope sólo negó con la cabeza, deseando tener fuerzas para gritarle, para empujarlo y asustarlo, para decirle que no era el momento ni el lugar, que llegar allá con esas exigencias era impío y vil. Pero estaba cansado, y no le dirigió ni una palabra de reproche.

Su mujer desvariaba. Y Catalina y una vecina decidieron velar por ella día y noche por un tiempo, ya que vieron a Lope tan disperso

que no atinaba qué hacer o qué decir para consolarla.

–Si es que sois hombre, y no sabéis lo que pierde una madre.

Lo que no podía decir sin que le temblara la voz podía escribirlo. Y en su despacho pasó aquellas noches, aquellas semanas de remordimiento. ¿Era una señal divina, un castigo por tanta afrenta? ¿Tendría razón el confesor? ¿Había llegado el momento de pagar? Las imágenes fantasmales de sus hijos muertos, de sus mujeres muertas, lo rondaron; aquellas pequeñas mortajas blancas de los inocentes, los toques de campana a difunto, las comitivas con los hachones de cera y los llantos de las mujeres; el olor a humedad pestilente de la tierra profunda del cementerio al ser hollada por la pala del enterrador; las lombrices segadas por el filo de la herramienta, retorciéndose en sus dos partes para morir también. Tomó el cálamo y la tinta. Necesitaba vomitar su dolor con la escritura, pues no conocía otra forma de alivio.

Y tú, niño feliz, que en los siete años de tu vida nunca fuiste desobediente a tu padre, líbrame de mis ilusiones con tu ejemplo. Solaza mis ojos paternales llenos de pena, tú que abrazas ahora la luz. Desde tu cuna hasta tu última cama, no diste ni una hora de tormento. Cuando te vi, con esa calma santa y esa sabiduría, yo reconocí en tus tiernos años que se acercaba ese momento que te conduciría a las frías sombras de la muerte. Entonces lloré por lo que había ganado y perdido, y me dije que esto era todo, que no conocerías la juventud. A ti te regalé esos pajaritos cuyo canto tanto te complacía, por ti planté árboles y flores para disfrutarlos contigo. Y qué poco los disfrutaste, Carlos mío, al alba de la vida apenas saliste, bañado de rocío, cuando tu blanca alma de lirio, convertida en hielo por el frío de las fiebres, cayó en tierra.

¿Qué me importa ahora que te pusiera a la sombra de un príncipe en tierra? Y Dios mismo maldice a quien de los grandes se fía, porque nada dura, ni agradecimientos, ni la breve tiranía, ni la mortal hermosura, ni la ambición de los hombres, con sus títulos y nombres, ni la lisonja ni las adulaciones. Cuando expira la vida, ¿para qué sirve todo eso, si a la nada se vuelve?

Goza ahora, hijo mío, de esos jardines maravillosos de los campos celestiales, a vivir con Dios eternamente, lejos, muy lejos, de la impiedad de los ignorantes, sin noche ni mañana, sin vejez siempre enferma, sin la fiera envidia. Yo te di la mejor patria que pude para nacer. Ahora, en tu muerte, rodeado de santos en tu sepultura, te pido, hijo, que ruegues a Dios para que mi pena cambie a gozo, para que, a pesar de que la sangre procura cubrir de noche oscura la luz de esta memoria, vivas para siempre en la mía. Y espero que algún día lo que ahora me da dolor me dé gloria, al ver al partir de esta tierra ajena que no te quedas atado donde, ahora, todo es pena.

Tan bello le pareció que lo releyó tres veces. Luego, se echó sobre la mesa y lloró amargamente.

Peor estaba Juana, que miraba al techo desde la cama como si no tuviera vida. Igual que los conejos desnucados que vendían en la carnicería de su padre, con las pupilas dilatadas, oscurísimas y muertas. Lope se sentó junto a ella en la cama. Catalina refunfuñaba, acaso achacándole alguna maldad, y por primera vez el escritor sintió ganas de darle bastonazos hasta reventarla para que no fuese tan engreída, que era criada y no señora. Le leyó la carta dedicada a su hijo. Y Catalina rompió su coraza.

–Ay, ay, señor Lope, que es lo más precioso que he escuchado nunca.

Juana de Guardo lo miró con ojos de ternera sacrificada, pero no dijo nada. Lope le tomó la mano, hipando; ella siguió silenciosa. Por horas interminables, sólo se oyeron los zumbidos de las moscas, que, con el calor anunciando el verano, olían el inicio de la podredumbre de la carne para la olla que Catalina había dejado en la encimera de la cocina. Después llegó el mozo bobo e ignorante del duque de Sessa preguntando por él. Con eso, tuvo una razón para salir de aquella tumba.

* * *

Maldijo al sol y al día alegre, porque él no se sentía así. Pero al doctor había que pagarlo, y al enterrador también, y también había que dar limosna al párroco y a las plañideras. Todo costaba dinero en maldita la época. El mozo bobo lo condujo hasta el Prado, donde muchos nobles se dedicaban a saludarse y solazarse con el magnífico día, a intercambiar parabienes y también chismorreos. Toda la corte estaba revuelta. El conde de Pastrana ya había llegado a París con toda la comitiva sin reparar en gastos y había escrito que la llegada había sido un éxito. Pero Madrid no era París: la Junta de Aposentos estaba repasando todos sus listados para ver las habitaciones disponibles, y no eran tantas ni tan lujosas como requerían los invitados y testigos de las capitulaciones. El duque de Sessa agarró del brazo a Lope con familiaridad. Preveía grandes oportunidades para su casa.

–Mi cuñado el de Feria ya ha recordado a nuestro rey que estoy en Madrid, que deberá tenerme en cuenta en los banquetes y besamanos, y, con tanta buena alegría, seguro que se repartirán títulos y dignidades que llevan pendientes de ser otorgadas desde la muerte de la reina Margarita, Dios la tenga en su gloria.

Las dos hileras paralelas de grandes álamos daban sombra por todo el paseo para el solaz de los visitantes. En las fuentes, las mujeres se refrescaban y dejaban que los galanes las cortejaran. Los coches circulaban en los dos sentidos del paseo, mostrando sus propietarios los colores de sus escudos de familia restaurados, las nuevas galas y telas llegadas de París, que se decían sería la moda en los meses venideros; y las bellas se dejaban ver desde las ventanillas, corridas las cortinas, dispuestas al cotilleo y a la maledicencia mientras escondían las miradas tras sus abanicos de colores. De tanto en tanto, Luis Fernández de Córdoba se paraba, saludaba con efusión a un conocido y se descubría la cabeza ante él, ya fuera notario, marqués o secretario. Entonces su comitiva también se detenía, su adusto secretario Bermúdez, su copero siempre preparado para servirle, su secretario secreto y cuatro espadas, dos delante y dos detrás, que pilluelos, pícaros y malandrines también había. Sentados contra los árboles, buscando sombra y piedad cristiana, se multiplicaban los pobres. También algunos de los coches se

detenían a veces, y los mendigos y lisiados rogaban ante las viudas y las bellas, contaban sus penas y, si convencían, obtenían alguna moneda, algún real, y no sólo palabras de consuelo y buenos deseos. El convento de los agustinos recoletos se hacía dueño del paisaje, luego cedía el trono a la Puerta de Alcalá, y desde allí los Jerónimos se hacían hito pasada la torrecilla de la música. El verdor refrescaba y animaba a corrillos de atrevidos jóvenes a tocar las guitarras y vihuelas y también alguna pandereta. Varias mozas de mesón escapadas de su condena servil mostraban su garbo y su juventud despreocupada cantando y bailando. Muchos sonreían al contemplarlas. Unos, por deseo; otros, por envidia de juventud ya perdida.

–Estás ceñudo y triste, y yo te aprecio, Lope. Bermúdez, ¿dónde está esa bolsa? Toma, para que veas que no he olvidado lo que te atraso. Pero bien sabes qué difícil está todo. Estás en mi aprecio, Lope, así que te requiero como antes, bien dispuesto, osado, ocurrente. Las malas cosas van y vienen; a las penas las sustituyen las alegrías; a los duelos, las celebraciones, y así ha de ser por siempre. ¡Mira a nuestro rey, que ya se atreve a grandes fastos! ¡Fuera el luto negro, fuera esos trajes de su padre el prudente, tan funestos y tristes! Y tu mal pasará también, Lope, lo sé. Y yo te requiero ahora. ¡Id con Dios, señor marqués! –Saludó con el sombrero a un noble cuyo coche corría a un lado levantando polvo del camino; el susodicho devolvió el saludo con la mano desde la ventanilla–. Te digo, Lope, que te necesito. Y sé que volverás a realizar tus tareas con eficiencia.

–Señor, no puedo escribiros más cartas de amor para vuestras amantes. Tengo una prohibición expresa de mi confesor. Excusadme de ese servicio, de todos los demás me tendréis con fuerzas duplicadas. Pero, para ése, no.

–Bah. Paparruchas. No temas al confesor, que no se enterará.

–¡Señor! No puedo ocultarme de mi conciencia, ni dejar de declararlo cada vez que me confieso. Tomar la sagrada forma estando yo impuro no lo concibo. Y es que tiene razón mi confesor, y no quiero. No, no quiero verme forzado a no celebrar mi misa sin incurrir en sacrilegio. Pero os tengo apego y afecto sincero, señor, y en esa contienda estoy, espantosa y desasosegadora. Soy mísero y

pecador, y me ponéis en un brete, ¡no quiero dar excusas, simplemente no puedo hacerlo más!

–Lope, secretario y amigo, ¡no me hagas esto! ¡Me haces traición a mi confianza!

–Por favor, no digáis eso, señor, me atravesáis con esas palabras.

–Cada cual es libre de cuidar su alma como guste, pero, Lope, recuerda mi apoyo, mi defensa, recuerda mis mercedes, los beneficios. Cuando Carlos Félix se puso enfermo, ¿no fue mi propio médico quien lo atendió cada vez que lo pediste? Cuando tu mujer Juana necesitó comodidad en sus desplazamientos por Madrid y Toledo, ¿no fue mi coche el que llegó a tu casa para recogerla, protegerla y devolverla a salvo? Cuando quisiste imprimir alguno de esos tomos tuyos, ¿no te ofrecí, como mecenas tuyo que soy, el adelanto que pedía el impresor? ¿Y no intervine frente a la Santa Inquisición cuando tuvo lugar aquella vergonzosa investigación? Ahora de todo eso te has olvidado. El luto te trastoca la memoria. Quítate esos escrúpulos. Tu confesor dice que haces mal, y yo te digo que a mí me haces bien.

–Yo ya no soy maestro. Habéis alcanzado el grado, yo os lo digo. Vos mismo seríais capaz de escribirlas a vuestro gusto. No tengáis pereza en ello, que yo creo que para eso ya no soy imprescindible. O acaso hacéis como otros, que no las escribís vos mismo porque, quizá, no estáis muy enamorado.

–Te burlas de mí y te lo consiento sólo por el luto. ¡Yo tengo mis jaleos y asuntos, bien sabes que la grandeza lleva tiempo obtenerla y mantenerla más aún! ¿Verdad, Bermúdez, que no paro en casa, tantas son mis preocupaciones?

–Verdad.

«De fiesta en fiesta», pensó Lope.

–O sea, que te necesito, Lope. Y ayudar a un amigo que te necesita es hacer bien cristiano.

–Pero es que sigue siendo pecado.

–Cambia de confesor. Con gusto acude conmigo a misa, el mío no tiene tantos remilgos.

–Pero, señor duque, me aseguraron que, si seguía escribiendo esas cartas amatorias, me situaría en pecado mortal. ¡Señor, no os lo toméis tan mal! Ha muerto mi hijo, poneos en mi lugar, estoy desnudo ante el dolor y ante Dios. ¿Y si mi hijo me ha entregado una advertencia? ¿No es acaso posible? ¿No tendré que reflexionar sobre todo esto? Y me acosáis, y yo ya no sé cómo convenceros.

–Ponte en mi lugar: ya estoy en Madrid y quiero retomar a quienes ya suspiraron antes por mí. Y a ti se te pasará, ya te sucedió todo antes. Todo se repite. Volverás a sonreír, a emborracharte conmigo, a sacar la espada para espantar a borrachos y sombras pendencieras. En vez de esperar un mes o dos, pues adelántalo todo, y así me ayudas. Escribe de nuevo, amigo, que yo no lo olvidaré. Y haré que recen misas por tu hijo doscientos días; las pago yo, a ti no te costará ni medio maravedí contable.

Lope luchó consigo mismo. Pero claudicó. Doscientas misas eran mucha ayuda para un alma. Y en eso el duque fue hábil, apuntó donde más le dolía.

–Entonces, sí. Seguiré escribiendo esas cartas, me atendré a los reproches del confesor. Lo haré, sí. No por gusto, sino por necesidad. ¿Doscientas misas?

–Doscientas misas. Y haré llevar flores a doña Juana.

–Sea, mi señor duque. Soy vuestro fiel esclavo.

Lo hacía por el niño. Se convenció de ello, a pesar de las largas noches de mal sueño de Juana. Por el día era peor, porque era consciente de todo, y las quejas de pena, los lloros, las caras largas se le hicieron insufribles. El duque cumplió su palabra. Un gran ramo de rosas fue llevado a la casa, pero Juana las odió y detestó.

–Si estoy de luto, ¿para qué quiero alegría en mi cuarto?

Y mandó que las arrojaran a la calle, donde los cerdos de un porquero se las comieron. «De mal agradecidos está el mundo

lleno», pensó Lope con pesadumbre. Él burlaba la sentencia sobre su alma y las reconvenciones del confesor para bien del alma de Carlos Félix y el sosiego de su mujer, y ella despreciaba su sacrificio y esfuerzo. ¿Cómo iba a concentrarse en su trabajo de galeote con tanto ruido en casa? El segundo día después de su encuentro con Sessa ya era insoportable permanecer en la casa sin escuchar las risas de Carlos Félix, y entonces recordó con tristeza que tenía otros hijos, otra casa, otro refugio.

–¡Lope, Lope, Lope!

Tanto gritaba Juana de Guardo desde su alcoba que Lope tuvo que dejarlo todo a medio hacer para subir a verla. Estaba como poseída. Catalina se hacía mil cruces. Los ojos de su esposa miraban desorbitadamente, y ella sudaba, con un sofoco tremendo, y parecía que deliraba de fiebres. Las compresas de agua fría que la fiel sirvienta le colocaba apenas calmaban las calenturas, hasta el punto de que se retorcía incluso cuando Lope la tomó de las manos y del talle. El escritor estaba desesperado por el insomnio, el luto y las preocupaciones.

–¡Lope, Lope, Lope! ¡Fue mi culpa, culpa mía, culpa mía nada más! ¡Perdóname, Lope! ¡Trae a un confesor, Lope!

–No fue culpa de nadie, sólo fueron unas fiebres, y él decidió partir.

–No fue eso, Lope, yo deseé... yo... ¡Qué culpa más grande tengo! ¡Lope! ¡No te vayas, trae a un confesor! ¡Lope, date prisa! ¡Ve, corre! ¡Pero no te vayas de mi lado, Lope!

Le costó soltarlo de la mano. Y él no aguantó más.

–Cuida de ella, Catalina. He de salir. Es sólo fiebre, es sólo pena, no sabe lo que dice. He de salir.

No dejó que la criada chistara, no fuera que lo convenciera. Se sacudió unas lágrimas sueltas según bajaba las escaleras. En el último escalón, pisó una de las tallas de madera de Carlos Félix, un gorrión de madera que, soplando por un orificio, sonaba como un pitido. Cómo había llegado hasta allí, si los había recogido todos y guardado en un cajón de su despacho, no lo supo, pero se le

pusieron los pelos de punta y salió con la mayor rapidez de la casa de la calle Francos.

El paso por varias tabernas no le mejoró el ánimo. Tanto le daba ya saberse seguido como si no; necesitaba desahogo, y en el atardecer cada vez más largo llegó a la casa de Jerónima de Burgos. En ella tendría paz, en ella tendría calor..., pero se detuvo al observar un guarda en la puerta. Arriba, de la ventana abierta al verano, se veían luces, y del cuarto salían risas. También ella lo había olvidado. Maldijo su estirpe y la de todos los caballeros, maldijo a quien hollaba la carne que era suya. Trastabilló dos veces, el guardia hizo amago de dar más de un paso hacia él, y Lope, borracho, rehuyó. Exclamando maldiciones contra príncipes y señores, se imaginó que sí, que las sombras corrían hacia él desde los callejones, y se llenó de miedo, porque había salido con lo puesto y sin espada. Corrió, tropezó, encontró.

Con los puños cerrados y a voces, cuando ya caía la noche, golpeó la resistente puerta de la casa de la calle Júcar, donde sus otros hijos debían consolarlo y recordar que aún era padre.

–¡Abre, Micaela! ¡Abre!

Se descorrieron los cerrojos. Escuchó, con el corazón en un puño, las voces infantiles tras la puerta, y se imaginó que entraba en un paraíso, en un oasis después de tanto desierto seco; que los niños saltarían a sus brazos, que él se los comería a besos como nunca antes; que volvería a sentir la vida y no la muerte. Lope Félix llegó a la carrera, y detrás de él Micaela. Abrió los brazos para recibir a su hijo. Y, sin embargo, su hijo lo recibió a puñetazos, resentido por el abandono, llorando de rabia por tener un padre tan cruel que lo detestaba y lo alejaba de la casa para encerrarlo con unos extraños y perversos, allí donde el amén se conjugaba con la vara y los azotes. Y aquello descompuso aún más al escritor.

–¡Hijo mío! ¡De mis entrañas! ¡No hagas eso, que me matas de tristeza!

–¡Padre, te odio! ¡Déjame! ¡No me toques, padre!

–Hijo, ya está bien. ¿Es que no te han enseñado nada en el hospital,

no te han dicho que debes honrar a tu padre y a tu madre? ¿Has sido tú, Micaela, quien lo ha sacado de allí?

–¡Ha sido el tito, que me quiere más que tú!

Podían quejarse de él, pero no toleraba que le faltaran al respeto, y alzó la mano contra su hijo. Micaela ahogó un grito, igual que la criada, porque el aliento de Lope y sus ojos vidriosos lo delataban. Pero una madre es una madre, y se interpuso entre los dos y lo empujó para alejarlo de hacer algo de lo que luego se arrepentiría.

Desequilibrado, el escritor tropezó y cayó, y sobre el suelo durmió su inconsciencia. Allí derribado yacía el fénix de los ingenios, con la pechera empapada de vino y babas, el cuerpo cubierto de sudores, con sangre en la sien. La criada le palpó el rostro. Respiraba. Borrachísimo. Y en su abrazo con Baco y Morfeo no pudo ver la angustia ni las toses de Micaela de Luján, ni cuán pálida estaba, ni el esputo de sangre que manchó sus labios carnosos y el suelo. No era el primero. Débil, Micaela se arrodilló para acariciar la cabeza llena de canas, el rostro hermoso surcado de arrugas de su hombre amado. Lope Félix no quiso acordarse de su padre, sino de su madre.

–Madre, madre..., no llores. Yo te cuidaré.

–Señora, yo ya no puedo más, tenéis que llamar a un médico. Esto de los secretos a mí me mata. Señora, dejad que pida un médico, o que venga el boticario, que vive cerca, que alguno de los dos sabrá qué puede hacerse.

–Tú eres mi criada y yo tú señora, y no dirás nada a nadie. Trae una almohada para mi esposo. Trae un paño y agua fría. ¡Corre, y ni una palabra más!

Marcela dormía arriba como una bendita. Lope Félix miraba a su madre con miedo. Y Micaela tenía pena en el alma porque sabía que se estaba muriendo, y Lope, tan lleno de cuitas por Juana de Guardo y tan obsesionado con su religión de letras y papeles, no se había dado cuenta de su mala salud. A lo peor, la maldita tisis. A lo peor, el mismo mal que había enterrado al pequeño Carlos Félix en su sepulcro de ángeles y santos.

CAPÍTULO 36

LA MALDICIÓN DE LOPE

Claudio temía tanto a Lope como a Juan de Dios, y por varias semanas no quiso coincidir con ninguno de los dos en las tabernas y mesones que habitualmente frecuentaban. Halló una tasca pequeña y rehundida bajo el nivel de la calle, en una transversal a Atocha, donde no esperaba encontrar a nadie conocido. La entrada era pequeña, con dos escalones, y se debía tener cuidado con el dintel de madera de almendro, donde alguien con sentido del humor había tallado perros y gatos persiguiéndose entre sí. Olía a pescado frito, tanto que la peste del aceite lo impregnaba todo, pero aun así los dados corrían de una mesa a otra, las cartas a bastos, espadas, oros y copas se mostraban y se ocultaban entre reales partidos y maravedíes, y fue difícil conseguir sitio donde sentarse sin ser importunado. Las jarras de cerveza y vino se vaciaban con rapidez. Platos de pescado frito y salado, arenques holandeses, bacalao en salazón y ese pulpo seco con el que cocinaban un guiso sabroso de patatas y zanahorias volaban sobre las cabezas. Las mozas, de buen ver y buenas caderas, reían sin parar y no hacían ascos a los piropos ni a los galanes. Con razón tenía fama el sitio.

El actor había rechazado actuar las últimas semanas. Gaspar de Porras se había enojado con él; Riquelme le había reclamado un anticipo y Morales se había reído de sus razones.

–No puedo, ahora no puedo. Es por Lope, es por Lope.

–¡Pues, como sigas así, acabarás bien flaco!

Entre aquel ruido, en mitad de las voces y del olor a fritanga rancia y pescado enharinado, Claudio Conde se sumía en sus sordos pensamientos. Acaso tenía alma de penitente o de confesor, porque había aceptado hacer otro favor a Lope. Belloso había acudido a su llamada para lo que fuera que estuviera tramando. A él le había

encargado acudir a Toledo.

Decidió que sí, que iría.

El viaje le haría bien. Madrid lo estaba ahogando. Sus pensamientos lo asfixiaban, y pensó que tal vez alejarse lo reconfortaría y le devolvería la razón, porque estaba enloqueciendo.

–Guardar silencio, como decía Cicerón, es trabajo arduo y una esclavitud tras otra. Porque quien así hace –le había dicho un viejo maestro de latines entre jarra y jarra–, si lo hace bien, no descansa. Enseguida aumenta su fardo con nuevos secretos, con nuevos silencios, y queda uno atrapado. Lo mejor es beber y olvidarse. Olvidarlo todo es como mejor se guarda lo que no se debió conocer.

En una loca carrera había tomado un caballo de la compañía de Gaspar y había cabalgado sin pausa en el día para llegar a Toledo cuanto antes. En eso no era Lope. Se sintió destrozado por el trote, con la rabadilla desollada y las articulaciones molidas. Era la edad, que ya no admitía ni más secretos ni más excesos de juventud perdida. Con todo, dolerse del trasero le vino bien para olvidarse de otras cosas.

El encargo de Lope era sencillo: le había pedido que indagara en cierta librería por cierto manuscrito que tenía en su poder. Bastó conocer el título para que Claudio diera un respingo. Y allí estaba él, al día siguiente, saliendo del Mesón de la Fruta para deambular por las estrechas calles de la vieja judería después de escuchar misa en la iglesia de San Benito. Decían que el tesorero que la financió durante el reinado del rey Pedro el Justiciero aún se paseaba por ella, pues antes había sido sinagoga y en sus sótanos y cuevas ocultas seguía velando por las riquezas que había enterrado para escapar del fisco. Pero Claudio no escuchó fantasmas ni voces, sólo los rezos de los monjes, que inundaban las yeserías caladas, los arcos lobulados y las esbeltas columnas que sostenían los ataurique mudéjares. Se santiguó, eso sí, ante el altar plateresco y el cuadro dedicado a la reina de los cielos, rogándole que también intercediera por él, porque había pecado. Y seguiría haciéndolo.

Le costó dar con la librería, pues no tenía ni cartel ni placa ni indicación alguna del oficio. Si acaso olía a agallas de pez, a tintes

férricos y a pasta de papel, los olores se difundían por el callejón, arrastrados por el frescor que daban los muros de piedra en penumbra. Se fijó más y halló al fin, bajo una balconada carcomida, una puerta apuntada de mira enrejada y arco de piedra, con los restos tallados de una estrella judía. Y eso era lo que le había dicho Lope, así que llamó con impaciencia al portón. La mirilla se descorrió.

–¿Quién sois? ¿Qué queréis?

–Libros, ¡qué, si no!

El jorobado que había abierto escupió al suelo varias veces, renuente a dejarlo entrar, pero unas monedas lo convencieron, tras susurrarle que en poco sería hora de comer y que esas monedas bien daban para un par de jarras de vino. Más lo convenció cuando mencionó a Lope. Tardó un poco, en todo caso; habría ido a realizar la consulta.

–Está bien, pasad, pero no importunéis. –Miró fuera a ambos lados y cerró los cerrojos–. Mirad y no toquéis si no vais a comprar. ¡Os vigilo!

Verdaderamente, cualquier lector sería feliz en aquel dédalo de papel impreso. Dos gatos de patas blancas se rozaron con él, lo que satisfizo al jorobado. Lo expresó con un ruido gutural. Después retomó su quehacer, que en ese momento era barrer.

–No habéis dicho el nombre –exclamó en voz fuerte el librero desde el otro lado de un buen montón de manuscritos mal encuadernados.

–Yo, Claudio Conde.

–Yo, maese Antonio. Pasad sin temor. No hay nadie más.

La tienda estaba, efectivamente, vacía en ese momento. Los montones apilados llegaban hasta el techo. Claudio tuvo cuidado de no rozar las pilas inestables.

–¿Pero tanto se lee en este país?

–No mucho, pero ya se pondrá de moda. ¿No dicen que viene un

rey francés y que allí tener libros es señal de buena casa? A ver si aquí, en esta piel de toro, se pega algo. A mí lo que me salva es el libro viejo. –El librero e impresor dejó de componer tipos con las pinzas sobre su mesa y se dirigió a atenderlo, guiándolo por las baldas–. Aquí hay verso y aquí, prosa. ¡Mucho verso y mucha prosa! Es otra moda que hay ahora: los hay que no quieren más que libros de palabra rebuscada, otros prefieren la comedia. ¡Mejor reír que llorar! De Sevilla me traen y bastantes, de Granada antes me traían más. Estos últimos los he comprado en Valencia, cuidado que se deshacen. La brisa salobre es lo peor que hay para el papel, eso y las cucarachas, que son voraces. Venid, venid, por aquí. ¿Qué os interesa, qué buscáis?

–Pues, veréis, yo...

–Qué lástima de impresiones, algunas dan pena. Ya no se cuidan los libros como antes. Los hay que hacen papel en pliegos cada vez más delgados, y da igual que se inspeccionen y se pesen, al final hay trampa. Todo por ahorrarse una minucia. ¡El libro nació perfecto! Mirad, mirad éste. –De un estante sacó un grueso tomo con pastas de madera y cierres metálicos–. Es un libro de horas; mirad qué líneas, qué letras, qué tintas. Buen, buen papel, denso, blanquísimo. Alguna buena señora lo tuvo en su atril muchos años atrás. Si vierais alguno que me han ofrecido, da pena. Al final irán a ultramar, donde hasta lo malo se vende por bueno y se saca más beneficio que aquí, descontando los gastos del viaje y todo. Quien tenga una buena licencia, puede hacer negocio.

El encorvado librero no era mucho mayor que él, pero parecía un anciano con su piel blanca, casi traslúcida, sus manos finas, su mirada hundida pero viva y un matojo de pelo canoso largo y revuelto. Todo en él olía a papel. Se empeñó en enseñarle algunos ejemplares que custodiaba, libros antiguos en pergamino, más preciosos que el oro para él.

–Tengo libros, digamos, que no debiera. Pero sois amigo de Lope, y no temo nada de él. Siempre ha comprado bien y con discreción. Si deseáis alguno de los libros del índice, os lo podría conseguir. Si queréis ejemplares de los países holandeses que son difíciles de hallar aquí, algo puedo hacer. Aquí tengo comedias suyas. Si pasáis a este reservado... ¡Julio César, estate pendiente! –El jorobado

gruñó. El pequeño habitáculo tenía un camastro, una silla y un arca bien cerrada. El ventanuco superior proporcionaba un haz de luz procedente del cercano patio de luces. Allí debía dormir y vivir aquel obseso de las letras. Claudio se agobió, pues temió que estuviera endemoniado, tal era su entusiasmo al tomar una llave de su cuello y abrir el arca–. ¡Mirad qué joyas, mirad esta biblia miniada, mirad este decálogo de demonología! ¡Ah! Y este tomo segundo sobre la comedia, de Aristóteles. ¡Rarísimo! ¡Una copia toledana de algún palimpsesto alejandrino! Y de Venecia me llegan, ¡oh, maravillas!, libros que os llenarán de asombro.

–Bien, bien, maese librero. Pero yo... vengo a preguntar sobre un libro concreto. Un libro que ha llegado a manos de mi amigo, y que, por lo que nos cuentan, llegó antes a las vuestras.

–Oh. –Besó aquellos tesoros. Comprobó que los ramilletes de lavanda seca aún olían y cerró el arca–. ¿De qué libro se trata?

Claudio apenas susurró el nombre. El librero lo miró con sorna.

–¿Es que no os atrevéis a pronunciarlo en voz alta?

–¡No!

–Si me compráis algún libro, os diré lo que sé.

Salieron del cuarto. Recordó que en Sevilla hablaban mucho y bien de un tal Mateo Alemán.

–¡Ah, el Guzmán de Alfarache! Sí, tengo algunos ejemplares; éste, por ejemplo. –Se lo tendió sacudiéndole el polvo con vigor–. A ver esos cinco reales. Muy bien, muy bien. Ahora lo que sé... A vuestra pregunta os digo que la copia que vendí me la trajo un comerciante de sal de Zaragoza. ¡Oro puro! Hice varias copias más que... Bien, saqué buenos precios por ellas. Tuve suerte de que lo trajera a mi librería, aunque no me extraña tampoco, la fama se hace, se acrecienta y se difunde.

–¿Pero sabéis quién lo ha escrito?

–Eso os costará otro libro.

–A ver... ¡No, quitadme a Góngora! No, ese tampoco. Recomendadme, ¿éste qué tal?

–Mejor éste, que por esos gustos os veo. Un Lazarillo de Tormes. Os pido seis reales.

–¡Qué caros están los libros!

–¡Caros! Me estáis insultando. Seguro que no os duele gastar eso y mucho más en beber. ¿Lo compráis o no? Esos reales... Ah, bien, muy bien. Vos aflojáis la bolsa y yo la lengua. ¡Julio César, aparta al gato de ese libro! –Se oyó un escobazo y un maullido de rabia–. Lo que os digo no debéis divulgarlo. Al comerciante se lo dio un escritor, un monje como esos amanuenses de siglos atrás.

–¿Dónde lo encontraré?

–En el Monasterio de Piedra. Cerca de Calatayud, en la vía que va a Zaragoza.

–¿Y el nombre de ese monje?

–Eso sí que no lo sé. Os habéis librado de comprarme otro libro.

Había ido y regresado de Toledo, sí. Había trasladado a su amigo la información del librero, y en esos instantes Juan de Dios de Belloso galopaba en dirección hacia Zaragoza en busca del monje. Y, por petición del escritor, por no dejarla sola mientras atendía a su mujer en luto, Claudio había acudido a casa de Micaela de Luján.

Tan pálida su piel, tan dorada su melena de bucles, tan profunda era su pena y tan grande su soledad, que la amó. La amaba desde que en Granada la viera en todo su esplendor y fertilidad el día que Lope gozaba de hembras nazaríes y ella se quejaba de esa fama de disoluto e infiel que, alguna vez creyó, podría cambiar en su amante. La amaba desde entonces, pero no lo sabía. Ella no esperaba a Lope, tampoco a su primo; lo esperaba a él, porque era su confidente, porque los secretos enraizaban en él y nunca eran desvelados, porque era fiel a su palabra y porque, además de callar, amaba de verdad. No era una pasión devoradora, una ansiedad que exigiera carne, sino un cariño, una ternura consoladora, una

cercanía silenciosa y sin embargo siempre presente que, poco a poco, la había trastornado. Ella, que se quejaba de la vida licenciosa e incorregible de Lope, recorría con sus pies menudos e inseguros la misma senda de la infidelidad.

Cuando volvieron a hallarse juntos, los dos nuevos amantes unieron primero las manos, luego los rostros frente con frente; sin susurrarse nada, ya se entendieron, todo eso ya había sido hablado, había sido dicho. Los niños habían marchado con la criada al mercado y aún tardarían. Subieron a la alcoba. Micaela se desnudó para Claudio, y el actor suspiró. Cómo era posible que aquella mujer hubiera dado a luz tantas veces, no podía comprenderlo, pues a sus ojos parecía que no hubiera conocido varón. Las leves arrugas no desmerecían la piel aún tersa, sino que la realzaban y en sus ojos la pasión devoradora incendiaba el deseo. El amigo fiel cayó en los brazos que se abrían para él, y así sintió sobre su alma, de nuevo, la maldición de Lope. Amar a las mujeres olvidadas por él. Eran dos almas sufriendo el mismo mal, porque Micaela se moría y le había rogado, después de saciarse de él, que no le contase nada a Lope.

–Una gitana me dijo años atrás en Granada que habría algo peor que otra mujer en brazos de Lope, que para mí sólo habría olvido. Lope me olvidará. Pero tú, Claudio, ¡el mejor amigo!, tú no me olvidarás.

Y entre sus rizos ensortijados perdió su honra de amigo.

–Me pides que cargue con la más pesada de las cargas. Me dices que calle, me dices que se te va la vida después de dármela... ¿Cómo quieres que me calle todo eso? Micaela, Micaela, ¿y tus hijos? ¿Y Lope? –Se levantó angustiado, todavía desnudo. Se tapó el cuerpo ya en la cuesta de la decadencia con un almohadón–. ¿Y yo, Micaela? ¿Y nosotros?

–Es esto. Porque en poco no quedará nada, ¡pero has sido tan, tan bueno siempre conmigo! Es esto, no te vayas. Claudio, no me faltes tú también. Ámame, porque siento que pronto ya no podré amar a nadie.

No pudo negarse. La diosa rubia exigía un nuevo sacrificio, y él se lo entregó.

Después, envenenado de amor, sediento de respuestas, salió de la casa sin saber cómo. Sus pasos lo guiaron adonde no lo conocieran. Si le hubieran preguntado, no hubiera podido callar nada. Una insoportable levedad lo angustió, y necesitó acallar su conciencia como fuera, ahogarse en ruido, en alcohol. Odió aquella tasca minúscula y bulliciosa, saturada de olor a pescado y a aceite rancio, que no era capaz con todo su ruido de enmudecer sus propios pensamientos. Marchó a su casa, a su modesta vivienda con todo manga por hombro, y se arrojó al camastro. Sus últimas monedas estaban en la botella que llevaba en la mano. «Ron, más ron, traed más ron, negros del Caribe», pensó, y dejó que sobre la cama tumbado el ron saliera a borbotones sobre su boca, sobre su rostro, empapándolo todo, mezclándolo todo. El amargo ron con sus lágrimas saladas.

Era la maldición de Lope, y su alma se cubría de amargura por tener que callar tanto más allá de la amistad, más allá de una confesión. Los fantasmas del pasado lo rondaron, tendiéndole la mano para que se uniera a ellos, pero Claudio no tenía fuerzas para quitarse la vida. La botella se acababa cada noche. El sol salía cada día. Y cada día podía ser el último día de Micaela en la tierra, y en eso hallaba algo de fuerza para levantarse, revivir y volver a verla.

CAPÍTULO 37

EL MONJE

Belloso maldijo a la jaca que a toda prisa le había proporcionado Lope de las cuadras del duque de Sessa. Era arisca, galopaba con un paso desigual y cada vez que le picaba espuelas en las ancas brincaba con mal genio, como una novia enfadada decidida a hacerle a uno la vida imposible. Si se detenía para aliviarse, la jaca se escapaba de su mano, mordía las riendas, mostraba herraduras y no se dejaba montar de nuevo. Una y otra vez se vio dando vueltas en círculos a saltos y con un pie en el estribo. Pero una promesa era una promesa, confiaba en lo pactado, y no había ganancia sin riesgo, así que porfió en el largo viaje de Madrid hacia el río Piedra, a cuarenta y seis leguas de la villa de la corte.

El escritor se hacía a toda prisa el recorrido de Madrid a Toledo en una media jornada, pero eso era reventando el caballo por una calzada bien mantenida, bien recta y sin grandes desniveles. Aquel trayecto no era lo mismo, y el sevillano maldijo los socavones en las rodadas, los cruces con las veredas y cañadas de la Mesta y los encuentros con los coches oscuros de dignidades eclesiásticas y nobles terratenientes, escoltados por sus espadas a caballo, que lo obligaban con malos modos a apartarse para dejarles paso. Los campos de cereal maduraban, tornando del verde al dorado, y en ese mar de oro sofocante los caminos murmuraban estelas de polvo al paso de los correos y de los jinetes impacientes.

De la campiña pasó a los montes al alcanzar Sigüenza, siguiendo el río Henares, cinco días más tarde. Los montes estaban poblados de quejigos y encinas, y en ellos también se ocultaban forajidos e indeseables. Las mujeres, atentas a los forasteros, miraban la envergadura de Belloso con abierta curiosidad, y los lugareños no se atrevieron a entrometerse contra él pero le desearon que reanudara pronto su viaje.

–¿Por qué?

–Los caminos, señor, no son seguros, y eso que los alguaciles no dejan de recorrerlos –le advirtió el mesonero, asombrado por su hambre atrasada. Las dos fuentes de olla se habían vaciado. Las dos hogazas habían desaparecido. Y aún pedía algo más para completar el almuerzo–. Son gente descontenta que prefiere el robo a trabajar el agro.

–¿Hay herrero? Mi montura cojea.

–Algo podrá hacerse.

Las mozas del mesón cuchicheaban entre ellas con picardía admirando su altura. Se sonrió. Tenía prisa por llegar a su destino; luego, a la vuelta, la prisa sería menor, se dijo.

En cuanto amaneció, partió del mesón y dejó atrás Sigüenza para cruzar los montes en busca del curso del río Jalón. Pero no era su primer viaje ni era un imberbe. Si a los alguaciles les interesaba, se unían con bandidos y pillastres; los primeros atendían a la llegada de viajeros e informaban, los segundos se preparaban para desvalijar a los incautos, y todos sacaban parte del botín. Si pagabas antes de salir del pueblo, podías tener mejor fortuna. Si importunabas a alguna mujer, podía suceder una encerrona. La amabilidad lugareña podía engañar a los ingenuos y esconder múltiples peligros. Y, si abrías la boca más de lo necesario, podría haber sangre bajo los bosques. Por eso no se sorprendió cuando, a la vuelta de un recodo, tras dejar atrás una mísera pedanía de cuatro casas maltrechas y niños en las calles junto a los corrales, dos individuos le dieran el alto. Tenía la espada a un costado. La jaca relinchó con malhumor al verse detenida en mitad de la cuesta. Uno de los hombres era alto y espigado, flaco y de cara demacrada, y su montura estaba tan flaca como él. Vestía calzas tudescas que habían conocido mejores días en Nápoles. En sus ojos ardía el convencimiento de su locura. El otro, bajo y regordete, estaba subido a un asno de pelaje ralo y pulgoso; parecía un campesino adherido a su señor.

–¡Esperad, señor!

Picar espuelas o detenerse. Belloso picó espuelas.

Pero aquella mala jaca hizo caso omiso al castigo, relinchó y se encabritó, y el sevillano, a la fuerza, detuvo su carrera. Le costó dominarla. No cayó al suelo por poco. La jaca se detuvo frente al rocín.

–¡Maldito animal!

–Vuestra montura es briosa. Señor, este camino está hechizado. No paséis por aquí, que os irá mal. Dejadme que os advierta: tomad aquel vericueto que tuerce tras la encina del peñascal. Sólo pido una cosa. Una voluntad. Dadme algo de comida, que la cabalgada es larga y la caridad se paga con la caridad.

–Si me he parado no ha sido por haber querido. Me advirtieron contra maleantes. ¿Cómo sé que no lo sois? ¿No será que me estáis entreteniendo mientras a mi espalda bajan secuaces y desde los árboles giran hondas dispuestas a lanzar glandes? Dejadme pasar, que éste es un camino real y tengo prisa. El vericueto se lo dejo a las cabras.

–Sois un desagradecido. ¡Por menos he sacado la espada! ¡Disculpaos!

El labriego tragó saliva y con gestos suplicantes rogó a Belloso que lo ignorara.

–Señor, señor, no os irritéis, son prontos que le dan, y menos mal que lo sigo, me lo ha pedido la familia. No le hagáis caso, que ha leído demasiado y se cree quien no es. ¿No veis que su arma es de palo? ¿No veis que su rocín no da ni para media carrera? ¿No veis que está flaco y sucio? La fuerza se le va por la boca, y todo por culpa de los libros. Sobre todo, por uno que le ha secado el seso.

–¡Calla, ya, Sancho, mendrugo, tonto! ¿Quién te ha pedido parlamentar con el enemigo? Te daré mojicones hasta que la nuca te salga por la garganta.

–¡Me callo, señor! –Y le hizo señas para que Belloso los evitara y siguiera su camino–. Pero el enemigo está en la costa turca, y este

hombre sólo tiene prisa. Mirad que ayer os pasó igual y os pegaron. Señor jinete, id con Dios.

–¿Os llamáis Sancho?

–¡Qué va! ¡Me llamo Martín! Pero le da por ahí, porque está trastornado.

–¡Zopenco! ¡Atrevido! ¡Mal criado! ¡Así me quitas gloria! –Y fue tras él para pegarle, pero el labriego, hábil, hizo andar al asno a un lado, dejando el paso libre–. ¡Que yo debo deshacer entuertos! ¡Quitar peligros y males! ¡Y vos, no huyáis, os perseguiré hasta la luna y más allá, que allí también hay bellacos, grandes y pequeños, y el bien ha de prevalecer para que conozcan mi nombre!

–¿Y qué nombre es ése?

–¡Corred, buen hombre, corred! ¡Con Dios! –suplicó el campesino, agitándose de un lado a otro sobre el asno para escapar al escarmiento–. No se lo tengáis en cuenta.

El loco tomó su espada de palo, se revolvió y dio en los hocicos en la jaca, que relinchó y se puso ingobernable. Luego el palo golpeó en Belloso. Y el puñetazo que estampó el sevillano contra el rostro del loco quebró dientes y dio con él a tierra.

–¡Ay, ahora sé que estáis encantado! ¡Que sois diablo y no persona! ¡Esperad a que me levante y me enfrente a vos, que con mi arma bendita por el prior de Fuentegrís no temo a la muerte! ¡Sancho, Sancho, ayúdame!

–¡Maese Pedro, que no me llaméis más así! ¡Señor jinete, id, corred y olvidadnos, que es vergonzoso ver a un hombre así, un boticario de reputación tan perturbado! ¡Me cago en los libros y en toda su escritura, que envenenan y enloquecen!

–¡Tunante, que no soy Pedro! ¿También a ti te han embrujado? ¡Yo soy caballero andante! ¡Dadme mi agua bendita, que expurgue mis males! ¡No te disuelvas, diablo, que quiero ver si tienes entrañas! ¡Sancho! ¡Sancho!

–¡Corred, corred! ¡No dejéis que se levante!

–¿A cuánto queda el monasterio de Piedra?

–¡A tres jornadas! ¡Hasta Alhama y luego Castejón, y allí os guiarán!

Belloso arrojó un real al labriego.

–¡Dadle vino! Menuda penitencia os han buscado...

Los parajes eran hermosos. Al llegar a Castejón, abandonó la vía real. Un zagal lo acompañó a lo largo del sendero que atravesaba espesas y frescas arboledas, todo lleno de verdor, siempre ascendiendo bajo un palio de vegetación. El rumor del agua los condujo hasta el monasterio, enclavado en un rincón rodeado de surgencias, manantiales y nacimientos.

Varias cascadas de agua eran visibles en los contornos de la hospedería; las aguas curaban, y allí acudía gente de todo tipo a purificar el alma con misas y el cuerpo con baños y una comida austera pero gustosa. Las viejas piedras transpiraban serenidad, rodeadas de las voces de los ríos que allí se vertían al mundo exterior. Los monjes cistercienses habían alzado su casa gótica con sus arcos apuntados, sobria, austera y luminosa. En aquel paraje fresco, presenciar cómo varios de los monjes con los hábitos remangados andaban por mitad de los remansos de río en los que criaban tencas y truchas mientras les cantaban en latín, era desconcertante para el mercader y contable sevillano. Los alevines pululaban entre las algas verdes, nadando en aquellas aguas frescas y puras. Allí no había corte, sólo vegetación. No había palacios ni intrigas, sólo bosques y oración. Allí no había validos ni reyes, sólo habitaba Dios. Era un pequeño paraíso donde ocultarse del mundo. Incluso la jaca dejó de rabiar y de morder el bocado con saña y se dejó guiar hasta cruzar los muros que aislaban del mundo secular a aquellos religiosos. Tocaban campanas para anunciar las misas. El sosiego era contagioso, y Belloso exhaló un largo y profundo suspiro, harto y cansado de tantos días de viaje.

Comer en la hospedería fue reconfortante y restaurador. Pidió hablar con uno de los monjes, que en ese momento oraba para los peces. El abad quiso saber por qué motivo, pero se amedrentó al ver la estatura de Belloso y, hombre prudente, accedió a su petición a la hora nona.

–Mientras, reposad esa comida. Jamás en mi vida encontré un Goliat semejante. ¡Válgame!

Sonaron campanas. Un monje joven lo guio entonces por las dependencias conventuales. El patio del claustro, con sus galerías y sus arcos, era puro silencio. El monje quería que le hablara del exterior, de las fiestas de Madrid y de si era verdad que allí había establecimientos de mujeres y también de mancebos.

–De los dos.

–¡Virgen santa! ¡Cuánto vicio!

Pero Belloso se dio cuenta de que lo decía con segundas intenciones y que no dejaba de admirar sus anchas espaldas y sus brazos de fuerte musculatura.

Un rastro de pisadas mojadas delataba que el monje al que buscaban ya había regresado a su celda. El sevillano bajó la cabeza para pasar por la puerta del cubículo, diminuto y austero. Un jergón sobre un camastro, una silla y una mesita era todo cuanto aquel monje requería. Y sobre la mesa se desbordaban los papeles. Así Belloso supo que era quien buscaba, otro loco de las letras.

–Hermano Jerónimo, te requiere este hombre. Desea hablarte. Y cualquier cosa que necesitéis, buscadme. –Dejó a Belloso después de tocarle afectuosamente el brazo. El que fuera monje lo libró de un buen mojicón.

–Entonces, ¿sois Jerónimo de Pasamonte?

–Lo soy.

Era un anciano de pelo ralo y escaso alrededor de la tonsura, piel apergaminada y ojos de apariencia bondadosa pero de fondo airado. Una de las manos le temblaba, y entornaba sus ojos grises en la penumbra como si fuera corto de vista. Aquél era un mal que reconocía en otros.

Belloso se presentó. El monje le ofreció el camastro para sentarse, que se hundió al romperse con estrépito los largueros resecos. El fraile calló una maldición que no era propia de su condición.

–Ya da igual. Las riquezas debilitan al hombre. Ahora, acomodaos como podáis. ¿Qué queréis de mí?

–Hablaros de un manuscrito que ha corrido de mano en mano hasta llegar a quien me envía. –El monje le indicó que continuara–. Como en el juego de las ocas, hemos seguido las ocas y las pistas, de una a otra, hasta Toledo, y de allí hasta aquí. Lope de Vega, mi amigo, quiere saber si sois vos su autor.

El monje se relajó sobre la silla. Cerró los ojos, se mesó la barba blanca y se sumergió en sus recuerdos.

–¿Venís a que os hable de Cervantes?

–Porque tenéis cosas que contar, ¿no? Y por eso quizás... escribís.

–Maese Juan de Dios, aquí me veis, viejo y de vista cansada. Yo estuve en Lepanto a mis dieciocho años. ¡Qué naves, qué gallardías! Y lo mismo que vi acciones heroicas, también vi hechos viles impropios de soldados de la Cruz. ¡La cruz y la media luna! ¡Cómo hervía el agua, hendida por las proas de las galeras mientras nuestras galeazas abrían fuego! Y qué salvajes acometidas. Todo era humo y cañonazos y silbidos en el aire, todo el mundo rezaba para que las balas no horadaran nuestra nave. Y allí, en mi embarcación, estaba un joven complutense, dado a los naipes y a la fanfarronería, llamado Miguel. Joven como yo, ¡qué juventud ya perdida!

–¡Entonces estuvisteis allí!

–Sí. Yo estuve allí, fui soldado antes que fraile. Y sé qué es lo que se cuenta, lo valiente que se portó... –Fray Jerónimo buscó inspiración en los pájaros que cantaban más allá de la ventana–. Pero yo estuve allí. Muchos habrán muerto, otros no querrán acordarse. Pero yo estuve allí, maese Juan de Dios. Fue un cobarde.

–¡Sois el primero que lo dice!

–No me extraña. Se hizo el enfermo para no pelear, tenía tanto miedo que con la fiebre se iba de vientre, y yo se lo recriminé. Juró y perjuró que no podía soportarlo, que no podía. El capitán le dio licencia para retirarse. Ya se acercaban los turcos, los teníamos a

tiro de mosquete, veíamos a los bajás en las galeras, sus turbantes y sus trajes de colores, y gritaban a favor de su sultán y de su profeta. ¿Has estado en la guerra? ¿No?

–Estuve en México, y sé lo que es la travesía oceánica y el temor a las galernas, siempre vigilando la presencia de corsarios. Pero no, no he estado en la guerra.

–Los turcos son temibles, con sus alfanjes afiladísimos que cortan cabezas y miembros como si fuesen juncos. Todos teníamos miedo, porque, quien diga que no lo tuvo, miente. Pero ahí estábamos, soportando la artillería y viendo cómo se acercaban las velas. –Hizo una pausa. Miró la mano que le temblaba; se había cerrado, como recordando la espada que sujetó en aquella jornada histórica–. Pisábamos sangre y salitre, y nos cagábamos en los calzones, porque nadie sabía quién vería un nuevo día.

–Y Miguel de Cervantes...

–Se retiró en medio del fragor y el humo. Pero bajo cubierta no quedaban más que los médicos y los moribundos. Los demás, mancos, cojos, tuertos, todos gritaron vivas por España y por el rey Felipe, hicieron de sus heridas coraje y quisieron pelear, así que él volvió a subir con ellos, avergonzado por su miedo. Yo peleaba a todo coraje, y, a punto estaba de derribar a un turco que amenazaba al capitán con un arcabuz, cuando maese Miguel, viendo que ya lo señalaban como «el cagón» y que a mí me daban ánimos, me dio por la espalda con un palo con disimulo y me arrojó a los pies del gigantón, plantándose frente a él a grandes voces: «¡Yo vengo a servir a mi rey, yo no rehúyo!». Y creo que lo hizo para animar al turco a que me disparara a mí, pero el turco, ¡designio divino!, dejó de apuntarme, lo apuntó a él y ya, pálido por el miedo, Cervantes no tuvo más que lanzarse contra él para salvar la vida. Recibió heridas y arcabuzazo. Y a la postre, fama, mientras que, a mí, Dios sólo me ha dado olvido. Ésa es mi historia, pero, ya que no tendré venganza en esta vida, la tendré en la otra, y aquí dejo mi historia para su escarnio, lejos ya de batallas, espadas, pólvora y barcos heridos. ¡Qué día! ¡Qué gran ocasión que vieron los siglos!

–Eso, eso mismo dice Miguel de Cervantes.

Belloso le aguantó la mirada, irónica, sardónica, resignada, airada. El sevillano no supo interpretarla.

–¡Ah, eso dice! Esa frase, esa frase... fue mía. O sea que, además de mi fama, también me la ha arrebatado. Así que yo, con ese libro vengativo, pretendo arrebatarle todo lo demás. –Reunió los pliegos que tenía en la mesita. Después se arrodilló, quejándose de las rodillas, para sacar, de debajo del camastro destrozado, un paquete envuelto en lino–. Tomad. Es mi vida, mi verdad, mi reflejo de las cosas que ocurrieron como yo cuento y no como lo cuentan otros interesados. Vuestro Lope sabrá apreciarlo. Que haga buen uso de él, y del otro también.

Lo abrió en su presencia. Vida de Jerónimo de Pasamonte, un buen montón de pliegos en letra estirada pero bien legible.

–¿Estuvisteis en Italia?

–¿Cómo lo sabéis?

–Por este tipo de letra, que sé que allí es propia, así, alargada y torcida. Itálica, la llaman.

–¡Ah, sois un hombre culto! Ahora sé que es la providencia la que os ha guiado hasta aquí para que seáis instrumento de su justicia. ¡Justicia eterna! Pero guardadme el secreto. Alguno se preguntará quién fue, quién dejó de serlo... Los entendidos sabrán, cuando lo lean, qué se dice entre líneas.

Juan de Dios de Belloso no se dejó acomodar en la hospedería, los pliegos le ardían en las manos, así que sacudió con gratitud a fray Jerónimo, corrió por las galerías silenciosas a grandes trancos y buscó la salida de entre aquellas piedras centenarias. La puerta del refectorio chirrió. El abad y el limosnero salieron a su paso agitando las manos, alterados por el ruido.

–¡Chsst! ¡Aquí se viene a orar en silencio, no a armar tanto estropicio!

Belloso no dijo palabra. No tenía tiempo ni ganas de dar explicaciones. Tomó impulso, cerró el puño y dio tal tremendo

golpe en la puerta de roble del refectorio que hizo volar a las palomas posadas en el alero. Los goznes se quejaron con un crujido. El limosnero se hizo tres cruces.

–Es un milagro –gimió el limosnero entre sudores–. Ahora la puerta abre perfectamente.

El abad se achicó y cedió el paso en el pasillo, deseándole un buen viaje con un murmullo temeroso.

* * *

En la noche, fray Jerónimo detuvo su escritura. Entre oficio y laudes, espoleada por el silencio y el murmullo del agua, la inspiración llegaba. Si la vida se le acabara al amanecer, él, al menos, ya había confesado. El mundo estaba ya cerrado para él. Pero no para otros y de su mano más de uno habría de estremecerse. En la noche, los búhos callaron al esparcirse, resonante, su risa llena de maldad, propagándose por los pasillos silenciosos del claustro. Sí, pocos debían quedar ya que hubieran vivido de primera mano aquella alta ocasión. Así, ¿quién podría contradecirlo? ¿Quién, de los siglos venideros, tendría argumentos para rebatir lo que quedaba escrito para la eternidad?

¿Quién sería capaz de discernir, cuando todos los involucrados estuvieran muertos, calvos sus cráneos y comidos por los gusanos, qué era verdad y qué era mentira? ¿Qué parte era justicia y qué parte venganza?

CAPÍTULO 38

EL MALACITANO

Con los primeros días de julio, tanta era la alegría que se respiraba en Madrid que Claudio era incapaz de vivir. Lo que lo atormentaba le pertenecía a él y a nadie más, y había jurado callar y llevarse sus penas y sus secretos a la tumba. No haría como Lope, que exorcizaba cada contrariedad de la vida plasmándolo por escrito para algunas de sus comedias o para algunas de esas rimas que pensaba dedicar a los eclesiásticos que conocía, porque había prendido en él la urgencia de una transformación, de una expiación de todas sus faltas, que Claudio bien sabía que eran muchas. Igual que había quienes lo envidiaban y le deseaban mal, también había quienes lo admiraban y le deseaban bien, y éstos le enviaban pollos hermosos, cestas con huevos de doble yema, buenas cazuelas con callos y cuanto ideaban para caerle en gracia, entrar en su casa y sentirse halagados por conocer al gran Lope, que llenaba corralas y teatros con sus comedias.

Pero hacía días y semanas que Lope no admitía a nadie en casa. Las tres veces que había llamado a la puerta del dintel labrado, sin saber bien por qué, si por confesarse ante él, si por admitir su traición o por echar en falta su compañía, Catalina, ceñuda, lo había amenazado con la tabla de lavar.

–No está, no se le puede molestar. Está escribiendo, y ha dado orden de guardar silencio, que en esta casa cristiana se guardan seis meses de luto y no estamos para fiestas. Bien que se ve nuestra ropa enlutada.

La primera vez, podía pasar. La segunda, quizá también. Pero, siendo su amigo, habiéndolo avisado la malcarada criada de quién era él, que a la tercera Lope no obviara su propia orden lo llenó de tristeza y amargura.

–A lo mejor, lo sabe. A lo mejor, no viéndome, desea evitar que corra la sangre entre amigos, entre hermanos. A lo mejor, es tal su odio y su pena que ni siquiera es capaz de decidirse a salir a gritarme, a empujarme o a matarme.

Y, harto de deambular, se presentó en el Mesón del Toro, borracho tras haber vaciado ya varias jarras, dispuesto a todo y a defender su palabra y su honor, pues lo sucedido entre Micaela y él había sido por libre consentimiento, sin violencia ni forzando nada. Si estallaban los rumores, ¿lo creería alguien? Probablemente, no. Así que qué más daba nada; si lo conocían, si lo seguían, si lo encontraban y lo retaban. Entró con paso decidido, pero su decisión duró poco; dio tal traspiés en la puerta que por poco no acabó besando las botas a un guarnicionero.

Lo saludaron otros actores, algunos prestamistas y también el mesonero, pero la camaradería de la que el establecimiento hacía gala le resultó fría, inútil, insuficiente. Como insuficiente le pareció dejar de ver a Micaela. Se había contenido desde la última visita, cuando ella le había revelado, a él y nada más que a él, su mala salud. Pensó que las cadenas que la amistad con Lope había dispuesto sobre él eran asfixiantes, pero no podía hacer nada ya, ¡eran ya tantos años, tantos disgustos y alegrías entretejidos! Y Lope seguía sin aparecer, absorto en su casa con sus escrituras, lo que tanto disgusto daba ya a Micaela.

–Escribiendo, siempre escribiendo; es una maldición, vive para escribir, come para escribir, y cuando no escribe está leyendo. Bendita ignorancia la mía, que no sé leer, para mal y para bien. Ojalá me hubiera dejado arrebatar por otro hombre, Claudio. Ojalá que el tiempo pudiera andar hacia atrás. Ojalá fuéramos jóvenes otra vez, pero con la sabiduría que dan los años, y no me dejara iluminar por sus palabras sino por la verdad de sus actos, y entonces, ojalá, te hubiera escuchado en Granada.

Pero todo era ya inútil. Micaela se moría, el secreto le ardía en el pecho y no bastaban mil jarras para calmar su sed y su angustia.

El mesón estaba atestado. Ni una mesa libre.

En una de ellas, en la esquina, estaba el hombre adusto.

Y lo miraba con descaro.

Tambaleándose, Claudio, ebrio, se abrió paso como pudo, dispuesto a aclararlo todo de una vez por todas. Llegó hasta la mesa y se abalanzó sobre ella, encarándose a él, lanzándole el aliento hediondo a la cara, pensando que, a lo peor, tendrían que batirse. A lo peor, la muerte lo libraría de sus secretos.

–¡Pero quién sois! ¡Quién demonios sois, que no dejáis de seguirme!

Jimeno de Monda lo miró con frialdad, sin alterarse. Dio otro sorbo a su jarra. En sus ojos enrojecidos y febriles mostraba tanto cansancio de la vida como el actor de comedias.

–Quién soy o deje de ser, es asunto mío. Pero yo os conozco bien. Sois Claudio, el bastón de Lope, la sombra de Lope, el amigo de Lope, el que ha robado la honra a Lope. Sí, os conozco bien a ambos.

–¿Me habéis seguido? ¿Y de qué nos conocéis?

–De los tercios de Figueroa. Recordad la partida desde Lisboa. Recordad el San Juan. Erais aventureros y prófugos. Yo era un hombre de los tercios.

¿A santo de qué el pasado resucitaba? ¿Había llegado la hora de que los muertos se levantasen de sus tumbas y de sus fosas acuáticas?

–Pues no os recuerdo.

–Yo sí. Perfectamente. Lope siempre escribía, apoyado contra los mástiles bajo el sol atlántico. Os miraba, y yo decía para mí: «valiente panda de holgazanes, ¿con esta chusma se ha de ganar Inglaterra?». Pero luego luchasteis bien. Llegaron las ocho velas holandesas. El alférez Juan de Vega resultó muerto, y allí estaba Lope, peleando por llegar al castillo de popa destrozado por los cañonazos. Me llamo Jimeno de Monda. –Alzó la jarra medio vacía–. Sea a su memoria y a la vuestra. Sois una sombra.

–¿Cómo decís?

Jimeno de Monda le ofreció sentarse. Claudio aceptó, a pesar de los recelos. El mesonero trajo dos jarras más, que el malacitano pagó. Su palabra se hizo más certera y directa.

–Eres la sombra de Lope. Una sombra no tiene voluntad; los cuerpos tienen sombra y, cuando hay luz, hacen sombra, esclava del cuerpo, inseparable del cuerpo. Eres la sombra de Lope. Y yo, por otras razones, también. El San Juan sufrió, pero consiguió llegar a La Coruña. Yo me alisté de nuevo tras la triste jornada en que se perdió Inglaterra...

–Nunca fue nuestra.

–Pudo serlo. ¡Malditos anglos! Flandes, me dijeron. Botín, pensé yo. Pero también eso quedó atrás. Y os reconocí, al volver a Madrid, en las comedias. Y supe quién era Claudio Conde y quién era Lope de Vega cuando me contrataron.

–¡Para matarlo!

–Para protegerlo.

–¡Pero fuiste tú quien entró en casa de Lope el día de la muerte de Carlos Félix!

–¿Así se llamaba el niño? En paz esté. –Bebió–. Sí. Yo entré en la casa. Sí. Me contrataron para protegerlo. Sí. Ese día, a pesar de mis promesas y mi contrato, yo me dispuse a matar a Lope, porque otros, que os odian, también pagaron, y pagaron más. Y un ángel lo salvó. –Volvió a beber–. Un ángel amortajado.

–No lo entiendo.

–Las leyes las hacen y deshacen quienes tienen ese poder. Unos deciden y otros padecen. Me acuerdo de ella cada día. De ella, mi mujer, aunque ningún párroco nos casó. Era su forma de moverse, su forma de andar, su pelo recogido oscurísimo y sus ojos de almendra. Eran sus manos pequeñas y firmes de campesina. El tacto de su cadera. Su aliento cálido y esa risa maliciosa. Quien tuvo el poder no quiso que me la llevara; no la quiso encinta en su casa y sin bendiciones. Nos fugamos. ¿O acaso no éramos jóvenes, no nos

pertenecía el mundo? Pero yo no podía estar en nuestra pobre casa todo el día, tenía mi refugio en la sierra, con mis animales. Su padre la encontró en mi ausencia y le pateó el vientre, con la criatura dentro, una vez, dos veces, las que le hizo falta para pagar en su hija su deshonra. Y la dejó, repudiada como una bestia con sarna, para que muriera. A ella la encontré en un charco de sangre, casi dormida. Ahora lo recuerdo..., y todo es confuso, con ese olor a muerte y podredumbre y esas moscas zumbando ahítas por su cara. Pero la criatura, rota, aun así había querido vivir, y salió al mundo antes de tiempo. ¡Por Dios que me miró cuando me agaché a recogerla! Porque era una niña. Ni siquiera lloró. Me miró, me aferró el pulgar un instante eterno con el rostro más triste que nunca he visto, como suplicando, como preguntando si así de cruel era la vida, pero que no le importaba, que le hubiera gustado vivir. Y después dejó de existir. Mi mujer deliraba, y yo no pude hacer nada. Murió a la noche. Las amortajé con mis manos. En Monda las dejé, sí. A mi esposa y a mi hija, y a mi alma, enterradas en tierra sin consagrar. –Bebió y vació la jarra. Se restregó la manga. Pidió otra–. El viejo cabrón de su padre no tuvo tiempo de arrepentirse. Antes de una semana lo rajé como a un cerdo el día de San Alejo. No me importó que fuera el alcaide. No me encontraron por las sierras, maté a los perros que me azuzaron. Y luego me fui a los tercios huyendo de las leyes. ¡Justicia! Eso no existe, a menos que uno la busque. Un cura me dijo que el alma de un no bautizado vaga por el limbo eternamente, sufriendo por su soledad, lejos de todos, del cielo y de Dios. Mi pobre hija, qué culpa tenía...

Claudio, impresionado, no dijo nada.

–Y eso salvó a Lope: la pérdida de un hijo. ¿Y ahora, qué? Unos quieren que lo proteja y otros me pagan por matarlo, y entre ambos estoy yo, recogiendo oro de esos odios interesados. Dime, ¿por cuál opción pagarías tú? Porque estás tenso y cansado y tienes amargura contra ese amigo tuyo. Pero cuánta, dímelo tú en forma de monedas. Aún no he decidido a quién obedeceré. Si he de proteger a Lope o si he de matarlo.

–¿No temes a las maldiciones? Porque en tu rostro lo leo escrito. Sufres también la maldición de Lope, todo está maldito en torno a Lope. Sí, en torno a él se sufre y se muere, y son sus hijos y sus

mujeres los que se llevan la mejor parte, porque mueren y dejan de sufrir, pero él los sobrevive y sigue sufriendo. Y sin embargo es mi amigo.

Jimeno lanzó una carcajada alcoholizada. Claudio, indignado, sólo atinó a asir su jarra y a bebérsela de un trago.

–¡Tu amigo! ¡Dices eso, a pesar de todo! ¿De verdad es tu amigo? ¿A pesar de tu amor hacia Micaela? O acaso él aún lo ignora, idiotizado como está con tanta escritura y tanta locura. No me mires así, porque recuerda que os he seguido a ambos. Te he visto entrar y salir. No soy estúpido. Seré un desgraciado que se vende al que más paga, que busca negocio en las aguas turbias de otros, que sobrevive en el dolor ajeno, pero no soy un memo como ese mozo imbécil del duque de Sessa que lleva y recoge las cartas de su amo. No hay que ser astrólogo ni echador de cartas ni quiromante para leer tus ojos llenos de culpabilidad. Así que ahora, borracho como estás, convénceme y dime por qué no he de contar nada a Lope. A tu amigo Lope.

–Eres un cabrón.

–Cornudo y de los peores. Me pagarás para que calle, o hablaré. ¿Piensas en ti? Pues piensa en Micaela. Piensa en esos dos niños, que se quedarían deshonrados, marcados para siempre. Miras como si pudieras matarme. ¿Batirnos? En vano, porque tú no me matarás, no eres enemigo para mí, y yo no quiero matarte. Quiero drenarte tus ducados. A cambio, callaré. A cambio, podrás seguir soportando tus secretos y tus miserias. –La verdad desnuda que Jimeno de Monda le mostraba desmoronó al actor. Su mano se aferraba a la jarra vacía con todas sus fuerzas–. Podrás seguir siendo el perfecto amigo de Lope.

Jimeno pidió más vino cuando Claudio, derrumbado, cedió. Pagaría al punteador. Micaela no tenía culpa alguna. Claudio ya había errado años antes, igual que anteriormente, con la primera esposa de Lope. La culpa era suya por caer en el mismo pecado deshonroso por segunda vez. Era la maldición de Lope. Y tenía razón el viejo soldado de Flandes: no podría matarlo. El actor indagó en su corazón perturbado y pensó en si alguien más podría hacer esa labor por él, un asesino que matara a otro asesino, y se sintió

asqueado, con las manos sucias por su mente sucia. ¿Era eso razón o locura? ¿Cuándo había traspasado la frontera entre un hombre decente y un ser detestable? Ya era bastante detestable todo como para afrontar la capucha puesta por el verdugo y el roce del cáñamo sobre un cadalso. El amor lo justificaba todo menos el asesinato a sangre fría. Si cruzaba esa línea, sería como el que en ese momento le pagaba la bebida. Las treinta monedas de Judas en forma de jarras primero llenas, luego vacías.

–¿También yo corro peligro de muerte?

–No. No tienes quien se lamente por ti, así que no tienes quien pague por ti. ¿Qué ganaría yo matándote? Porque para Micaela de Luján, si conozco bien a las mujeres caprichosas como ella, tú solamente eres un acompañamiento de la soledad. Estabas cerca; le servías. Y, para Lope, no hay nadie aparte de Lope. Eso es lo que yo creo. A él, el luto le dura un suspiro. Luego lo olvida todo, salvo escribir. Eso, como dices tú, es parte de su maldición.

–¿Pero entonces qué pasará con Lope?

–Ya te digo: aún no lo he decidido.

–Tú ya estás también maldito, tanto como yo. Así que escúchame. Te diré las únicas palabras a las que haces caso. Lope es mi amigo y por eso, Jimeno de Monda, deseo que también lo sea tuyo. Y por eso, pide. Porque yo te pagaré más.

CAPÍTULO 39

MADRID ERA UNA FIESTA

Madrid, 17 de julio de 1612

Ya desde el amanecer la ciudad hervía. Se sabía que ese día llegaba el embajador de Francia, y todos los alguaciles recorrían una y otra vez el trayecto que se había fijado para la comitiva para expulsar de las calles a los indigentes, a los lisiados y a los pobres, a los tenderos que ocupaban las calles con sus mercaderías, y para verificar que en todas las casas las vecinas baldeaban las entradas y procuraban lustrar ventanas y balcones con plantas y flores. Corrían rumores de que el novio era feo como un sátiro y que no conocía ni una palabra del idioma. Otros decían que era altísimo y rubio, con una piel tan blanca que debería ser untada con aceites para soportar los calores del mediodía peninsular. En la canícula, todas las familias poderosas habían retornado a Madrid desde sus estados, la junta de aposento andaba desquiciada con sus oficiales y sus listas, y en las cárceles algunos rezaban y se hacían cruces, porque se rumoreaba que quizá con motivo de las celebraciones tendrían lugar indultos. Se prohibió a partir de mediodía el paso de ganaderos con sus piaras y rebaños por las vías señaladas. Los más avispados ofrecieron balcones para ver la comitiva a precios escandalosos.

Quienes más interesadas estaban eran las mujeres. Les habían dicho que todos los franceses acudirían perfumados, con las teces pálidas y empolvadas y las telas y gasas a la moda de París, y que repartirían monedas y galanterías en esa lengua francesa que los poetas decían que era la del amor. Los hombres, sin embargo, se burlaban.

–Habrá que ver en qué quedan esos rostros de yeso enlucido y

pintarrajeado cuando entren en Madrid sudando a chorreones.

Al tiempo de la comida ya estaban en Hortaleza, donde los panaderos no daban abasto. A cada hora, un emisario a caballo corría a uña partida hasta el Monasterio de las Descalzas, donde desde una de las ventanas enrejadas el rey Felipe y su valido observarían todo antes de la recepción oficial. Hubo quien esperó y esperó, buscando un buen sitio en las calles aledañas. Se sabía que entrarían en la villa por la calle de Fuencarral, pero las horas pasaban, el sol achicharraba, y los alguaciles, atormentados por la sed y la larga espera, se excedían en los palos y los golpes a los que, ignorando la gran jornada, ocupaban las calles vetadas, porque toda la corte a caballo ya se había congregado por las diferentes avenidas transversales en espera del francés en el cobijo de la sombra. A las ocho de la tarde, con el sol ya bajo, los murmullos crecieron, el aire refrescó y los vecinos se echaron a las vías y a los campos de las afueras, a charlar, comer y beber. Entonces el último emisario entró a galope con los ojos desorbitados. Tras él ya se veía una gran estela de polvo.

–¡Están a menos de una legua!

Y entre la multitud, apretujados entre villanos e hidalgos, estaban Claudio y Gaspar de Porras.

–¿Y no sabes nada de Lope?

–Debe seguir en su casa. No, no lo he visto en estos días.

–Te lo digo porque me ha hecho llegar una comedia que... ¡Eh! ¡Cuida tu bolsa, Claudio! ¡Largo de aquí, mequetrefe!

–¡Vete al diablo, so gordo! –le espetó el pequeño ratero, huyendo entre el gentío.

Alguaciles a caballo guiaban la vanguardia, formada por ciento treinta y siete acémilas con los aderezos de cocina y casa, los menajes y los cocineros que el propio embajador traía consigo. Los seguían cincuenta bestias más llenas de fardos y mercaderías, que en vez de con reposteros las habían cubierto con paños negros, y con la recámara del duque. Después de tanta cocina, que asombró a

los asistentes, aparecieron los oficiales, mayordomos y criados de la casa de Mayenne, en buen orden y de dos en dos. Tras ellos, por fin, sobre caballos nobles, los gentiles hombres con sus pajes y más de doscientos caballeros, y el último de todo, Enrique de Mayenne y Lorena, duque de Mayenne, marqués de Villars y conde de Maine, Tende y Sommerive. Ni era rubio ni era alto y, a pesar de sus galas de embajador, su rostro oscuro y barbado de facciones rotundas no lo hacía tan bello como lo habían pintado los heraldos.

–No lo he entendido, ¿Mayenne o Umena? –preguntó Gaspar, tras escuchar por varias veces a los heraldos–. Porque en el mentidero decían que el embajador se llamaba Enrique de Umena.

–Y qué más da. Con esa barba y esa pelambrera bajo el sombrero a mí me parece un mono.

–¡Mira! ¡Allí, es Lope! ¡Lope! ¡Amigo mío! –Por fin vio a Gaspar y a sus aspavientos. Claudio forzó una sonrisa. Lope apareció ojeroso y muy cansado, pero sus ojos brillaban, y en ellos no había odio. «Entonces», pensó Claudio, «entonces aún no sabe nada». Y se preguntó cuánto duraría la calma–. Ya sabía yo que no te perderías este acontecimiento.

–Es buen material para las comedias y, además, deseo ver a mi duque entre los grandes. Y que él me vea, claro. Claudio, Claudio..., qué gran secreto guardo y que aún no puedo contarte. –Se echó a reír con malicia. El actor no supo cómo interpretarlo, hasta que dijo que era sobre la aportación de Belloso–. Ya verás, ya...

–¿Es sobre esa nueva comedia? –Claudio lo miró con resignación. «Dónde ha quedado ese luto, amigo mío».

–No voy a decir nada más. Pero mira que no lo entiendo. ¿Una reata de mulas es lo mejor y más granado de Francia? ¡Esperad! ¡Ya llega!

El duque francés se detuvo a su entrada mientras las acémilas y los servidores de su casa proseguían sin pausa. Y así, de acuerdo con el protocolo, desde las calles aledañas se mostró por fin la corte de España encabezada por el duque de Alba. Los madrileños se agolparon contra los alguaciles para verlo todo bien, en tanto los dos duques se quitaban los sombreros y se saludaban. El marqués de

Este hizo de intérprete para el francés. Se desearon parabienes y, sin descabalgar, las dos comitivas fueron pasando alineadamente una al lado de la otra en un infinito besamanos a caballo para no tardar más.

–¡Señor don Luis! ¡Aquí! –exclamó el escritor a la par que agitaba la mano.

Allí, sobre una yegua parda, entre medias de los grandes, marchaba el duque de Sessa como parte del besamanos, erguido y elegante, a pesar de que el conjunto que llevaba, con todas sus capas, sus lechuguillas, sus bandas, sus bocamangas y sus botas lustradas, le hacía sudar gruesos goterones. Movió la cabeza, contento por ver a su secretario secreto allí. Los calores hacían estragos en la elegancia. No faltaban enormes manchas sobaqueras en todos los grandes señores.

–Ahora saben lo que sudan los campesinos –murmuró un vecino.

–Con tantos a caballos, tantos sombreros, peones y alfiles, parece toda la calle un ajedrez –dijo otro, cerca de Lope.

El sol seguía descendiendo cuando la calle Fuencarral, convertida en un tablero interminable que poco a poco se llenaba de orines y bostas, seguía llena de caballeros saludándose, y tan engorroso era el ceremonial que ya era de noche cuando pasaron por fin bajo las ventanas de las Descalzas en honor del rey. De allí, con las calles iluminadas por faroles y antorchas, bajaron por San Ginés y subieron a la Plaza Mayor, atravesaron la calle de Atocha, siempre arropados por las vivas y las alegrías de los madrileños, bajaron por la calle de las Carretas hasta la Puerta del Sol y por fin los franceses llegaron a la Carrera de San Jerónimo y la casa del Marqués de Spínola, donde se había preparado el alojamiento para el embajador, su casa y sus principales.

Duques, condes y marqueses visitaron al embajador en los días siguientes, por cortesía o por interés, y después contaron al rey Felipe su opinión. Por las tardes, la gente se agolpaba en la calle del Sordo, detrás del hospital de los italianos, para ver la carga de acémilas destinadas a abastecer las cocinas que alimentarían a los franceses, según fuera día de carne o de pescado. Antonio de

Guardo invitó por dos veces a vino en el Mesón del Toro, contentísimo por el negocio.

–¡Por mí que los franceses y nuestras infantas se casen todos los días! Hasta dentro de dos días no los van a recibir en palacio, y tienen que comer. ¡Son voraces! ¡Los he pillado buscando caracoles por los jardines de la casa!

–A lo mejor, no les gusta vuestra carne.

–¡Mis carnes son carnes de reyes! ¡De los mejores pastos a las mejores mesas! –Agitó en el aire una cuartilla doblada y escrita–. ¿Tenéis curiosidad por saber la lista de qué comen en la casa del marqués de Spínola en honor a los franceses?

–¡Sí! ¡Que se lea! –aplaudían en el mesón.

–¡Allá va! Ocho pavos. Doce lenguas de ternera. Veintiséis capones cebados de leche. Doce libras de chorizos. Setenta gallinas. Doce perniles de Garrobillas. Cien pares de pichones y cien pollos. Tres tocinos. Una tinajuela de cuatro arrobas de manteca de puerco. Cincuenta perdigones y otros cincuenta pares de tórtolas. Cuatro fanegas de panecillos de boca. Cien conejos y liebres. Ocho arrobas de fruta. Cuatro frutas a dos arrobas de cada género. ¡Veinticuatro carneros! ¡Les faltarán hornos y brasas! Qué más... Dos cuartos traseros de vaca. Seis cueros de vino de cinco arrobas cada cuero, y cada uno de un vino diferente. Cuarenta libras de cañas de vaca. Y dos terneras bien cebadas.

–Vaya. Os debe ir bien, entonces.

–No me quejo, no me quejo. Ojalá fuera también pescadero. Porque mañana toca pescado, y la lista no es menor. Tienen hambre estos galos. Entre truchas, escabeches, barbos, anguilas, empanadas y sardinillas todavía les caben mil huevos diarios. ¡Mil huevos!

–Pero, señor Antonio –razonó el mesonero, que no era tonto–, los peces no ponen huevos, así que supongo que también sois vos quien los proporciona.

–Pues sí. ¡Jo, jo, jo!

–¿Y se los comen todos? ¿No son muchos huevos? –preguntó Jimeno de Monda, atento a todo.

–¡Ah! Tocan a casi tres huevos por cabeza y día. Les gusta su tortilla con su manteca.

–Demasiados huevos, sigo diciendo, como para volverse pollo. Pero existen más usos para los huevos. Y a lo mejor los guardan para luego por la tarde. Vos debéis saberlo, ¿no, maese Antonio?

–¿Yo?

–¿Acaso Lope de Vega no es vuestro yerno? Qué sería una buena comedia sin unos repollos, unas lechugas y unos huevos a mano. Porque nunca se sabe...

Las carcajadas resonaron en su cuerpo de tonel. El carnicero de la corte lo miró con ojillos porcinos llenos de malicia.

–No, no, hombre, no. Yo no le haría eso a mi yerno. Precisamente en estos días, con esa nueva comedia que tanto se ha rumoreado y que estrena hoy.

Y por la expresión que puso, muchos entendieron lo que el suegro resentido quería decir. Que sería más que entretenido ir al teatro esa misma tarde.

* * *

En el Corral del Príncipe, las gradas y los bancos eran un hervidero a la caída de la tarde. La cazuela frente al escenario estaba llena; en los aposentos del lado sur, tras las ventanas enrejadas, se veían buenos sombreros de fieltro con sus plumas teñidas y buenas mangas francesas. Los rumores decían que sería una obra memorable; otros abominaban de ella porque sería de Lope. Claudio aún se asombraba del ánimo que mostraba el poeta. Pero era así como debía ser. Conversaba desde las gradas con Gaspar de Porras, atento al público. En las de enfrente veía gente conocida. Allá

estaban Jusepa y Morales, atrayendo risas y miradas. Los arranques de los senos de Jusepa, que se abanicaba dando grandes risotadas a las ocurrencias de un viejo, distraían a los que la rodeaban. En otro lado veía a Alonso de Riquelme, inquieto y mal dispuesto. Gaspar había adquirido esa comedia y esperaba un gran beneficio.

–Mira allá, Claudio –y el astuto autor de comedias le señaló a una de las ventanas–, aquél es el duque de Sessa y no está solo. Se dice que el duque de Umena también está aquí en el corral. ¿Quizás allí, al lado, donde hay tanta gente? He visto soldados por las galerías. Así que hay gente importante.

–Entonces Lope estará contento. Ahora he de irme, me toca comenzar.

Dio un salto para bajarse de las gradas y en una esquina, de pie, vio a Jimeno de Monda, quien asintió.

Sonaron trompetas. Se anunció el inicio de la representación. Todo el mundo se dio prisa en acabar sus conversaciones, ocupar sus bancos y en comprar bebida a los alojeros. A la vez, Claudio escapó del escenario tras una de las puertas falsas para comprobar que todo estaba preparado. Miró a quien le hacía sombra. Estaba impresionante. Lope ya estaba también vestido de capitán. Las mujeres que harían de romanas que galantear aún cuchicheaban mientras se retocaban el peinado con horquillas y se alisaban las faldas.

–¿Qué tal?

–¡Mucha gente!

–Eso está bien. Es lo que prometí.

La sombra asintió. Claudio salió al escenario con una gran capa, botas altas y jubón de tercio. Hizo grandes gestos de saludo al público con el sombrero y dio grandes pasos a un lado y otro de la tarima de la escena para abarcar a todos los asistentes.

–¡Oíd, público de Madrid! ¡Escuchadme, pues no habréis oído nunca nada igual! ¡De cómo, en las guerras de Italia, dos hombres enormes

de leyenda y fama se encuentran y disputan los amores de Clarinda, a la par que Roma y Nápoles caen en sus manos! Y entre ellos surge un conflicto por ver quién es mejor, más esforzado y más digno. ¡Admirad, aquí y ahora, la contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina, del sin par Lope de Vega y Carpio! Pero ya es hora de callar, ¿no lo oís? –Dio dos grandes pasos hacia delante y se llevó la mano derecha a la oreja–. Es la guerra. Las tropas de nuestro emperador Carlos asedian Roma. Ya han forzado las murallas. Ya han abierto las puertas. Estad atentos... ¿No escucháis? Son los cañones, y los tercios que marchan para tomar la capital del mundo. Y las grandes voces de los capitanes y de los héroes. El suelo tiembla cuando anda, el sol se pone y se inclina, eclipsado. ¡Ya llega, y yo me retiro! ¡Temed, enemigos de España, a Diego García de Paredes, Sansón de Extremadura!

Claudio se retiró, ya como soldado, hacia una puerta falsa. Y apareció Juan de Dios de Belloso.

–Disculpad, ¿no sois el esforzado Diego García? ¿El extremeño?

–¡El mismo soy!

Y el que, sirviendo al Papa,

tomé a Montefrascón, subiendo al muro

de unas enramadas de dos álamos

y unas travesadas fuertes cuerdas,

maté las centinelas por mis manos,

rompí del enemigo las banderas,

en la plaza saltando desde el muro;

y vuelvo a Roma con iguales honras.

Reformándose algunas compañías,

Su Santidad, como lo veis, me manda

que con la mía sirva en esta empresa.

Era la aparición de Belloso un hecho singular, por su estatura y por su envergadura, y levantó numerosos murmullos y palabras de asombro en las gradas y en los balcones. Su voz era atronadora, sus pasos golpes de ariete contra el entablado y su presencia abarcaba la escena toda. Y más destacó cuando junto a él salió al momento el segundo protagonista, Juan de Urbina en boca de Lope, militar de prestigio, y de inmediato sobre las tablas aparecieron peripecias, como el robo de capas en Roma y los halagos a la joven Celinda. Fanfarrones, exagerados, puntillosos en el honor, soberbios y orgullosos de ser españoles. Así hablaban. Gaspar de Porras disfrutaba y aplaudía, y muchos con él.

Cuando los dos actores que hacían de italianos enfrentados a los dos soldados españoles los tildaron de marranos, llovieron pepinos y tomates, y cuando Diego García de Paredes venció en un duelo a muerte contra un capitán romano, los aplausos inundaron los bancos.

Pero Claudio también oyó quejas. De un lado, había alborotadores. Las luces de los faroles colgados por el corral no permitían distinguir quién hablaba a voces contra la obra. Al principio fue poca cosa, luego se enardecieron en la segunda jornada de la comedia, en la que Juan de Urbina descubría que su mujer lo engañaba. La venganza del capitán era terrible, al matar primero al amante y luego al tomar a toda su casa, sus gatos, sus perros, a su hijo y a su mujer en una barca, hacerse a la mar, y arrojarlo todo por la borda.

–Y para que infames tratos

paguen inocentes cuellos,

tengo que embarcar con ellos

hasta los perros y gatos.

No hay que quedar cosa viva

en mi casa que no muera,

y es la honra herida fiera

que de toda razón priva.

Entonces Lope lo escuchó muy claramente.

–¡Es una farsa absurda! –gritó una voz en el gallinero.

Y se armó un revuelo cuando un alguacil quiso averiguar quién había sido y lo único que consiguió fue que un huevo saliera disparado desde una mano culpable. Tras surcar el aire con un arco parabólico, el huevo se estrelló en el escenario a los pies de Lope. Los murmullos se alzaron, a Lope se le atragantaron las palabras porque no esperaba tal hostilidad, y acabar el diálogo fue un suplicio. Oyó toses, y su memoria le hizo estremecerse. El cuerpo recordaba con esas toses, años atrás, la paliza recibida en Sevilla que casi le costó la vida.

–¡Acaba! –siseó Gaspar de Porras a Lope, nervioso y sudando copiosamente. Había descendido desde la grada hasta el foso y avisaba abocinando las manos–: ¡Que empiece la tercera jornada ya!

Comenzó la última parte. Sobre un catafalco en el centro de la escena se dispuso un ataúd, y varias armas alrededor, los escudos, seis hachas, varias espadas y cascos con barboquejo. Alrededor, los soldados de ambos héroes asistieron a la disputa, a la manera griega, por las armas del marqués de Pescara. Lope a un lado, Belloso a otro.

–Diego García soy yo

de Paredes; no paredes

de cal y canto y ladrillo,

sino de nobleza fuerte.

Sancho de Paredes fue

mi padre, y no hay más que pruebe,

caballero de Trujillo

con mil cruces en parientes.

Si por hazañas me tocan,

que hoy tan vivas resplandecen,

y aunque todos las sabéis,

mi justicia os las refiere...

–¡Vergüenza de obra, que no respeta el arte antiguo!

La voz llenó las gradas. Belloso miró a Lope, desconcertado, pero, antes de que respondiera, otras voces repartidas se ensañaron contra la voz.

–¡Callad!

–¡Llamad a los alguaciles!

–¡Es un ultraje! –Gabriel de Sotobosque se puso en pie y los señaló con el dedo, sin hacer caso de quien le chistaba y le tiraba de la chaquetilla y de los brazos–. ¡Habéis mezclado hechos, fechas y personajes a lo loco! ¡Valiente creación la vuestra! ¡Qué vergüenza y qué engaño vil! ¡Sabed que en esta comedia se tergiversa la verdad! ¡Escarnio y burla, con tanta falsedad! ¿Es que no habrá otros autores válidos en Madrid?

–¡Fuera los gongoristas!

–¡Abajo los lopistas!

–¡El peor, el que hace de Paredes! ¡Tan grande y tan tonto!

–¿Qué decís? –replicó Belloso, encarándose como una torre desde el escenario–. ¡Qué valientes sois en la distancia!

–¡Calla, loco, y di tus líneas! –le suplicó Gaspar.

–Soy tres veces más valiente de cerca –le espetó un gordo ceñudo–, y no he visto actuación peor desde años atrás en Valencia.

Desde su ventana, Luis Fernández de Córdoba escuchaba todo tan sorprendido como sus invitados. Carlos de Lorena, hermano del duque de Mayenne, quiso saber qué pasaba. En ese momento, las voces crecieron. Los garrotes de los alguaciles buscaron la paz en vano. La gente, escandalizada, empezó a abandonar sus asientos por temor a la refriega.

–De las palabras al hecho, señor. Hoy hay trifulca.

–¿Así sucede siempre? Bueno, por lo menos no se humilla a ningún francés.

Belloso se crecía con los insultos. Lope tiraba de él en vano, era como detener a un toro.

–¡Cocodrilo!

–¡Asno!

–¡Fanfarrón rajabroqueles!

–¡Jumento cervantino!

–¡Eso no me lo decís aquí, a un paso! ¡Sois marrano, bárbaro y semita!

–Por ahí no paso. Eso sí que no os lo permito.

El duque de Sessa se arrojó contra los barrotes para verlo todo bien.

–¡El gigante ha desenvainado y ha saltado desde la escena a las gradas!

–Mon Dieu! –exclamó el francés–. Dejadme ver, esto es mucho mejor de lo que me esperaba.

El de Sessa buscó con la mirada. ¿Dónde estaba aquel desalmado malagueño?

–¡Bermúdez! –El duque ahogó un grito–. ¡Baja con los hombres! ¡Que matan a mi Lope!

Juan de Dios de Belloso hizo honor a su personaje. Los bancos volaron, los alojeros vieron sus tinajas rotas en mil pedazos, las mujeres daban gritos de miedo y pánico. Llovieron huevos, lechugas y escarolas. Los hombres armados se batían y subían a la escena mientras los actores huían despavoridos, y entre tanto tumulto Claudio y Jimeno, alarmados, buscaban a Lope.

–¡Allí! ¡Jimeno! –señaló el actor.

Unas figuras corrían arrastrando al escritor contra su voluntad tras la escena. Claudio se abalanzó sobre ellos a puñetazos. Relucieron al instante los cuchillos. Jimeno de Monda vio que duque de Sessa se desgañitaba tras su reja, algo le gritaba sobre Lope. No lo entendió, pero ni falta le hizo. Hubo sangre en la escena, y los alguaciles clamaban por el cumplimiento de la ley, pero hubo quien también les dio su parte. Y él tenía una promesa que cumplir, así que esquivó como pudo la avalancha de asustado público que bregaba por salir de la batalla campal, empujando, gritando y maldiciendo y dando somantas de golpes a quien intentaba detenerlo. Y en uno de esos golpes, sin buscarlo, fue Belloso quien recibió su puño, enzarzado como estaba contra cinco.

El enorme sevillano se volvió contra él, rojo como un volcán y apretando dientes, pero Jimeno no tenía un instante que perder.

–¡Que siga la rueda!

Se zafó de él y sus contrincantes. Entraron más alguaciles. Los nobles señores llamaban a voces a sus hombres de armas para asegurar su salida. Todo el corral era una refriega, y en una de las esquinas uno de los faroles fue derribado con un sonido de cristales rotos. El aceite prendió sobre uno de los bancos.

–¡¡Fuego!!

Y entonces, en medido del tumulto y las primeras llamas, el malagueño descubrió a Juan Benito entre los hombres que arrastraban a Lope de Vega fuera del lugar.

CAPÍTULO 40

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

La misma tarde, en casa de Miguel de Cervantes

Ya caía la tarde. Madrid estaba inundado de franceses y de ociosos, y él prefirió dejar las sombras para los borrachos y los sediciosos, que en su casa se estaba mejor que bien. Los golpes en la puerta sobresaltaron al escritor, que en el acto dejó la pluma para vocear los nombres de su mujer y de su sobrina.

–¡Catalina! ¡Constanza! ¿Os habéis vuelto sordas o qué? ¿No va nadie a abrir la puerta?

–¡Ya va, tío! ¡Va, no se desespere, que no tardo, que estoy en la cocina!

Presta apareció la sobrina con su mandil y sus hermosos ojos ante él.

–Un mensajero, tío, con un porte. Pide dos reales.

–¡Válgame! Dos reales y a estas horas. ¡Se creerá que somos ricos! –Se rascó con la mano derecha. La zurda inútil reposaba sobre el pliego a medio escribir. Se acarició la frente arrugada, pensando, decidiendo–. Que se vaya por donde ha venido, que no son horas ni precios, y a santo de qué me interrumpe. Dos reales, ¿qué se cree, que esto es la Casa de la Moneda?

–Pero, tío, si no paga, se lo llevará. ¡Mire que si es algo que le conviene!

Miguel de Cervantes cogió la pluma y la señaló con ella,

amenazador.

–La última vez que te hice caso salí bien trasquilado. ¡Dos reales!

–¿Qué pasa aquí? ¿Terminamos de hacer la olla o no se va a cenar hoy en esta casa? –Al escuchar a la sobrina, doña Catalina se puso como un basilisco–. ¡Si hay que pagar, no puede ser bueno!

–¡Pero, tío, puede ser de un admirador!

–¿Tú crees?

–Pues que manden capones o pavos, en vez de costarnos el dinero.

–A ver, Miguel, que no y no. Que son dos reales.

–¡Y si es de vuestro impresor, tío!

–Es raro en él, escribir a estas horas. ¿Será de algún señor de la corte?

–No lo aceptes, Miguel –advirtió la esposa.

Pero el escritor, en la duda, claudicó.

–Dad al mensajero los dos reales. –Doña Catalina regresó a la cocina, bufando pestes contra los escritores de mente ida y de ilusiones falsas. La sobrina asintió y corrió a pagar–. Santa paciencia de mujeres...

Se detuvo en su escritura, impaciente. Estaba inspirado, escribía unas novelas ejemplarizantes en prosa que, como poco, le ayudaban a pasar los días, desengañado de que los versos y las comedias le otorgaran éxito algún día.

–Sobrina, ¿quién lo envía? –El paquete estaba bien envuelto en un paño, varios cordeles atados lo rodeaban. Crujía como lo que parecía: papeles.

–No lo ha dicho, tío. Pero con el paquete hay una carta.

–Está bien anudado. ¡Demonios! No puedo. Trae un cuchillo.

En las manos cuidadosas de Constanza, el filo de hierro comenzó a romper los cordeles de cáñamo encerado. A su vez, el escritor rompió el sello y desplegó la misiva.

En el Corral del Príncipe

En medio del griterío de las actrices, Claudio gritó al sentir el filo del cuchillo en el brazo. Los otros dos actores, pálidos, no resistieron ni una tunda. Los empujaron, los amedrentaron y se llevaron a su víctima ya con una mordaza entre sus pataleos. En el patio, un buen grupo de hombres se apañaba como podía con agua del pozo y mantones para extinguir el fuego, que ya elevaba humo negro hacia los balcones.

–¡Ayuda! –gritó Claudio al malagueño y al sevillano, aún espantando a los rufianes que lo acosaban–. ¡Jimeno, acá, se lo llevan! ¡Por aquella puerta!

Desde los vestuarios, los raptores cruzaron un pasillo y por una puerta estrecha alcanzaron la calle. Todavía había mucha gente alegre que, bajo el último rescoldo de luz, deambulaba hacia el Prado, donde se rumoreaba que habría fuegos de artificio en honor al embajador francés. Los madrileños también se agolpaban en las sombras, ansiosos por conocer qué había sucedido en la representación y si el humo que se respiraba era una amenaza para el barrio. Las fuerzas del orden y el alcaide del crimen, que acababan de llegar, detenían a cuantos les parecían, y las quejas y las peticiones de justicia al rey hicieron que muchos otros vecinos se asomaran a las puertas y a las ventanas. Los coches de los nobles y sus guardaespaldas terminaron de colapsar la calle y la plaza. Los caballos relinchaban inquietos con tanta gente y tantas voces. En la oscuridad y en esa confusión, zarandeado y molido por los golpes, Lope reconoció al cabecilla.

–¡Escapaste! –masculló, con los ojos desorbitados.

–¡Por aquí! –Juan Benito rio siniestramente. Le señaló un carro

preparado–. Ahora por fin te tengo. Te odio. Pero matarte sería demasiado fácil. ¡Ya verás, ya verás qué risas!

Pero, en su ira, un hombre puede actuar descuidadamente. En medio de un tumulto a la carrera, no hay espacio para blandir una espada ropera. En su cólera, un soberbio olvida que puede toparse con hombres más hábiles que él. Todo eso fue un suspiro para Jimeno de Monda, y se maldijo a sí mismo cuando fue doblegado y arrastrado. Despojado de su cinto, su vaina y su cuchillo matapenas, lo vapulearon hasta que la presencia de alguaciles asustó a los verdugos. Pero no soltaron su presa ensangrentada. Un instante fugaz bastó para pasar de la inconsciencia a la lucidez, y de nuevo a la oscuridad sin tiempo. Suficiente para admitir que ya era tarde para arrepentirse de nada. Y para recordar que otros lo seguían a él.

–¿Y a éste? ¿Qué hacemos con éste? –Le mostraron al malagueño, desarmado y aturdido.

Juan Benito se regodeó de puro contento.

–¡Qué buena pieza! –lo atizó con su única mano, haciéndole escupir sangre. Lo cogió del cuello para asfixiarlo–. ¡Listo, que eres un listo! A él, lo mismo.

–¡Rufianes! ¡Mala gente! –Lope estaba desesperado–. No sabéis quién soy, no sabéis quién es mi mecenas, un grande de España que os hará buscar y matar, ¡dejadme!

–De eso ni hablar.

–Te vas a arrepentir toda tu vida.

–¡Que se calle! Cortadle las manos.

En casa de Miguel de Cervantes

–No veo con esta luz. ¡Trae otros hachones!

El sello es importante, había reconocido el escudo y eso lo intrigó. La leyó con impaciencia.

A MIGUEL DE CERVANTES

De mano en mano me ha llegado este manuscrito que he leído con asombro, pensando que sería la obra que me dijisteis me queríais dedicar. No conozco a quien lo firma, ni lo conoce nadie a quien he preguntado, pero que sí debe conoceros a vos, y vos a él, ya que os hace inquina y os da mala fama.

Creía que serían habladurías, algún amigo ya me había comentado el rumor de que este manuscrito circulaba por la villa en pocas copias, pero hasta que no lo he palpado no lo he creído. De inmediato quise ayudaros, me hice con él, prometí devolverlo y no lo haré, pues de justicia es que podáis conocer de qué os acusan, y así, podáis defenderos. Tenedlo en cuenta.

Pedro Fernández de Castro

Conde de Lemos, de Andrade y de Villalba,

marqués de Sarriá

Nadie menos sospechoso que él, pero Miguel de Cervantes ahora ya estaba más intrigado que antes. Doña Catalina reclamaba a Constanza en la cocina, la olla de noche ya estaba dispuesta y los cordeles ya cortados. Quedó todo sobre el escritorio. Desde el comedor podía escuchar a la mujer y a la sobrina llamando a la mesa, pero Cervantes ni las oía ni las escuchaba porque la sangre se le agolpaba en los oídos, resonando como cañonazos. «¿Recuerdas Lepanto, viejo soldado?», se dice, con la mala vista fija en la carta y en el primer pliego, el que hace de portada, que descubre al abrir el paño.

SEGUNDO

TOMO DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Que contiene su tercera salida

y es la quinta parte de sus aventuras

Compuesto por el licenciado Alonso Fernández

de Avellaneda, natural de la villa

de Tordesillas

Tal es el pasmo que le asombra que mueve la cabeza descontroladamente, negando lo evidente, lo palpable, y hasta su mano zarpa parece cobrar vida tras tantos años muerta, intentando cerrar con furia sus falanges atrofiadas.

–¡Me han plagiado! ¡¡Han plagiado mi obra!!

Con tanta voz ha atronado la casa que Constanza corrió hacia él, y ante ella tartamudeó el escritor lleno de temblores hasta caer al suelo. Las babas llenan enseguida su boca entre los estertores de un ataque. El manuscrito, como una lápida, ha caído sobre él.

Cerca del río Manzanares

–¡Ja, ja, ja! –Juan Benito rio risueño, al tiempo que detenía al compinche que había sacado un largo cuchillo para hacer efectiva la amenaza–. No, no le cortes nada. No quiero que se desangre. Montadlos en el carro, ¡amordazadlos y tapadles la cabeza!

Poco duró el trayecto en la noche. Quien viera el coche, con esos toneles, pensaría que era un porteador de la corte. Que se estarían

emborrachando en palacio. Durante el traqueteo, Lope pensó que lo echarían en falta. Claudio, ¿lo habrían herido? ¿Qué habría sucedido con Belloso? ¿Y el duque de Sessa, que había sido testigo de la trifulca? Acaso ese hombre que se quejaba junto a él había sido siempre su ángel guardián contra Juan Benito. Pensó en su mujer, pensó en Micaela, pensó en Lope Félix y en Marcela, pensó en aquellos tantos que se perdían para siempre en la noche de Madrid, aquellos que salían de sus casas y nunca regresaban. Y la justicia nunca, nunca los encontraba.

El carro se detuvo. Los caballos relincharon.

–¡Bajadlo todo, a ellos también!

–¿Qué hacemos en el puente?

El río Manzanares bullía bajo los arcos. Los ruidos de la noche pusieron nervioso al tullido, que agarró con fuerza un saco que había dentro de uno de los toneles. Lo que hubiera dentro se retorcía y daba patadas. Jimeno de Monda movía la cabeza y miraba con odio a Juan Benito. Éste volvió a pegarlo.

–¡A ti te echaremos piedras! Si lo llego a saber, traigo dos sacos. El saco es para Lope. ¡Culebras, gatos y perros para ti! Y luego iré a tu casa, y Micaela me conocerá, y tu hija, ¡sí, tu hija Marcela!, también me conocerá, y no podrás evitarlo, porque todo concluye hoy para ti. No en comedia, sino en drama. Muchachos, ¡encubadlos! ¡Vamos, que se echa la noche!

–¡No! ¡Te colgarán! –Fue todo cuanto pudo oponerse Lope antes de que los ataran y amordazaran.

En vano culebrearon y empujaron. A la fuerza, los cuatro hombres los metieron en los dos toneles. El martillo y los clavos estaban preparados. El matón alzó el saco con su única mano.

–¡Adiós al mundo, maldito!

Los cascos de unos caballos destacaron de entre los ruidos de la noche. Sonó un disparo y una bala acertó. Incrédulo, uno de los raptores cayó al suelo con una mano en el pecho, herido de muerte.

Los otros tres compinches soltaron todo y alzaron las manos.

–¡Esperad! ¡Cerradlos, cerradlos! –A Juan Benito se le escapó el saco. Abierto, desde el suelo se desbandaron las tres pobres criaturas endiabladas. Sonaron nuevos disparos que terminaron con las dudas de sus compinches, que echaron a correr–. ¡Esperad! ¡Os he pagado! ¡Esperad!

–¡Alto! –Fernando Bermúdez y Carvajal, camarero del duque de Sessa, junto con varios hombres más y algunos a quienes no conocía, persiguieron a los que huían, sin piedad para con ellos–. ¿Es ése?

–¡Ése es! –le señaló Claudio, con su pistolete humeante.

–¡Ése es! –rugió Belloso, y de un salto descendió de su montura para terror del matón tullido–. ¡No lo matéis!

Consiguieron que no saltara. Lo rodearon. Lo desarmaron. Sin miramientos, lo cubrieron de sogas y nudos. Claudio y Belloso ayudaron a sacar a Lope y a Jimeno de los toneles.

–¡Amigo mío! –Se abrazó el escritor al actor.

–Dadme la mano –ofreció Belloso al punteador, pero Jimeno, renuente, rechazó su ayuda y salió por sus propias fuerzas. Se irguió, doliéndose de los golpes y magulladuras, pero se permitió una leve sonrisa al ver a Juan Benito atado y bien atado. El sevillano movió la cabeza con disgusto–. Sois un orgulloso.

–No. Soy un soldado de Flandes, bravucón, fanfarrón, soberbio, cristiano viejo, pendenciero y honrado. Decid en resumen que soy español, y eso, orgullo del mundo, todo lo engloba.

–¡Claudio, sangras!

–Un rasguño, Lope.

Juan de Dios de Belloso asentó los pies frente al prisionero, entre dos hombres con antorchas.

–¿Y qué vamos a hacer con él? ¡Merece la muerte!

–Hay un trato. Mejor se lo daremos a ellos. ¡Es vuestro!

Jimeno de Monda rio al verlo temblar. Varios de los hombres que los acompañaban eran gente al servicio de Rodrigo Calderón, y Juan Benito palideció al descubrir que lo entregaban como delator del duque de Uceda. Lo arrastraron hasta un caballo mientras chillaba como un cerdo, lo subieron cual fardo, lo acallaron con una porra para dejarlo en silencio y, con un gesto y una leve inclinación de cabeza, mano a los sombreros de ala inclinada, se lo llevaron. Los cascos de caballo se alejaron en la noche.

–Es hora de largarnos. Nos llevamos a los truhanes heridos para entregarlos a la justicia. Y que los ahorquen.

–¿Y qué será de él? –preguntó Lope.

–Lo emparedarán vivo –contestó con tranquilidad el camarero, hombre joven y vigoroso–. Ahora ya podéis apreciar mejor a Sessa, en vez de tanto escribir y escribir sobre vuestros asuntos y descuidar los de nuestro duque.

–Seguro que sí. Pero pedid un médico, que hará falta camino a casa.

–Yo estoy bien, Lope –dijo Claudio, esforzándose para subir a su montura.

–Pero otro no, amigo. A alguno, esta noche, se le estará atragantando un manuscrito.

CAPÍTULO 41

LO QUE LA NOCHE INSPIRA

«¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí antes?», fue la pregunta que me hice al terminar la lectura.

Y ya que hay pecado y pecador, ¿no lo hacen otros con mis mismas obras? ¿Acaso a mí me piden permiso para esas barrabasadas que realizan con mis comedias? Por una vez, soy yo el culpable, y eso hice: adornar con mi ingenio aún más la obra firmada como de Avellaneda, y con eso la burla de Cervantes será más dañina, más completa.

De la primera balda de mi librería, allí donde es más probable que las cucarachas coman papel y espero que no se indigesten, saqué el manuscrito que me dieron en Granada de El Quijote ocho años atrás. Lo abrí a un lado de la mesa, puse el Avellaneda al otro lado y cogí una buena resma de pliegos en blanco, para alabarme de mis ocurrencias y sobre todo para burlarme. Así ya podrá Cervantes irritarse.

Del manuscrito sobre Pasamonte que Belloso me entregó, hallé buen material también. Allí había carnaza, y ya bastante insomne estaba. No dormí hasta completar también con él mi trabajo.

Y luego, la Inquisición no se entere, hice un sacrilegio: quemé la copia que recibí de manos de mi confesor y bendije con vino la copia mía que yo completé. Y, con eso, la hice circular.

Qué gustosa y sazonada es la venganza literaria. ¿Quién ríe ahora, manco? Dime, ¿quién ríe ahora?

Lope

ACTO CUARTO:

MADRID (1635)

CAPÍTULO 42

DESPIERTE EL ALMA DORMIDA

Madrid, 6 de agosto de 1635

–Me vais a disculpar. No me encuentro bien. Estoy... fatigado.

Alonso Pérez y su hijo teólogo callaron. Dejaron aparte los platos de la cena, se limpiaron las manos con un lienzo y apartaron las tortillas y los espárragos. Su amigo parecía destemplado y estaba pálido como una pared de cal. Y triste.

Aún sufría por los dos últimos golpes de su destino. La huida de su hija postrera. La muerte de su hijo reconciliado.

–Vamos, vamos. Será sed. Bebed, sin fatiga. Es el mejor vino que tengo, y es para vos.

–No es eso. Es una angustia que tengo. No lo soporto más. Rezo a Dios cada día para que me busque. Para que reclame esta ruina de hombre que soy ya.

–¡No habléis así, maestro! Con esa salud de hierro, aún viviréis veinte años más.

–No espero esa gracia. Si son veinte años como el último, ruego a Dios que no me los conceda.

Todavía se despertaba por las noches atormentado por las escenas que su vívida imaginación dibujaba sobre la muerte de Lopito. Unas veces, Lopito se libraba de las cuerdas, pero no de los escualos devoradores de hombres. Otras, eran los caribeños caníbales quienes le arrancaban la vida con sus hachas de piedra,

ensangrentándolo todo, rojo sobre las arenas blancas. En otras, el bauprés alzado por los aires lo ensartaba al caer sobre él, empalándolo de arriba abajo. Eran ensoñaciones terribles donde siempre el fin era el mismo. Su hijo ya no estaba en el mundo de los vivos.

Era terrible sobrevivir a los propios hijos.

24 de agosto de 1635. Viernes

Se levantó temprano. Era su rutina. Leyó los evangelios al amanecer. Se dio penitencia, hizo misa. Después, arrastrando los pies por el sufrimiento, regó el huerto, mimó las plantas y se encerró en el estudio a escribir. La viuda llegó luego; dejó el pan, aireó la alcoba, limpió y cocinó. A medio día sintió frío. Era extraño, por lo vigoroso de sus ejercicios espirituales. Dejó las alpargatas de esparto sobre el serón, bajo la mesa. Sus pies rozaron con gusto el esparto gastado. Se cerró los cabos de la camisa abierta, se remangó los brazos y siguió escribiendo hasta la hora de comer. La indisposición no se marchó. Comió poco. De la sabrosa cazuela de pescado apenas probó un bocado. Mojó en el caldo un trozo de hogaza, que tragó con desgana.

–Qué sopor.

Pero tenía comprometido asistir al Seminario de los Escoceses. No faltó. El doctor Cardoso era un hombre sabio, y sus tesis, sólidas y convincentes. Juan Pérez de Montalbán estaba allí, cerca. A lo largo de la disertación, su maestro parecía adormecido. El calor, el sofocante calor de la sala. Los asistentes no dejaban de tirarse de los cuellos de las camisas. Las altas ventanas estaban abiertas, mas sólo calima entraba. Quien podía se daba aire con papeles. Desde el estrado, el orador, tras su atril, sudaba goterones que se desbordaban por las sobaqueras.

–Qué calor, señores míos. Me disculparán que me seque. –El propio Cardoso, agobiado, se secó la frente y la punta del bigote con un

pañuelo manido–. Pero prosigamos. Ya hemos hablado de que tener alma es cantar a Dios el creador y hablar latín. Quien así no hace, no la tiene. Los perros, los indios, los negros, los niños...

Montalbán se centró. Por fin llegaba a la cuestión. ¿Era el bautismo la causa del alma? ¿Tenía su asiento en el cuerpo, en alguna glándula por descubrir? Aquel sabio disertaba sobre la unión del cuerpo y del espíritu por gracia divina. La veintena de asistentes respetaban a Cardoso, pero tanteaba el filo de lo permitido. Miró a su maestro otra vez. Entrecerraba los ojos. Dormitaba. Los abría. Los cerraba. Se le cayó un papel de la mano. Y luego, con un golpe seco, fue él quien cayó al suelo, como un fardo sin fuerza. Setenta y tres años de escritor se derrumbaron como harina suelta sobre el suelo de una cocina. Todos se giraron. El orador calló. Montalbán corrió hacia él.

–¡Maestro! ¡Maestro! ¡Apartaos!

–¡Aire! ¡Hacedle aire!

–¡El pulso! –Cardoso se abrió paso. Puso dos dedos sobre la arteria carótida. Débil, pero había–. ¡Agua fría, y a una cama! ¡Montalbán, Medrano! ¡Ayudadme!

–¡A mi cuarto! –se ofreció el poeta Medrano, cuarentón canoso de ojos claros y peca pronunciada en la mejilla.

Lope de Vega balbuceó al sentir el bamboleo y las luces, los pasos a su alrededor sobre la piedra de los suelos, los rostros preocupados. Sintió el lecho blando, la compresa de agua fría, las voces del orador y del hijo del librero. Le dolía el pómulo derecho, donde se había golpeado con la tarima de la sala al caer.

–¿Qué... ha... pasado? –se quejó. Pero no lo dejaron levantarse. Al beber el vino amargo, dio un respingo. Después, más despejado, tomó agua con limón y miel–. Ha sido el calor. Estoy bien. Dejadme.

–¿Dónde vive vuestra hija?

–Estoy bien. ¡Dejad de sobarme! –Al amago de levantarse, el mundo

giró para sí, y puso los ojos en blanco. Lo obligaron a acostarse de nuevo–. Montalbán lo sabe. Llevadme a mi casa.

Suavizado el calor al final de la tarde y con una tropa de poetas y literatos preocupados detrás de ella, una silla de manos lo llevó a la carrera hasta la calle Francos. Sentía el corazón quebrado. A cada bache del camino, el sobresalto llenaba de dolor su pecho y su brazo izquierdo. Oía su ruido quejumbroso. Su boca era un rictus en busca de brisa. Puso la llave en manos de Montalbán, que abrió la casa, se hizo cargo de subirlo a su cuarto y de hacer salir a todo el mundo salvo al físico. Lope de Vega escuchó llantos no ocultados y sintió pánico. Entonces era cierto. Se moría.

Al poco llegó Feliciana. Luego, Claudio. Medrano también quiso quedarse. El médico escuchó, palpó, examinó. Dictaminó sin decir nada. Abrió su bolsa, de la que sacó una lanceta y una soga suave que ató al brazo del enfermo por encima del codo. Buscó allí donde no hubiera marca; tantas había de otras veces que cambió al brazo izquierdo.

–Aunque no me gusta este brazo, del lado siniestro siempre sale la sangre más oscura.

Un chorro casi negro se vertió en la escudilla. Lope se sintió desmayar.

Feliciana dio un grito al recordar qué día era.

–¡No lo sangréis más, que hoy es viernes! Y es cuando se da penitencia. ¿No veis las marcas en las paredes? ¡Lo vais a dejar seco como un pellejo!

El médico paró.

–Nada más puede hacerse, por ahora. Que repose. Y caldo tibio de gallina con hueso salado de canilla, si puede tomarlo y tiene hambre. Volveré mañana.

Claudio consoló a Feliciana, que lloraba sobre su hombro. Montalbán estaba desolado. Medrano, confuso, balbuceó una excusa:

–Bajo a regar el huerto. A él no le gustaría que sus plantas murieran.

–Claudio... Claudio..., ve a por Juan de Piña.

–Aún no, Lope...

–Ve.

* * *

Pasó la noche. Lope soñó otra vez con su hijo. La cubierta del barco estaba llena de espuma, y Lopito seguía burlándose de las olas y de Neptuno y no escuchaba lo que le gritaba. Que saltara. Que salvara la vida. Que olvidara esas estúpidas perlas, esas ansias de riqueza fácil, que sobreviviera, que volviera a Madrid. Y Lopito se volvía en su sueño, lo miraba como si no lo creyera. Después el mar se lo arrebataba.

–¡Hijo!

–Cálmate, Lope. Estás en casa. –El actor se acercó y volvió a arroparlo con la sábana fresca.

–Lo perdí, Claudio, lo perdí. ¿Es Antonia?

–No. Feliciana. Duerme. –La hija reposaba de mala manera en la penumbra de la única vela, sentada sobre una silla y con la cabeza atrás apoyada sobre un cojín en la pared. Antonia Clara. Otra hija perdida–. Debes reposar.

–Tengo... que hacer el testamento. ¿Vendrá Piña?

–Mañana.

–Abajo tengo pliegos. No he terminado unos sonetos. ¿Los subirás?

–Tu mano izquierda está casi muerta. ¿No ves que no podrás

sostener los pliegos? Aguarda al día. Recobra fuerzas. Terminarlos, no podrás irte sin terminarlos.

–Tengo sueño, Claudio. Y sed. No, no quiero sopa otra vez. Déjame. No te vayas.

–A tu lado estaré. Sentado.

CAPÍTULO 43

CONFESIÓN

Me muero. Eso ahora lo sé.

Como tantos que ya se fueron. Antes los oía cada noche y tenía miedo, y ahora tengo miedo porque están en silencio. Isabel, y Teodora, y Antonia. ¿Dónde estáis? Os he olvidado, y ahora quiero recordaros. Y a Juan, y a Félix. Y a Carlos Félix. Y a Juana. Te hice tanto daño... Como a Micaela. Como a Marta. Como a Antonia Clara, a Marcela, a Lopito, a Feliciana.

A Dios. A ti, señor Jesucristo, por romper mis votos sacerdotales.

¡Cómo me arrepiento de tantas cosas!

Mis hijos, no me quedan más que mis hijos. Los muertos, los vivos.

Me muero. Me burlé cuando murió Cervantes. ¡Hará casi veinte años, y es ahora cuando me arrepiento! Debí acudir a su entierro, como hizo Claudio. ¿Cómo me dijo?

–Cervantes ha muerto. ¿Es que no vas a decir nada?

–El muerto al hoyo, y el vivo, al bollo.

Sí, eso fue. Y yo seguí cavando en el huerto. Feliciana regaba. Feliciana, mi postrera hija con Juana, en paz esté. La única que ahora me vela. ¿Para eso tuve tantos hijos?

No seas cruel, escritor. Tienes dos hijas más. Marcela, bella como su madre Micaela, entregada a Dios. Y Antonia Clara, gota de agua de Marta, hermosa y serena y pecadora como su padre. ¡Dónde estará fugada la que iba a ser mi báculo en la vejez!

Cervantes, el viejo. Nunca nos reconciliamos, y eso no era bueno

entre dos hombres de Dios. Me burlé el día que murió.

–Sacerdote, deberías ser más indulgente. Y más compasivo también. –Claudio sabía cómo me irritaba su tono de reproche–. ¿No darás una misa por él? ¿No? ¿No irás a su casa ni a su funeral? ¿Oyes? Ya tocan a muerto. Las campanas tienen más conciencia que tú.

Me acuerdo de eso. Me acuerdo de que le respondí de malas maneras. Con una rabia impropia de un viudo arrepentido, de un sacerdote ordenado.

–Cállate.

–La gente murmura.

–La gente que murmura es gente ociosa que arderá en el infierno por inventarse calumnias. La gente es necia. La gente mete las narices donde no debe.

Tenía que haber ido. Claudio me dijo que murió olvidado, tan pobre que por eso se hizo terciario de la Orden de San Francisco, para que lo enterraran de balde.

Jerónimo de Pasamonte ya será polvo también. Cuando todos seamos polvo, ¡qué importarán los libros, qué importarán las verdades y las mentiras que se cuenten en ellos! ¿Alguien se acordará de la verdad? Yo mismo, ¿qué será de mí? Al día siguiente de mi entierro, ni mis hijos me recordarán.

Yo me acuerdo tanto, tanto de ellos. De Lopito, mi Lope. De cómo me pegaba puñadas con ocho años por apartarlo de su madre y haberlo encerrado en los Desamparados; de cómo malas compañías lo torcieron de joven, y cómo fue a los tercios de Italia de hombre y cómo después se enderezó. ¡Qué lágrimas vertí cuando nos reconciliamos!

Calla, escritor, calla, no recuerdes su final espantoso. Bernardo era el nombre, ¿lo recuerdas? Ése era el negro aventurero que naufragó con él frente a la isla Margarita. Sí. ¿Por qué me torturan otra vez esas palabras? Es penitencia, debe serlo. Lopito, hijo mío, ¿serás capaz de esperarme y perdonarme?

–Un temporal –eso explicó Bernardo, triste. Me acuerdo de él, con su cara picada y sus manos pesadas–. El peor temporal vivido en muchos años, según dijeron los más viejos. Estábamos a la vista de la isla tras días de tormenta. El barco subía y bajaba montañas de agua, soportando chuzos que azotaban como látigos. Pero allí estábamos, tras cruzar los sargazos. Entonces, se alzaron murallas terribles, y el galeón no soportó el aire. Las olas barrieron por muchas veces la cubierta. A cada ola perdía de vista a hombres. Lopillo se reía de la furia del mar, agarrado a las jarcias que quedaban. De pronto se perdió el bauprés, se rajaron la mayor y la segunda. Y al final perdimos la mesana. Se abrieron las cuadernas, el agua llenó la bodega, el barco escoró. Se rajó el trinquete. Yo caí al agua, que me tragó. El cascarón se quebró. Todo rodó del derecho y del revés antes de hundirse.

–¿Y Lopito?

–Lo vi. ¡Ojalá no lo hubiera visto! –El negro se tapó el rostro para que no lo vieran llorar, me dijo luego Claudio–. Las jarcias desde las que se jactaba se enredaron en sus pies, sujetándolo a los penoles y al costado que ya se hundía; y otra parte se enredó en sus brazos, arrastrándolo con el velamen roto y la mesana en dirección opuesta, por el empuje del viento. Lo oí gritar, y fue su despedida. El peso que lo hundía y el huracán que tiraba... lo desgajaron en dos, como a una ramita verde de un tronco añejo. Y aún temblaba, vivo, cuando se hundió como Jonás, atado. Ya no lo vi más. Desperté en una playa tan blanca que creí estar muerto. Luego, deseé estarlo. Fui náufrago y también huérfano. No hallé a nadie más.

Espantoso.

Y esas palabras llegaron a mí para que yo sufriera y no las olvidara. Para seguir sufriendo y sufriendo. Recordar es sufrir.

Micaela. Mi amor, no me dijiste que estabas enferma. ¡Yo hubiera hecho más, yo hubiera...! La hubiera cuidado, como a Marta. Hasta el final, y no como aconteció, que luego no tuve tiempo para nada, sólo para llorarla.

Como a Marta, ciega de mi corazón, locura de mi razón. Mi último amor. No he podido cuidar a nuestra hija, Marta.

Te recuerdo rubia y serena. Hermosa Marta.

Luego recuerdo tu rabia, y tu locura.

¿Fue en el equinoccio de primavera? Fue una semana antes de morir, ciega, desgastada a pesar de ser tan joven. Entre tanta miseria y balbuceos, te recuerdo, de repente, lúcida, triste y sabia. Despertaste de tu estupor, preguntaste por mí. Tomé tu mano, me senté al borde de tu lecho.

Lo dijiste. Viste a la Dama Negra.

–Ya se acerca, amado mío. Ya se acerca, la veo delante de mí, sin verla.

–No digas eso. –Quise grabar todas tus palabras a fuego. Oírte de nuevo con razón fue milagroso. Y doloroso, pues sabíamos que te morías.

–Es como si hubiera despertado de una confusión tremenda. Pero sé que ha sido mucho tiempo. ¿Está bien Antonia Clara? ¿Es hermosa?

–Tiene tus mismos ojos verdes, hermosos. –Era tristísimo que ya no pudieran verme. Recuerdo ese pesar mío.

–Quédate. Es como si quisiera dormir otra vez, aun sin quererlo. Quédate hasta que me duerma. No te vayas, Lope.

–No tengo nada más que hacer. He dejado de ir al teatro y de dedicar tiempo a las comedias. Mi tiempo se reparte entre Dios y tú.

–¿Me quieres? ¿Todavía me quieres?

–Sí.

Creo que fue el «sí» más sincero de toda mi vida. Que me perdonen Isabel, Juana y Micaela. ¿Este amor puro y final no me redimirá en parte?

–Lope, amor mmío, que el cielo te pague por lo que has hecho por mí con tanto amor, con fe limpia, con verdad pura, con lealtad. ¡Ha sido tanto! Te amé desde que te conocí, ¿por qué no viví desde

aquel momento como hubiera querido, para estar más tiempo junto a ti? Ahora todo se acaba. Ahora todo lo veo claro, todo lo entiendo. Es amor, un amor que Dios ha de entender y no castigar. Y es mi penitencia tener que despedirme de ti aunque no quiera. ¡Ay, Lope, que tanto te quiero! Tengo miedo. Siento como si se me durmieran las piernas. ¡No te vayas!

Recuerdo que supliqué como un necio. Como si un hombre pudiera convencer de sus razones al señor de los cielos. Los actos de un sacerdote que ama a una mujer, rompiendo sus votos a Dios, víctima de su corazón o de las tentaciones del Diablo, siempre serán pecados. Pero mi amor era sincero, por primera y última vez. Nunca me creyó nadie.

–No. ¡No! ¡Aún no! ¡Quédate despierta! ¿Para qué quieres despedirte, si no ha llegado todavía este momento? Aún he de verte muchos días, y vendré a leerte y a contarte lo hermosa que crece Antoñita y lo bien que se lleva ahora con Feliciana, que el huerto crece como un primor y que las golondrinas han regresado. Las flores se abren, la vida respira henchida de alegría. ¿Cómo vas a despedirte ahora que has vuelto a mí?

–Por un tiempo, por amor, he vuelto a ti. Pero poco me queda, muy poco.

Tan poco que volviste a dormir. La noche fue agitada, y al día siguiente tu lucidez repentina, Marta, se había desvanecido. Volviste a ser una enferma sin memoria, sin pasado, sin futuro, muda y de mirada perdida.

–Es la antesala de la muerte –sentenció el médico.

Yo me enfadé mucho con él, Marta. Pero no era más que la verdad.

Más me pesa, ahora, que no supe darme cuenta de las quejas de Antonia Clara contra mí. Ella era tú y yo juntos, y se marchó de casa, sin despedirse de mí, sometido a la pena de mi viudedad. La he perdido para siempre. Se fue, no volvió y no volverá. Ojalá pudiera verla de nuevo, reflejo tuyo y mío, de mi redención. Antes de morir, verla. Es tan poco lo que pido, señor. Pero lo entiendo y no te lo reprocho, señor Jesús. Es también parte de mi penitencia y

tengo que sufrirla entera.

¿Me he dormido? ¿Cuánto tiempo? ¿Está aquí ya Juan de Piña?

No puedo dormir. Tengo que recordar. Los que me odiaban o están muertos o desterrados.

Me acuerdo de Cervantes. Su sobrina Constanza lo quería. Tendría algo bueno. ¿Será que no hay malvado absoluto? ¿Que incluso los peores hombres son capaces de buenos actos? Por lo menos, murió lúcido. Líbrame, señor, de la condena del olvido. Me acuerdo de Góngora. Pobre diablo. Me lo contó Montalbán. Luis de Góngora y Argote murió convertido en un despojo de demencia en Córdoba, a las orillas del río Guadalquivir. ¡Dios mío, qué horror, olvidarse de uno, olvidarse de todo! Y darse cuenta de que uno está olvidando todo... Terrible, terrible.

Otros muertos ya no me desvelan. Guardan silencio. A lo mejor saben que pronto estaré junto a ellos. Como el señor de Peñafiel. Me burlé de su fantasma, irritándolo con mi cabezonería de fama inmortal a costa de todo lo demás. Y él me maldijo, me dijo que así sería. Fama a costa de todo. Porque nada se consigue sin pagar un precio. A fe mía, que lo he pagado, don Juan Manuel. Sobrevivir a todo es llenarse de anclas y de crueles nostalgias. De pensar «esto no lo hubiera hecho», «esto lo hubiera enmendado», «estas palabras no las hubiera dicho». Qué necio fui, qué necio soy. Se hizo, no se enmendó, dije. Ya no hay remedio. Casi todos están ya muertos, se llevaron su ira a la tumba. Y ahora mendigo su perdón. Mas es inútil.

Como inútil es asirse a la juventud que se fue. Viajes, libros, intrigas y venganzas. Vanidad. Todo ya es vanidad.

A los jóvenes ya no les importo. El público ¿esperará a que mi cuerpo se enfríe para olvidarme? Aún me duelen los abucheos. Eso no pasaba antes.

Buen librero es Alonso Pérez, el padre de mi querido Montalbán. Me dijo que el público no me olvidará. Montalbán dice lo mismo. Son palabras amables hacia un viejo.

Mi casa está silenciosa. Añoro las voces de antaño, las trifulcas entre Feliciana y Antoñita, entre mis criadas Lorenza y Catalina. Los ladridos de alegría de mis perros Lobillo y Clavelina al recibirme. Ellos no mentían nunca. Añoro la voz de ángel de Marta cuando aún cantaba. Y, a ratos, las habitaciones mudas me agobian. Por eso Feliciana se casó y abandonó este hogar. Por eso Marcela me abandonó y se hizo monja, por el agobio de mi vida agitada y de mis pecados. Buen Dios, entregarte a una hija más fiel que yo mismo a los votos de castidad ¿no hará que me escuches con mayor comprensión?

El silencio llama al silencio. Adiós, ruido de la escena, voces en el gallinero, risas de comadres y alojeros que todo lo aguan anunciando a voces sus caldos y chucherías. Por todas partes, los escritores de ahora son jóvenes, pujantes, arrogantes, lanzados. El mundo ha cambiado y a mí me ha dejado atrás.

Pero no quiero morir. Vaya deseo necio. Todo muere algún día. Quiero decir que no quiero morir como Cervantes, sin nadie a mi entierro. ¿De qué le sirvió la fama de su libro?

Juan de Piña, ¿eres tú?

Amigo, entra, entra. Siéntate. No me mires así, aún no estoy... muerto.

CAPÍTULO 44

EL TRIUNFO DEL FÉNIX

25 de agosto de 1635. Sábado

Juan Pérez de Montalbán mandó nota a su padre el librero. Y el librero Alonso, atendiendo al conocido interés de los reyes por el escritor, dio mensaje a palacio. Desde allí corrió por todo Madrid: Lope de Vega se moría.

Luis Fernández de Córdoba llegó a media mañana con su coche de caballos a todo correr. Su secretario secreto dormitaba. Juan de Piña acababa de cerrar su cartapacio, anudando los dos cordeles rojos sobre el cartón negro con charnela de seda.

–Es el testamento. Voy a buscar al notario. Está agotado.

–No me iré de esta casa.

–Quedaos en esta silla. Ayudaré a Feliciana –ofreció Claudio al duque, tan agotado como él. El actor no cesaba de pensar que tenía setenta y tres, la misma edad que el moribundo.

La hija ocultaba su tristeza preparando una olla para comer, remangada en la cocina entre los fogones y alacenas.

–Y yo que me quejaba de él. Ahora iré a por pan y algo de tocino para los garbanzos. Hay vino en la alacena. Gástalo todo, tío, el malo primero, el mejor después. Que el bueno quede como buen recuerdo de esta casa. –Hipó–. Nunca lo había visto así de enfermo. Eso es malo. ¡Señor bendito!

* * *

–Señor don Luis..., habéis venido...

–¡Claro!

–No sé si podré asistir a la fiesta de agosto. Me perderé vuestras perdices.

–Reponte y traeré capones. No te dejes morir, ¿no recuerdas lo que me dijiste? ¿No hay en ti la sangre de Bernardo del Carpio, héroe de Roncesvalles? Pues que espabile ese vigor, que aún tendrás que ordenar tus cartas. Hay trabajo en mi biblioteca. Mira a Bermúdez, reseco como está, ya casi son noventa y ocho años los que tiene, y nada, no se muere. A su lado, somos zagales.

–Lo peor, con tanto entrar y salir gente, es que llevo dos días sin escribir nada. Medrano, señor duque, ¿me ayudáis? –Se medio incorporó. Lo habían desvestido y puesto un camisón. Bajo el lecho estaba el bacín. Tenía las piernas delgadísimas, casi de palillo y como de fantasma, tan blancas eran. Con dos almohadones en la espalda, su semblante mejoró. Abrió y cerró la mano izquierda con debilidad–. Decidme, ¿os he servido bien? ¿No me guardáis resentimiento?

–Bien servido estoy. Y sólo guardo agradecimiento, frey. Me enfadaré de veras si dejas mi servicio.

Pero a Lope lo que le importaba es que así, a medio recostar, podía mirar más allá de su alcoba, por encima del pequeño ventanuco sobre la puerta, al Cristo colgado en la cruz en su capilla oratorio.

* * *

Por la noche lo atacó la fiebre. En el silencio de la madrugada, abrió los ojos. ¿Estaba muerto? No debía estarlo. Oía los ronquidos del

descendiente del Gran Capitán, sentado sobre una silla. Sintió un pálpito y un soplido sibilante. Palpó con cautela. Descubrió a su izquierda una figura menuda. Unas manos finas. Pelo largo. Era su hija Feliciana, que compartía lecho con él por no dejarlo solo.

¿Por qué sería que de repente llegaban a él recuerdos de la niñez lejana? Cuando corría por los hospitales en los que su madre Francisca, de nuevo joven y pizpireta a pesar de sus ojeras, hacía camas. Se acordó del roce áspero del bigote hirsuto y negro de su padre Félix. De la primera vez que pisó Sevilla, acogido por un tío suyo. De la primera mujer que desvirgó en Alcalá, entre los cañizos del río; tenía el pelo ensortijado y negro, el sexo velludo y salvaje. Se llamaba Doménica y tenía catorce ansiosos años. De su hermano el alférez Juan, con quien se reencontraría en Lisboa.

Se acordó otra vez de que su existencia había sido como una alocada carrera y de que había pedido la fama inmortal. Ahora tocaba realizar el último pago al último y máximo acreedor.

La fama. ¿Pero qué pasaría con la fama cuando él faltase? No había concluido los tomos recopilatorios de sus escritos. Se le acumulaban los legajos por los estantes y sobre la mesa. ¿Quién mantendría a raya a las cucarachas? Se acordó de las semanas que había pasado sirviendo en el negocio de Antonio de Guardo, el padre de su segunda mujer. ¿Pues no había envuelto chorizos y morcillas blancas y lienzos de tocino en papeles usados? ¿Acabarían así sus comedias, de envoltura sucia y comida de marranos o yesca para hogueras? Tanto escribir para qué; si tanto se publicaba, ¿no tendrían los lectores más que de sobra con los escritores vivos, como para dedicar tiempo a los autores muertos? Entonces, ¿para qué le servía la fama? La de horas y noches que había perdido escribiendo. ¿Habría errado el camino? ¿Quién defendería su nombre y su memoria frente a sus enemigos? O a lo mejor era un soberbio al pensar que aún había gente dedicada a perder tiempo en odiarlo. En ese sin vivir, sintiéndose de pronto burlado por los tontos anhelos de juventud, se desveló en balbuceos confusos hasta que el cansancio lo rindió al alba.

26 de agosto de 1635. Domingo

Los vecinos murmuraban alrededor de la fachada de la casa. Los sirvientes del duque de Sessa llegaron con bandejas de comida y provisiones y, al salir, fueron interpelados por curiosos y caballeros. El doctor Juan Negrete, físico del rey, acertó a pasar por allí en su paseo dominical antes de que el calor apretara, y preguntó qué sucedía.

–Se muere Lope.

–¡Diantres! A mí no me ha avisado nadie. Volví anoche de Alcalá.

Y se anunció en la casa, pues también era amigo suyo. Montalbán lo dejó entrar. El resto, todos ojerosos, merodeaban por el comedor, donde los servía Feliciana. Claudio indicó que arriba sólo estaban Lope y su mecenas. Quiso subir también junto al hijo del librero.

El médico del rey le tomó el pulso, contando con paciencia. El enfermo había comido muy poco, algo de pollo y caldo, y lo había vomitado. Sólo toleraba limonada rebajada. Tenía el rostro ceniciento. Sus ojos estaban acuosos. La respiración era fatigosa. La sangre tomada un rato antes por el otro doctor olía mal, y no le gustó el sabor fuerte y agrio de la orina. La fiebre había descendido con las compresas de agua, pero permanecía, y la debilidad del escritor era manifiesta.

–¿Y bien? –preguntó el duque.

Lope miró al doctor con expectación.

El doctor Negrete había escuchado alguna vez sobre el poder de las palabras. Que a veces los enfermos son los que deciden curarse o no curarse. Si oyen al doctor en el que confían aseverarle una pronta recuperación, ésta sucede, por optimismo y voluntad. Pero, si oyen que no hay nada que hacer, no hay sabiduría ni poder en el mundo que impida lo inevitable. Pensó en mentir a su amigo Lope. Pero le pareció que, en honor a su amistad, merecía la verdad. Respiró hondo para dar su veredicto con calma pero con certeza:

–Me temo que sería conveniente administrarle el último

sacramento. Porque trae consuelo al que ha de morir y fuerzas al que ha de vivir.

–Si lo decís..., entonces..., es que es necesario... –susurró Lope. Y con él se fueron todas sus esperanzas y las de los que lo escucharon.

El presbítero Juan de Solís apareció enseguida. Escuchó su confesión en soledad y luego le impuso el sagrado óleo de la extremaunción en la frente, haciendo una cruz en los ojos cerrados, en las orejas, la nariz, la boca, las manos y los pies.

–En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, quede extinguido en ti todo poder del Diablo por la imposición de nuestras manos y por la invocación de todos los santos ángeles, arcángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y de todos los santos juntos.

–Am... amén.

–Por esta santa unción y su misericordia, el Señor Jesús te perdone todo lo que has pecado con la vista, con el oído, con el olfato, con el gusto y la palabra, con el tacto. Con el andar.

–Amén.

El presbítero concluyó. A los que esperaban en el pasillo, les indicó que pasaran.

–Hija... Hija, ven. Si te traté mal, perdóname. Ahora... acepta mi bendición.

–Sí, padre.

–Amigos todos: Me despido de vosotros. No sé si volveré de este viaje, si dormiré poco o mucho. Señor don Luis, velad por mi hija Feliciana. Mi buen Montalbán, no estés triste, y recuerda que la verdadera fama es ser bueno y digno. Cambiaría todos los aplausos recibidos por una vida más virtuosa de la que he tenido. Amigo Claudio..., resiste. Ahora tengo paz. Todo está hecho. Pero tengo que terminar... esos sonetos. Súbelos. Y tinta. Y papel.

–Ya los subo.

Y a la vista de todos, en aquella alcoba convertida en diminuta con tanta gente, Lope se concentró y escribió hasta concluir a su gusto. Entre la congoja de tantos, olvidó, por un rato, que se moría.

* * *

Ya estaba todo. Había firmado el testamento en presencia del notario. Su yerno Luis de Usategui, marido de Feliciana, y el duque don Luis serían los albaceas. Su hija recibiría la herencia y la parte de su dote aún por pagar, dejaría a sus acreedores tranquilos y las misas pagadas por su alma.

Ya podía descansar. Se sentía agotado. Pues sí que era angustioso morirse.

Pero la noche no le dio tregua. Porque malditas eran las ganas que tenía de morirse. Ahora que había hecho las paces con Dios, con sus allegados, con todos a los que apreciaba, ahora que se había confesado por sus malos pensamientos contra todos aquellos que alguna vez odió, no quería morirse. No quería la fama. Quería mil años más de vida. Se decía que perro viejo no aprende truco nuevo, pero él estaba dispuesto a aprender, otra vez, el oficio de escribir. A recuperar el favor y los aplausos. Había pasado años quejándose como un viejo. Se arrepentía de ello. Tenía que haber escuchado al público y no haberse creído el monarca de las tablas. El tiempo perdido, perdido estaba para siempre. El recién nacido era más rico que nadie, el moribundo, el más miserable. El tiempo, moneda era que todo lo tasaba, no los escudos, no el oro, sino el tiempo. Y a él no le quedaba nada en la bolsa. No podía comprarse tiempo con oro.

No quería morirse. Luchó por no dormirse, pues no tenía seguridad de volver a despertar.

27 de agosto. Lunes

El gallo cantó al alba. Lope seguía vivo, pero tan cansado que ya todo parecía inevitable. Había gastado toda su fuerza y su vitalidad restantes en negarse a cerrar los párpados y aceptar el reposo que ya llegaba. Estaba tan débil que su respiración era un gemido. No podía hablar. Movía los ojos y poco más. Era indecoroso verlo empapado en sus orines. Feliciana, ayudada por una vecina, lo bañó, y le pusieron ropa limpia y cambiaron las sábanas.

Abajo, la gente seguía preguntando. Por dos veces tuvo Montalbán que salir a rogar silencio. Y para quien pasaba por la calle parecía aquello ya un velatorio. Algunos literatos jóvenes acudieron con bandas negras en los brazos. La multitud silenciosa crecía, rota la quietud por algún crío lloroso que exigía teta a su madre.

Todo el día fue dedicado a la oración, a un ruego por el moribundo y su alma. No quiso comer, no quiso beber. No quiso que, perdida su alma, su cuerpo sin capitán manchara sábanas y ropa de cama a la vista de todos, como un perro indigno. Se leyeron salmos, se oyeron letanías, oraciones y súplicas cristianas. El momento estaba cerca. Su respiración era cada vez más irregular.

A las cinco y cuarto de la tarde dio un súbito respingo y abrió los ojos. Sentía el frío que adormecía sus miembros. Y habló con un susurro:

–Claudio... Claudio...

Lo buscaron. Dentro del cuarto no se cabía. El actor, ojeroso y agotado por la larga vela, lo tomó de la mano y se sentó sobre uno de los largueros de la cama.

–Me muero, Claudio.

–Creo que sí. –El actor se tuvo que aproximar a los labios amoratados del escritor para poder escucharlo.

Los demás continuaron con un padrenuestro, casi sin poder contener la tristeza.

–Aquí acaba esta comedia... ¿Sabes? Podía haber sido mejor vida,

pero no ha sido mala... ¿Sabes, Claudio? Ahora recuerdo cosas que... antes olvidé... ¿Sabes, amigo? Escribía bien... ese... Cervantes. Adiós.

Claudio asintió, mudo. Fue todo. Lope miró a su alrededor, contento de no morir solo, sino entre gente que lo quería. Y con eso pensó que, de alguna forma, había triunfado.

Expiró.

En su cuarto, ni los hombres contuvieron los lloros.

Pero, en su último instante infinito de consciencia, Lope ya no estaba allí. Estaba lejos, muy lejos, enfrentándose al mar bravío. Avanzaba por la cubierta sacudida por el viento y las olas, asombrado de verse las manos y sentirse otra vez joven. Saboreó la sal. Se burló de las nubes tormentosas que arreciaban lluvia. Y frente a él estaba Lopito, soberbio, riéndose, agarrado a las jarcias a la vista de isla Margarita. Padre e hijo se encontraron y se abrazaron entre la espuma del indómito océano, contentos de vislumbrar, juntos al fin, las playas de aquel paraíso ya a su alcance.

EPÍLOGO

En menos de una hora, la noticia de la muerte del Fénix de los ingenios sacudió todo Madrid. Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, siempre remiso a incluirlo en la lista de sirvientes de su casa, se encargó de organizar su funeral para el día siguiente, martes, a las once de la mañana. Se repartieron muchas limosnas para misas, y la Orden de los Caballeros del Hábito de San Juan, la de los Terceros de San Francisco, la Congregación de los Familiares del Santo Oficio y la de los Sacerdotes de Madrid compitieron por tener la honra de portar sobre sus hombros el féretro con su cuerpo. Lo consiguió la Venerable Congregación de Sacerdotes. Tanta gente asistió a la procesión fúnebre que ya estaba la cruz que iniciaba la comitiva en la parroquia de San Sebastián y aún no había salido el cuerpo de su casa.

Claudio Conde caminaba triste muy cerca del yaciente. Literatos y poetas y gentes de la comedia habían acudido a despedir al escritor. Incluso pudo vislumbrar la oscura faz de Bernardo entre la multitud. Iban de luto. El duque de Sessa y otros grandes señores de grandes títulos y multitud de caballeros marchaban a pie en el medio de la comitiva. Hacia el final, estaban Luis de Usategui, yerno de Lope, y un sobrino suyo. También el propio Claudio. Había sido él quien había ido a maitines al convento de las trinitarias a avisar del fallecimiento.

Marcela de Vega y Luján se había quedado desconsolada, con la mirada cabizbaja.

–Quiero ver a mi padre.

–Decidiste huir del mundo y de tu padre cuando elegiste la clausura. Pero haré lo que pueda.

Lo había prometido. Y la comitiva dio un rodeo por el vecindario para pasar por delante del convento. Las calles estaban atestadas, no había balcón vacío ni ventana desocupada. Las campanas tocaron a muerto y se abrieron los postigos. Tras la reja, sor

Marcela, con la cruz de trazo rojo y azul sobre el hábito blanco y la toca oscura, extendió la mano fuera, rozando con las yemas de los dedos el ataúd abierto y oscuro. Lope de Vega yacía con expresión de paz, vestido con una lujosa dalmática bordada, estola litúrgica de seda y oro, y entre sus manos sostenía un cáliz dorado. Su hija se sintió morir. Se dejó coger entre las hermanas Jerónima y Virginia para no derrumbarse, y su mano trémula regresó tras los barrotes de hierro en medio de un silencio sepulcral. Tan nutrida era la comitiva fúnebre, con tanto noble, tanto villano y tanta y sentida devoción que una vecina no pudo reprimirse:

–Bueno es este entierro. Se nota, es de Lope.

* * *

Llegaron a la iglesia, donde se les recibió con música sacra entre tañidos de campanas. La misa fue solemne. Sobre el catafalco, Lope parecía un santo, y, entre cánticos y coros, Claudio se giró. La iglesia estaba abarrotada. Mucha gente quedó fuera, sufriendo el bochornoso calor que ya arreciaba. Las puertas estaban abiertas de par en par para que desde la calle se siguieran las palabras del cura.

El actor se emocionó. Tras la bendición última, se levantó un gemido de pesar por todo el edificio. Era el pueblo, lamentándose de que ya los hermanos sacerdotes cerraran el féretro y lo alzaran del catafalco para llevarlo a las bóvedas, fuera ya del mundo. Feliciana estaba junto a su esposo, pero se abrazó llorando al actor, y Claudio, tiernamente, la besó, y juntos siguieron al muerto, bajaron las escaleras y, entre telarañas y frías penumbras, el cuerpo del escritor se introdujo en el tercer nicho, pagado por orden del duque don Luis. El albañil tapió con habilidad el hueco, con ladrillo y mortero de cal, y después se santiguó.

–Descanse en paz –murmuró Juan Pérez de Montalbán.

Todos se santiguaron. Y después la bóveda volvió a quedar en soledad y a oscuras.

Pero la iglesia seguía llena. Y, en la calle, todo el tránsito estaba detenido. Los corrillos de amigos y curiosos hablaban y hablaban de Lope, y Claudio se sintió reconfortado. Recordó el triste entierro de Miguel de Cervantes.

Y pensó que Lope no había muerto. Había renacido, como un fénix ardiente. «Nadie lo olvidará nunca», pensó Claudio con orgullo.

NOTA DEL AUTOR

Lo dejaré claro: todo escritor de novelas es un mentiroso. Miente quien diga que desprecia la fama, que no le importa el favor de las masas sino el del lector habitual que lea su libro, que las críticas son siempre constructivas, que lo importante es el libro y no las reediciones, que en su novela la ficción es producto de su imaginación.

Miente cada escritor que diga que no se imagina cada vez que teclea hallarse en la piel de Lope y recibir ovaciones y elogios y griterío desde el patio de bancos hacia la escena.

La inspiración de Lope de Vega era la vida, su vida misma reformulada una y otra vez, y también la vida que lo rodeaba en el Madrid de hace cuatro siglos. La fama y el favor del público en los teatros los recibía como confirmación de su talento y de su buen ojo al elegir las tramas. Las críticas sólo las aceptaba si confirmaban su buen hacer y, si eran malas, se debían a la mala baba de sus enemigos. Su oficio era escribir, y de escribir vivía, maldiciendo a los que lo plagiaban y a los memoriones que asistían a las primeras representaciones de cada una de sus obras para después ofrecer obras transcritas de cualquier forma como «Lopes» originales a mitad de precio. O a menos.

Lope fue un pionero en la lucha contra la piratería literaria. Nada nuevo hay bajo el sol.

Me atreví con Lope de Vega una vez, y he reincidido. El Epistolario reunido y publicado por Agustín González de Amezúa en cuatro volúmenes ha sido la base para acercarme a Lope y comprender sus motivaciones, sus razones, sus incoherencias. Me metí en su piel, tanto que ya no fui el que era cuando acabé con Lope. Hay un antes de Lope y un después de Lope. ¿Mentía Lope de Vega cuando se vanagloriaba de haber escrito más de mil seiscientas comedias? ¿Mentía cuando se alababa, cuando hablaba de su estancia en la Armada Invencible? ¿Y cuando decía que Miguel de Cervantes y Luis de Góngora lo criticaban por pura envidia, el primero con las

heridas de guerra del manco más famoso de Lepanto? No mentía. Hace apenas semanas, el historiador Geoffrey Parker halló en los Archivos Estatales de Viena una lista obtenida por espías para Rodolfo II, emperador de Austria, sobre los medios que se estaban juntando en Lisboa en 1588 y sobre soldados y aventureros embarcados en los barcos. Y allí, entre otros ciento setenta y ocho nombres, aparece «Lope de Vega de Madrid». Así que no mentía. ¿No es mejor, más dramático, creerse todo lo demás: sus amoríos, sus enfrentamientos con los editores, sus problemas con la justicia, sus desvelos, su desdén, su furia?

Con esa inspiración mezclé realidad, cartas y ficción, y ahí están entretejidos Juan de Dios de Belloso, Jimeno de Monda o Juan Benito y Bernardo, a quienes pude conocer bien, pues no los inventé, sino que vivieron en mi mente con tanta vida como las comedias de Lope. Hice de Claudio Conde, el amigo fiel y sufrido, la contraparte de Lope, y de tanto roce Lope se contaminó de Claudio, y Claudio de Lope. Fíjate qué poco (o qué mucho) quise lograr con este libro: que todo fuera verosímil y te lo creyeras, lector, y que sufrieras y que gozaras y que lo recuerdes, a pesar de las mentiras y a pesar de las verdades. Tú me dirás si lo he conseguido (blasmalo@yahoo.es).

Los editores son locos, tan locos como los escritores, y además se juegan el dinero en cada apuesta. Gracias a Maru de Montserrat, mi agente, y a Penélope Acero, mi editora en Edhasa, por creer en este libro. Gracias a José Soto Chica, émulo de Homero e inspirado escritor a quien admiro, capaz de ver más lejos que nadie. A mis colegas escritores, resilientes en un mundo del libro que siempre parece a punto de desmoronarse. Y gracias a mi familia. La familia debe ser la roca desde la que otear el mundo. Una familia que ha crecido con la llegada de Blanca Inés, de ojos azules, a quien va la dedicatoria de este libro.

Ya veis: Blanca Inés. Más lopesco su nombre no puede ser.

Blas Malo

Granada, a 1 de septiembre de 2021